ALIMENTA AL JARDÍN...



HAZELTHORN

CG DREWS

VR YA



Evander ha vivido como un fantasma en los rincones olvidados de la mansión Hazelthorn.

No puede marcharse ni adentrarse en los jardines, ni quedarse a solas con Laurie, el chico que intentó matarlo hace siete años.
Al menos, hasta que su tutor es asesinado y Evander hereda Hazelthorn. Entonces, Laurie podría ser el único capaz de ayudarle a encontrar al culpable.
Pero, a medida que oscuros secretos se revelan como musgo que sangra a través de las paredes o como hongos venenosos que brotan bajo las tablas del suelo, Evander deberá descubrir qué es lo que ha heredado en realidad…

… antes de que el jardín exija ser alimentado.

Una historia tan cautivadora como escalofriante, que no te dejará escapar.

Por le autore de *No dejes entrar al bosque* .



CG DREWS

Es autore best seller del *New York Times* por *No dejes entrar al bosque, Hazelthorn* y su libro adulto *You Did Nothing Wrong.* Su obra ha sido traducida a más de doce idiomas, nominada a la Medalla Carnegie CILIP 2020, ganadora de los YA Book Awards B&N 2025 y seleccionada por Indie Next Picks y Junior Library Guild Gold Standard Selections.
CG vive en Australia bajo una pila de libros sin leer.

cgdrews.com

Hazelthorn

CG DREWS



PARA AQUELLAS PERSONAS A QUIENES HICIERON SENTIR MONSTRUOSAS.



¿Qué es el amor sino aquello que devora?

NOTA PRELIMINAR

Esta es la historia de un chico que busca un monstruo y también una historia sobre la ira bien dirigida.

Las personas que pertenecemos a grupos marginados a menudo somos juzgadas por nuestra ira, por expresar lo que sentimos, por el desorden y los errores. Sin embargo, merecemos expresar el dolor a viva voz y sentir las injusticias a flor de piel. *Hazelthorn* es una historia de ira *queer* y autista, y de lo que ocurre cuando alguien es empujado hasta el límite. Es una historia sobre el horror que supone que te nieguen la autonomía. También trata de la vergüenza interiorizada y de tocar fondo antes de avanzar, con dificultad, hacia la aceptación.

Espero que disfrutéis de la colisión entre la magia, el amor y el horror, pero, por favor, recordad que esta historia contiene temas oscuros como sangre, abuso infantil, abuso médico, capacitismo, trastornos de la alimentación y horror corporal.



CAPÍTULO UNO

Él sabe lo que se siente al ser enterrado vivo: la tierra en la boca, el silencio aplastante a su alrededor como una tumba hecha a medida. A veces Evander todavía siente ese sabor bajo la lengua, la tierra fértil incrustada entre las muelas. A estas alturas debería haber superado ese recuerdo, pero no logra desprenderse de él. Y no en el buen sentido.

Hay momentos en los que siente que sigue ahí fuera, descomponiéndose hasta los huesos, con las raíces enredadas en el delicado tejido de sus pulmones y la putrefacción brotando de lo que queda de sus costillas. Nadie llegó a tiempo para salvarlo. Nunca lo desenterraron. Quizá lo único que quedó de él fueron huesos blancos en el jardín, y es su fantasma lo que ahora habita la extensión vacía de su dormitorio en la vieja mansión descuidada de Hazelthorn.

Excepto que a los fantasmas no les salen ampollas de sangre en los brazos después de pellizcarse con agresividad, y Evander acaba de provocarse la cuarta roncha de la noche. Un pequeño estremecimiento de dolor como prueba de que sigue vivo.

El cielo gris trajo un anochecer temprano y la oscuridad arrastró su ánimo al suelo. A veces le pesa la soledad. El único que entra y sale de su cuarto es el mayordomo anciano, que todos los días le trae su dosis de medicamentos espesos y lechosos que lo dejan adormecido y apagado. Se desploma sobre la cama y se queda mirando el empapelado de la pared hasta que el patrón de faunos de mirada vacía y espinas bañadas en sangre deja de dar vueltas y la soledad se diluye.

Entonces se despierta.

Y todo empieza otra vez.

una y otra y otra y otra vez

Hace ya mucho tiempo que renunció a gritar.

Lo único que queda es permitir que el silencio se espese a su alrededor, como un velo, como una lengua que le recorre el contorno de la oreja y lo obliga a escuchar cada sonido que detesta, filtrándose por la ventana entreabierta: los susurros apagados de los árboles, el gorjeo de las aves nocturnas y las cigarras desplazándose entre los múltiples jardines cercados, la brisa húmeda que sacude los setos de laureles. El aroma del verano es implacable, un golpe certero de hojas perennes y flores, de tierra removida, savia y *vida vida vida.*

Podría cerrar la ventana, pero eso sería concederle la victoria al jardín. ¿Diecisiete años y con miedo al exterior? Patético.

Pero es que cuando mira al jardín piensa en sangre.

Piensa en la pala cayendo con fuerza.

Piensa en la tierra cubriéndole el rostro.

Piensa en el «accidente», como le gusta llamarlo a su tutor.

fue un ataque y lo sabes

Su postura junto a la ventana mirador no ayuda en nada a calmar su miedo. Está encorvado, casi formando una U, con un libro a poco más de dos centímetros de la nariz, las piernas apoyadas contra la mitad de las volutas talladas y el cuello torcido sobre el tapizado de terciopelo. Los almohadones tienen más de cien años, lo que explica por qué su color esmeralda terminó degradándose hasta un negro marchito que combina a la perfección con el resto de su habitación húmeda y asfixiante.

Todo está podrido en la mansión Hazelthorn.

Y él también se pudre en su interior.

Desde la primera planta tiene una vista amplia de los extensos jardines densos. Los inmensos muros de piedra, los árboles colosales y los setos han reclamado cada centímetro, mientras las enredaderas lo invaden todo con una malicia retorcida. La palabra *descuidado* no basta para describirlos. Los jardines son magníficos, indomables, terribles en su estado salvaje. Incluso el camino de adoquines que rodea la mansión parece a punto de desaparecer bajo la plaga de hierbas que brotan entre las rocas y las zarzas que se clavan en los muros asfixiados por las plantas trepadoras de la mansión.

A veces se sienta junto a esta ventana y observa al señor Byron Lennox-Hall salir con sus tijeras de podar, aún con el pantalón de vestir arrugado, su chaleco y sus zapatos Oxford relucientes, a punto de quedar cubiertos por restos de hierba recién cortada. No contrata jardineros ni ningún otro tipo de personal, salvo a Carrington, y prefiere ocuparse él mismo del terreno con una eficiencia irregular, aunque brutal: degollar gargantas verdes, cercenar las arterias de las enredaderas, someter los matorrales con pura ira. Es un hombre austero, reservado y severo. Pero, cada vez que sale, siempre alza la

vista hacia la ventana de Evander y levanta una mano para saludarlo.

Es lo que haría un padre.

No es que Evander lo sepa con certeza; no recuerda los rostros de sus propios padres. El señor Lennox-Hall ha sido su tutor desde que tenía diez años, aunque suele ausentarse por viajes de negocios que se prolongan durante meses. Cuando regresa, visita a Evander para jugar una partida de ajedrez, darle una palmada en el hombro y entregarle libros nuevos. Quizá sea así de brusco con su verdadero nieto, pero Evander no tiene forma de saberlo.

No debería pensar en ese chico, pero aun así le gusta sentir ese nombre retorcerse en su boca y moverlo como un caramelo duro y amargo.

–Laurence Lennox-Hall –susurra, mirando hacia el jardín–. Laurie –y, como su garganta se siente áspera por falta de uso, añade–: lo odio.

Siente una oleada de calor al pronunciar su nombre, apenas suficiente para quemarle la lengua por dentro y hacerle imaginar cómo sería grabarlo en el cristal de la ventana con los dientes.

No recuerda cómo era antes, cuando ambos eran niños, mejores amigos como lo habían sido sus padres, siempre juntos, con las risas resonando entre los muros del jardín.

Pero es normal olvidar cosas después de haber estado al borde de la muerte.

Un golpe inconfundible suena en la pesada puerta de roble de su habitación. La llave gira en la cerradura. Evander suspira y deja que sus piernas se deslicen por la pared como si no tuvieran huesos antes de ponerse de pie. Las ocho en punto. Hora de los

medicamentos. Después verá un documental en su portátil viejo hasta quedarse dormido. Hazelthorn apenas logró arrastrar su cadáver en descomposición hasta el siglo XXI e instalar internet fue, al parecer, pedir demasiado. Pero tiene grabaciones. Tiene libros. Aquí está a salvo.

Lo alojaron en el ala norte parcialmente cerrada. Su habitación es ordenada y cómoda: una cama enorme con dosel, rodeada de cortinas oscuras de terciopelo, y un empapelado con un diseño de roble venenoso, polillas y pequeños faunos feroces. No tiene chimenea, aunque siempre la echa de menos cuando el invierno se vuelve implacable. Hay estanterías llenas de libros, un escritorio en un rincón, rompecabezas y juegos de lógica apilados, y una marca gastada en la alfombra que va de la ventana a la puerta, resultado de su ir y venir constante.

La sangre en la alfombra ya no se nota. Apenas piensa en ella.

Espera a que Carrington entre con los medicamentos, pero la puerta no se abre.

Evander frunce el ceño. Oyó la llave girar… ¿o no?

Con cuidado, como si estuviera cometiendo un acto prohibido, cruza la habitación lentamente y apoya el cuerpo contra la firme puerta de roble. Sus dedos descansan con ligereza sobre el picaporte de latón.

Empieza a girarlo, *despacio*.

El metal cede con un crujido antiguo. Y la puerta se abre.

Al otro lado, la espesa oscuridad del pasillo se extiende como la garganta de un cadáver y no hay rastro del mayordomo.

Alguien destrabó su puerta y se fue.

La confusión se instala en sus entrañas, una ansiedad líquida que le hace tamborilear los dedos contra el muslo mientras se asoma al pasillo. La última vez que salió de su habitación fue…

No lo recuerda.

La puerta está cerrada por una razón: por su seguridad. Cuando era niño no lo entendía: enfermo, huérfano y traumatizado; pero ahora los límites tienen sentido. Si sufre un episodio, aquí tiene la contención de la cama, la restricción de las paredes, la tranquilidad de lo familiar. Salir es impensable.

Permanece de pie en el umbral, anticipando el escalofrío en los brazos.

–¿Carrington? –pregunta con una voz débil que se arrastra por el largo pasillo como un niño quejumbroso. Tose, aclara la voz y lo vuelve a intentar–. Eh, ¿Carrington?

La oscuridad le devuelve la mirada, con la boca húmeda y abierta.

Sale al pasillo casi sin respirar, sin tener idea de dónde saca este atisbo de valentía. Sus dedos descalzos se retuercen sobre la alfombra gastada, mientras desliza una mano por la pared para no perder el equilibrio, dado que no hay ninguna luz encendida. Varios cuadros de marcos dorados cuelgan sobre el tapiz oscuro y todas las puertas están cerradas. Prueba algunos picaportes, solo por curiosidad. Cerrados. Nadie más usa el ala norte salvo él y el silencio es tan denso que nunca se oye señal alguna de vida procedente del resto de la mansión.

La madriguera de pasillos sinuosos lo conduce hacia una escalera estrecha y empinada que desciende hasta un descanso extraño. Se agacha y se asoma por el barandal hacia el piso inferior. Las piernas

le tiemblan de forma absurda y en el pecho siente un aleteo frenético, como si tuviera un colibrí atrapado en su interior.

Unas voces tenues se abren paso por la escalera, apagadas e indistinguibles.

Hay personas en Hazelthorn.

Evander no puede respirar. Siente el estómago lleno de una crema cortada y tallos de violetas en descomposición, y no alcanza a dimensionar lo mal que está esto. Además de Carrington y él, nadie más tiene permitido entrar en la propiedad. Salvo el nieto del señor Lennox-Hall y, aun así, solo cuando terminan las clases y su abuelo está en casa. Pero ese no es el caso. El señor Lennox-Hall todavía no ha regresado de su último viaje de negocios.

Esa es la regla inquebrantable: Evander y Laurie nunca pueden volver a quedarse solos.

Debió de haber perdido la cordura, porque empieza a bajar por la escalera, avanzando en silencio, con los pies descalzos sobre la alfombra. *Regresa a tu habitación*, le susurra algo en su interior, pero no puede detenerse.

Parpadea para acostumbrarse a la tenue luz que titila en los candelabros del pasillo, mientras cruza un comedor ornamentado y una biblioteca sofocante, todo sumido en sombras de verde oscuro. Las voces, la música, se le clavan en la garganta como anzuelos y lo arrastran hacia ellas, sin que pueda oponerse.

–… esto es lo que pasa cuando haces que te expulsen.

–No me expulsaron, Carrington.

–… tu abuelo no se va a tomar esto a la ligera.

–¿Desde cuándo se toma algo relacionado conmigo a la ligera? Odio a ese viejo bastardo. No veo la hora de que se pudra bajo

tierra.

–Suficiente…

La curiosidad es un veneno y Evander se odia por no poder resistirse. Aun así, no se detiene hasta llegar al pasaje abovedado. La sala de estar es una habitación extravagante, abarrotada de divanes, librerías y plantas, aunque las cortinas pesadas y las lámparas con borlas le dan una sensación claustrofóbica.

Y ahí está la persona a la que más debería odiar en el mundo.

Evander se queda inmóvil.

El muchacho está despatarrado sobre un diván antiguo, con la indolente indiferencia de un heredero malcriado, tan relajado y despreocupado como si nunca le hubieran negado nada en la vida. Su cabello dorado es una maraña irritante y su camisa blanca con el cuello abierto deja al descubierto el arco elegante de una garganta aristocrática. Solo una muñequera ortopédica en su mano izquierda rompe esa perfección perezosa.

Verlo tan cerca después de tantos años le provoca una discordante sensación de vértigo. Apenas logra retroceder hasta quedar oculto en la arcada en sombras cuando el viejo mayordomo sale del salón con una bandeja de platos sucios. Carrington todavía usa trajes negros y chalecos de piqué blanco, como si fuera un mayordomo salido de una novela del siglo pasado. Nunca disimula su aversión por Evander, pero aun así lo atiende con una rigurosa dedicación. Es su trabajo.

No alcanza a verlo, presionado contra la pared, cuando se aleja a toda prisa hacia la cocina.

Evander espera a que su corazón acelerado se calme antes de asomarse otra vez al salón. Vete. *Ahora*. Pero no puede.

Necesita volver a ver a Laurie.

Sus dedos se aferran a la arcada hasta que los nudillos se le ponen blancos.

A Laurie le lleva solo un segundo verlo y se queda congelado.

De algún modo, Evander no estaba preparado para esto, para ver en quién se ha convertido Laurie, para darse cuenta de lo mucho que ha crecido, mientras él mismo sigue atrapado en el pasado. Debe de verse patético: su cabello oscuro y lacio demasiado largo, pasando la mandíbula y pidiendo un corte desde hace tiempo; el jersey sucio y los pantalones de pijama a cuadros colgándole de las caderas huesudas; las extremidades demasiado largas y flexibles, como si en cualquier momento fueran a doblarse en la dirección equivocada. Tiembla apenas y no sabe si es por miedo o rabia.

No debería enfadarse. No es bueno para su salud.

Laurie se acomoda en el diván con una sonrisa burlona curvándole la boca.

–Casi había olvidado que eras real.

El calor se apodera de las mejillas de Evander.

–No puedes estar aquí –de algún modo, le sorprende oír su propia voz, pero aprieta los dientes y sigue–. No tienes permiso.

Laurie se desploma sobre el diván y arquea una ceja.

–Creo que te sorprendería saber que esta, de hecho, es *mi* casa. *Tú* eres el trasplante –saca el teléfono como si la situación no tuviera nada de interesante, aunque su respiración parece apenas acelerada.

Como si esto también lo hubiera tomado por sorpresa.

Laurie no piensa en él, comprende Evander. Recorre el país, asiste a internados prestigiosos, vive su vida más allá de las paredes de

Hazelthorn, sin pensar ni un segundo en Evander ni en lo que le hizo.

Mientras que Evander tiene que pensar en Laurie todos los días.

No debería. Intenta no hacerlo. Pero aun así piensa en este chico hasta quedarse sin aire, hasta que hiperventila y la boca se le llena de un sabor metálico por haberse mordido la lengua.

–Si se entera de que regresaste mientras él no estaba… –cada palabra tiembla con una ira que no sabía que podía sentir.

–Ya lo sabe –dice Laurie, con los ojos entornados, aburridos–. Está en el invernadero ahora, perdiendo el tiempo con sus plantas estúpidas. Llevo una semana de vacaciones y él estuvo aquí todo el tiempo.

Evander cierra la mano en un puño. Un zumbido agudo le llena los oídos. Intenta recordar si siempre fue así entre ellos: Laurie, distante y cruel; Evander, carcomido por los nervios.

–Puedes venir a sentarte, si quieres –dice Laurie, lanzando la invitación como si arrojara un hueso a un perro–. Te ves pálido.

Evander siente cómo la exasperación lo invade; su mandíbula se le tensa hasta doler.

–Así me veo siempre.

Porque siempre estoy enfermo, quiere gritar. *Y es por tu maldita culpa.*

Aunque tal vez sí necesita sentarse. La vista se le nubla y el estómago no deja de revolverse. Pero no logra entenderlo. El hecho de que el señor Lennox-Hall haya regresado a Hazelthorn hace días sin molestarse en verlo resulta inconcebible.

Pero entonces, ¿qué es él sino un acto de caridad atado a ellos por la culpa?

–Iré a ver a tu abuelo y hablaré con él. Debe de ser un error –suena irritado, pero los ojos de Laurie se iluminan con un interés repentino.

–No –dice–. No le gusta que lo interrumpan. Quédate aquí conmigo.

Su mirada lo clava contra la pared.

No.

Eso no puede pasar. Nunca.

De repente, Evander está de regreso en el jardín, atrapado entre hojas de acebo y espinas de rosas. Retrocede una vez, dos veces, y se gira y huye hacia las profundidades de la mansión.

Su odio por Laurie es incontrolable, salvaje, amargo como el ajenjo en la boca y, a estas alturas, debería haber perdido todo interés en él. No debería buscarlo desde la ventana. Ni ansiar fragmentos de su voz. Ni pensar en sus ojos azules de aciano y en la hermosa forma de su boca despreciable.

Todavía puede sentir la sangre, la tierra, los pétalos en descomposición y la muerte, derramándose casi como tinta índigo.

Siete años atrás, Laurence Lennox-Hall intentó matarlo en el jardín, junto a las rosas. Y, de algún modo, Evander sigue obsesionado con él.



CAPÍTULO DOS

Quizá esté destinado a sentirse así para siempre: como la damisela en apuros de un cuento de hadas, intentando escapar del lobo. Lo odia. Odia que esa sea la única manera en que lo ven.

Frágil. Delicado. *Al borde del colapso*.

Solo le basta medio minuto corriendo a ciegas por los diferentes salones interconectados, abarrotados de muebles costosos, estatuas de mármol y alfombras absurdamente gruesas, para darse cuenta de que no tiene la menor idea de dónde está el invernadero. Su cuarto es un diente podrido dentro de esta inmensa monstruosidad de mansión, y resulta que el resto del esqueleto es territorio inexplorado. Debió de correr por estos pasillos cuando era niño, persiguiendo a Laurie como un cachorro devoto, pero ya nada le resulta familiar.

El calor le palpita detrás de los ojos y las mejillas se le enrojecen por la vergüenza de estar al borde del llanto con tanta facilidad. Los pulmones se le sacuden como polillas trémulas, poco acostumbradas a semejante esfuerzo. Por eso debería quedarse en la oscuridad acolchada de su cuarto, donde pertenece.

Donde no puede hacerse daño.

O donde nadie puede hacerle daño.

Lo salva un colchón de hojas secas. Están desparramadas sobre el rellano y, al seguir el rastro, llega a un corredor estrecho con alfombras tan gruesas como un manto de musgo. No hay ventanas. Avanza a tientas hasta el final, donde encuentra una puerta con un vitral incrustado con rubíes opulentos, mientras del otro lado palpita una luz de aura enfermiza y fría.

La puerta chirría con apenas tocarla y entonces entra en una habitación de cristal con un techo abovedado, el jardín desbordado presionando contra las paredes.

Siente el olor a fertilizante y tierra removida, ese aroma fresco y terroso de tallos cortados y cosas que crecen. A diferencia de la vegetación salvaje que crece fuera de control en el exterior, el invernadero es un espacio ordenado, con largas mesas cubiertas de plántulas y esquejes, inmensos filodendros enmarcando las paredes, innumerables helechos que cuelgan de las vigas como una nube y el suelo de cerámica manchado de tierra abonada. Algunas regaderas verdes oxidadas descansan junto a cubos con pequeñas palas de jardinería. La única luz proviene de unos orbes dorados suspendidos del techo, como soles en miniatura, iluminando el silencio del lugar, como si guardara un secreto.

La inquietud se aferra a sus costillas y no logra recuperar el aliento por completo. Se siente desconectado, inseguro de si quiere retroceder o internarse aún más en las profundidades del invernadero. Tiene que dejar de ser patético.

Pero esta inexplicable espiral de miedo vive dentro de él.

Está tan absorto en la abrumadora cantidad de plantas que le lleva un momento notar la mesa de mimbre, rodeada por alocasias

crecidas, y al anciano reclinado en una silla idéntica, como si fuera un trono.

Byron Lennox-Hall tiene un semblante severo con su traje marrón oscuro, cuya americana cuelga del reposabrazos de la silla y las mangas de su camisa están arremangadas. Todavía sujeta la podadora en una mano, con savia verde adherida a ella como sangre. Varias rosas decapitadas descansan a sus pies y la mesa está cubierta de tallos en distintos estados de corte.

Ha estado observando a Evander todo este tiempo, en silencio.

Ahora dobla un dedo. *Ven*.

Evander avanza con cautela, sintiéndose aún más enfermo por haber escapado. Se detiene apenas fuera del alcance de su tutor y frota las yemas de los dedos contra el pantalón de su pijama. Verse tan desaliñado encabeza la lista de desaprobaciones de su tutor y la enfermedad no es excusa para descuidar el estilo, como suele decir, así que, si se levanta de la cama, debe vestirse de manera apropiada.

Debes ser un caballero. Debes ser elocuente. Debes ser sensible.

–Alguien no está donde debería estar –el cabello del señor Lennox-Hall carece por completo de color, sus facciones parecen talladas en un mármol aristocrático y las cejas se juntan como dos olas blancas juzgadoras. Su voz es profunda y firme, y ahora arrastra un matiz de peligro que Evander conoce bien.

Cuando era pequeño hacía muchos berrinches, agotado y lleno de rabia por su cuerpo enfermo, y tenían que sujetarlo con fuerza hasta que tomara los medicamentos. La fuerza era insoportable, hasta dejar marcas en la piel.

–Mi… puerta se abrió –dice, y no puede evitar sentirse más infantil.

Algo cruza el rostro del señor Lennox-Hall. ¿Sorpresa? ¿Inquietud? La expresión se borra enseguida.

–¿Y qué estuviste haciendo durante tus andanzas indebidas? Imagino que te encontraste con Laurie.

Evander se envuelve con los brazos y asiente, con la mirada clavada en el suelo.

–¿Pasó algo? –a pesar del tono casual, la advertencia es distante–. Me encargaré de él por ti, desde luego.

Un nudo extraño le cierra la garganta. Niega con la cabeza, sin saber por qué no quiere que Laurie se meta en problemas. Nada, nada, nunca será suficiente para compensar lo que le hizo.

Su cuerpo partido en dos. Sus riñones dañados. Sus costillas perforándole los pulmones. La frente inflamada. Y sangre, sangre, *demasiada sangre*.

–Creí que… –traga con fuerza y odia lo aguda que suena su voz–. ¿Vendrías a verme cuando regresaras de tu viaje? Es solo que estaba esperando… –se rinde, y su boca se convierte en el ataúd de todo lo que no puede decir.

Pero el señor Lennox-Hall no tiene oportunidad de responder, porque la puerta del invernadero se abre y Carrington aparece con una bandeja de té. Avanza rengueando con tal prisa que no repara en Evander hasta que apoya la bandeja sobre la mesa de mimbre. Entonces ve al paciente fugitivo y abre los ojos con asombro.

–Señor Evander. ¿Cómo…? ¿Cuándo…? –La voz de Carrington tiene el temblor de una edad avanzada y sus ojos reumáticos parecen a punto de salirse de las órbitas.

–No te preocupes, Carrington –dice el señor Lennox-Hall con calma–. Dejaremos para después lo que hablamos antes. Es evidente que este no es el mejor momento. Yo mismo acompañaré a Evander de regreso a su habitación. ¿Podrías preparar sus medicamentos de la noche?

–Por supuesto, señor –responde Carrington, lanzándole a Evander una última mirada consternada antes de retirarse.

Entonces no fue Carrington quien abrió la puerta.

El señor Lennox-Hall se sirve una taza de té, tan roja como sangre diluida.

–Laurie no se quedará en Hazelthorn todo el verano, si eso es lo que te preocupa. Yo me encargaré de ese muchacho inútil para que no moleste a nadie.

Por una vez, Evander se siente aliviado de no ser el muchacho inútil.

–Hazelthorn volverá a ser un lugar tranquilo y silencioso –le asegura–. Tu salud es mi mayor prioridad, como siempre, y preferiría que no te sintieras estresado.

–No estoy estresado –responde Evander, mientras tamborilea los dedos detrás de la espalda por puro nerviosismo.

El señor Lennox-Hall lo mira y luego bebe la mitad de su taza de té.

–Imagino que sabes por qué no puedes salir de tu habitación, ¿verdad?

La afirmación ya le arde en la punta de la lengua, porque su recompensa por obedecer siempre es una sonrisa afectuosa.

Pero algo salobre le sube a la boca y le sorprende su propia osadía ingrata.

–En realidad, no he tenido un episodio desde hace mucho tiempo –sus dedos comienzan a frotarse cada vez más rápido contra la tela del pantalón–. Y me siento bien. Creo… que debería caminar más…

–No. –El señor Lennox-Hall se termina el té de un trago y deja la taza con la fuerza suficiente para hacer vibrar la bandeja. Se sirve otra sin siquiera mirarlo–. Presionarte sería contraproducente y vas a necesitar tu fuerza para la próxima cirugía. Sé que es difícil aceptarlo, pero aún te queda un largo proceso de recuperación por delante.

–Pero no me siento…

–Ya basta. Estás empezando a alterarte. –El señor Lennox-Hall tose y saca un pañuelo del bolsillo para secarse la boca–. Maldita garganta seca. Mira, entiendo que con los años te has vuelto… digamos, más complicado. –Esboza una pequeña sonrisa y Evander desvía la mirada hacia la mesa de trabajo, cubierta de plantas sacadas de macetas demasiado pequeñas, con las raíces hechas una maraña de nudos–. Pero tienes que entender que tu salud empeora a medida que creces. Juré junto a la tumba de tus padres darte el mejor cuidado posible y eso es lo que haré.

El accidente de tráfico se los llevó a los cuatro: los padres de Evander y los de Laurie. Cuatro muertes. Dos niños huérfanos. Debería haberlos unido, pero en lugar de eso sembró algo que solo los impulsó a querer saltarse a la yugular con los dientes.

Pero es difícil no discutir, no responder.

–No quiero otra cirugía.

No entiendo por qué la necesito.

No entiendo qué tengo de malo.

No entiendo…

Otro ataque de tos del señor Lennox-Hall. Se inclina hacia delante, presionando el pañuelo contra la boca y, durante un largo momento, parece incapaz de tragar. Sus dedos se aferran a su garganta y algo se mueve ahí dentro. Algo que cambia, que empuja, que se asienta.

El corazón de Evander se acelera y levanta la vista hacia su tutor.

–¿Estás bien?

–Estoy… –pero la voz del señor Lennox-Hall se quiebra en un carraspeo áspero, mientras el sudor se acumula en su frente. Un brillo ceroso se instala en sus ojos.

El pánico se extiende por la piel de Evander.

Entonces, el señor Lennox-Hall sufre un espasmo.

Sucede rápido. Su postura majestuosa en el trono de mimbre se desploma y su cuerpo empieza a convulsionar antes de caer al suelo manchado de tierra. Evander se lanza hacia delante en medio de la confusión, pero llega demasiado tarde. El anciano se derrumba de una manera antinatural, con los dedos encogidos como las garras de una gárgola y el rostro retorcido en un rictus de dolor. Sus ojos parecen estar a punto de salirse de sus cuencas y su boca se vuelve morada.

Se está ahogando.

Evander se arrodilla a su lado y lo sujeta por los brazos, sin tener idea de qué hacer.

La garganta del señor Lennox-Hall vuelve a moverse. Esa *cosa* empieza a moverse, a palpitar, a *crecer*. Cuando abre la boca en un grito mudo, una sustancia negra y viscosa brota de su garganta, deslizándose alrededor del contorno velludo de algo que parecen ser…

Hojas.

No, no es posible. Nada de esto es posible…

Grita. Pide ayuda. *Haz algo, maldita sea*.

Pero Evander está paralizado por un estúpido horror, mientras otra convulsión sacude el cuerpo del señor Lennox-Hall. Las manos de su tutor se disparan hacia delante y lo sujetan con una fuerza brutal. Los huesos de sus muñecas crujen con un dolor blanco y fulminante.

–No sé… –La voz de Evander suena aguda, horrorizada–. ¡No sé qué hacer! No… *Noséquéhacer*…

–No… –La voz del señor Lennox-Hall suena más áspera a medida que más burbujas negras brotan de su boca y le recorren la barbilla. Las venas de su frente se marcan bajo la piel y se ven… negras.

No puede respirar. Se está ahogando. Se está ahogando.

–No… –la palabra se arrastra como un pedazo de metal oxidado. Su cuerpo empieza a sacudirse de forma violenta, imparable–. *No* entres en los jardines. Prométemelo, Evander.

Pero Evander logra liberarse de sus manos retorcidas y retrocede hacia la puerta del invernadero. No tiene idea de qué está gritando, pero no se siente lo bastante fuerte hasta que, desde algún lugar profundo de la mansión, una sucesión de pasos empieza a acercarse.

Da media vuelta y vuelve corriendo hacia el señor Lennox-Hall. Sujeta su cuerpo trémulo e intenta girarlo hacia un lado. No recuerda las reglas de la reanimación. No sabe no sabe *quéquéqué* hacer…

Para cuando la puerta del invernadero se abre y Laurie entra a toda prisa, Evander está intentando hacerle compresiones en el pecho.

Lo está intentando.

Las lágrimas caen en patrones irregulares sobre la camisa blanca del anciano antes de que Evander se dé cuenta de que está llorando con tanta fuerza que apenas puede respirar. No puede pensar, no puede sentir, ni siquiera puede reaccionar cuando unos brazos lo sujetan por la cintura y lo apartan con violencia, mientras alguien grita:

–¡Qué demonios has hecho!

Los ojos de Byron Lennox-Hall ya están vacíos mucho antes de que su cuerpo deje de temblar y solo más tarde, cuando Evander se queda sentado donde lo apartaron, baja la vista y ve que sus manos están cubiertas de una sustancia aceitosa, extraña y resbaladiza. Mancha las lúnulas de sus uñas. Se queda observándolas, inmóvil, mientras un pitido agudo empieza a crecerle dentro de los oídos.

No recuerda cuándo llega Carrington; apenas registra el llanto débil del hombre mientras intenta ayudar a su empleador. Laurie sale y regresa con un teléfono en la mano, pero todos saben que ya es demasiado tarde. La mansión Hazelthorn se alza en las lejanas colinas escarpadas de Nueva Inglaterra, a kilómetros de cualquier otro pueblo.

Algo le está creciendo en la garganta, quiere decir Evander. *Hay que sacárselo para que pueda volver a respirar*. Pero ha olvidado cómo hablar.

Permanece allí sentado, adormecido, mientras mira la taza volcada y luego los ojos muertos de Byron Lennox-Hall.



CAPÍTULO TRES

Cuando algo se rompe en su interior, lo hace en un lugar tan profundo que ni siquiera puede empezar a reunir los pedazos. Está arrodillado allí, mientras el terror se le desenreda de la boca en cintas sangrientas y su cuerpo permanece cerrado como una tumba sellada.

Está en shock, pero saberlo no le sirve de nada cuando sus brazos y piernas ya han echado raíces en el suelo. Una pequeña parte de él grita en silencio que estas son las señales de un episodio inminente, pero no hay manera de huir.

Mira el cuerpo del hombre que se convirtió en su padre y no entiende qué pasó. Fue tan, tan rápido.

Alguien tiene que…

esto no es real esto no es real esto no es real

No está muerto, no puede estarlo…

Unas manos lo sujetan por las axilas, unos dedos huesudos se clavan con fuerza en su piel tierna, y le lleva un minuto entero comprender que lo están arrastrando fuera del invernadero. Sus piernas no responden. Su cerebro no procesa los sonidos. Las voces

compiten entre sí, confusas, hasta que la de Carrington irrumpe aguda y cortante.

–Deberías estar en tu habitación. *Rápido*. ¡Levántate!

Evander logra ponerse de pie con dificultad, aguantado por las manos firmes del viejo mayordomo. Mira una última vez por encima del hombro y ve a Laurie arrodillado junto al cuerpo con una expresión vacía. Cuando alza la cabeza, sus miradas se cruzan y los ojos de Laurie parecen cavidades oscuras, llenas de incredulidad.

Entonces sacan a Evander del invernadero, tropezando mientras intenta seguir el ritmo tambaleante de Carrington. La mansión es un laberinto confuso de corredores, cada habitación atiborrada de antigüedades y colecciones de objetos extraños e inquietantes. Cruzarla se siente casi como atravesar un sueño febril. Carrington avanza a una velocidad que no concuerda con su edad, hasta que están de regreso en la oscuridad rancia y claustrofóbica del ala norte.

Ahí está su puerta con la llave en la cerradura.

La escena atraviesa su conmoción y finalmente intenta zafarse de las manos firmes de Carrington.

–No, espera, por favor…

Pero Carrington lo empuja dentro.

No es difícil moverlo cuando parece una criatura hecha de lo mismo que las alas de una polilla, envuelta alrededor de huesos tan frágiles como un manojo de ramitas. Tropieza y cae de rodillas, jadeando, mientras sus dedos se arrastran como espinas retorcidas por la alfombra desgastada y familiar. Carrington pasa a su lado, cierra la ventana de golpe y luego saca otra llave de su pesado llavero para cerrarla.

Luego se vuelve hacia él.

–¿Qué has hecho?

Evander se acurruca en el suelo, llevándose las rodillas al pecho. Siempre le tuvo un poco de miedo al viejo mayordomo nudoso y al aroma dulzón de una putrefacción enfermiza que parece seguirlo a todas partes.

–¿Q-qué? Yo no… –Se interrumpe, y los dientes le castañean mientras intenta formar una frase–. Solo est-t-aba ahí de pie.

–No vas a salir de esta habitación –gruñe Carrington–. He dejado tus medicamentos en el escritorio. Tómalos y vete a dormir.

Sale por la puerta justo cuando Evander entiende lo que está a punto de ocurrir.

Se lanza hacia delante, estirando la mano.

–¡No! ¡No cierres…!

Pero la puerta ya está cerrada y la llave gira en la cerradura con un chasquido apagado.

Un sonido demasiado familiar.

Su mundo se pone del revés. La caída es tan brusca que la boca se le llena de sangre. El sonido que emite suena retorcido, irreconocible, un quejido interminable.

Se aplasta contra la puerta, presionando los labios contra el diminuto espacio que queda por debajo, como si pudiera gritarle a Carrington que regrese. Pero no puede. No debería. Todo en su interior está revuelto, girando como un remolino. Si no traga todo esto, es inevitable que tenga un episodio. La cabeza le palpita, inflamada, y el estómago se le retuerce con espasmos que amenazan con hacerlo vomitar. Debería tomar sus medicamentos, tal como le ha dicho, pero la idea de dormir le parece absurda.

Lo único en lo que puede pensar es en el té y en la cosa que crecía en la garganta del señor Lennox-Hall.

A menos que lo haya imaginado…

No, vio algo. ¿Y si el té estaba envenenado?

Sus pensamientos se sienten demasiado nebulosos como para distinguirlos con claridad, sus latidos son como una bestia en plena huida, y no puede hacer más que quedarse tirado en el suelo, fingiendo que la puerta se abrirá y su tutor entrará con calma para ordenarle que se tranquilice y se comporte.

Pero nadie entra.

Evander respira el polvo atrapado entre las tablas del suelo y, de pronto, recuerda haber estado así cuando era niño, cuando la fiebre consumía su cuerpo débil, los puntos de las suturas tironeaban tras horas y horas de gritar, la piel desollada por las reacciones a la medicación. Su memoria es un territorio lleno de cicatrices, producto de sus muchas enfermedades y de la herida en la cabeza de aquel día en el jardín, pero una imagen se le clava con una nitidez metálica y afilada.

Él, tumbado allí, escuchando un susurro suave al otro lado de la puerta, esperando el roce de las páginas antes de que la historia continuara.

Había olvidado eso. Incluso había olvidado cómo pataleaba durante uno de sus berrinches de ira si las pausas se alargaban demasiado. A veces, oía un crujido y una página se deslizaba por debajo de la puerta para que la mirara, mientras la suave voz seguía leyendo.

Dos cosas son las que Evander comprende al estar recostado allí, mientras el miedo le aplasta los pulmones.

Solía devorar esas páginas, en lugar de devolverlas.

Y la persona que se las leía desde el otro lado de la puerta era Laurie.



Se han olvidado de él.

Es realmente inevitable, pero, a medida que la noche cede paso a la mañana gris y opaca, con la lluvia azotando las ventanas, Evander se pregunta si es a propósito. Carrington lo ve como una tarea que debe cumplir con una diligencia rígida, aunque cortés, y Laurie, obviamente, lo odia. A nadie le importa cuánto tiempo pase aquí, solo.

Lo único que sabe es que el señor Lennox-Hall probablemente esté muerto, *está muerto lo sabes está muerto muerto muerto deja de creer lo contrario,* y Evander sigue encerrado en su habitación, sin salida.

A menos que rompa la ventana…

No, está siendo irracional, exagerado. *Solo tienes que ser paciente*.

Pero el día se vuelve eterno, silencioso y vacío, y el miedo lo cubre como un manto pesado. Camina de un lado a otro. El pijama empapado de sudor se le pega a la piel, apestoso e incómodo, pero no se cambia. No puede dormir. La humedad se filtra por las paredes mientras la lluvia aumenta su fuerza. Siente que debería tener frío, pero su piel está ardiente y febril. Necesita aire, pero, por mucho que sacuda la ventana, la cerradura no cede.

Anoche fue la primera vez que salió de su habitación en años y no puede evitar pensar que perder la ventana se siente como un castigo. Pero aquí está más seguro. Si el té estaba envenenado, fue intencional.

En algún lugar de Hazelthorn hay un asesino.

Caer en esa espiral de pensamientos no hace nada por calmar su pánico creciente y, a medida que el día avanza con lentitud y la noche cae una vez más, se deja moretones en los brazos de tanto pellizcarse sin darse cuenta. El tiempo se desliza como melaza de un tarro volcado, espeso y silencioso, y lo único que puede hacer es dar otros mil pasos por su habitación y rogar en silencio que Carrington aparezca y le explique lo que está pasando.

Pero nadie viene.

En el diminuto baño de su cuarto, Evander mete la cabeza bajo el grifo y traga suficiente agua como para hincharse el estómago. No debería pensar en comida en momentos como este, pero tiene hambre, y Carrington no aparece con la habitual bandeja de avena o tostadas con mantequilla.

Se está muriendo de hambre.

No puede leer, no puede estudiar, no puede ver un documental, no puede dormir.

Hay un asesino en Hazelthorn.

La palabra *asesino* golpea su cráneo con un ritmo brutal e insistente. Ha leído suficientes clásicos de Sherlock Holmes para saber cómo se resuelve un misterio: reuniendo pistas y analizando la escena del crimen. Pero su mente está tan saturada de estática que no puede pensar con claridad.

Lo único que tiene es esto:

Carrington sirvió el té.

Pero Laurie ya había intentado matarlo una vez y acababa de *desear que su abuelo se pudriera bajo tierra*. Entonces, ¿y si…?

Solo hay cuatro personas en Hazelthorn, así que una de ellas tuvo que haber envenenado el té.

Camina de un lado a otro.

Se muerde las uñas hasta casi arrancárselas en un baño de sangre. Está muriéndose de hambre y se odia por no dejar de pensar en ello.

Al final deja de caminar y se sienta en medio del suelo, con las rodillas contra la barbilla, mordiéndose la muñeca hasta dejarse marcados los dientes en la piel. Deja las luces apagadas. El verde profundo del empapelado parece respirar, como el viento que se filtra entre los setos; los faunos se llevan polillas a la boca y mastican con una mórbida satisfacción.

Cuenta hasta diez. Entonces el señor Lennox-Hall entrará.

Cuenta hasta cien. Entonces Carrington entrará.

Cuenta hasta mil. Entonces…

La mano de Evander se desliza bajo el jersey y sus palmas se presionan con fuerza contra la vieja cicatriz. Del ataque. De las cirugías que le salvaron la vida. Es una cosa horrible cuando se desnuda y no le gusta pensar en ello.

En algún lugar, lejos en la profunda medianoche, Hazelthorn se queja.

En el fondo de su garganta siente la punzada caliente de las bayas venenosas.

No es real.

No es real déjalo salir déjalo salir déjalo salir déjalo salir déjalo salir déjalo salir déjalo salir déjalo salir DÉJALO SALIR *DÉJALO*…

Solo la oscuridad está ahí para verlo golpearse contra la puerta cerrada hasta quedar empapado en sangre.



CAPÍTULO CUATRO

Se ha echado a perder como carne picada abandonada demasiado tiempo, su putrefacción convertida en un hueco ennegrecido que repele la luz del sol. Tiene los brazos cubiertos de marcas moradas y la frente inflamada al tacto; quizá sea algo positivo no tener un espejo y no ver el desenlace vergonzoso de su caída en espiral de anoche. Al menos, ya pasó. Permanece inmóvil, sentado en el suelo bajo el asiento de la ventana, mientras la luz de la tarde se filtra sobre la media luna encorvada de su columna vertebral y, de algún modo, evita tocarlo.

Si tuvo un episodio, no lo recuerda. Nunca los recuerda. No hay nadie aquí para darle su medicación ni acomodarle la manta mientras duerme para escapar del dolor, así que se queda sentado, respirando lo menos posible, con las costillas inflamadas y los labios mordidos hasta sangrar.

Es el tercer día que está…

Solo.

Encerrado.

El sudor se desliza por su nuca, pero no logra obligarse a quitarse el jersey ni a mojarse la cara con agua fría. El calor sofocante le

aplasta la boca como dos manos. Nunca bebió la leche ni tomó los medicamentos esa primera noche, y el hedor agrio del vaso intacto impregna la habitación hasta revolverle el estómago.

Viértelo en el lavabo. Límpialo. *Haz algo, joder*.

No hace nada.

Entonces, por fin, oye la llave girar en la cerradura.

Es una melodía, su salvación. Es otro golpe de vergüenza.

¿Ves? No era necesario hacer tanto escándalo. ¿Por qué eres así? ¿Por qué das tanta vergüenza…?

En lugar de correr hacia la puerta, se queda donde está, levantando las rodillas hasta apoyar la frente en ellas, ocultar el rostro y enterrar su humillación. Se siente tan devastado, tan agotado.

Incluso sin mirar, sabe que es Laurie quien está en la puerta. Debe de estar contemplando la escena: este santuario, esta prisión. Se oye un murmullo suave de disgusto cuando encuentra la fuente del olor agrio. Evander cierra los ojos con tanta fuerza que unos destellos blancos aparecen detrás de sus párpados; solo siente a Laurie pasar a su lado y llevarse el vaso al diminuto baño.

Cuando una sombra pesada cae sobre él, alza la vista.

Laurie lo observa con una expresión ilegible. Incluso con sus vaqueros costosos y la camisa blanca arremangada hasta los codos, no parece alguien que inspire confianza, con los botones superiores desabrochados y el cuello algo desordenado. Aun así, a pesar de todo, es un susurro de luz en la fétida opresión de la habitación.

–Fui con la ambulancia –dice Laurie al fin–. Ya sabes, obviamente llegaron demasiado tarde, pero el protocolo y todo eso, y… –Se detiene, frunciendo el ceño, aunque la expresión no parece dirigida a

Evander–. Tuve que quedarme hasta que el maldito abogado de mi abuelo me trajera de vuelta esta mañana.

Evander necesita un minuto entero de silencio para entender que esa es la explicación de por qué se quedó solo, olvidado. Por qué se supone que tiene que sentirse aliviado al saber que hubo gente en Hazelthorn todo el día y que nadie se molestó en ver cómo estaba. Por supuesto, no escuchó nada porque nunca escucha nada, no en esta parte del ala norte, con una puerta pesada de roble cerrada con llave.

–Pero él… –La voz de Evander brota con una aspereza húmeda–. Yo… yo… yo creí que quizá él no…

Pero se queda en silencio cuando Laurie hace una mueca de incomodidad.

–¿Terminó en un congelador de la morgue? –completa por él–. Bueno, sí. Estamos esperando a que llegue mi tía abuela para organizar el funeral.

Evander odia la manera en que le tiembla la boca, pero se obliga a asentir. Necesita recuperar la compostura y no comportarse como un mocoso impredecible y enfermo que exige demasiada atención cuando los Lennox-Hall están ocupados lidiando con una tragedia familiar. Byron Lennox-Hall ni siquiera era su abuelo.

Laurie empieza a tocarse la muñequera, mientras su mirada rodea a Evander y se detiene en la ventana.

–Pensaba que Carrington se había quedado aquí contigo, pero… creo que lo han ingresado. Ya sabes, por el susto y todo eso. –Hay una extraña indiferencia en su tono; está de luto, debería estarlo–. De todos modos, el abogado ya está aquí para leer el testamento. Así que levántate.

–¿Qué? –dice Evander, frotándose los ojos hinchados–. Pero yo no soy…

Laurie se encoge de hombros.

–Dice que no hace falta esperar a que lleguen mis parientes para la lectura, solo que viniera a buscarte. Así que hagamos una tregua.

Es una propuesta tan absurda que casi se ríe. Tiene el cabello pegado a la cara por el sudor de estos dos días de ansiedad, el estómago contraído por el hambre y la cara hinchada de tanto llorar. Hay una persona muerta… ¿y Laurie quiere una tregua?

–Pero… –empieza a decir Evander, y se aclara la garganta–. Ni siquiera entiendo por qué intentaste matarme. ¿Qué te he hecho para que me odies tanto? –La pregunta parece un lamento infantil vulnerable, y se le rompe la voz al final.

Algo ilegible juega en los labios de Laurie.

–Es difícil de explicar.

–Inténtalo –responde Evander con brusquedad, y enseguida se encoge, como si se arrepintiera del exabrupto.

Este no es él. Él habla con calma y respeto. Es un caballero, criado bajo la tutela meticulosa de Byron Lennox-Hall, y se ha pasado la vida intentando encajar en ese molde.

Tres días solo y ya está perdiendo su identidad.

–Hablemos después –dice Laurie por fin–. Cuando no tenga un abogado impaciente respirándome en la nuca.

Evander ha esperado siete años para entender por qué Laurie lo atacó, así que no debería importarle que sus puños temblorosos sigan sin respuestas. Siente los ojos cansados mientras observa a Laurie acercarse al armario de secuoya roja y revisar la colección de jerséis tejidos, chalecos y pantalones de tela áspera. La mayoría de

la ropa es vieja, recuperada de algún depósito, cortesía de algún Lennox-Hall fallecido. Laurie elige una camisa oscura y un jersey marrón de punto trenzado y los arroja a los pies de Evander. Huelen a naftalina.

Evander mira la ropa y luego la luz de la tarde que baña un lado del rostro de Laurie, envolviendo su piel en un halo que lo hace parecer un ángel dorado.

Alguien ha envenenado a Byron Lennox-Hall y, aparte de Carrington, solo queda una opción.



La mansión parece haber crecido, o quizá Evander se ha encogido y sus huesos se sienten inestables bajo su piel suelta. Sus brazos y piernas son como ramas verdes tiernas que se doblan demasiado. Sigue a Laurie a una distancia prudente, disimulando su necesidad de buscar apoyo en las paredes o subir la escalera un escalón cada vez. Pensar en el hambre le parece una irreverencia, pero no deja de rondarle la cabeza. No come desde hace tres días.

Al menos ya no parece tan desaliñado con la camisa abotonada hasta el cuello y metida dentro del pantalón, con el cinturón bien ajustado. El jersey está impecable y, pese al calor de la tarde, su grosor le resulta reconfortante dado que la ansiedad lo deja siempre con frío. Lo único que le falta son zapatos, algo a lo que ya no está acostumbrado porque cuando está solo nunca los necesita.

Laurie no dice nada mientras lo guía por la intimidante escalera principal hacia el despacho de su abuelo.

está muerto muerto muerto lo enterraron y se olvidaron de ti y él era el único que te quería y el único que se preocupaba por ti y ahora está muertomuertomuerto…

Odia lo poco que recuerda de estos pasillos: solo recuerdos de subir y bajar corriendo y gritando mientras jugaba con Laurie. Un vacío negro ocupa ese lugar, devorando los bordes de una infancia que debería conocer.

Le asusta pensar qué más podría olvidar.

Le asusta más preguntarse qué será de él ahora, sobre todo si Laurie aprovecha la ocasión para echarlo y librarse de él de una vez por todas.

No puede irse. No tiene idea de lo que el señor Lennox-Hall tenía planeado para su futuro, pero un vasto y desconocido vacío se extiende ante él. La universidad debía de ser el plan, de algún modo, considerando todo lo que estudiaba, pero no puede imaginarse saliendo de la propiedad. Solo pensarlo le oprime el pecho hasta casi hacerlo hiperventilar.

Si no estuviera tan hambriento, quizá podría compartimentar todas las preguntas que le clavan sus espinas en la carne interna de sus mejillas, encontrar la forma de contener el miedo, el dolor, la incertidumbre.

Pero, en su lugar, mantiene los hombros lo más rígidos posible cuando entra en el estudio de techo abovedado y librerías descomunales detrás de un enorme escritorio de madera oscura. Dos sillones de cuero rígido descansan junto a la antigua chimenea y unas alfombras persas de un verde bosque profundo cubren el suelo. Todo rezuma una austeridad lujosa con olor a humedad. Lo que le llama la atención son las ventanas ojivales, con el jardín

presionado con tanta fuerza que la vegetación ha dejado sus marcas en el cristal. Nunca un jardín había parecido tan furioso por no poder entrar.

Frente al escritorio hay dos sillas de madera. Laurie se deja caer en una de ellas con un suspiro aburrido.

–Ah, aquí estáis. –Un hombre se pone de pie detrás del escritorio y Evander casi se muere del susto.

Este debe de ser el abogado, aunque parece más bien un universitario joven con su traje marrón, su reloj pesado y costoso, su cabello rubio oscuro peinado hacia atrás y su loción de sándalo demasiado intensa para un espacio cerrado. Tiene una mandíbula angulosa y la calma casual de alguien que asiste a una fiesta en el jardín, y no de alguien que está a punto de leer el testamento de un hombre absurdamente rico.

En ese momento, Evander comprende que no ha hablado con nadie aparte de los Lennox-Hall y Carrington en siete años. No sabe cómo hablar con la gente. Probablemente debe de verse conmocionado allí de pie, mirando boquiabierto a este extraño.

–Un gusto conocerte, Evander –dice el abogado, esbozando una sonrisa radiante que resulta un poco demasiado intensa–. Mi nombre es Benedict Dawes y seré el albacea de este testamento. Por favor, siéntate. Ponte cómodo.

Evander se tira de las mangas del jersey y baja la vista hacia la alfombra.

–Bueno, primero debemos repasar algunas cosas importantes. –El abogado abre una carpeta de cuero y extrae varios papeles con bordes dorados, antes de mirar otra vez a Evander–. Lo siento, tú, eh… ¿puedes hablar?

Evander quiere derretirse en el suelo.

Laurie ríe.

–Claro que puede. En especial cuando puede discutir.

Dawes le lanza a Laurie una mirada severa y luego vuelve a Evander con una sonrisa compasiva.

–Imagino que esto debe de ser muy difícil para ti. Empecé a trabajar para el señor Lennox-Hall hace poco, pero era un hombre brillante. Ver que un aneurisma se lo lleve tan de repente es devastador.

Evander mira a Laurie, pero no reacciona. ¿Aneurisma? No fue… no, no puede haber sido eso. Evander ha leído algunos manuales de medicina por puro aburrimiento y, si bien nunca profundizó mucho sobre los aneurismas, está bastante seguro de que no implican que una espuma negra te brote de la boca ni que algo crezca en tu garganta. No fue el único que lo vio. No pudo haberlo imaginado.

La frustración le tensa el ceño y siente asomar un dolor de cabeza. No sabe cómo preguntar, así que toma la segunda silla, la arrastra unos metros hacia atrás y se deja caer en ella.

Dawes parpadea rápido.

Evander se cruza de brazos y frunce el ceño.

–Ah, y casi lo olvidaba –agrega Laurie–, me odia.

–Eh… bueno –dice Dawes, volviendo a sus papeles–. Bueno, esto no debería llevarnos mucho tiempo. ¿Estamos listos?

–Pregunta –dice Laurie, dejando que la corbata se deslice entre sus dedos–. ¿Qué pasó con Godfrey? Creí que él era el abogado principal de mi abuelo.

–Tuvo algunos problemas de salud –responde Dawes sin tomarse un momento–. El estudio me pidió que yo lo reemplazara.

–Claro –dice Laurie, sin gesticular mucho–. Qué conveniente.

Evander no logra concentrarse. Su pecho está lleno de cerillas y su lengua es una mecha empapada en grasa, y siente que en cualquier momento alguien va a golpear el pedernal y todo va a estallar. ¿Por qué mentirían sobre un aneurisma? Hazelthorn debería estar llena de detectives en busca de pistas para encontrar al asesino, pero no hay nadie. La mansión permanece en silencio, contenida, con todos sus secretos apiñados en su boca derruida.

Esto está mal. Todo está mal.

Dawes toma una sola hoja de la carpeta.

–Aquí está: «La última voluntad y testamento de Byron Laurence Lennox-Hall». Su propiedad, que en lo sucesivo se denominará Hazelthorn, quedará distribuida de la siguiente manera.

Un peso húmedo y enfermizo se asienta en el estómago de Evander. La terminología legal hace que su mente se disperse. Le cuesta tanto concentrarse cuando lo único en lo que puede pensar es en lo que pasará si lo expulsan de Hazelthorn. No cree que pueda sobrevivir. El calor se clava detrás de sus párpados y quiere irse. No pertenece aquí. No es querido.

–«…si he omitido en este testamento la voluntad de dejar mis bienes a mis descendientes, dicha omisión es intencional…»

El patrón de la alfombra parece despegarse del suelo y enredarse en sus tobillos. Va a vomitar. O va a tener otro episodio. Lleva demasiado tiempo sin su medicación.

Laurie emite un sonido bajo y gutural. El abogado ignora la tensión en la sala y continúa leyendo con solemnidad.

–«Todas mis propiedades, incluyendo la mansión Hazelthorn, así como la totalidad de mis cuentas, que ascienden a mil cien millones

de dólares en el momento de redactar este documento, serán entregadas a mi único heredero y actual protegido, Evander. He firmado este documento en pleno uso de mis facultades mentales, en fe de lo cual certifico estas firmas…»

Las palabras se vuelven barro. Luego, de pronto, se detienen.

El silencio cae sobre ellos.

Le lleva un momento de particular confusión comprender que Dawes ha pronunciado el testamento y asiente con firmeza. Eso es todo.

Fuera, las ramas raspan las ventanas del estudio cuando una ráfaga de viento sacude el jardín. Suenan como garras contra el cristal.

Laurie deja caer las patas de la silla con un golpe seco.

–¿Qué demonios? –dice–. ¿No me menciona en ningún momento?

–Parece que no –responde Dawes.

Una vez más, silencio.

Los latidos del corazón de Evander se vuelven lentos, como si cada uno sonara más enfermo que el anterior. Está de nuevo en la tierra, con la pala cayendo sobre él, mientras el azul del verano queda atrapado en los ojos acianos que lo miran, las mejillas salpicadas con pecas de su sangre.

Único heredero.

Único heredero.

Único heredero.

Antes, Laurie lo odiaba por el simple hecho de existir. Y ahora Evander le ha robado la herencia.

–Léelo otra vez –ordena Laurie con una frialdad letal.

–No va a cambiar nada –responde Dawes, ordenando los papeles, inmutable, aunque es evidente que ya había leído el testamento antes de llegar. No cabe duda de que por eso quería leérselo a ellos dos, sin ningún otro Lennox-Hall esperando alguna herencia que nunca habría llegado–. Evander tiene diecisiete años, ¿verdad? Entonces, al ser menor, quedará bajo la tutela del familiar más cercano de Byron, que supongo que debería de ser su hermana…

–Matadme ya –murmura Laurie.

–… Oleander Burnett –continúa Dawes–. Aunque veo que retomó su apellido de soltera, Lennox-Hall. Esto será temporal, hasta que Evander alcance la mayoría de edad y pueda disponer de la totalidad de la herencia. Ella también será tu tutora, Laurence, así que no tienes nada de qué preocuparte. Además, me comunicaron que varios familiares vienen en camino para el funeral, así que supongo que…

–¿Quiénes? –interrumpe Laurie, alzando tanto la voz que su cuello se pone rojo–. Mi abuelo les prohibió la entrada a todos hace siete años, no querría que viniera nadie.

Dawes se mantiene imperturbable, mientras gira un bolígrafo entre los dedos.

–Mantengamos la calma. No puedo impedir que tu familia venga a presentar sus respetos a tu querido abuelo. Además, todos están bastante entusiasmados por conocer a Evander.

Laurie se pone de pie de golpe y se vuelve hacia Evander.

–Tú –dice.

Evander no espera.

El único heredero de la mansión Hazelthorn sale disparado del estudio.

Corre a toda prisa por los pasillos y rincones de la mansión, atravesando el enrevesado laberinto de la casa hasta divisar la enorme puerta trasera de la cocina. Varios gritos lo persiguen, pero ya ha rasgado su universo deshilachado y abre la puerta y sale lanzado como por una explosión.

No entres en los jardines.

Pero ya no hay nadie que pueda detenerlo.



CAPÍTULO CINCO

Evander no está acostumbrado a la emoción devoradora de la resistencia. No tiene idea de lo que está haciendo, lo que explica por qué corre directo hacia el lugar que más teme. Aunque esto se siente menos como una decisión impulsada por la rebeldía y más como un instinto animal que le exige ir al suelo, cavar en la tierra, abandonar su piel y reemplazarla por otra con tal de no afrontar las verdades que lo acechan por detrás.

Su tutor está muerto.

Hazelthorn le pertenece.

Y todos lo odian.

Le duele la cabeza y siente la boca como si estuviera llena de ramas rotas. Está cansado de intentar que todo esto tenga sentido. Aparta esos pensamientos y concentra su energía frenética y disonante en lo único que puede sostenerlo ahora: la desesperación voraz por comer.

Tiene tanta hambre que apenas necesita un empujón para eclipsar su angustia por Hazelthorn, los Lennox-Hall, los aneurismas falsos y los posibles asesinos. Piensa solo en esto: meterse el mundo entero en la boca y triturarle los huesos con los dientes.

Fuera, el mundo está cubierto por una luz moteada y menguante; el sol ya está lo bastante bajo como para besar las colinas verdes de Nueva Inglaterra. Las sombras se aferran a los huecos entre los árboles y los setos desbordados, mientras Evander aminora su precipitada marcha y se interna con cautela en las profundidades del jardín. Cerezos silvestres crecen junto a los muros de piedra cubiertos de helechos culantrillos, y setos sin podar se derraman sobre senderos revestidos por un musgo mullido. Las hierbas fuera de control invaden los parterres, las celosías yacen rotas bajo enormes enredaderas y los rosales alcanzan alturas imposibles. Todo parece salvaje. Todo es despiadadamente vivo.

Puede sentirlo respirar, como si el jardín indómito lo observara con espinas que parecen dientes.

Encuentra un arco ahogado por glicinias y se refugia debajo, fascinado por la forma en que los pétalos caen como una cascada y se enredan en sus rizos.

No tiene idea de hacia dónde va.

Nadie lo ha seguido.

El sendero de adoquines se abre a una pequeña arboleda de ciruelos silvestres y a lo que sería un claro circular de césped, si alguien se molestara en cortarlo. El césped amarillento le llega a los muslos mientras avanza con las palmas abiertas, acariciando las suaves semillas en las puntas de las plantas que lo rodean. Finge que no está a punto de quedarse sin aire y que no se está clavando rocas y espinas en los pies descalzos. No pertenece aquí fuera. Debería estar dentro.

Aun así, el pánico se atenúa, y no se lo esperaba. Creía que salir despertaría sus recuerdos más monstruosos, sus miedos más

exasperantes, y ni siquiera estaba seguro de por qué el instinto lo empujó a esta huida frenética en primer lugar. Pero quizá necesitaba volver a ver el jardín, comprobar si el terror de su infancia había perdido filo.

Un muro se alza frente a él, cubierto por tantas enredaderas verdes que cuesta distinguir la piedra. Se detiene junto a una escultura de mármol de un fauno cubierta de musgo y se recuesta contra ella, presionándose la sutura a un lado del cuerpo. ¿Cómo se supone que alguien navegue por un jardín laberíntico como este? Parece diseñado para desorientar a cualquiera.

Quizá él es Ariadna y detrás de uno de esos muros lo espera el minotauro.

no entres en los jardines

El señor Lennox-Hall estará tan molesto cuando se entere de que Evander…

El pensamiento se interrumpe, tiembla, se deshace como papel mojado.

De pronto cree que está a punto de llorar. Luego, aún más inesperadamente, cree que está a punto de gritar.

El jardín parece zumbar. Los grillos cantan y el viento recoge las hojas secas en delicados remolinos. Puede sentirlo: la deslumbrante revuelta de maravillas verdes y limpias.

Nervioso, mira por encima del hombro y ve la inmensidad acechante de Hazelthorn, hundiéndose bajo la luz dorada de la tarde. Desde aquí, las enredaderas ya no parecen solo querer trepar por las paredes, sino estrangularlas. Al menos no está perdido. Puede encontrar el camino de regreso. Tampoco es que tenga en mente escapar.

Quiere estar solo, aunque sea un minuto.

O quizá una pequeña parte de él quiere recordar aquel día, el dolor, la traición. Tal vez necesita recordar lo peligroso que es Laurie Lennox-Hall para poder olvidar esos ojos azules y esa boca hermosa.

Nada le resulta familiar mientras pasa bajo ramas colgantes y se dirige hacia un invernadero abandonado. Tiene sentido que el señor Lennox-Hall le prohibiera salir: podría perderse, pisar una serpiente, sufrir una reacción alérgica al polen, hiperventilar hasta tener un episodio o simplemente entrar en pánico, porque eso es lo que hace.

Desearía no ser así, desearía encajar en la normalidad, ser alguien que puede mezclarse con personas de su edad, que va a la escuela y besa a una cantidad razonable de personas atractivas, y no se altera por una costura mal hecha en su ropa o por la mera existencia de los calcetines. Desearía que su mente avanzara solo en una sola dirección y no en decenas a la vez, y no desmoronarse en un desastre de pánico cuando algo sale mal.

Lo intenta, pero incluso intentarlo parece un fracaso.

La injusticia de todo se suma a la creciente agonía que lo desgarra por dentro. Aspira el aire del exterior con una bocanada corta y brusca. Al menos no ha olvidado esa parte de aquel día: la tierra en la boca, la sangre oscura acumulándose en sus manos desde el estómago abierto.

Frunce el ceño. Justo ahora se le ocurre preguntarse cómo un niño de diez años, con una pala larga, estuvo a punto de partirlo en dos.

Pero la evidencia está en su piel, así que no puede ponerlo en duda.

Entra en el invernadero. En otro tiempo debió de albergar vegetales, pero ahora lo único que queda son parterres de madera elevados, llenos de tallos secos de albahaca y algunas enredaderas de calabazas marchitas. Unas pocas tomateras han sobrevivido al abandono y Evander no se detiene a pensarlo. Arranca un tomate, deformado, y se lo mete en la boca.

Estalla sobre su lengua, dulce y ácido a la vez, mientras las semillas escurridizas se le quedan atrapadas entre los dientes. Empieza a hurgar entre las hojas para arrancar otro, y otro más, y se los mete en la boca tan rápido como puede. ¿Qué importa si se comporta como un animal? No hay nadie mirándolo.

Se limpia la boca y le echa un vistazo al invernadero. Los paneles de cristal están rajados, la mitad del techo se ha venido abajo y el suelo está cubierto de tierra y fragmentos de cristal. Los arbustos y enredaderas se presionan contra las paredes desde todos lados, como si el jardín lo observara con una intensidad implacable y feroz.

Empieza a comer más despacio y avanza con cautela por los senderos, esquivando macetas partidas de terracota y bolsas de tierra y fertilizante. Carrington tendría un ataque si viera al frágil y enfermizo Evander husmeando por aquí. Evander, con sus huesos de cristal y su mente trémula. En quien nadie confía lo suficiente como para dejarlo solo. A quien no se le permite tomar decisiones. A quien no se le permite salir de su habitación por si se lastima.

Y ahora es el dueño de esto.

Es el dueño de *todo esto*.

Tiene que ser un error.

Aun así, algo se enciende en su pecho, demasiado pequeño para aferrarse a ello y avivarlo. ¿Entusiasmo? ¿Pánico? No sabe

distinguirlos.

Todavía tiene muchísima hambre.

Le arranca todas las hojas a una planta de albahaca medio muerta y se las traga de un bocado. Luego empieza a hurgar en las bolsas de sustrato en busca de algún vegetal salvaje, tan concentrado que casi no registra las voces. Murmullos. Zapatos que crujen en el sendero. Oye un ligero quejido, como si alguien se hubiera encontrado con las espinas afiladas del acebo.

Entonces la realidad le golpea la mandíbula: qué estupidez haber entrado corriendo al jardín e invitar a un Lennox-Hall a cazarlo. Esta vez no hay ningún tutor en la casa que escuche los gritos y corra a salvarlo.

Los murmullos se definen fuera del invernadero. Las sombras al otro lado de los cristales sucios toman forma: un par de hombros, una cabellera dorada, una mano apartando enredaderas, mientras tropieza con la puerta.

Evander se lanza detrás de unas bolsas de tierra, acurrucándose tanto como puede con las rodillas pegadas al pecho. Su cuerpo es solo un ovillo de ansiedad, su estómago, un nudo de desesperación, mientras ruega al universo desde la jaula de huesos de sus dedos agitados:

No permitas que me encuentre.

Ni que me haga daño.

No otra vez.

Una pala de jardinería yace a sus pies y la toma con cuidado.

Ya están dentro, avanzando sin cuidado por el suelo cubierto de basura, mientras el cristal cruje bajo sus pies y las calabazas muertas estallan al ser pisadas. Evander se agacha aún más detrás

de las bolsas y ve pasar dos zapatos Oxford marrones a solo centímetros.

–Deja de exagerar, Benedict. No ha podido haberse ido tan lejos.

–Mira, me preocupa –dice el abogado, y en su voz hay más que simple inquietud–. Tu abuelo parecía bastante estricto con mantenerlo… dentro.

–¿Y conocías tan bien a mi abuelo? ¿Qué fue lo que realmente le pasó a Godfrey?

Se oye el suspiro agotado de Dawes.

–Ya te lo he dicho, no se encuentra bien. No hay ninguna conspiración. Yo también trabajo para tu abuelo…

–Trabajabas –lo corrige Laurie, inexpresivamente–. ¿Recuerdas? Algo se lo llevó.

Hay una larga y tensa pausa. Luego siguen avanzando, aunque Dawes añade, con una precisión fría:

–Sospecho que algo te molesta.

–¿Quieres una estrellita por darte cuenta? –responde con una ligereza cargada de sarcasmo.

Evander no se mueve. Es curioso observar cómo se comportan cuando creen que no puede verlos, e intenta concentrarse en eso, no en el dolor de barriga que le dejó atracarse de tomates. El abogado abandona su tono relajado y parece molesto con Laurie en un nivel que roza lo poco profesional.

–Solo encuéntralo –sentencia Dawes, aunque su voz suena distante–. Necesito que confíes en mí, así yo puedo…

Un par de pasos crujen sobre las esquirlas de cristal en dirección a la salida y oye a Dawes maldecir, ya que debe de haberse enredado con una enredadera, pero luego todos los sonidos se desvanecen,

dejándolo envuelto en la densa oscuridad del invernadero vacío. Exhala despacio, relajándose contra las bolsas de tierra. Su peso las hunde y hace que el sustrato de bolitas blancas como perlas se derrame en el suelo. Se queda mirándolas rodar por el suelo, destellando débilmente.

El silencio le palpita en los oídos.

Pasa un segundo, luego otro.

Su brazo se siente ajeno, desconectado de su cuerpo tembloroso, mientras la mano se hunde en la tierra.

Ahora la tiene en la boca. Sus dedos empujan más tierra entre sus labios. Mastica. *Sin pensar, sin pensar*. El compost se le pega a la lengua, se le mete entre los dientes. Su mandíbula se abre y se cierra. Terrones húmedos y asquerosos de tierra se deslizan por el fondo de su garganta.

Está aterrado, está eufórico; tiene tanta, tanta hambre.

¿qué estás haciendo qué qué qué estás…?

Es algo fétido. Descontrolado. Traga.

Vuelve a meter la mano en la bolsa, sus dedos como huesos blancos y temblorosos, y levanta otro puñado, pero entonces sus nudillos rozan algo duro. La distracción lo sobresalta y, por un momento, cree que va a vomitar. Luego se obliga a usar la pala para cavar en la bolsa hasta desenterrar un objeto pequeño y rectangular. Un cuaderno verde y grueso, con tiras de cuero sin curtir, descansa en su mano. El título está cubierto de restos secos de compost y lo limpia con la uña del pulgar.

Guía de campo de Hazelthorn.

–Hola.

Evander grita.

Lanza la pala por puro instinto y rebota contra el hombro de Laurie cuando este se agacha. Grita y casi pierde el equilibrio al levantar las manos, rendido.

–Qué demonios… ¡Cálmate! –exclama Laurie, mirando la tierra que ahora mancha su camisa blanca–. Tienes que volver dentro.

–No –dice Evander, intentando arrastrarse hacia atrás como un gusano, pero ya está contra la pared del invernadero. Decide fingir que el grito agudo no ha salido de él y, en su lugar, se cruza de brazos con fuerza sobre la guía de campo y se encoge–. Déjame solo.

–No puedes estar aquí fuera –dice Laurie, y se toma un momento–. Dawes ya se ha ido, por cierto. Solo estamos tú y yo.

Podría ser una amenaza. Lo parece.

El corazón le late en la garganta como el de un conejo.

–No me toques.

–No… Dios, no quiero pelearme contigo –dice Laurie, pasándose los dedos por el tabique nasal, genuinamente cansado–. Solo quiero que entres antes de que te hagas daño. Está oscureciendo y Dawes todavía necesita hablar contigo… Y, por cierto, ayudaría bastante que le demostrases que eres, al menos, funcional.

Sus palabras lo cortan como una hoja de papel, aunque no puede explicar por qué. *Funcional*. Odia esa palabra. Odia cómo lo degrada.

Su inquietud debe de ser evidente en su rostro, porque algo cruza los ojos de Laurie, algo que casi parece vergüenza. Y luego desaparece.

–¿Qué tienes ahí? –pregunta Laurie, con los ojos entrecerrados y la voz apagada, y arrastra las palabras como si apenas le importara la respuesta, aunque Evander sospecha que es solo una fachada.

En el despacho, Laurie había estado a punto de estallar de ira; su cuello se veía tenso y había levantado la voz. Pero ahora no queda rastro de esa ira. Alguien capaz de apagar así sus emociones debe esconderlas en algún lugar oscuro, donde se vuelven más frágiles y tóxicas.

Sea lo que sea lo que Laurie siente de verdad, está acostumbrado a no mostrarlo. Eso es peligroso. *Él* es peligroso. Y, aun así, lo único que Evander siente es una corriente eléctrica que le recorre toda la piel.

–Es mío –dice, sin saber de dónde saca la audacia–. De hecho, todo esto es mío según tu abogado. Así que basta… deja de decirme qué hacer.

La boca de Laurie es una línea inexpresiva.

–Vaya. De verdad estás hecho para ir heredando fortunas. Me alegro de que te lo tomes tan bien.

Pero Evander no se lo está tomando bien. Quiere explotar y gritar que no entiende por qué lo eligió como heredero el hombre que lo único que hizo fue mantenerlo encerrado como una muñeca de porcelana en un estante y que apenas se dignaba a visitarlo. Quiere decir que todo esto es un error. Que no puede administrar una propiedad tan vieja y tan grande como esta. Que está enfermo. Que todo está *tan, tan mal*.

Pero lo único que hace es quedarse quieto, sentado con los músculos temblándole, mientras se obliga a mantenerse firme.

–Ahora que has terminado de decir «mío» como un niño malcriado –dice Laurie–, ¿puedes, por favor, por el amor de Dios, entrar antes de que tenga que obligarte? Cosa que no quiero hacer porque vas a estropear aún más mi camisa.

–Voy a pelear –murmura Evander.

Laurie suspira.

–Y yo voy a doblarte como un sobre y a cargarte literalmente sobre un hombro. Deja de hacer el ridículo.

La guía de campo, piensa Evander, podría servirle para estrellarla contra esa cara bonita.

–No voy a salir –dice– hasta que tú retrocedas.

–Está bien –dice Laurie, levantándose y apoyándose exageradamente contra el marco de la puerta.

Evander sale con dificultad de entre las bolsas de tierra y guarda la guía de campo con cuidado bajo el jersey; sabe que a Laurie le va a molestar no ver lo que es. Luego intenta pasar pegado al marco de la puerta, pero Laurie levanta un brazo y le bloquea el paso. Tiene varias hojas húmedas adheridas a la manga.

Sus miradas se cruzan: el ceño fruncido de indignación de Evander y la boca de Laurie ladeada con esa mueca altanera e insoportable.

Evander aprieta los dientes.

–No me toques.

–No te estoy tocando.

–Entonces apártate.

–Puedes pasar.

–¡¿Quieres que vuelva dentro o no?! –Su voz alcanza un nuevo nivel de ira–. ¿Por qué eres así?

Laurie abre la boca para decir algo, se detiene y esboza apenas una sonrisa.

–¿Qué ibas a decir? –pregunta Evander, atrapado en una espiral de indignación de la que no puede escapar.

–Ah –dice Laurie–, no estás listo para todo lo que quiero decir.

Evander ya ha tenido suficiente. Se agacha para pasar por debajo del brazo de Laurie, pero este se mueve rápido y se le cruza en el camino.

–Espera. Solo te voy a tocar una vez, lo prometo –le sujeta la barbilla con un gesto suave y rápido y luego le inclina la cabeza.

Evander no llega a reaccionar antes de que Laurie apoye el pulgar en la comisura de sus labios. Frota la piel y Evander siente el sabor de la tierra hasta que desaparece.

–Ya –dice Laurie al soltarlo, y, durante un segundo, sus labios se tensan–. Para que Dawes no tenga un infarto cuando vea lo que has estado haciendo.

Sabe lo que hizo. Es probable que incluso lo haya visto. Sus mejillas se sonrojan y aparta la vista.

–¿Por qué esperaste a que se fuera para hablar conmigo?

–Por nada –responde Laurie, y es obvio que es una mentira.

No entiende a Laurie, no entiende sus sonrisas siniestras, su elocuencia y su insolencia despreocupada. Pero lo peor es darse cuenta de que ha olvidado tener miedo, aquí, en el jardín, frente al chico que una vez intentó matarlo y ahora tiene el doble de motivos para volver a intentarlo. En cualquier momento, Laurie podría cerrar los dedos alrededor de su frágil garganta.

Y una parte de él casi desea que suceda.

Solo que esta vez se defenderá.



CAPÍTULO SEIS

Evander deja un rastro de tréboles ensangrentados a su paso al entrar en la cocina. Solo ahora empiezan a dolerle los pies por el castigo del exterior sobre su piel sensible, y registra mentalmente todos los cortes en el dorso de las manos y los fragmentos de cristal del invernadero clavados en los talones. Incluso el dobladillo de su jersey está descosido y varios espinos han quedado prendidos en la lana, como si el jardín hubiera intentado atraparlo mientras corría.

No es momento de mostrarse débil, pero, por primera vez en su vida, desea de verdad que Carrington aparezca en alguna esquina y lo regañe antes de solucionarlo todo.

No sabe cuidarse, no entiende qué cosas pueden hacerle daño hasta que ya es demasiado tarde.

El resplandor cálido de la cocina lo obliga a entrecerrar los ojos mientras avanza con dificultad hacia un pequeño rincón pintoresco. Está apartado del paso principal: un banco circular empotrado, con cojines que huelen a húmedad y una mesa redonda marcada por décadas de uso. Se deja caer sobre el banco y considera apoyar la cabeza en la mesa. El cansancio lo aplasta como una tonelada de ladrillos.

Laurie entra detrás de él, cierra la puerta con fuerza mientras saca el teléfono del bolsillo y se lo lleva a la oreja. Lo único que dice es:

–Gato salvaje acorralado.

Y corta la llamada antes de que puedan responder. Mira con frialdad el desastre que es Evander.

–No soy un gato salvaje –dice Evander con rigidez.

Laurie levanta una ceja.

–¿Pensaste en arrancarme los ojos con las uñas en algún momento de las últimas veinticuatro horas?

–Diría que en los últimos cinco minutos –murmura Evander.

–Gato. Salvaje –dice Laurie, inclinándose sobre el fregadero para intentar limpiar la tierra de su camisa blanca. La mancha se extiende.

Evander resopla y se lleva uno de sus pies maltratados sobre el regazo, sintiendo dolor al quitarse una espina. La guía de campo empieza a deslizarse desde debajo de su jersey y se sacude para atraparla antes de que Laurie la vea. Es algo que le corresponde explorar a solas. Algo en ella captó su atención, no solo porque estaba escondida, sino porque quizá sea exactamente lo que necesita. Una guía para el monstruo que ha heredado.

Es casi demasiado conveniente haberla encontrado así.

Cuando levanta la vista hacia las ventanas abovedadas, el jardín salvaje parece haberse aferrado aún más a la mansión, con ramas y enredaderas presionadas contra el cristal. Hay que podarlo. La luz del sol debe de tener dificultades para entrar con tantos arbustos sofocando las ventanas.

La cocina se siente extraña, como un fantasma en su memoria, igual que tantas otras partes de Hazelthorn. Es probable que haya

comido sándwiches de pepino y pasteles de limón en ese mismo rincón con Laurie, pasando el tiempo juntos y comportándose como dos niños alborotados, mientras sus padres comían serenamente en el comedor elegante al otro lado del pasillo.

Pero eso es solo lo que cree que debería recordar. Lo que realmente recuerda es estar tumbado sobre esta mesa, sintiendo el olor de sus entrañas perforadas, deslizándose por la madera, mientras el señor Lennox-Hall le gritaba a Carrington que trajera más vendas.

–¿Tú me abriste la puerta? –pregunta con un tono más exigente del que pretendía–. ¿La noche en que murió tu abuelo? Alguien destrabó mi puerta.

Laurie está junto al congelador. Lo abre y revisa su contenido sin demasiado interés. Ni siquiera se molesta en volverse hacia él.

–¿Por qué iba a abrirte la puerta?

–No lo sé –la frustración se filtra en su voz–. No creo que Carrington la destrabe y se vaya –se quita otra espina del pie–. Nada tiene sentido. ¿Qué tiene de malo el jardín?

Laurie se golpea la cabeza contra el congelador con tanta fuerza que Evander se sobresalta.

–Cielos… –dice Laurie, frotándose la cabeza, y deja dos paquetes congelados sobre la encimera antes de cerrar el congelador de golpe, como si fuera una venganza personal–. ¿A qué te refieres? ¿A que necesita una poda? Porque sí, eso creo.

–No –decide hablar despacio y con claridad, por si este chico obtuso estuviera intentando oír solo lo que le conviene–. Me refiero a por qué está tan abandonado. ¿Por qué no hay jardineros en Hazelthorn? ¿Por qué…? ¿Por qué se siente…? –Pero no puede decir

tan salvaje, tan agresivamente vivo, porque tal vez así es como se siente cualquier exterior después de estar encerrado durante siete años. Exhala y lo intenta de nuevo–. Lo último que tu abuelo me dijo fue que nunca entrara en los jardines. ¿Por qué?

–Primero que nada –dice Laurie, aún con una mueca de dolor, mientras mira el congelador con rabia–, qué detalle tan encantador ignorar las últimas palabras de un hombre moribundo. Muy dulce por tu parte. Segundo, ¿me ves cara de saber cómo funciona el cerebro retorcido de Byron Lennox-Hall? Porque no. Haz una sesión espiritista y pregúntaselo.

–No eres muy respetuoso –dice Evander.

–Intento no serlo –responde Laurie, esbozando la sonrisa más sincera que, de algún modo, también resulta profundamente condescendiente.

Evander siente el pecho lleno de azufre. No es una persona iracunda. Él no es así. Es solo que Laurie es insoportable.

Hablar con él no tiene sentido, así que sigue quitándose espinas del jersey e ignorándolo, mientras Laurie raspa la escarcha de los paquetes que, ahora lo entiende Evander, son pizzas congeladas. Se le hace la boca agua.

Un par de pizzas congeladas resulta incongruente en una cocina como esta, donde los tiempos remotos están presentes hasta en los cimientos de piedra. Unas vigas gruesas de madera atraviesan el techo, aún ennegrecidas de la época en que el horno de leña se encendía junto a la enorme chimenea para cocinar para el señor de la mansión. Las volutas originales siguen decorando la chimenea; los viejos ganchos de hierro para los enormes calderos y el espetón de asar permanecen intactos. Todo es oscuro y opresivo: las paredes de

madera, los apliques de hierro, las ollas de hierro fundido colgadas en lo alto. Al doblar la esquina está la despensa del mayordomo, y Evander siente un impulso repentino de meterse allí y devorar todo lo que encuentre.

Pero no pueden verlo de esa manera. No puede mostrarse hambriento, descuidado y salvaje; debe ser el caballero aplicado, silencioso y considerado que el señor Lennox-Hall crio meticulosamente. Quizá por eso lo llenaba de libros y rompecabezas de lógica y de otras pruebas. Todo era una preparación para la herencia.

Y, aun así, *nada tiene sentido*.

La puerta trasera se abre de nuevo y Dawes entra justo a tiempo para encontrar a Laurie seleccionando una botella de vino del botellero que ocupa toda la pared, desde el suelo hasta el techo, junto a la despensa. Sus brazos están llenos de arañazos, como si hubiera luchado contra un erizo para llegar hasta allí, y sus zapatos caros están cubiertos de barro. Frunce el ceño mientras cierra la puerta y luego alterna la mirada entre ambos.

–Bien, lo has encontrado. ¿No deberíamos ponerlo en…? –Se queda en silencio como si recordara que Evander puede oírlo.

–¿Qué? –dice Laurie–. ¿En su celda?

Dawes se frota la sien.

–Laurence. Lo juro, yo…

–No delante del bebé –dice Laurie.

Evander se endereza en la silla y el pecho se le enciende con una ira fulgurante.

–No soy un bebé.

–Me refería a mí –dice Laurie con calma–, pero bueno.

Dawes parece arrepentirse de toda su carrera.

–No estoy del todo seguro de si debería dejaros solos esta noche, pero tu tía abuela me dijo que llegará mañana a primera hora. –Se ajusta los puños de las mangas y mira molesto la tela rasgada–. Y otra cosa, Laurence, devuelve ese vino a su sitio. Eres menor de edad.

Laurie suspira y deja la botella sobre la encimera con tanta fuerza que casi la rompe.

–Culpa mía, lo olvidé.

–Entiendo que estamos un poco alterados –continúa Dawes–. Yo solo sigo los últimos deseos de tu abuelo. Esto es lo que él quería. Yo no soy tu enemigo –logra esbozar una sonrisa tensa.

–O –dice Laurie, con demasiado entusiasmo– podría contratar a mi propio abogado e impugnar esa porquería de testamento. Es falso, es evidente.

Dawes no parpadea.

–No creo que tengas dinero para eso.

El silencio que sigue es monstruoso y absorbe todo el aire de la habitación. Laurie no se inmuta, pero sus ojos brillan con una violencia peligrosa.

Entonces Evander comprende, con brutal claridad, que Laurence Lennox-Hall ya no tiene ni un solo céntimo a su nombre. Sus pertenencias, su educación y su estilo de vida lujoso eran financiados por su abuelo. Byron no solo le dejó todo a Evander, sino que además desheredó a su propio nieto de manera tan absoluta que ni siquiera se molestó en especificar quién se haría cargo de él. Lo arrojarán al familiar más cercano, igual que a Evander. Solo

tienen diecisiete años. Y Byron, claramente, solo se preocupó por uno de ellos.

Un mareo enfermizo lo hace desear derretirse entre las frías losas del suelo hasta que los demás resuelvan este desastre sin él. Aunque no está a salvo allí. Tranquilamente podría despertarse esa misma noche con la garganta degollada y la herencia de vuelta en manos de Laurie, en un ciclo que lo devuelva al punto de partida. Si Laurie intentó matarlo una vez, podría hacerlo otra vez.

Evander puede verlo ahora: la boca caliente y húmeda de Laurie sobre sus huesos.

Siente que se le revuelve el estómago de una manera extraña.

Dawes le da una palmada incómoda en el hombro a Evander, pero parece arrepentirse del contacto. Empieza a hablar más despacio cuando añade:

–Avísame si necesitas algo, ¿de acuerdo? Como tu abogado, es mi trabajo asegurarme de que estés a salvo y protegido. –Se endereza y su voz adquiere un tono más nítido y firme, lo que significa que le está hablando a Laurie, la verdadera persona en la habitación–. Y solo como recordatorio, el testamento estipula que, si Evander no puede recibir la herencia, todos los fondos disponibles a nombre de Byron Lennox-Hall serán donados a distintas organizaciones benéficas y la mansión Hazelthorn será demolida.

Evander mira de reojo a Laurie, que observa la botella de vino como si estuviera considerando lanzarla contra la pared.

Dawes levanta su maletín, se ajusta las gafas y consulta su reloj.

–Volveré mañana. Hay que poner en orden algunos asuntos de tu abuelo y su despacho, así que me veréis aquí varias veces durante

las próximas semanas. He cerrado el despacho con llave. Por favor, no entréis.

–¿Por qué no pasas la noche aquí? –La sonrisa de Laurie es tan afilada como una navaja–. Podrías ahorrarte el viaje.

Un músculo se tensa en la mandíbula de Dawes, pero sonríe de todos modos.

–No será necesario.

–Sabes que el viejo cabrón nunca permitía que nadie entrara en la propiedad –dice Laurie–. Apenas me dejaba quedarme a mí cuando terminaba la escuela. Así que tienes que entender que nunca querría que mis familiares vinieran…

–Tu familia está atravesando un duelo muy difícil –responde Dawes–. Es natural que quieran presentar sus respetos en el funeral.

–O que quieran intentar quedarse con mil millones de dólares –masculla Laurie–. Sabes que todos van a perder la cabeza cuando descubran que tampoco van a recibir ni un céntimo, ¿verdad?

Dawes levanta la mano, como si se rindiera.

–Estoy obligado por la ley, al igual que este testamento, y mi trabajo ahora es hacer todo lo posible para defender los intereses de Evander.

Evander forma dos puños y los pequeños cortes en sus manos se abren apenas, dejando al descubierto su carne húmeda y roja. Un sabor amargo le llena la boca y no cree poder pronunciar una sola palabra a través del nudo que le obstruye la garganta.

–Pero… –Está temblando y sus uñas clavan lunas crecientes en sus palmas–. Pero ¿qué…? ¿Qué hay del asesino?

Dawes se detiene justo en la puerta y su sonrisa parece de plástico.

–¿Disculpa?

–¿No necesitamos detectives y… un equipo forense y una autopsia para saber quién…? –Se queda en silencio, sintiendo cómo el estómago se le retuerce por el esfuerzo de articular tantas palabras ante un extraño.

No entiende por qué le cuesta tanto cuando las palabras le salen con tanta facilidad cuando discute con Laurie.

–Byron Lennox-Hall –dice Dawes con una voz lenta y mesurada– murió por un aneurisma. –Mira un instante a Laurie–. Creo que la medicación de Evander está en la despensa. Carrington mencionó algo sobre un jarabe sedante para cuando está agitado.

Un pánico abrasador le llena la boca, pero no dice nada. Se hunde aún más en el rincón e intenta respirar despacio. No parecer alterado. No comportarse de manera irracional. Tiene que mantener el control.

Y, aun así, no cree haber sonado exaltado.

Le parecía una pregunta razonable.

Laurie se cruza de brazos, con una expresión ilegible.

–Iré a buscarla. Buenas noches, Ben.

Dawes sale de la cocina con rapidez y sus pasos resuenan por los pasillos largos y vacíos mientras se dirige a la puerta principal.

El silencio cae sobre ellos, interrumpido solo por el lento tictac de un antiguo reloj en un rincón.

Están solos. No deberían estar solos. No pueden estar solos.

Pero Evander tampoco quiere quedarse apático y somnoliento por la medicación, no cuando necesita pensar… y protegerse.

Mantiene la atención fija en el suelo.

–No voy a causar problemas –dice en voz baja; nadie podría acusarlo de estar desesperado.

Laurie ríe.

–No voy a drogarte por hacer preguntas que la gente no quiere responder.

Evander lo mira con desconfianza, como si no supiera si Laurie está siendo amable o no. Sus miradas se cruzan apenas un segundo y le duele reconocer esa perspicacia brillante, esa astucia que lo fascinaba cuando era niño y en la que ya no puede confiar.

–No fue un aneurisma –dice Evander, apenas moviendo los labios.

Un cajón se abre y se cierra con tanta fuerza que lo sobresalta. Laurie parece aburrido mientras revisa el siguiente cajón.

–¿Dónde guarda el sacacorchos Carrington? Por cierto, creo que deberías despedir a tu abogado, señor multimillonario –pronuncia *abogado* como si fuera una broma–. Me parece insoportable.

La cantidad de dinero es tan obscena que Evander ni siquiera logra concebirla como algo real, y menos aún cree tener acceso a ella antes de cumplir los dieciocho. Ahora mismo no importa, no cuando todos ignoran lo que realmente ocurrió.

–¿Viste a tu abuelo? –pregunta Evander, tragando con fuerza–. Después de que se lo llevaran…

–No –responde Laurie, frunciendo el ceño mientras observa un cajón lleno de porquerías y lo cierra.

Evander traga con fuerza.

–Entonces no viste señales de envenenamiento. Sus venas se volvieron negras en el invernadero, ¿recuerdas? Y la piel se le puso morada y tenía algo en la garganta…

–Está muerto –dice Laurie sin inflexión en la voz–. No se va a levantar de entre los muertos.

–¡Pero no se trata de eso! –dice Evander, poniéndose de pie, ignorando la punzada de dolor y la sangre que gotea sobre las losas del suelo–. ¡Deberían hacerle una autopsia! Literalmente lo asesinaron delante de nosotros y no te importa, lo que significa que sabes quién lo hizo… o-o-o tú lo hiciste. –Una voz lejana en su mente lo advierte de que piense en las consecuencias de lanzar acusaciones así, pero no puede detener esta avalancha–. El té… estoy seguro de que estaba envenenado. Y si alguien más lo hizo, entonces no tenemos ni idea de quién nos está observando. ¿Tu abuelo tenía muchos enemigos?

–Es rico. ¿Qué crees? –responde Laurie, deja de buscar el sacacorchos y lanza las pizzas congeladas al horno como si fueran platos voladores.

No va a hacer daño a Evander ahora; no le conviene. *Esperaría*.

–¿Ya has terminado de acusarme de todo? –pregunta Laurie.

–Eso es exactamente lo que haces cuando investigas un asesinato –dice Evander, apretando los dientes–. Acusas a la gente.

Laurie se recuesta contra el fregadero y se cruza de brazos, con una expresión despreocupada.

–Entonces vamos a acusarte a ti. Tú fuiste el último que estuvo con él.

Una sensación de pánico sofocante empieza a subirle por la garganta mientras los bordes de su visión se oscurecen, como si le susurraran una única palabra:

episodio

No, no, está bien. Está bien. Se balancea apenas, aunque aún mantiene un brazo presionado contra el abdomen para ocultar la guía de campo. En la boca siente un sabor salobre, como agua estancada en una tumba inundada.

–No fui yo –dice, y su voz le llega desde muy lejos–. Era mi… Se preocupaba por mí. Era la única persona que tenía.

–Claro. Lo que tú digas.

No tiene sentido hablar con él. Evander debe recordarse que ese chico es el diablo con cuernos de oro bajo sus rizos dorados, y que quedarse a solas con él es como llevarse un puñado de brasas a la boca y preguntarse por qué queman.

Su pecho está demasiado tenso por el agotamiento y nunca se había sentido tan desconectado. No hay seguridad en esta casa, no cerca de alguien capaz de mentir con tanta ligereza.

Todo lo golpea tan fuerte que le cuesta respirar. Está solo. Nadie va a venir a salvarlo.

Sale apresuradamente de la cocina mientras Laurie observa cómo las pizzas se descongelan en el horno. Le grita:

–Pensaba que tenías hambre –pero su tono está teñido de sarcasmo.

–Puedes llevarme una porción cuando esté lista –responde Evander por encima del hombro, subiendo por la escalera de dos en dos.

La voz de Laurie se pierde a lo lejos, ahora sin disimular la irritación.

–El señor de la mansión ha hablado, supongo.

La guía de campo se desliza por debajo de su jersey y logra atraparla justo a tiempo antes de que caiga por la escalera. Empieza

a correr hacia el ala norte, con mil avispas zumbándole dentro del cráneo.

Un asesinato no es tan difícil de resolver. Si tienes las pruebas. Si tienes a los sospechosos. Si estás desesperado por no ser el próximo en morir.



CAPÍTULO SIETE

Una pesadez apagada se asentó sobre Hazelthorn al caer la noche. Evander solo se equivoca de dirección dos veces antes de encontrar el pasillo retorcido que conduce a su habitación. Una vez dentro, cierra la puerta y apoya la espalda contra ella, con la respiración acelerada, sin saber si debería sentirse agobiado por su regreso o aliviado por hallarse en un lugar familiar. El terror que sintió cuando lo encerraron durante tres días ahora le parece irracional.

Este espacio es suyo.

Aquí está a salvo.

Allí está su cómoda cama con dosel, sus estanterías repletas de libros, su escritorio en el rincón, la estrecha puerta verde que conduce al baño, la mesita de noche con una foto enmarcada de sus padres, el nicho junto a la ventana donde ha pasado miles de horas observando crecer el jardín.

Cree que todo le resultaría más agradable si la puerta no estuviera cerrada con llave.

Sin perder tiempo, comienza a rebuscar en los cajones de su escritorio en busca de uno de sus cuadernos amarillos nuevos y sus fichas. Tener hojas nuevas para escribir es una indulgencia que

nunca le han negado. Cada vez que recibe una caja de manuales escolares, viene acompañada de una colección de bolígrafos y libretas, clips y cinta adhesiva, y le encanta el aroma reconfortante del papel nuevo y de la madera de los lápices. Torres de libros de texto y tareas a medio terminar se amontonan sobre el escritorio, y despejarlo todo parece demasiado trabajo, así que se deja caer en la cama con sus suministros y destapa el rotulador negro con los dientes.

Escribe los nombres de todos los sospechosos en mayúsculas, cada uno en su ficha correspondiente.

CARRINGTON

LAURIE

DAWES

El último nombre es una sospecha infundada, sobre todo porque Dawes ni siquiera estaba aquí, pero hay algo en él que le resulta extraño. Administrar los asuntos de un multimillonario fallecido sería un logro enorme para alguien tan nuevo en la profesión, y el hecho de que el abogado anterior estuviera «enfermo» resulta demasiado conveniente.

Si Evander reúne información, la organiza por escrito y encaja todas las piezas, todo tendrá sentido. Es lo único que impide que el dolor aflore por las fisuras de su corazón roto. Encontrará una manera de hacer que la muerte tenga sentido.

Ha leído novelas policíacas, presenció una investigación real en uno de sus documentales, aunque fuera filmado hace treinta años, pero cuenta, y tiene un buen punto de partida: qué preguntas hacer, qué buscar. Lo principal que debe considerar es que un desconocido pudo haber entrado en Hazelthorn la noche del asesinato.

La persona que destrabó su puerta.

Sería una buena distracción, ¿verdad? Liberar al muchacho encerrado y ver si provoca suficiente caos mientras esa persona envenena el té en la cocina. Pero lo único que Evander hizo esa noche fue mirar a Laurence Lennox-Hall.

Tiene que desmontar la jaula de mimbre que forman sus costillas y buscar, entre tanta putrefacción, la razón por la que está tan obsesionado con ese chico. Lo desea. Piensa en él todo el tiempo. Incluso cuando Laurie está en la escuela, Evander se tumba en su cama e imagina cómo debe de verse en clase, golpeando un lápiz contra sus labios o intentando alcanzar un libro en un estante alto. Laurie es un pecado reprimido cuando inclina la cabeza hacia atrás de una forma que parece suplicar un beso.

Aunque eso no significa que Evander besaría a alguien así. Sería como tragar veneno y disfrutar de su sabor. Puede imaginarse besando chicas y le gusta la idea, así que su adicción por Laurie debe de nacer de la inanición, de la privación, de los recuerdos de una amistad de la infancia arruinada que no logra superar. No va a quedarse sentado, dejando que la desolación lo pisotee sin tregua.

Su tutor murió. Tiene que concentrarse en eso.

Da la vuelta a las fichas y escribe *posibles móviles* en una columna.

Carrington es el sospechoso obvio, dado que fue quien sirvió el té, pero no tiene ningún motivo para haberlo hecho. Ser el encargado de Hazelthorn es toda su vida. Puede que Evander no le guste y que su cuidado diario le resulte una tarea agobiante, pero entonces, ¿por qué no envenenar su leche en lugar del té del señor Lennox-Hall? Carrington habla de su empleador con una devoción reverente y no

se ha retirado pese a haber cumplido toda una vida de servicio. Además, su grito de horror en el invernadero sonó real y, sin duda, no podría fingir quedar hospitalizado por la conmoción.

Lo que Evander tiene que hacer es interrogarlo. Tiene que encontrar la manera de hacerlo.

En la ficha de Dawes escribe: *gran impulso para su carrera* y *libre acceso a la propiedad*, aunque parecen más conjeturas que hechos.

Pasa a la ficha de Laurie y su cerebro se deshace en un charco pegajoso. Por supuesto, memorizó esa declaración condenatoria: *Odio a ese viejo bastardo. No veo la hora de que se pudra bajo tierra.* Ahora es una prueba. Pero no parece muy inteligente asesinar al abuelo que financiaba su vida y su costosa educación, a menos que creyera que lo heredaría todo al ser el único nieto.

Tras unos momentos de masticar la tapa del bolígrafo, Evander añade: *además es un cretino* en la ficha de Laurie y se siente satisfecho.

Un ligero golpe en la puerta le hace levantar la cabeza de golpe. Está acorralado. No está a salvo.

La voz de Laurie suena amortiguada desde el otro lado.

–Pizza en la puerta, mi señor.

Tras un largo instante, las pisadas se alejan.

Evander espera un momento para asegurarse de que no sea una trampa y luego se acerca a la puerta para pegar la oreja al roble macizo. Silencio. Con cautela, la abre y espera que Laurie se materialice frente a él con algún comentario sarcástico, pero solo la oscuridad palpita en el pasillo. Recoge el plato de pizza e inspecciona las porciones cubiertas de queso derretido. Carrington suele servirle comida que no le resulta pesada para su delicado

estómago: tostadas con mantequilla, avena, arroz con leche, rodajas de manzana asada y galletas saladas. Ni siquiera puede recordar a qué sabe la pizza.

Cierra la puerta y devora la mitad de las porciones antes de llegar a la cama. Las fichas terminan manchadas de salsa de tomate cuando retoma su investigación, y quizá debería tomarse un descanso, pero no puede. Debe concentrarse en esto y en nada más.

Después de limpiarse los dedos grasientos en los pantalones, abre la guía de campo. Varios restos de compost caen sobre la cama mientras observa los diminutos y cuidadosos dibujos de plantas y las descripciones concisas escritas a mano con una cursiva apenas legible. Ha leído libros de botánica y horticultura y está familiarizado con algunos de los términos en latín para las plantas: *Quercus, Acer, Pinus, Ilex*, pero no reconoce nada en esta guía de campo.

Página tras página encuentra acuarelas de plantas extrañas y retorcidas, cubiertas de espinas y pétalos que parecen crecer de formas totalmente equivocadas. O el botánico era pésimo para capturar el parecido de las plantas o son los ejemplares más extraños que jamás ha visto. ¿Dónde están los robles, los manzanos silvestres, las rosas, las malvarrosas y los narcisos? Pasa las páginas con rapidez, deseando encontrar algo familiar que confirme que la guía no es una broma.

Pero, en su lugar, encuentra una página cuidadosamente rotulada: *Belladonas letales*.

Las plantas de esta página tienen bayas color índigo y bermellón, jugosas, grandes y tóxicas; sus hojas parecen ganchos y sus flores están delineadas como por dientes.

Si alguien quisiera envenenar un té, lo más sencillo sería usar un veneno que estuviera al alcance. Como el que crece en el jardín, al otro lado de la puerta trasera.

Su mente queda atrapada en un torbellino de pensamientos. El día fue demasiado, todo es demasiado, y se encuentra tumbado de lado, con la guía abierta ante él, mientras juguetea con el borde cortante de las páginas y deja que sus ojos se cierren. La letanía de las tareas que tenía pensado hacer se disuelve en un olvido neblinoso: lavarse los pies ensangrentados, darse un baño, ponerse un pijama limpio, tomar sus medicamentos nocturnos…

No hay rastro de los medicamentos.

No hay rastro de Carrington.

Debería hablar con…

… algo sobre…

necesita…

necesitas al señor Lennox-Hall, pero está muerto muerto muerto y quienquiera que lo haya matado podría ir tras la fortuna, lo que significa que estás en medio del camino o quizá eres una pieza de un juego que será descartada con facilidad porque no sabes nada sobre el mundo fuera de tu…

El sueño lo arrastra hacia sus profundidades, como si llevara rocas en los bolsillos. Todos sus pensamientos dejan manchas a la izquierda; sus dedos se hunden en una arcilla gris que no logra moldear en una forma que tenga sentido. Hay algo que no está bien en ese sueño.

Su garganta se siente envuelta por una madreselva, cuyo perfume invade sus pulmones.

Tiene tierra en la boca. Un nombre yace bajo su lengua.

Lo ha pronunciado antes, no debería ser tan difícil, pero alguien le introduce una semilla en la garganta, cada vez más y más profundo. Pequeñas raíces blancas y carnosas se despliegan como dedos y se aferran a su esófago hasta que se ahoga y no puede respirar, pidiendo ayuda, mientras su boca se llena de cosas que no dejan de crecer.

Dilo.

¿No recuerdas cómo?

hazelthorn

Hazelthorn

HAZELTHORN

Se despierta tomando una bocanada brusca de aire, con las manos cerradas sobre su propio cuello, buscando las pequeñas raíces clavadas en la piel. No encuentra nada. Por supuesto que no hay nada. Se incorpora en la cama, sumido en una oscuridad áspera, intentando respirar, mientras siente la piel empapada de un sudor febril y mechones de cabello pegados a las mejillas. Es solo cuando empieza a buscar a tientas la lámpara cuando recuerda que no la apagó.

Presiona el interruptor.

Un destello que parece azúcar quemado se proyecta en un círculo casi perfecto alrededor de la mesita de noche. Sigue respirando demasiado rápido mientras sus ojos se fijan en la imagen reconfortante del retrato polvoriento de sus padres. Lo observan con sus miradas atrapadas en el cristal, como un par de animales disecados. Muertos. Todos los que alguna vez lo amaron están muertos.

Pone el retrato boca abajo con un nudo en la garganta y luego apoya los nudillos contra sus ojos y se repite que solo fue una pesadilla. Es comprensible, en verdad, después del día que ha tenido. Entonces lo oye.

El sonido más suave, una caricia de aire, una brisa tan insignificante que bien podría no existir. Se vuelve para mirar.

La puerta está abierta.

Un vacío de total ausencia le devuelve la mirada desde el pasillo a oscuras.

–No –susurra, sin saber si se lo dice al grito que amenaza con brotar de su garganta o a la repentina idea de que alguien ha estado en su habitación.

Cierra la puerta. La cierra decididamente.

La oscuridad al otro lado es tan densa que podría cargarla con las manos y sentir las pesadillas escurrirse entre sus dedos. El corazón le retumba en los oídos y no puede pensar. Un vistazo rápido a la habitación le confirma que nada está fuera de lugar, pero ¿y si esa persona, ese ser, estuvo allí mientras dormía? Observándolo con maldad. Deslizando sus dedos esqueléticos por el arco de su garganta descubierta.

Se levanta de la cama, con el miedo convertido en un pulso grave que vibra en cada una de sus extremidades, y avanza a toda prisa hasta la puerta para cerrarla. Apoya la espalda contra la madera e intenta respirar. *No ha pasado nada. Está bien. Deja de alarmarte.*

Una serie de temblores recorre sus brazos; sus piernas se derriten y se agacha hasta quedar en cuclillas. Si permanece completamente inmóvil, si no respira, cree poder escuchar el infinitesimal sonido de una pisada al otro lado de su puerta. Solo una.

¿Se fue? ¿O sigue allí? ¿Con la boca pegada al ojo de la cerradura, la lengua bífida deslizándose por el metal?

Respirando.

Esperando.

Debería haber bloqueado la puerta. No debería ser tan ingenuo. Aun así, una parte de él no cree que haya sido Laurie.

Cierra los ojos con fuerza y hunde sus puños tensos en su estómago hasta que el dolor lo obliga a tomar una bocanada de aire, agradecido por la distracción momentánea. Esta clase de cosas inquietantes nunca ocurrían cuando el señor Lennox-Hall estaba vivo. ¿Y si todo esto es un juego cruel para atormentarlo y…?

–Basta –murmura Evander, con una voz apagada, sin eco, mientras se cubre las orejas–. Basta basta basta.

Pero las conjeturas ya han convertido su mente en un infierno.

¿Y si esta no es la primera vez que tu puerta se abre por la noche?

nunca lo sabrías

no tienes idea de quién te mira desde la oscuridad

lo que te toca

te obligan a dormir

no tienes elección



CAPÍTULO OCHO

Cuando el amanecer asoma lentamente por el horizonte como un limón magullado, Evander ha escrito nueve listas de teorías de asesinato y ha pegado sus fichas de sospechosos en la pared. Los faunos del tapiz parecen mirarlo con reprobación mientras clava tachuelas justo sobre sus frentes. Su plan actual es apartar el miedo que le trepa por dentro como una araña y mirar las fichas hasta encontrar una prueba contundente que resuelva todos sus problemas.

Por ahora tiene demasiadas suposiciones y corazonadas.

Y, lamentablemente, el argumento de «porque es un cretino» no basta para llevar a Laurie ante la justicia.

Una ráfaga de viento lanza hojas contra la ventana y Evander se sobresalta. La paranoia se ha apoderado de él. O quizá sea la falta de sueño y la nueva ola de hambre que le hace sentir un vacío en el estómago. Podría bajar y buscar toda la comida que quisiera. Ya no lo detiene ninguna cerradura. Esto es la libertad, ¿verdad?

Se queda mirando la puerta hasta que le duelen los ojos, pensando solo en esa pared acechante de oscuridad, tan densa que parece capaz de escurrirse entre sus manos como un derrame tóxico

de petróleo. No, basta. Ya es de día. Solo fue una pesadilla absurda y está exagerándolo todo.

Eso es lo que le decían cuando era niño y estaba en el suelo gritando, con los codos raspados por haber montado un escándalo sobre la alfombra. Las hebras negras de sus suturas soltándose de las cicatrices de la cirugía, junto a profundas marcas rojas en la piel cuando intentó abrirlas una vez más. Se sentía como si le hubieran cosido todo el cuerpo desde dentro hacia fuera, de pies a cabeza. Podía sentir todo lo que estaba mal en su interior. Le pegaron mitones con cinta adhesiva a las manos y, cuando se los arrancó, le ataron las muñecas a cada lado y lo llevaron a la cama.

Deja de exagerar.

Detente.

En lugar de abrir la puerta, se desploma sobre la alfombra, con la barbilla apoyada sobre sus puños, e ignora el hambre que parece clavarle puñaladas en el vientre. Se queda mirando las páginas abiertas de la guía de campo.

Ilustraciones de hojas venenosas cubiertas de filamentos vellosos le devuelven la mirada.

Trenza de lobo: conocida por sus hojas lanceoladas que se asemejan a las orejas de un canino y sus flores acampanadas de color carbón. Contiene toxinas en los pétalos y el polen. Su ingesta provoca vómitos, náuseas, diplopía, entumecimiento de las extremidades y habla incoherente. Los síntomas se asemejan a los de un accidente cerebrovascular.

Sueño del rey: identificable por sus flores de pétalos cónicos negros con una única baya blanca que crece en el centro. Es tóxica

al tacto. Causa sarpullidos e inflamación. Su ingesta provoca parálisis permanente.

Mora de sangre: sus bayas de un rojo intenso alcanzan el tamaño de las uvas y forman racimos en enredaderas verdes de bucles suaves. Encantadora a la vista. Ingerir una provoca alucinaciones placenteras; ingerir dos provoca delirios de autolesión; ingerir tres provoca la necesidad de amputarse cualquier extremidad al alcance.



Mora de sangre

De repente, empieza a sentir un picor en la planta del pie, una necesidad de salir al jardín y buscar esas belladonas imposibles. Siente algo nuevo en la espalda, algo que nunca le permitieron sentir: curiosidad.

Unos murmullos suaves lo obligan a levantar la cabeza y sus ojos se disparan hacia la puerta cerrada, mientras los sonidos se intensifican en el pasillo. Las voces se superponen, desconocidas y desarticuladas. Una serie de pasos resuena sobre la alfombra. El picaporte gira.

Una pequeña chispa de esperanza crece en su pecho. Podría ser Carrington con el desayuno y los medicamentos, restaurando la normalidad, aunque no está seguro de querer eso. Entonces la puerta se abre con una fuerza dramática y una mujer aterradoramente alta entra trotando en la habitación, seguida por otra mujer más pequeña y tímida.

Evander se pone de pie enseguida, mientras el pánico se convierte en una criatura viva que grita dentro de su cráneo. *Nadie debería entrar en su habitación*. Esa era la única regla que lo mantenía a salvo, la que le permitía estar seguro de que nunca volverían a hacerle daño.

–¿Es él? –pregunta la mujer alta con brusquedad–. Debo admitir que esperaba algo peor.

Evander parpadea, sin saber cómo tomarse aquello. Retrocede hasta que su espalda choca con la biblioteca. Debe de verse como una criatura acorralada, aterrada, encogiéndose de miedo mientras su espacio es invadido por visitas indeseadas.

La mujer alta ocupa casi toda la habitación y su voz tiene la aspereza de una fumadora. Sus tacones de leopardo apuñalan la alfombra. Usa el color como una erupción, como un castigo para quienes la miran: unos pantalones rojos intensos, una blusa voluminosa, unos tacones de un mostaza enfermizo, joyas exageradas y fastuosas con rubíes en brazaletes y pendientes. Un

mechón de cabello blanco, estilizado con cuidado, enmarca su rostro arrugado por el paso del tiempo y profusamente maquillado, y no pierde el tiempo en mostrarle sus dientes de sable blancos a Evander, como si se tratara de su presa.

La segunda mujer viste un traje oscuro y discreto; tiene los brazos cargados de bolsos, un paraguas, las llaves de un coche y un portapapeles en el que intenta tomar notas mientras habla por teléfono. Sus ojos parecen albergar un pánico perpetuo y Evander no puede sentirse más identificado con ella.

Ve a Laurie asomarse desde la puerta, más amargado que nunca, con su camisa amarilla suave como la luz del sol, arremangada, y pantalones blancos que le dan un aire de chico rico veraniego. Pero, en realidad, se ve de todo menos tranquilo.

Toda la situación hace que el pánico de Evander pase de ser una simple fogata a un infierno perpetuo.

–Qué cosita tan pequeña –dice la mujer alta, volviéndose hacia Laurie con brusquedad–. ¿Habla? –Sin esperar una respuesta, vuelve a girarse hacia Evander y se inclina sobre él, envuelta en una nube abrumadora de bergamota y rosas empalagosas–. ¿Hablas? –insiste, pronunciando la palabra con suma lentitud mientras abre los ojos de par en par.

Evander intenta apartarse, pero ella le sujeta la mandíbula con sus uñas rojas y le presiona las mejillas hasta hacerle fruncir los labios.

–No podemos hacer mucho con su apariencia más que limpiarlo. ¡Jessica! Anota eso. ¿Los de la limpieza ya han respondido?

–Eh, no, señora –responde Jessica, luchando por no dejar caer todo–. Pero los llamé hace unos minutos…

–Inaceptable. Vuelve a llamar. Y también a un barbero. Apenas puedo verle la cara debajo de esa melena espantosa.

Tiene que ser Oleander Lennox-Hall, la hermana de Byron y la temida tía abuela de Laurie. Sesenta segundos con ella bastan para sentirse como ante una sobredosis, y Evander queda paralizado por pura ansiedad.

–Esos ojos –balbucea Oleander– son demasiado verdes. Cuánta belleza desperdiciada en un niño. ¡Laurence! –grita la última palabra tan fuerte que Evander se sobresalta–. No tengo ni idea de cuántos de los horribles parientes de tu abuelo vendrán al funeral, pero no van a descubrir ninguna debilidad aquí. Todas mis cosas deben trasladarse a la habitación principal de Byron y necesitaré todas las llaves. Esas arpías no van a recibir ni un céntimo cuando sepan contra quién se enfrentan.

Laurie no se mueve de la puerta, pero sus brazos cruzados sobre el pecho y su amargura están dirigidos únicamente hacia ella.

–En realidad, no es tu dinero. En cuanto Evander cumpla dieciocho, tú tampoco vas a recibir ni un céntimo.

Oleander se queda como si hubiera recibido una bofetada. Se incorpora hasta su altura máxima para intimidarlo, mientras sus fosas nasales se ensanchan y presiona una mano contra el pecho. Eso basta para que suelte a Evander. Enseguida, sale disparado hacia un rincón de la habitación y se mete en el espacio estrecho entre el armario y la biblioteca, respirando tan rápido que está a punto de hiperventilar.

No quiere que lo toquen. Nunca quiere que lo toquen. El ardor detrás de sus ojos ya no es vergonzoso, sino irritante; ¿cómo puede tener diecisiete años y seguir sin tener control sobre sí mismo?

–No voy a permitir que me sigas faltando al respeto, jovencito –dice Oleander con una voz glacial que corta el aire–. Puede que Byron no te haya puesto límites y haya permitido que le hablaras así, pero yo no lo voy a tolerar.

Laurie la mira con la misma intensidad, tensando la mandíbula y con una sonrisa burlona que asoma en la comisura de sus labios.

–Vale –dice, y aun así la palabra suena sarcástica.

Oleander entrecierra los ojos.

–Esperé décadas para ocupar el lugar que me corresponde en Hazelthorn y que me parta un rayo si permito que alguien me lo arrebate. Pondré esta mansión decrépita en orden y mantendré a este niño cerca. Ven aquí –chasquea los dedos hacia Evander.

Pero él solo la mira, boquiabierto.

–No es –dice Laurie, sin expresión– un perro.

Oleander lo mira con furia, como si quisiera clavarlo en un tablero con alfileres que le atraviesan las alas y un paño con cloroformo sobre la boca. Examina su cuerpo tembloroso como si lo diseccionara con la mirada, y luego se vuelve bruscamente hacia su asistente nerviosa, a quien le chasquea los dedos.

–Lleva a mi personal a sus nuevos dormitorios. –Sus ojos brillan y parece perdida en sus planes–. Cualquier persona que llegue para el funeral debe ser llevada, digamos, a los cuartos de invitados menos lujosos. Que sea un recordatorio de su estancia temporal en esta mansión. Necesitaremos contratar personal de mantenimiento para reparar estos pasillos espantosos. Anota eso, Jessica.

Jessica escribe a toda velocidad, aún con el teléfono entre la barbilla y el hombro, mientras se oye la música de espera desde el altavoz.

–Claro, señora. Es una idea brillante.

–Tengo tanto que hacer –dice Oleander, suspirando de modo exagerado–. El egoísmo de Byron ha hecho que esta mansión se esté cayendo a pedazos, pero primero voy a beber un té antes de empezar a arreglarlo todo.

Un instinto primitivo se apodera de él. Evander se aparta de la pared con pánico en los ojos y la lengua pegada al paladar. Solo Laurie lo nota. Cree que recibirá una sonrisa burlona, ya que nadie le cree lo del envenenamiento, pero en su lugar Laurie se aclara la garganta.

–Si fuera tú, evitaría el té –dice–. Tiene… gorgojos.

Oleander avanza con paso firme hacia la puerta y sacude la mano, ignorándolo.

–Traje el mío. Como si volviera a tocar las hojas de té de este lugar. Jessica, creo que quiero un matcha.

–Enseguida, señora –responde Jessica, inclinando la cabeza antes de salir del cuarto tras el tornado de su empleadora, que ya avanza por el pasillo del ala norte con violencia, quejándose de cada rincón oscuro, de la pintura enmohecida y de cuánto le urge una modernización.

La tensión se escurre del cuerpo de Evander. Siente los huesos como agua y el pecho sumamente dolorido por haber contenido tanto la respiración. Pero la conmoción por lo que dijo Oleander se instala en su mente.

–Sabe lo del té envenenado –dice–. ¿Escuchaste eso? «Como si volviera a tocar las hojas de té de este lugar». Dijo literalmente «volviera a tocar».

Laurie se mueve con una expresión ilegible.

–No estaba aquí.

–Pero pudo haber enviado el té –insiste Evander–. Vino a Hazelthorn sabiendo que no bebería nada de la cocina, pero no debería saber lo del veneno si Dawes les está diciendo a todos que fue un aneurisma.

–Estoy bastante seguro de que es un demonio –dice Laurie, frotándose la muñequera con la mirada perdida–. En cualquier momento van a llevarme con ella. Es como vivir en el infierno. El abuelo les prohibió a todos nuestros parientes entrar en Hazelthorn, no solo a ella, pero se comporta como si fuera un ataque personal.

–Entonces tiene un motivo claro para el asesinato –dice Evander, intentando no caminar de un lado a otro ni mover los dedos, malos hábitos que le han dicho que controle. Laurie, sin embargo, no lo mira con desprecio–. Habla de Hazelthorn como si le perteneciera, como si estuviera dispuesta a hacer cualquier cosa para quedarse con la mansión.

Evander corre hacia su cama y toma una ficha en blanco. Escribe el nombre de Oleander y la clava en la pared, sin notar que Laurie se ha acercado para ver los papeles arrugados de sus obsesiones neuróticas sobre la cama.

Mira la pared, donde el mapa de pruebas se vuelve cada vez más grande.

–¿Una de esas tiene mi nombre? –pregunta con un falso entusiasmo.

Evander vacila y luego señala la ficha de Laurie. El nombre está repasado dos veces con el rotulador negro de punta ancha, como si tuviera una adicción a las curvas y los ángulos de Laurence Lennox-Hall.

–Genial –dice Laurie, con los ojos entrecerrados y un tono sarcástico–. No voy a jugar a detectives contigo.

–Mejor –responde Evander con frialdad–. No te he pedido ayuda –aunque había estado hablando como si Laurie estuviera interesado en sus deducciones. Un error.

No son amigos.

Se odian.

Y Laurie es uno de sus principales sospechosos. No va a ofrecerle resolver un asesinato si está cubriendo sus propias pistas.

Pero al menos, por su forma de hablar, parece que por fin cree que sí hubo un asesinato. Eso ya es algo.

–Iré a ver cuánto de esta casa histórica Oleander planea destruir –dice Laurie–. Diviértete, Sherlock.

Pero una necesidad repentina y voraz brota de su pecho y se lanza frente a él para impedirle el paso. Es una inversión de aquel momento en el invernadero, aunque Laurie solo reacciona levantando las cejas, divertido.

–Dime la verdad. –Sus palabras son como papel de lija en la garganta. Sujeta el rotulador con tanta fuerza que le deja marcas en la piel–. ¿Por qué intentaste matarme aquel día? ¿Qué…? ¿Qué te hice? –Odia cómo se le rompe la voz, odia su propia miserable desesperación.

Hay un destello de algo en el rostro de Laurie, la más mínima grieta en su fachada de autocomplacencia. Pero enseguida esa expresión cambia y es reemplazada por su habitual mueca de aburrimiento que juega en la comisura de sus labios.

–¿No lo recuerdas? –pregunta con cautela.

–No –dice Evander, esforzándose por no sonar brusco–. Todavía no recuerdo nada antes del… ataque. Merezco saber por qué ocurrió.

–No hay ninguna razón –dice Laurie con calma–. Estábamos jugando en el jardín, algo salió mal y te hiciste daño.

–Entonces, ¿intentaste enterrarme vivo para ocultar tu crimen? – Se lo queda mirando, queriendo, necesitando, encontrar algún rastro de culpa, remordimiento, cualquier cosa. Pero Laurie solo mete una mano en el bolsillo con total indiferencia.

–Claro, algo así.

¿Qué esperaba? ¿Encontrar cabos sueltos en la fachada perfecta de Laurence Lennox-Hall y tirar de ellos hasta deshilacharla y ver la cruda y trémula verdad debajo?

miente miente miente

Puede ser, pero no puede sujetarlo del mentón y obligarlo a hablar hasta partirle los huesos y hacer que la verdad brote entre las astillas de marfil. Se siente atraído por él, se siente repelido por él, y no logra soltar todo esto.

–Pero ¿por qué? –pregunta con voz ronca–. ¿A qué estábamos jugando? Si fue solo un estúpido accidente, ¿por qué no fuiste a buscar ayuda? Yo estaba gritando y tú me llenabas la boca de tierra.

Por fin, la sonrisa de Laurie desaparece.

–Porque cada vez que metía la pata, el abuelo me molía a golpes. Así que eso.

El silencio se cierra sobre la habitación como un puño.

Evander apoya la espalda contra la pared junto a sus fichas. No sabe cómo encajar esta información entre los latidos sangrientos de su corazón. Es mentira. El señor Lennox-Hall siempre había sido

amable con él, cuando le acariciaba el cabello empapado de sudor las noches de fiebre o cuando lo llevaba a la cama al desmayarse después de un episodio.

–Tenía diez años –agrega Laurie, recorriendo la habitación con la mirada, como si cualquier cosa fuera más interesante que la incomodidad de Evander–. Mis padres acababan de morir. No estaba tomando las decisiones más lógicas.

–Estabas sufriendo… y te desquitaste conmigo. –Apenas puede pronunciar las palabras.

Laurie se encoge de hombros y, de repente, se inclina hacia delante, apoyando la mano sana en la pared junto a la cabeza de Evander. Está demasiado cerca, invadiendo su espacio personal, y Evander respira hondo mientras intenta hacerse más pequeño. *Aléjate aléjate*… Pero una parte de él no quiere que lo haga. Si lo hace para intimidarlo, entonces él también puede jugar al mismo juego.

Lo mira desafiante y, durante un instante, piensa empujarlo hasta hacerlo caer. Pero aún no es tan valiente.

Tampoco puede ignorar que Laurie no respondió a qué estaban jugando.

–Solo para que lo sepas –dice Laurie con una voz grave y ronca–, ¿ese día en el jardín? No fue solo por mi culpa. –Retuerce el brazo para mostrar su muñequera–. Tú fuiste quien me desgarró el tendón con los dientes.

Un escalofrío lento empieza a subir por la espalda de Evander mientras unas ramas esqueléticas parecen rozarle la piel. Su mente se llena de enredaderas que envuelven su cerebro y le clavan espinas.

Laurie se aparta y se dirige a la salida, indiferente y despreocupado. Se vuelve justo antes de desaparecer por la puerta.

–Añade tu nombre a la pared de asesinos, Evander.

Un silencio punzante es lo único que queda en la habitación cuando Laurie se marcha y Evander permanece allí, con un ramo de recuerdos marchitos aferrados al puño, mirando fijamente las fichas.

Otra mentira. Tiene que serlo. Él no hizo eso.

Pero de pronto puede sentirlo otra vez: el tendón blanco y repugnante entre sus dientes, mientras la sangre se desliza por su lengua, abundante y espantosa. Y encantadora.



PASADO

Hay un niño pequeño en el jardín, con pétalos blancos de dedaleras atrapados entre sus rizos cubiertos de barro y sangre coagulada en la lengua. Un corte profundo se extiende por un lado de la cabeza, pegándole el cabello al cuero cabelludo como si hubiera estado nadando en un jarabe de fresa pegajoso, y, a su lado, en el suelo, yace una pala. El borde está manchado de rojo. No recuerda nada antes de eso.

Antes de tener el rostro pegado a la tierra.

Antes de que su cabeza se sintiera demasiado pesada como para mantenerla levantada.

Antes de que el dolor le invadiera todo el cuerpo.

El mundo es una esfera de cristal agrietada que lo corta con sus bordes afilados, sin importar hacia dónde gire. No puede levantarse, no puede ver a través de las manchas carmesí salvajes que cubren su visión, obligando a sus ojos a desviarse hacia el cielo. Esto es lo que se siente al estar despierto: el dolor que te devora. Es solo una calabaza vacía con forma de niño, golpeando la tierra mientras se arrastra.

Tiene que escapar. Es lo único que importa.

Pero entonces dos manos pequeñas se cierran alrededor de sus tobillos.

El niño grita y su mente se condensa en algo rabioso y animal, puro dientes y terror, mientras gruñe y se sacude, en total discordancia con la suave calma del jardín, los trinos de los azulejos y los pinzones, y el suave murmullo del viento entre los laureles. Las paredes de piedra están cubiertas por enredaderas y madreselvas, y todo lo verde crece como pinceladas de vida furiosa, un color tan intenso, tan ruidoso, que le hace daño en los oídos. Algo está mal.

O quizá él sea la nota discordante, con su sangre encharcada en la tierra de un lugar que se supone que debe ser encantador.

No se siente encantador.

El suelo parece estar lleno de dientes.

Lo arrastran sin compasión hacia una tumba poco profunda. Un niño de cabello dorado y el rostro manchado de tierra y lágrimas. Son los únicos dos ahí fuera. Aunque en algún lugar, a lo lejos, oye a alguien gritar: «¿Laurie? Laurence» como si no lograran encontrarlo por ningún lado.

La cabeza del niño pequeño es un caos inaccesible de dolor y miedo y nada más, nada más, como si todo lo que supiera hubiera escapado por esa herida en la sien. La sangre le tapa el oído, la nariz. Se ahoga, mientras los mocos y las lágrimas caen sobre su pequeño pecho, y debe de parecer una criatura patética cuando Laurie lo empuja y cae rodando en el pozo que cavó.

El pequeño se retuerce en la fosa, mientras sus gritos se vuelven algo espeso y húmedo, y se desliza de lado sobre la boca.

Laurie es una mancha dorada en su visión periférica mientras toma la pala y levanta con cierta dificultad un poco de tierra.

–Lo siento, lo siento. Solo… solo quería jugar contigo.

La primera palada de tierra cae sobre el rostro del niño pequeño y grita. Debería ponerse de pie, pelear, arrancarle los ojos a su enemigo, pero no sabe cómo colocar sus piernas debajo de su cuerpo.

Laurie tiene las rodillas con sangre seca y la nariz llena de mocos, mientras su cabello está inflado como una nube y su piel, bronceada por el sol del verano. Renuncia a la pala y se arrodilla junto a la tumba, respirando con dificultad, mientras inspecciona el revoltijo miserable que es el niño pequeño ensangrentado.

No hay culpa en su rostro.

Está tan radiante como un dios caído.

–Lo siento –susurra otra vez, y arroja más tierra al interior de la tumba, cubierto de sangre desde las manos hasta los codos–. No puedo permitir que el abuelo te vea.

Es demasiado tarde. Se oye la voz desde la pared del jardín una vez más y Laurie se sobresalta, girando sobre un hombro con una expresión de terror.

–¡Laurie! Maldita sea, si tengo que llamarte una vez más…

Y luego otra vez:

–LAURENCE.

Es una voz despiadada que se quiebra como las rocas de un río al chocar entre sí. Un par de pisadas hacen crujir la grava, moviéndose rápido, y parece que están a punto de encontrarlos a los dos en este terrible juego que están jugando.

El niño pequeño llena de aire sus pulmones saturados de sedimentos, su cuerpo débil y retorcido, mientras reúne toda la energía para un último esfuerzo. Grita.

Laurie se lanza sobre su vientre para alcanzar el fondo de la tumba poco profunda y mantener al niño abajo. Se inclina tanto que sus frentes casi se tocan.

Sus ojos se encuentran.

Las flores ahora están en la boca del niño pequeño, con sus tallos verdes enmarcando su rostro y clavándose en sus labios ensangrentados. A su alrededor, la tierra está más húmeda y el olor a tierra es sofocante, mientras Laurie lo presiona cada vez más. El barro parece succionar su espalda y sus tobillos huesudos se enredan con viejas raíces.

Es como si lo estuvieran empujando hacia la boca de una bestia, consumido.

Suelta quejidos, mientras sacude una mano inútilmente. Busca algo a lo que aferrarse. Algo que lo salve. *Quiere salir*.

Un par de bisagras viejas y oxidadas chirrían a lo lejos cuando se abre la puerta. Unas pisadas rápidas hacen crujir la grava a sus pies.

–Respóndeme cuando te llamo. ¿Dónde estás?

Pero Laurie solo tiene ojos para la tumba y se inclina aún más hacia delante, mientras su aliento huele a fresas calentadas al sol y a césped recién cortado.

–No importa lo que pase –susurra Laurie, con pecas de sangre sobre sus mejillas redondas–, recuerda que tu nombre es Evander y me amas.

Es un tonto por usar la palabra *amor*, como si una palabra como esa pudiera contener algo de verdad cuando tienes la sangre de otra persona en la boca.

El niño pequeño está colmado de una ira putrefacta y expuesta mientras se lanza hacia delante y clava los dientes en el brazo de

Laurie.

No es una simple mordedura. Es devastadora y profunda, como un montón de espinas enganchadas a sus suaves ligamentos, mientras arranca las venas que encuentra en su camino y las deja retorciéndose como gusanos rojos.

Los tendones se desgarran entre los dientes demasiado afilados del pequeño.

Laurie grita y grita.

Un zumbido cálido y placentero empieza a formarse en la boca del estómago de Evander. Se siente tranquilo, saciado. Su mandíbula se cierra con más fuerza y el hueso de la muñeca cruje, y la punta de su lengua se retuerce alrededor de esos tentáculos exquisitos y escurridizos. Lo único en lo que puede pensar es en que no quiere quedarse solo y este no será el momento. Laurie no puede irse.

Aún piensa en esto cuando una sombra alta levanta la pala y se asoma desde el borde de la tumba. Se oye un grito desgarrador, el llanto estridente de Laurie, y entonces el sol queda oculto.

La pala desciende, brutal y veloz.



CAPÍTULO NUEVE

El moho se abre paso entre las grietas de la bañera de porcelana como venas negras. Evander las ha estado mirando tanto tiempo que una de ellas ha formado una sonrisa gangrenosa, cuyos labios agrietados dejan ver el musgo que crece entre sus dientes. La bañera está vacía. Y él está en gran parte vestido. Su jersey yace en el suelo sobre las baldosas negras como un exoesqueleto muerto, aún con algunos tréboles y ramitas partidas aferrados al tejido deshilachado, y sus dedos delgados sujetan cada lado de la bañera como si estuviera a punto de ser succionado hacia sus profundidades.

Como aquel día en el jardín, la tumba, la tierra, la sangre…

Mira su torso desnudo, las cicatrices sobre sus costillas que trazan un mapa de puntos blancos y la línea fibrosa que recorre su vientre de un lado a otro. Una amputación. Como si alguien hubiera intentado partirlo por la mitad.

Laurie no.

El recuerdo es algo difuso, una imagen empañada como una ventana sobre la que alguien acaba de respirar. Intenta recordar cuánto tiempo pasó desde que Laurie salió de la habitación como si

no le importara nada, como si no le hubiera revuelto los pensamientos y lo hubiera dejado para que se las arreglara solo. No recuerda haberse quitado la camisa. Ni meterse en la bañera. Si toca el espacio vacío en su cabeza como una lengua sobre una muela carcomida por las caries, siente que palpita, y su estómago se revuelve lo suficiente como para expulsar todo su contenido.

Perdió tiempo.

Un episodio.

Es esperable, teniendo en cuenta que ya ha pasado días sin tomar la medicación, cuando está abrumado y excesivamente agotado. Ha sobrepasado los límites de su cuerpo enfermo, ha gastado su energía como monedas de oro y ha exigido demasiado a músculos que han estado cerca de atrofiarse. A juzgar por las sombras que acechan las paredes verde oscuro de su diminuto baño, ha perdido el resto del día.

Una inquietud fastidiosa se extiende con pesadez por sus pulmones hasta que empieza a respirar demasiado rápido y con dificultad, tensando las suturas. Odia mirarse. Odia la catástrofe de su piel fundida. Odia estar marcado por una historia de dolor indeleble y depresiones horribles sobre una piel que parece la superficie de la luna.

Odia no saber si finalmente revivió un recuerdo. O si lo inventó.

Los recuerdos siempre fueron cosas imprecisas; su pasado está lleno de vacíos y largos años de recuperación, difuminados por el dolor y los medicamentos, y le preocupa intentar encajar las piezas y no volverse loco por el giro inesperado que dio su vida.

Tiene que calmarse.

Pero cuando apoya la punta de los dedos sobre sus labios, casi puede sentir el tendón escurridizo entre sus incisivos como un gusano que se retuerce.

Se le hace la boca agua.

El asco se propaga por su interior como un rugido y traga saliva mezclada con bilis. No acaba de pensar eso. Su cerebro sigue un poco confuso por el episodio, eso es todo.

Se oyen pisadas tras la puerta entreabierta del baño y levanta la cabeza enseguida. *No*. No pueden verlo así, no puede permitir que vean sus cicatrices con expresiones de repulsión. Arañando la suave curva de la bañera, se lanza hacia su camisa descartada y la presiona contra su pecho justo cuando la puerta se abre y la luz tenue de la lámpara de su cuarto se derrama sobre las baldosas.

Laurie se reclina contra el marco de la puerta con esa sonrisa exasperante, cruzado de brazos mientras observa detenidamente las paredes verdes, los apliques apagados de bronce, las patas de la bañera. Desprende un aire de rebeldía elegante con su traje negro, su jersey de cuello alto bajo la americana y su cabello peinado artísticamente hacia atrás. Es una imagen típica de revista: un chico engreído que cree tener el mundo a sus pies.

Pero las palabras de Laurie siguen revoloteando enfermizamente por su cabeza: *el abuelo me molía a golpes cuando era niño*. Quizá malinterpretó a Laurie. Quizá malinterpretó todo.

Laurie levanta una ceja.

–¿Sabes que tienes que abrir el grifo si quieres bañarte?

Evander decide seguir odiando a este chico.

–Vete –balbucea.

–Has sido cordialmente invitado a cenar con nosotros –dice Laurie–. Y por «invitado» me refiero a que Oleander me pidió que te hiciera parecer presentable. Lo bueno es que ha traído a un chef privado, así que será algo mejor que una pizza congelada. Lo malo es que, bueno, Oleander existe.

Evander se desploma sobre la bañera con un quejido grave, sintiéndose como si le hubieran pisoteado y exprimido todo el cuerpo. Son las secuelas habituales después de un episodio, aunque por lo general no pierde tanto tiempo. Carrington debería traerle los medicamentos, llevarlo a la cama y cerrar la ventana con las cortinas para que pueda sumirse en el vacío aterciopelado de la oscuridad y dormir hasta que se le pase.

Pero el hambre tiene la audacia de asomar la cabeza y cree que, quizá, si quiere encontrar pruebas reales contra Oleander, necesita observarla.

–Es semiformal por decreto de la autoproclamada señora de la casa –dice Laurie, tamborileando los dedos sobre el picaporte del baño–. Me he tomado la libertad de revisar tu armario y quitarle las bolas de naftalina a un traje.

–Bueno, devuelve esa libertad. No quiero que revises mis cosas –dice, presionando la camisa con más fuerza contra su pecho.

–Qué mal –responde Laurie, apartándose de la puerta y desapareciendo por un momento antes de regresar con las distintas prendas del traje y unos zapatos Oxford pulidos. Lo suelta todo sin mucho cuidado sobre las baldosas sucias y luego mira a Evander de un modo calculador–. Me sorprende el empeño que tienes en mantener el pudor.

Evander intenta respirar despacio mientras cierra los dedos con fuerza sobre el algodón. Debe de haber algo siniestro en sus ojos porque Laurie no lo presiona.

–Intenta bañarte rápido –es lo único que dice–. Te esperaré.

–Puedes irte –responde Evander con brusquedad–. No vas a quedarte en mi habitación mientras yo…

Pero Laurie cierra la puerta y Evander se queda mirando furioso al silencio. De repente, unos dedos fríos le suben por la garganta: Laurie está en su cuarto, sin nadie que lo vigile, hurgando entre sus cosas. Podría salir y exigirle que se largue, pero no tiene la energía suficiente ni para llenar un dedal. Sobrevivir a la cena tiene que ser su prioridad.

El baño no termina siendo tan rápido como había previsto, dado que nunca ha tenido que encargarse de prepararlo y no consigue encontrar la temperatura correcta. Carrington solía ocuparse de esto: recogía su ropa sucia, llevarle la ropa limpia, se llevaba los platos sucios. Se siente mal al admitir que echa de menos la ayuda tensa y el cuidado desapasionado de Carrington, en especial cuando todavía sospecha que el viejo mayordomo envenenó el té, pero odia tener que luchar con cada tarea pequeña.

Una inquietud creciente fluye por sus venas mientras se viste y se pone el traje. Se deja los rizos sueltos y mojados.

Deja de querer llamar la atención.

Deja… deja de ser así.

Sé alguien normal por una vez en la vida.

Se pellizca con fuerza y sale del baño envuelto en una nube de jabón de azafrán y vapor para ver el destrozo que Laurie ha hecho en su cuarto.

Es peor de lo que imaginaba.

Laurie está tumbado en la cama con las piernas cruzadas, tarareando algo por lo bajo, mientras lanza el retrato de los padres de Evander hacia arriba y luego lo atrapa.

Evander se abalanza hacia él y le arrebata el retrato. Lo deja con fuerza sobre la mesilla de noche y se queda mirando furioso a Laurie.

–No los toques. Nunca vuelvas a tocarlos.

–Vale, vale –dice Laurie, impávido, mirándolo con frialdad–. Te ves bien. ¿Vamos a disfrutar de nuestra cena de tormento?

Evander arregla con incomodidad los puños de su traje, sintiéndose pequeño y asfixiado en lugar de elegante y profesional. Tumbado en su cama de esa manera, Laurie es la viva imagen de una perfección agradable, con su aroma a roble, tomillo y verano. Por un momento, piensa en lo que sería desabrochar esa camisa y apoyar las manos sobre sus costillas desnudas, presionar y presionar hasta sentir los huesos, el colapso de los pulmones, la suavidad de su boca soltando un gemido. Eso borraría esa expresión insolente de su rostro.

Una vez más, el recuerdo afilado de sus dientes clavados en la muñeca de Laurie, hasta el punto de sentir los huesos, vuelve a rondarle la cabeza.

Mira de reojo y con cautela la muñequera de Laurie, pero está cubierta por su americana. Han pasado ya siete años, pero aquella pelea todavía acecha su piel.

Evander parpadea con fuerza.

–Sal de mi cama. ¿Has desordenado mis papeles?

Laurie mira con poco interés los cuadernos y los papeles dispersos sobre la cama, como si en ningún momento se le hubiera ocurrido leerlos.

–No. Ya te dije que no me importa.

–Deja de mentir –dice Evander, frunciendo aún más el ceño–. Leíste mis notas, ¿verdad?

Laurie hace todo un gesto teatral pasando un dedo sobre su corazón.

–Te lo juro por mi vida. Nunca mentiría.

Sí, claro. Evander señala la puerta.

–Sal de mi cama y lárgate.

Laurie se levanta y se dirige hacia la puerta, mientras Evander se toma unos segundos para volver a colocar el retrato de sus padres en su sitio. Toca sus rostros con reverencia antes de esconder la guía de campo debajo de su almohada.

Si sobrevive a la cena con un posible envenenador, terminará de estudiarla.



Para asegurarse de que su desdén mutuo resulte evidente, Evander avanza varios metros por detrás de Laurie mientras se abren paso por Hazelthorn. Por la noche, los pasillos se transforman en catacumbas de sombras, como si las pinturas doradas estuvieran cubiertas por una brea negra y las cortinas pesadas y aterciopeladas se convirtieran en cascadas de cera llena de hollín. Cruzan salas con divanes de tapices floreados y aparadores de madera de cerezo, y el desorden hace que cada estancia parezca abarrotada de cosas,

aunque también inmensa, como si Hazelthorn dejara claro que es capaz de devorarlo todo y aun así sentirse vacía.

Laurie se detiene con impaciencia en el rellano de una escalera, de modo que Evander camina todavía más despacio en respuesta, rozando las inmensas hojas de las monsteras y los culantrillos que hay en cada pasillo. La ropa le resulta incómoda, ceñida con brutalidad contra la piel, y no deja de tocarse los puños, los botones, el cuello. Cuanto más ansioso se siente, más insoportable se vuelve todo: la ropa, las luces, las voces estridentes. A veces solo quiere abandonar su cuerpo y colgarlo de una cuerda para airearlo un rato, mientras se echa una larga siesta en algún lugar frío y oscuro. Pero esas no son el tipo de cosas que pueda explicar en voz alta. De todos modos, a nadie le importa cómo se siente.

Se acerca lentamente a Laurie, tirando del cuello apretado de su camisa.

–No la desabroches –dice Laurie.

–Me estoy ahogando –oye el quejido en su propia voz.

–No me importa –dice Laurie, señalando un nicho del que una delgada línea de luz se filtra por debajo de una puerta cerrada–. Dawes está en el despacho del abuelo. Ha estado ahí todo el día. Supuestamente está poniendo en orden todos sus asuntos.

–¿Por qué suenas tan escéptico? –dice Evander antes de recordar que no habla con Laurie.

–Porque no confío en él –responde, poniendo los ojos en blanco–. ¿Un abogado novato de repente está a cargo de toda la propiedad? Sí, claro. Sin mencionar que leyó esa porquería de testamento y me quitó la herencia que me corresponde.

–Técnicamente –dice Evander–, fui yo quien te la… –Se detiene y frunce el ceño al darse cuenta de lo que está saliendo de su boca. Realmente tiene que empezar a controlarse.

–Cuánta verdad, amigo. Cuánta verdad. Tú eres la fuente constante de todos mis problemas –dice Laurie, avanzando hacia la escalera principal.

Evander tiene que ser más cuidadoso antes de antagonizar con un lobo. La única garantía de seguridad que tiene es la suposición de que no se arriesgaría a perder Hazelthorn por completo haciendo algo como empujarlo por la escalera y romperle el cuello.

–¿El invernadero está en esa dirección? –pregunta Evander.

Laurie empieza a bajar por la escalera.

–Sí, pero…

Evander se vuelve y toma la dirección opuesta, dejando a Laurie intentando alcanzarlo.

–Evander, espera.

No puede explicar el placer que le produce oír su nombre salir de su boca.

Con una velocidad que no creía posible para su cuerpo exhausto, avanza a toda prisa por los pasillos de la mansión hasta que encuentra ese pasaje estrecho y oscuro donde la alfombra resulta inquietantemente parecida al musgo. La puerta con el vitral está delante, con sus acentos de rubí que destellan incluso en la oscuridad. Ninguna luz lo invita a acercarse en esa dirección, pero, aun así, se siente atraído como si tuviera un anzuelo clavado en el estómago. Un temor espeso empieza a palpitar en su garganta. Una advertencia. Si contiene el aliento, casi puede oírlo: todas las plantas

respirando como un único organismo, ásperas y desesperadas, como si las hubieran abandonado para morir en la sofocante oscuridad.

Laurie se apresura y lo sujeta por el cuello.

–Dirección equivocada.

–Quiero entrar –dice, aunque en realidad no quiere. Sus dedos tiemblan mientras se enroscan alrededor del picaporte–. Necesito… verlo.

Ver las pruebas, las pistas, las plantas venenosas de la guía de campo.

Pero cuando gira el picaporte, la puerta no cede. Sacudirla no hace más que hacer temblar el vitral en su marco. Laurie lo arrastra bruscamente hacia atrás.

–Antes de que rompas la puerta –dice–, déjame recordarte que está muerto. No está ahí. Está jodidamente muerto y no va a volver jamás –dice sin inflexión en la voz, aunque sus dedos están demasiado tensos sobre el cuello de Evander.

En otro momento, Evander habría asumido que Laurie estaba intentando mostrarse frío, que su corazón no era más que un órgano putrefacto de burla, pero ahora se pregunta por qué Laurie se comporta de esa manera.

No te atrevas a sentir lástima por él.

Es difícil no hacerlo.

Esa sensación invasiva de que algo está mal le retuerce el estómago mientras mira la puerta, atraído y repelido por ella al mismo tiempo, como si fuera a encontrar un cadáver todavía tendido en el suelo. Incluso en los diminutos confines de este pasillo, el olor a tierra, fertilizante y dulzura vil y verde resulta agobiante, y le

parece ver el contorno de un montón de enredaderas presionadas contra el otro lado del vitral.

Laurie lo gira tan rápido que se queda sin aliento un instante.

–¿Quién ha cerrado la puerta? –susurra–. Algo no va bien. Es como…

–¿A quién le importa quién la ha cerrado? –Las sombras devoran la mitad de su cara y sus ojos parecen dos ópalos fundidos–. Quizá un fantasma mezquino siga acechando sus petunias. No podría importarme menos.

–Eres muy mentiroso –dice Evander, liberándose de las manos de Laurie, pero en lugar de alejarse da un paso furioso hacia él hasta quedar a solo centímetros, mientras la oscuridad los envuelve con la pesadez de un abrigo de piel–. Es evidente cuando mientes, por cierto.

–¿Cómo?

–Haces un gesto con la cara como si… Da igual, olvídalo. Me ayuda a saber cuándo solo quieres fastidiarme. –Mantiene la voz baja, pero la ira sigue presente, punzante y viva–. Alguien no me está dejando buscar pruebas.

–Fascinante –dice Laurie–. Y tú no me estás dejando ir a cenar.

Evander lleva sus puños temblorosos a la espalda.

–¿Qué es lo que no quieres que encuentre? ¿Me estás ocultando algo?

Están demasiado cerca, este pasillo es demasiado estrecho, y, aun así, Laurie solo se apoya contra la pared con la cabeza inclinada, mientras lo mira con sus ojos adormecidos y entrecerrados, como si la frustración palpable no significara nada para él.

Entonces Laurie se aparta de la pared y, por un segundo, su boca queda demasiado cerca de la oreja de Evander, tanto que puede sentir el aliento cálido de sus palabras frías.

–Si empiezas a abrir puertas, quizá encuentres cosas que no quieras ver. O peor, quizá te despiertes.

–No estoy dormido –dice Evander, aunque un hormigueo caliente se extiende por su piel.

–Lo que tú digas –dice Laurie–. Desármame si quieres, encuentra dónde guardo todos mis secretos. Pero yo no voy a ayudarte a hacerlo. No me importa quién lo mató ni me importa lo que hagas.

Su corazón golpea contra las costillas y no sabe cómo nombrar lo que siente, esa mezcla de miedo, confusión y un hambre electrizante. Lo único que sabe es que Laurie está jugando con él, retorciéndolo por puro placer.

–Mentiroso. Te interesa tanto que estás muerto de preocupación –dice, pronunciando cada palabra con la mayor suavidad y agresividad posible, y luego lo aparta con tanta brusquedad que los hombros de Laurie se estrellan contra la pared–. Ahora, indícame dónde está el comedor.

–Te encanta darme órdenes –murmura Laurie detrás de él.

–Y a ti te gusta recibirlas. –Un calor lento empieza a descender por su nuca y apenas puede creer que haya dicho eso con una rapidez tan fría, aunque agradece que los ojos de Laurie se hayan oscurecido de molestia.

Evander ha ganado esta ronda.

Camina deprisa, intentando alejarse del inconfundible aroma dulce y floral de las plantas venenosas que se filtra por debajo de la puerta del invernadero.

Laurie recupera la compostura y lo sigue, envuelto en un silencio irritado, pero, cuando Evander se vuelve, advierte que su rostro se ha convertido en el de un ángel de piedra sobre un sepulcro.

Antes no tenía ningún gesto. Ahora sí.

Cuando miente, se esfuerza más por mantenerse inexpresivo, lo que resulta muy útil.

Evander se guarda la sonrisa para sí.



CAPÍTULO DIEZ

Hay algo que no está bien en él, en lo hambriento que se siente.

Ha estado intentando no pensar en ello, calmando el pánico intermitente en el fondo de su mente con ideas tranquilizadoras que casi tienen sentido. Dejar de tomar sus medicamentos probablemente ha avivado el apetito que durante tanto tiempo había mantenido reprimido. O quizá esté creciendo. Pero no puede dejar de pensar en los surcos que sus dientes dejarían sobre algo blando y carnoso.

Cuando llega al comedor formal, es una bola de electricidad inquieta y famélica, y la necesidad de abandonar su propio cuerpo, como si fuera una crisálida, resulta casi insoportable. Tiene que superar esta cena. Después podrá perderse entre las sábanas frías de su cama y quedarse allí, inmóvil, hasta que su piel deje de sentirse como si estuviera a punto de desprenderse de sus huesos, como costras secas y ardientes.

Laurie recupera su semblante de apatía, como si su boca no hubiera estado a centímetros de la oreja de Evander apenas unos minutos antes, cuando le susurró: *O peor, quizás te despiertes*. Es

gasolina vertida en su boca de fuego y lo peor de todo es que le gusta el sabor.

Una mesa inmensa de roble oscuro se extiende ante ellos, pulida hasta parecer la superficie reflectante de un lago. En el centro, docenas de velas rojas derraman ríos sangrientos de cera. En el extremo de la mesa, Oleander se pone en pie bruscamente, haciendo que su silla chirríe con tal intensidad que Evander se sobresalta y Laurie se encoge de dolor. Frunce el ceño y mueve la silla de la cabecera.

Tarda un minuto en comprender que es para él.

–Las demoras son inaceptables, Laurence. Ya lo hablamos –dice Oleander, con los labios apretados, pintados de un malva oscuro que combina con su vestido de noche. Es un filete de carne ensangrentada con los colmillos a la vista y las uñas tan afiladas que parecen listas para apuñalar a algún ratón desafortunado.

–Para tu sorpresa –dice Laurie–, fue el pequeño señor de la mansión quien nos retrasó.

–No repliques –lo reprende Oleander.

Laurie pone los ojos en blanco y se aparta, inclinándose en una reverencia burlona para cederle el paso a Evander.

Siente como si caminara hacia un altar de sacrificio. Avanza en completo silencio; lo único que se oye es el repiqueteo extraño de sus zapatos sobre las tablas del suelo, mientras la mesa negra parece prolongarse hasta el infinito. Podría albergar a treinta personas, quizá cuarenta. En el techo, unos candelabros cubiertos de telarañas titilan y la mayoría de las bombillas están fundidas bajo capas de polvo. Las paredes de verde oscuro hacen que el salón resulte asfixiante y opresivo. Solo hay cuatro puestos en la mesa,

con vajilla blanca sobre servilletas impolutas, una aterradora cantidad de cubiertos a cada lado de los platos, cálices de cristal con incrustaciones de rubíes y llenos de un vino tinto espeso que parece coagulado contra el cristal.

Se sienta. Oleander lo observa con una sonrisa y apoya una de sus garras alargadas sobre su hombro.

–Buen chico –dice antes de ocupar su lugar a su derecha.

Se siente ridículo en la cabecera de la mesa. Siente a Byron Lennox-Hall retorcerse a su lado, insultado por este sustituto insuficiente, cuyos dedos no dejan de repiquetear contra la parte inferior de la silla para aliviar la energía displicente que recorre su cuerpo.

Oleander levanta una pequeña campanilla de plata y la hace sonar con tanta fuerza que Evander siente una punzada en los oídos. Un mozo con chaleco negro aparece de la nada con cuencos perlados de sopa, que va sirviendo uno a uno en cada puesto.

Laurie se deja caer en su silla a la izquierda de Evander.

–¿Jessica cena con nosotros?

Oleander parece ofendida.

–Ese plato es para Benedict Dawes, que ya debería estar aquí. Necesito asegurarme de que está en contacto con mis propios abogados para enviarles una copia del testamento. No puedo creer, por cierto, que hiciera la lectura sin que yo estuviera presente. ¿Dónde está… Jessica? ¡Jessica!

Un mozo deposita un cuenco frente a Evander. La sustancia aceitosa, nada apetecible, lo observa con grumos blancos que flotan bajo la superficie.

Jessica entra corriendo al comedor, aún con su portapapeles y una expresión exhausta.

–¿Fuiste a buscar al señor Dawes? –ladra Oleander.

–Lo siento, señora –dice Jessica–. Rechazó la invitación a la cena.

–Ya te he dicho –replica Oleander con firmeza– que las mujeres empoderadas no se retiran ante el menor fracaso. ¿No deseas sentirte empoderada?

Jessica balbucea algo que suena como si prefiriera renunciar, pero se aclara la garganta y añade:

–Se lo volveré a preguntar –dice, y sale del salón.

–Hoy en día es imposible encontrar asistentes competentes –dice Oleander, oliendo su vino antes de beberlo.

El vino se desliza por su boca en varios sorbos lentos y Evander la observa con repulsión. No hay manera de que beba nada de esa mesa.

Elige una cuchara, mira a Laurie, que levanta una ceja, así que elige otra diferente.

Laurie remueve la sopa con la punta de un cuchillo de plata.

–¿Qué lleva esto? ¿El sudor y la sangre del chef?

Oleander ignora a su sobrino y clava su mirada fría en Evander, estudiándolo como si fuera el próximo plato.

–Contrataré a un ayuda de cámara para que tengas a alguien que te mantenga presentable en todo momento. Puede acompañarte cuando necesites salir o volver a tu cuarto para que no te pierdas. –Mira a Laurie con desdén y él le dedica una sonrisa amplia–. Eres una cosita débil, así que debo asegurarme de cuidar tu salud.

Siente como si un montón de arañas hubieran anidado en su vientre y no sabe qué hacer ni qué decir, así que traga el primer

bocado de sopa. Apenas el caldo salado toca su lengua, su hambre despierta con violencia. Se queda sin aliento, frenético, incapaz de contener la desesperación.

Laurie lo observa desconcertado, con el ceño fruncido, y golpea su copa de vino con el cuchillo sin prestarle demasiada atención, hasta que Oleander chasquea los dedos y los mozos retiran las copas.

Se sirve el siguiente plato: una ensalada de queso feta y moras con delgadas crepes de salmón con eneldo dobladas de tal manera que parecen una rosa. Evander lo devora todo. La vinagreta ácida hace que le lloren los ojos y el salmón se desliza por su garganta como una lengua cercenada. Todo es aceitoso. Nunca había probado tantas cosas nuevas al mismo tiempo.

–Puedes pedirme lo que quieras, Evander –dice Oleander, acercándose para apoyar una mano sobre la suya. Su piel está tan húmeda que le provoca un escalofrío.

Intenta apartarla, pero sus uñas se cierran sobre su muñeca como la boca de una morsa.

–Debo ser lo que Byron era para ti. Una tutora. Una abuela. –Sus ojos brillan y su voz es ronca y grave–. Sé que le agradabas mucho y yo me aseguraré de que todo se mantenga igual, para que no tengas que preocuparte por el cuidado de esta mansión complicada y sus tediosas exigencias. Puedes recuperarte en paz.

–Es gracioso que ni siquiera parezca enfermo –dice Laurie, sin inflexión en la voz, tamborileando los dedos sobre la mesa, aunque sus ojos casi clavan a Evander en la silla.

El mozo retira los platos vacíos y coloca frente a Evander un filete grueso y jugoso, con cristales de sal y tomillo esparcidos por encima. Debería sentirse lleno, pero su estómago es un barril sin fondo.

No recuerda la última vez que comió carne.

–¿Qué estás haciendo? –pregunta Laurie con una falsa cordialidad, mirando fijamente a Oleander.

Ella lo ignora y se acerca más a Evander. Su perfume empalagoso lo ahoga con rosas y bergamota.

–Como tu nueva tutora, te cuidaré muy bien.

De repente, todo es demasiado. Está demasiado cerca, las velas desprenden demasiado calor, el filete expulsa su sangre sobre el plato como una garganta recién cortada. El sudor se acumula en su frente y el comedor empieza a girar, pero debe concentrarse.

Si quiere encontrar a un asesino, tiene que hacer preguntas. *Hablar*. Incluso aunque tenga que arrancar las palabras de sus pulmones, una por una. Siempre ha sentido que las palabras eran polillas muertas y flores secas en su boca, mudas porque a nadie le interesa lo que tiene que decir. No es inteligente. No es un poeta. Solo es un chico que habla con demasiada brusquedad cuando lo único que desea es descubrir qué palabras mágicas le permitirán ser comprendido.

Piensa en un ataúd a medio enterrar, las páginas arrugadas de un testamento que sobresalen del pecho abierto de Byron Lennox-Hall, mientras su piel en descomposición se desprende de sus huesos.

Intenta respirar despacio, recuperar la compostura, y mantiene la mirada fija en su plato. *No la mires*. Es más fácil así.

–¿Por qué el señor Lennox-Hall te prohibió la entrada a Hazelthorn? ¿Cuánto dinero tienes? ¿Sabes algo de plantas venenosas?

Oleander suelta su muñeca y retrocede, rígida de indignación.

Laurie tan solo se ríe. Es un sonido breve que lo sorprende tanto que levanta la vista.

–Qué cosa más impertinente de decir –responde Oleander, mientras sus fosas nasales se dilatan–. ¿Quién te incitó a decir eso?

En realidad, son preguntas que ha considerado con mucho cuidado y que resultan relevantes para su investigación, aunque intenta decidir si su hostilidad puede atribuirse a la culpa. Debería haber traído su cuaderno.

Traga con dificultad, sintiéndose desconectado, aunque decidido a seguir adelante.

–Bueno, entonces, ¿por qué quieres tanto estar aquí? Si eres pobre, tiene sentido que quieras quedarte con Hazelthorn.

–¡Yo no…! ¡Pero qué absoluta falta de respeto! –exclama Oleander, golpeando la mesa con la palma de la mano. La valentía de Evander se disipa mientras retrocede en su silla.

–Querías que hablara –dice Laurie, complacido, mientras se reclina en su silla–. Aquí lo tienes, habla.

–Recuerda mis palabras, Laurence –murmura Oleander–: recibirás una disciplina firme de mi parte para corregir esa actitud irrespetuosa y haragana, o te enviaré a la academia militar.

–Suena divertido –responde Laurie, arrastrando las palabras.

Evander corta el filete, consciente de que sujeta mal los cubiertos, pero no puede imitar a Laurie porque no ha tocado su plato. Solo está acostumbrado a comer avena junto a la ventana, con un libro abierto frente a él. La carne se desangra en su boca.

–Quieres que se vaya, ¿verdad, querido? –pregunta Oleander, mirándolo, aunque su tono no puede estar más alejado de la cordialidad que intenta simular–. Sé lo que te hizo.

El pánico crece en su pecho y mira a Laurie de reojo, odiando cómo la luz de las velas ilumina sus pómulos brillantes y vuelve sus ojos océanos líquidos y luminosos. Es hermoso sin siquiera intentarlo.

El sudor se desliza en una línea recta por su pecho y siente el impulso de quitarse la chaqueta, la camisa, lo que sea, para enfriarse. Las náuseas le revuelven el estómago y siente que debería dejar de comer, pero, de algún modo, sigue devorando la carne, sujetando el cuchillo con tan poco cuidado que la sangre le mancha los nudillos. Está apenas sellada. Cruda incluso. Traga un trozo sin siquiera masticarlo.

De repente, le retiran el plato. La mano enguantada del mozo aparece con agilidad frente a él y, en un instante, está mirando la mesa vacía, aún con la lengua manchada de cobre y el tenedor colgando inútilmente de sus dedos delgados.

–Puedes seguir comiendo –dice Oleander con dulzura–, una vez que me respondas con cortesía.

–O sea, que te dé las respuestas que quieres –dice Laurie, que todavía no ha tocado su filete. Está encorvado en la silla, en un ángulo perezoso y con una pierna sobre el brazo, jugueteando con el cuchillo mientras su comida se enfría–. ¿Por qué no intentas darle una bofetada en la cara también, tía? Me he enterado de que funciona de maravillas.

Evander traga con cierta dificultad. Una sensación palpitante le atraviesa la cabeza y cada latido disloca su atención. Debería estar analizando a Oleander, interrogándola aún más, pero lo único en lo que puede pensar es en el trasfondo de lo que Laurie acaba de decir. Sí, quizá, está hablando de cómo ella lo trata.

La ira ilumina los ojos de Oleander.

–Ya basta.

–Deja de fantasear con la idea delirante de quedarte con Hazelthorn –dice Laurie, clavando el cuchillo en la mesa y girándolo–. No mereces este lugar y tampoco te quiere. Esta es mi herencia. –Luego mira a Evander, y hay algo brillante y terrible en sus ojos–. Quiero quedarme con Hazelthorn. Siempre he querido quedarme con Hazelthorn.

Suena como una amenaza o, quizá, como una invitación a pelear. Tal vez Laurie desea romperse los nudillos y acabar con un ojo morado por un puñetazo, para que el dolor ahogue la apatía que asfixia sus pulmones.

Su respiración se acelera y sus manos tiemblan con los cubiertos. El hecho de que lo único en lo que pueda pensar sea en recuperar su plato es desagradable. Él no es así. Pero su cerebro se siente succionado como la carne del interior de una ostra y lo único que logra decir es:

–Laurie puede quedarse. Yo… quiero que se quede. Por favor, ¿puedo comer? Lo siento. –La última parte suena como un susurro, por si eso es lo que ella quiere oír.

Oleander asiente al mozo para que le devuelva el plato y su alivio es palpable mientras se apresura a cortar otro trozo de carne que se solidifica en sus propios jugos aceitosos.

–¿Ves? No es tan difícil. Lo único que pido es respeto. –Luego chasquea los dedos hacia Laurie–. Y en cuanto a ti, fuera de mi mesa. Puedes irte a dormir sin cenar.

–Con mucho gusto –responde Laurie, haciendo rechinar la silla sobre el suelo–. Intenta no comerte a Evander de un solo bocado.

Tengo la sensación de que es la clase de hueso que se te quedaría atascado en la garganta.

Se marcha con total indiferencia, con una mano en el bolsillo y la otra colgando a un lado. Evander no sabe por qué no lo había considerado antes: un tendón desgarrado, los dedos constantemente doblados contra los confines de la muñequera, un grito eterno. Entenderlo es una avalancha inesperada.

Laurie nunca usa su mano izquierda para nada.

No podía cortar la carne y nunca pidió ayuda.

Oleander ordenó que sirvieran esos platos porque sabía que Laurie no podría comer.

Una sonrisa siniestra aparece en los labios de Oleander.

–Evander, mírame. Evander. –La exigencia tensa su voz–. He dicho que me mires.

Pero él mira su plato vacío, preguntándose si podría lamerlo, preguntándose si está a punto de vomitar o de pedir más. La cera roja se acumula sobre la mesa y su rostro se distorsiona como un fantasma sin ojos en el reflejo del roble pulido en exceso. Es algo extraño, salvaje.

No perderá Hazelthorn a manos de ninguno de ellos.

Ahora le pertenece.

Todo esto es suyo.

Y decide que no le importa lo que piensen los demás.

Entonces, lame el plato.



CAPÍTULO ONCE

Dormir es peligroso, como una invitación a que los sueños deslicen sus dedos de brea viscosa por sus oídos y griten frente a su rostro paralizado, así que Evander decide leer. Una montaña de viejos libros policiales, con olor a humedad, yace dispersa sobre los cojines del asiento de la ventana, mientras los repasa uno por uno con minuciosidad, como si fueran una especie de manual sobre cómo extraer confesiones y analizar pistas. El hecho de que hayan sido escritos en la década de 1880 no ayuda demasiado, pero al menos está haciendo algo que no sea perder la cabeza o pensar en venenos y repetir ese recuerdo deshilachado de la pala que desciende una y otra y otra…

yotrayotrayotravez

Empieza a sentir cómo el cansancio se apodera de él mientras hojea la guía de campo, pero en cuanto el decrépito reloj de cuco del rincón marca las siete de la mañana, decide que esa hora es apropiada.

Saldrá de cacería.

Al abrir la puerta de su cuarto y salir al pasillo oscuro del ala norte, siente un entusiasmo intoxicante que aún lo sostiene con

fuerza. Nadie lo reprende ni le dice que se detenga. Vuelve a entrar en su habitación. Se obliga a tumbarse en la cama y a quedarse callado, *solo quédate callado*. Es algo libre, sin nada que lo retenga, y puede sentir sus alas de polilla maltrechas liberándose de los alfileres que lo mantienen clavado en su sitio, dejando atrás la huella de su cuerpo.

Avanza por los pasillos conteniendo apenas el aliento, disfrutando de cómo la luz de la madrugada deja marcas doradas sobre la alfombra. Ya percibe el calor del verano presionando contra las ventanas, aunque todavía no pueda disfrutarlo, y las motas de polvo que flotan en el aire cada vez que roza las pesadas cortinas al pasar. Se vistió con cuidado con una camisa y un chaleco, un cinturón bien ajustado y el cabello recogido con una goma. Esa pulcritud le permite enmascarar el agotamiento y el miedo, los nervios por la falta de sueño y el constante nudo de ansiedad en el vientre. En el bolsillo trasero lleva su cuaderno de notas para las deducciones. Es hora de trabajar.

Se asoma a salones, estudios y bibliotecas, donde encuentra libros tan viejos que sus lomos se descascarillan con solo tocarlos. Varias plantas en macetas se amontonan en cada rincón: monsteras, filodendros y potos, cuyas pequeñas raíces se aferran al empapelado de las paredes mientras trepan hacia el techo. No parece incomodarse por los rincones oscuros, por esa oscuridad sofocante que no se siente natural. Cuando se acerca a unos brotes verdes que se han abierto paso entre las viejas macetas de cerámica y han echado raíces en la alfombra, se pregunta si están buscando algo.

Una salida, quizá. O una forma de adentrarse aún más.

Le lleva un tiempo encontrar el ala correcta de la mansión, ya que su exploración lo conduce a través de habitaciones repletas de cuadros extravagantes, pianos de cola y armarios lujosos, aunque polvorientos, hasta que finalmente lo encuentra.

El cuarto de Laurie.

Su presencia es evidente en el caos que cubre el suelo: maletas abiertas y ropa tirada por todas partes, zapatos amontonados junto a la puerta, platos sucios sobre un ordenador portátil brillante y la inmensa cama con dosel convertida en una maraña de sábanas. La habitación es el triple de grande que la de Evander; el empapelado de las paredes está decorado con rosas en lugar de faunos, pero aun así se siente como un cuarto de invitados. No hay ningún rastro de la identidad de Laurie, de qué le gusta o qué piensa. Sin embargo, vivió aquí los últimos siete años, igual que Evander. Sí, pasa la mayor parte del tiempo en un internado, pero Evander pasa gran parte del suyo enfermo en una cama y aun así se las arregla para que su cuarto resulte acogedor, habitado y *suyo*. O bien Laurie está ocultando una parte de sí mismo o nunca se le permitió sentirse como en casa aquí. Quizá en ningún lugar.

Duda, con la mano aún sobre el pomo, preguntándose si se atreverá a entrar y husmear mientras Laurie no está.

Entonces oye algo. Suave al principio. Agua corriendo de un grifo, una bocanada brusca de aire. El dolor se filtra en el sonido y Evander se siente atraído hacia él como por un instinto primitivo que no comprende.

Ve que la puerta estrecha del baño está entreabierta y que de su interior brota una nube de vapor como una neblina manchada. Evander se acerca lentamente, con un nudo en el pecho que le

comprime las costillas hasta hacerlas parecer a punto de ceder. Se mantiene pegado a la pared al asomarse.

Laurie está de espaldas a la puerta. Su camisa yace tirada en el suelo y su columna desnuda parece una cordillera curvada. Está inclinado sobre el lavabo, donde el grifo vierte agua tan caliente que el vapor forma una nube de algodón a su alrededor. Tiene el brazo izquierdo bajo el grifo.

Y está llorando.

Es un sonido irregular y áspero; sus lágrimas parecen arrancadas de mares embravecidos y cielos fracturados, y su habitual apatía y sarcasmo han desaparecido por completo. Es un momento tan crudo y a flor de piel que resulta incómodo presenciarlo.

Pero Evander no se va.

Lo absorbe. Lo devora. Quiere mirar.

–… *mierda* –susurra Laurie, mientras el dolor le quiebra la voz–. Estoy harto de esto. Estoy… –Se queda en silencio y un espasmo recorre toda su espalda desnuda.

Entonces su cuerpo se inclina y Evander ya no puede ver nada más.

No lleva la muñequera y su muñeca parece una garra retorcida, tan deformada que los dedos casi le tocan el antebrazo. No debería ser posible que los huesos y los ligamentos se doblen de esa manera, que se cierren tanto sobre sí mismos que el dolor haya dejado sus marcas en los músculos distendidos. Mientras Evander observa, Laurie intenta masajearla para enderezarla, pero solo termina ahogándose en sus sollozos.

Evander le hizo esto.

Tiembla al quedarse quieto mientras la culpa se derrama sobre su pecho. Necesita recordar más de aquel día, cuando tenían diez años. Laurie claramente hizo algo primero y Evander se defendió. No tuvo otra opción. Iba a morir.

Laurie se inclina hacia delante y apoya la frente sobre el lavabo, mientras susurra:

–No puedo. –Suena mucho más joven.

Evander retrocede con cuidado, rodeando lentamente las cestas de ropa sucia y las maletas cerradas. Regresa al pasillo con las manos temblando, cierra la puerta sin hacer ruido y se aleja hasta dejar de sentir el vapor húmedo en la frente. Está respirando demasiado rápido. Tiene que calmarse, *cálmate*. Pero vio a Laurie como nunca debió haberlo visto.

Vulnerable.

Si pudiera clavar las uñas a cada lado del rostro de Laurie y arrancar esa máscara, lo haría. Lo pelaría como una pera y arrojaría la piel suave y podrida que lo recubre hasta ver cómo es en realidad: horrible, hermoso y real.

Metido en un nicho junto a un pedestal con un busto de mármol, cuenta despacio hasta quinientos. Luego vuelve sobre sus pasos y golpea con fuerza la puerta del cuarto de Laurie.

Le lleva un momento abrirla y mostrar apenas una porción de su rostro precavido, aunque su expresión cambia de inmediato a algo complejo cuando ve a Evander.

–No sabía que sabías dónde estaba mi cuarto –murmura.

Evander saca su cuaderno de notas del bolsillo trasero, junto con el bolígrafo.

–Necesito hacerte algunas preguntas.

Laurie frunce el ceño.

–¿Tiene que ser ahora? Dije que no te iba a ayudar.

–De hecho, dijiste que podía hurgar en tus secretos. –Lo que en realidad dijo fue: *Desármame si quieres*, aunque resulta demasiado íntimo como para repetirlo en voz alta.

–¿Dije que lo hicieras a estas horas de la madrugada? –Su voz suena bastante fría.

Evander se mantiene inexpresivo.

–No dijiste que no.

Laurie pone los ojos en blanco y da un paso hacia un lado, abriendo la puerta para que Evander pueda pasar y fingir que nunca entró.

Intenta mantener una expresión neutral, los labios cerrados con seriedad, lo que sea para ocultar el ritmo acelerado de su corazón. Sin mostrar nada. Sin sentir nada. Es mejor así, mejor que Laurie nunca sepa que Evander lo vio en ruinas.

Pero no sabe qué hacer con la escasa empatía que empieza a crecer en su pecho. Entiende lo que es sentir dolor y derrumbarse a solas porque a nadie le importa. En ocasiones, mira a Laurie y nota que la muñequera negra vuelve a estar en su muñeca. Todavía no ha terminado de cambiarse y los pantalones de su pijama cuelgan un poco bajos sobre la cintura. Se desploma sobre la cama y empieza a perder el tiempo con el móvil. La única evidencia de su dolor es su cabello húmedo por el vapor y un brillo vidrioso en los ojos.

Tiene que concentrarse en descubrir al asesino. Eso es lo único que debería estar haciendo: guardar toda esa maraña de pensamientos sobre Laurie en una caja y cerrarla con llave. Pero, en

lugar de eso, se queda mirando la cama, sabiendo que no debería querer tumbarse en ese espacio con la forma de Laurie entre las sábanas y las mantas. No debería querer sentir la curvatura de su columna bajo la punta de los dedos.

–Entonces, ¿qué clase de interrogatorio es este? –pregunta, sin apartar la vista del teléfono–. Ah, y otra cosa: no vuelvas a intentar interrogar a Oleander. Se va a volver loca.

–Entonces oculta muchas cosas –dice Evander, tomando notas en su cuaderno–. Igual que tú.

Laurie baja el teléfono unos centímetros y lo observa con el ceño fruncido.

–Tengo la sensación de que cualquier cosa que diga la vas a usar en mi contra.

Evander lo mira con desaprobación.

–A estas alturas, estoy usando todo en contra de todos.

Laurie vuelve a poner los ojos en blanco.

–No puedo averiguar quién mató a tu abuelo –dice Evander, intentando no sonar estresado, aunque definitivamente lo está– sin información. Es decir, ¿cuándo le prohibió la entrada a la mansión a todo el mundo? ¿Y por qué? ¿Por qué dejó que tú siguieras viniendo?

–Porque –responde Laurie, suspirando con fastidio– nadie más me quería.

–Qué extraño –dice Evander con voz neutra–, teniendo en cuenta que tienes una personalidad encantadora.

–El sarcasmo no te queda bien –vuelve a mirar el teléfono, hundiéndose más en los almohadones–. Todo mi árbol genealógico está lleno de cretinos egoístas que tienen el signo del dólar donde

debería estar el corazón. A mi abuelo no le gusta que se le peguen como parásitos. Ya sabes, apenas me deja vivir aquí.

–Entonces, ¿hay cero probabilidades de que hubiera alguien más en la mansión la noche del ataque? –dice Evander–. ¿Solo tú, Carrington y yo?

–Sip –dice Laurie, alargando la p, aún absorto en el teléfono.

Evander empieza a caminar de un lado a otro, frunciendo aún más el ceño.

–Pero ¿cómo puedes estar tan seguro? Esta casa es enorme. Sería totalmente posible vivir en alguna de las habitaciones olvidadas sin que nadie se enterara…

–Sí, sería bastante aterrador.

–Tengo que pensar –dice Evander con brusquedad–, todas las opciones –pero en lo que en realidad está pensando es en la puerta de su habitación abierta en mitad de la noche, cuando juraba que estaba cerrada.

–Mi abuelo no habría dejado entrar a nadie –dice Laurie–. Es bastante reservado y odia a la gente.

En ese momento, Evander se da cuenta de que Laurie está hablando en presente, como si, a pesar de su sarcasmo desdeñoso, todavía no hubiera aceptado del todo que su abuelo está muerto.

–No tendrías manera de saberlo si siempre estaba de viaje –dice Evander mientras empieza a revisar la habitación, levantando las tapas de las maletas con discreción y cerrándolas enseguida cuando ve ropa interior.

Le lleva un minuto darse cuenta de que Laurie no le ha respondido, y la frustración hace que se acerque a la cama y contemple la maraña de extremidades y despreocupación que es

Laurie, al parecer aburrido y cansado. Resulta elegante sobre las sábanas blancas: su piel clara, suave, su abdomen esbelto. Es un cuerpo hecho para los veranos y la ligereza. Sin costillas marcadas, sin costras de sangre seca ni moratones inesperados. Evander finge no sentirse celoso, finge no desear verse así.

Se queda mirándolo demasiado tiempo.

Laurie no parece notarlo. Apoya el teléfono sobre su pecho y empieza a jugar con el labio inferior, manteniendo la mirada fija en el techo de la vieja cama con dosel.

–Evander –dice, y hay algo en su voz que denota cautela y resignación.

–¿Qué? –pregunta Evander.

–No hizo ningún viaje de negocios –dice Laurie, suspirando y frotándose los ojos.

Evander se ríe.

–Estabas en el internado, ¿cómo puedes saberlo?

Laurie se incorpora tan de repente que Evander tiene que apartarse de la cama para no tocarlo.

–Porque lo sé –dice con voz baja y urgente–. Tú eres el que siempre está encerrado en su habitación. Y, lo siento, pero eres el único al que le dijeron que hacía viajes de negocios. Mi abuelo era un recluso absurdamente paranoico. Nunca salía de la mansión. Tenía mucho miedo de que alguien entrara sin permiso y… –Se queda en silencio–. Bueno, arruinara Hazelthorn cuando él no estuviera mirando.

Una palpitación grave y enfermiza empieza a presionarle los ojos desde dentro, y un sabor dulce y cobrizo le invade la boca con tanta intensidad que apenas puede tragar.

–Estás mintiendo –dice, apretando los dientes.

Laurie lo mira a los ojos con cautela.

–No tengo ninguna razón para mentirte.

–Pero entonces, ¿por qué ya no…? –Las palabras resultan demasiado amargas como para siquiera pronunciarlas, demasiado quejumbrosas, exigentes y tristes.

¿Por qué ya no me visitaba? ¿Por qué no me dejaba salir si estaba aquí? ¿Por qué tenía que cerrar…?

Pero no puede permitirse caer en ese pozo sin fondo, así que aprieta los dientes y finge hojear su cuaderno lleno de garabatos, como si una nueva pista fuera a materializarse de la nada. Lo único que encuentra son más preguntas.

–No me importa si me crees o no –añade Laurie, recuperando su habitual indiferencia–. ¿Ya se ha terminado el interrogatorio? Tengo que cambiarme y encontrar algo para comer antes de que Oleander me prohíba entrar en la cocina para siempre porque le gusta verme sufrir –se acerca a una de sus maletas y rebusca en su interior hasta que tiene que detenerse con una mueca de dolor, llevándose el brazo izquierdo al pecho para evitar golpearse la muñequera.

No necesita que Oleander lo haga sufrir. Siempre está sufriendo.

Evander se aparta con firmeza de la empatía que siente por este chico despiadado. El péndulo de emociones le revuelve el estómago.

–Necesito hablar con Carrington –dice Evander–. Él sabe todo lo que hay que saber sobre la mansión. –Y entonces podrá saber si es verdad; si Byron Lennox-Hall lo había abandonado para que se pudriera, simplemente porque ya no le importaba.

no le importas a nadie y lo sabes, siempre lo supiste, estás aquí porque no tienes la capacidad legal de estar en otro lugar y ellos

probablemente no quieren que les pongas una demanda por casi morir en su jardín, y sí, se hicieron cargo de ti, pero no te quieren, porque ¿quién querría a un chico extraño, enfermo y demente como…?

–Llamaré al hospital por ti –dice Laurie, todavía rebuscando en su maleta–. Pero solo te voy a hacer este único favor. Intenta interrogar al viejo con delicadeza para que no le dé otro ictus.

–Soy delicado…

–Solo por fuera, Pulgarcita –dice Laurie.

Evander se endereza para mirarlo, furioso.

–No soy tan bajo.

–Apenas llegas al metro sesenta.

–Puedo seguir creciendo.

Laurie no dice nada y Evander observa con cuidado cómo se le acelera la respiración, cómo la punta de sus dedos se vuelve blanca cuando presiona con fuerza los confines de su muñequera. Debe de estar sintiendo mucho dolor obligando a esos ligamentos contraídos a estirarse.

Evander hace un gran esfuerzo por dejarlo todo a un lado y concentrarse otra vez en su caso.

–Entonces, ¿por qué te expulsaron de tu antigua escuela?

–Yo lo llamaría libertad condicional académica –dice Laurie, inexpresivo.

–¿Porque eras demasiado vago para ir a clase?

Un músculo se tensa en la mandíbula de Laurie, pero su voz no cambia.

–Algo así. Wickwood es una escuela de mierda de todos modos y está en medio de la nada. Pasaban cosas raras y aterradoras todo el

tiempo, y cada vez que le preguntaba a mi abuelo si podía cambiarme de escuela, decía que no porque me odiaba.

–¿Cuándo es tu cumpleaños? –pregunta Evander.

–Fue hace dos semanas.

–¿Cuál es tu nombre completo?

–Laurence Evan… –hace una pausa cuando por fin elige su ropa. Suspira y añade–, Alexander Lennox-Hall.

–¿En medio te cansaste de tu nombre pretenciosamente largo? – Sabe que está siendo un poco brusco, pero no le importa.

–De hecho, sí, gracias por preguntar.

Evander mira sus notas.

–¿Qué salvarías en un incendio?

–Eh, no sé.

–¿Cómo describirías tu relación con tu abuelo?

Laurie arroja la ropa a la cama, manteniéndose inexpresivo.

–Eh, ya me estoy cansando de todo esto, Sherlock.

Evander anota algo en su papel.

–¿Qué acabas de escribir? –pregunta Laurie, con cierto filo en la voz.

–Solo cada vez que evitas una pregunta –dice Evander con calma–. Y lo sospechoso que resulta que lo hagas.

–Cielos –murmura Laurie–. Voy a cambiarme. Cierra los ojos o no. Me da exactamente igual.

Evander tiene exactamente medio segundo para reaccionar antes de que Laurie meta un pulgar por la cintura de los pantalones del pijama y empiece a bajárselos. El pánico cobra vida en su pecho y se arroja por encima de la cama para desplomarse en el suelo del otro lado. Se queda sentado allí, cerrando los ojos con fuerza y

presionando el cuaderno contra su pecho, mientras escucha el suave golpe de la tela contra el suelo. Laurie está desnudo. Sin duda lo hace para hacerlo sentir tan incómodo que se vaya de una vez por todas.

Empieza a respirar lento y profundo, mientras sobrevive a esos minutos de pánico y tortura.

Un montón de ropa lo golpea en un lado de la cabeza.

Levanta la vista, desconcertado, y ve a Laurie mirándolo con una sonrisa insolente. Solo tiene dos botones abrochados y una enorme abertura en forma de V deja al descubierto la curvatura de su pecho. O no puede abrocharse los botones con una sola mano o sigue con su reinado de amenaza casual.

Sobre su regazo ahora tiene un par de pantalones de pijama todavía tibios.

Se los quita de encima como si estuvieran vivos.

–Eres un hombrecito divertido –dice Laurie.

–Y tú eres… eres molesto –responde furioso.

–Guau, increíble respuesta. Buen trabajo.

Evander intenta alisar su cuaderno doblado.

–¿Eras así conmigo cuando éramos niños?

No obtiene ninguna respuesta y le lleva un momento pasar las páginas arrugadas para darse cuenta de que Laurie no va a decir nada. Evander lo mira con el ceño fruncido, pero Laurie tiene una expresión extraña. Desaparece enseguida y se deja caer de espaldas sobre el colchón para coger su teléfono, casi pateando a Evander en la cabeza en el proceso.

–Parece que olvidaste muchas cosas –dice, sin inmutarse.

Solo la mitad de su vida. Evander pone y quita la tapa del bolígrafo varias veces para centrarse.

–Quizá las recupere. Algunas ya las he recuperado.

–Bueno, date prisa –dice Laurie–. Así podrías responder varias de tus propias preguntas.

–O simplemente podrías hacerlo tú.

–Si haces las preguntas correctas, lo haré.

Es exasperante e irritante, y lo sabe. Su sonrisa es repentina y autosatisfecha, y el calor se extiende por las orejas de Evander por razones que no puede explicar. Si se pone de pie, no está seguro de lo que podría hacer, a él o a Laurie, pero contiene la tentación cuando Laurie le pide a su teléfono que llame al hospital, lo que fascina a Evander, aunque preferiría morir antes que admitir que no tiene ninguna experiencia con la mayoría de los aparatos tecnológicos.

Se pone de pie con cuidado y se acerca al pie de la cama. Una energía nerviosa lo vuelve inquieto, aunque no sabe por qué. Es Carrington, la única constante en su vida.

Y podría ser un asesino.

Pero tampoco tiene ningún motivo. Literalmente está en el hospital por no haber podido lidiar con la conmoción de la muerte de Byron.

Laurie se aclara la garganta.

–Hola. Sí. Me gustaría consultar por un paciente. Es un viejo amigo de la familia. Sufrimos un susto terrible y lo ingresaron hace unos días... Sí... Ah, claro. Su nombre es… –mira a Evander con el ceño fruncido y aparta el teléfono de la oreja–. ¿Cuál es el nombre de Carrington?

–¿William? –dice Evander–. Creo.

–William Carrington –dice Laurie al teléfono. Hay una larga pausa y su boca se curva en una mueca de confusión–. Ah… vale.

Evander empieza a poner y quitar la tapa del bolígrafo sin parar, cada vez más rápido, hasta que Laurie corta la llamada.

–¿Qué? –pregunta Evander con un tono exigente–. ¿No quería hablar contigo? Porque yo… necesito preguntarle qué medicamentos debería tomar –no quiere tener más episodios, eso es lo que no dice. No quiere volver a recaer.

–Bueno –dice Laurie lentamente–, no puedo hablar con William Carrington porque nunca han oído ese nombre. Nunca lo ingresaron.

Evander siente un extraño nudo en el estómago.

–Entonces –dice Laurie–, la siguiente pregunta es ¿dónde está nuestro totalmente inocente viejo mayordomo?



CAPÍTULO DOCE

Así es como debería haber sido antes: los dos juntos, inseparables como un par de brotes verdes, con los pulmones respirando al mismo ritmo, mientras corren por los pasillos de Hazelthorn. Laurie va delante, moviéndose rápido, mientras Evander lo sigue como un fantasma atado a sus dedos. Sus voces inundan los rincones oscuros y hacen ondular las cortinas gruesas y sofocantes. Es como volver a tener diez años, con espadas de madera y coronas de malvas, las rodillas cubiertas de hierba y las bocas manchadas con las moras de los jardines.

Habrían sido un terror ferviente en aquel entonces, saturados de vida y de sí mismos, pero ahora solo merodean por los lugares donde juntos solían resultar encantadores.

–Por cierto, ¿quién te dijo que habían internado a Carrington? –pregunta Evander.

–Dawes –responde Laurie–, ese bastardo. Te dije que no debíamos confiar en él. Acorralémoslo para que puedas atormentarlo con uno de tus interrogatorios divertidos.

–Quizá Carrington estaba en el hospital y luego… –le cuesta seguir–. ¿Su familia se lo llevó a casa?

–¿Tiene familia? –pregunta Laurie–. Creí que estaba condenado a una vida de servidumbre a mi abuelo… Bueno, está bien, estoy bromeando. Deja de mirarme así. Es solo que creo que Carrington estaba casado con su trabajo. ¿Siquiera se tomaba días libres?

Evander aparta la mirada de las paredes cubiertas de helechos, cuyas hojas secas alfombran el suelo por el abandono. Ahora que Carrington no está allí, no hay nadie que se encargue de cuidar las plantas.

–No –dice Evander, doblando una esquina detrás de Laurie–. Me llevaba la comida y los medicamentos todos los días.

Siempre en silencio, sus movimientos se vuelven rígidos con una sensación de disgusto y su mirada nunca se detiene el tiempo suficiente en esta misión retorcida en la que lo obligaron a participar: obligado sin razón aparente, comprende ahora Evander. Si Byron estaba en la casa, podría haberlo cuidado. Es solo que no quería hacerlo.

Le duele, pero de un modo extraño, como una navaja desafilada presionada contra su garganta.

–¿Ves? No tiene familia –dice Laurie–. Así que es probable que haya envenenado el té, robado algunas porquerías y luego se haya marchado. ¡Tachán!, ahí tienes su móvil.

Llegan a la escalera principal y aminoran la marcha mientras descienden. La sonrisa de Evander es un poco engreída.

–Vale, Watson.

–Yo no soy Watson –responde Laurie, genuinamente ofendido, aunque se detiene en mitad de la escalera.

Habían estado tan absortos en sí mismos que no notaron que la inmensa puerta de madera oscura está abierta y hay varios bolsos

de viaje apilados en el suelo. El vestíbulo es una bienvenida imponente a Hazelthorn: una vasta cavidad de techos abovedados y un enorme candelabro que parece listo para dejar caer cristales como esquirlas de hielo sobre cualquier visita indeseada. Una alfombra verde oscura se extiende como un camino desde el pie de la escalera hasta la puerta principal. Estar en medio de este lugar te hace sentir como una hoja insignificante e imperfecta, empujada hacia la boca de Hazelthorn para que una lengua pesada y húmeda juegue con ella antes de tragársela para siempre.

Laurie sigue avanzando lentamente hacia el último escalón y Evander decide mantenerse detrás de él. Entonces comprende que nunca había visto la puerta principal abierta.

Y tampoco había visto al hombre que entra trotando con una sonrisa radiante y una maleta con ruedas.

Uno de los nuevos sirvientes de Oleander está listo para recibir al invitado, murmurando:

–Bienvenido a Hazelthorn.

El invitado avanza con los brazos extendidos hacia ellos.

–Vaya, ¡pero si es el hombre del momento!

La necesidad de salir corriendo se siente como una descarga eléctrica en su espalda y lo único que lo mantiene en su sitio es la confusa promesa de protección de Laurie, que se cruza de brazos con mayor rigidez y gira lentamente para que su cuerpo sea una pared entre Evander y el mundo.

–Bane –dice Laurie, sin inflexión en la voz–. El primo al que no quería volver a ver nunca, qué divertido.

Bane parece un turista que ha comprado un paquete completo y acaba de bajar de su *jet* privado para quejarse del destino exótico al

que acaba de llegar. Apesta a nuevo rico con sus pantalones chinos blancos y ajustados y una camisa de seda todavía más ceñida al cuerpo, unas gafas de aviador sobre el cabello rubio y un reloj de oro, pesado y brillante, en su muñeca perfectamente bronceada. Unos rasguños extraños marcan su brazo, pero gira para que los puños de la camisa cubran las heridas. Su colonia es una nube asfixiante de algo que probablemente lleve un nombre como «Adonis: masculinidad bañada en oro», y él es, en general, la personificación del exceso.

Sus ojos ignoran a Laurie y se posan sobre Evander con una voracidad palpable. Extiende una mano, pero Evander retrocede hacia las sombras de la escalera. Laurie mira la mano de Bane hasta este que la retira.

Bane lo observa molesto y da un paso hacia un lado para volver a mirar a Evander.

–Evander, ¿no? *Evander*. Es muy agradable conocerte por fin. He oído cosas increíbles sobre ti. Eres un chico impresionante, no cabe duda.

Laurie se apoya contra la barandilla, levantando las cejas.

–¿Exactamente en qué sentido te parece impresionante, aparte de haber heredado los miles de millones del viejo cabrón?

A veces, Evander olvida el dinero. Lo único en lo que piensa, lo único que lo obsesiona, es ser el dueño de Hazelthorn.

–Bueno… –dice Bane, y, al parecer, tiene dificultades para fundamentar sus halagos superficiales–. Es, eh… ¡todo un cerebrito! ¿Lees todos esos libros y cosas? Como sea, el tío Byron estaba muy orgulloso de ti y, por supuesto, yo estoy orgulloso de tener la oportunidad de conocerte.

Evander está bastante seguro de que su expresión desborda confusión, mientras que la de Laurie está llena de desdén.

–Es el hijo de la tía abuela Oleander, Bane Burnett –murmura Laurie a Evander–. Es mi primo segundo o algo así.

–Lo importante es que somos familiares cercanos –dice Bane con calidez, y luego añade con un tono desdeñoso–. Por cierto, me cambié el apellido a Lennox-Hall cuando mi madre lo hizo después del divorcio.

–Sí, tienes que mantener el mismo apellido de tu tío rico –dice Laurie con el tono más burlón posible, y Bane entrecierra los ojos.

–Qué sorpresa ver que estás bien, Laurence.

–¿Por qué no lo estaría?

–Vivo con la esperanza de que tengas un accidente inoportuno –dice Bane, esbozando una sonrisa feroz–. Espero que no hayas corrompido a Evander con tu pesimismo intolerable. ¿Te está molestando, Evander? Siéntete libre de hacerme saber si algo te incomoda y estaré más que dispuesto a…

–Has traído mucho equipaje para pasar solo una noche –interrumpe Laurie.

El desprecio de Bane está enmascarado por una sonrisa.

–Va a ser un poco más que «una noche», pero todo eso no es mío. Desafortunadamente, Azalea acaba de llegar. Creo que sigue ahí fuera coqueteando con su chófer.

Dice el nombre como si fuera una astilla infectada clavada en sus encías, y, cuando Evander se asoma desde detrás de Laurie para contar las elegantes maletas, en su lugar dirige la mirada hacia la puerta doble abierta.

Como su habitación da a la parte trasera de Hazelthorn y a los jardines descuidados, Evander apenas recuerda cómo es el frente de la propiedad. Desde este ángulo distingue el largo camino de acceso para coches, bordeado de avellanos, que conduce hasta una verja de hierro cubierta de enredaderas y madreselva. Unos faunos de mármol, cubiertos de líquenes, vigilan la entrada como centinelas inquietantes. Lo que más lo desconcierta son las varias furgonetas blancas aparcadas al otro lado de la verja. Una multitud imprecisa de reporteros se mueve sin parar, intentando tomar fotografías, mientras las rejas de hierro se cierran con un mecanismo automático.

El asco ensombrece el rostro de Laurie.

–¿Esa es la prensa?

–¿Qué esperabas? –dice Bane con una voz tan estridente que resulta molesta–. Un multimillonario murió de forma inesperada y un heredero desconocido recibió la corona. A la gente le encanta esa porquería. Deberíamos ofrecerles entrevistas exclusivas con Evander para que las publiquen en primera plana. Podríamos conseguir algunos empleados que hagan visitas guiadas por la propiedad y aprovechar esa atención mientras podamos –sube algunos escalones e intenta invadir el espacio personal de Evander.

–Ya sabes por qué nunca haremos eso –dice Laurie, con cierto filo en la voz, ya no solo apatía, y se aparta de la barandilla para empujar a Bane.

La ira que sienten el uno por el otro es inconfundible.

–Por lo que veo sigues siendo un pequeño cretino desagradecido –dice Bane entre dientes.

–Al menos no tengo más de cuarenta –responde Laurie con un tono inexpresivo–, ni sigo viviendo a costa de mi madre mientras salgo con modelos adolescentes.

La voz de Bane se vuelve mucho más fría.

–No puedo esperar a que recibas lo que te mereces.

Y la sonrisa de Laurie podría cortar el hielo.

–Lo mismo digo.

Evander siente los latidos del corazón en la garganta y, de repente, tiene la necesidad sofocante de regresar al ala norte, donde la vida es mucho más sencilla y no tiene que enfrentarse a la parte más despreciable de los Lennox-Hall. No sabe cómo sentirse respecto a que Laurie lo haya protegido. Su cabeza es un desastre irritable y saturado, aunque no puede evitar sentir una leve curiosidad por el hecho de que todos parecen odiar a Laurie.

Aunque Laurie tampoco hace mucho por mitigar esas reacciones o resultar más agradable. De hecho, parece empeñarse aún más en complicarse la vida para resultar desagradable, pero una pequeña parte de Evander no puede ignorar que el mayor crimen de Laurie parece ser decir la verdad con una honestidad brutal y feroz, en lugar de repartir sonrisas falsas y adaptarse a las formas que sus parientes ricos esperan. Aun así, deben de dolerle el odio y el rechazo constantes de su propia familia.

Evander tiene que analizar todo esto, escribirlo y entenderlo.

Pero quizá lo que en verdad quiere comprender es cómo puede odiar a este muchacho y, aun así, ansiar usar sus propios huesos para construir un refugio alrededor del corazón crudo y ensangrentado de Laurie. Es incomprensible sentirse de ese modo, pero no puede evitarlo.

Hay más conmoción en la escalinata delantera cuando otra Lennox-Hall entra envuelta en una nube de perfume floral. Lleva un vestido negro de escote bajo que realza su figura y un sombrero negro de ala ancha con un velo de perlas sobre el rostro. Es la elegancia personificada. Se quita el sombrero y lo lleva hacia un lado, como si un sombrerero fuera a materializarse de la nada para atenderla. El sirviente la complace, mientras ella acaricia su moño impecable sin prestarle atención.

Luego mira a Evander.

–Ah. –Su mano sube hacia las perlas de su cuello–. Ah. Es hermoso. Es simplemente… Ah, el rostro de un dios prerrafaelita. ¡Y el cabello! ¡Los pómulos! Es demasiado.

Un extraño rubor cubre las orejas de Evander y decide recalibrar su definición de la palabra *aterrador*. Porque esta mujer sin duda lo es, mientras se desliza hacia la escalera, encuadrándolo con los dedos como si lo estuviera imaginando colgado en una pared, junto al resto de la colección de arte mohosa de la mansión.

–Querido. –Aparta a Laurie, que se queja al perder el equilibrio, y toma las manos frías de Evander–. Soy Azalea Adeline Lennox-Hall y me encantaría conocerte mejor. Estar aquí para ti en estos tiempos difíciles. –Se inclina tanto hacia delante que puede ver por debajo de todo el frente de su vestido.

Intenta mirar hacia otro lado, con el rostro completamente sonrojado.

–Hola, tía –dice Laurie con un tono ácido.

–Laurie, ¿cómo estás, querido? –saluda a su sobrino con una indiferencia casi cruel, sin apartar la mirada de Evander en ningún momento–. Tu nombre es un bocado de cielo, Evander. Evander. Tu

dolor, querido, es mi dolor. El tío Byron era un hombre de filantropía legendaria y maravillosa, y todos lo echaremos profundamente de menos.

–Me encanta tu vestido de luto –dice Laurie–. Inclínate un poco más hacia delante, tía Azalea, no creo que Evander haya podido verlo todo todavía.

Eso la obliga a enderezarse y a soltar a Evander, llevando una de sus manos blancas y delicadas a la garganta.

–Laurie, qué cosa más ordinaria de decir. Tienes que intentar ser más agradable.

–Me sorprende que mamá todavía no lo haya hecho entrar en razón –dice Bane con desdén, aunque solo recibe una mirada de rechazo por parte de Azalea.

–¿Qué haces aquí? –pregunta ella.

–¿Qué haces *tú* aquí? –responde él.

–¡¿Qué hacéis vosotros dos *aquí*?!

Todos se vuelven hacia la parte superior de la escalera y encuentran a Oleander, erguida como un jaguar al acecho, con una túnica mullida bordada con piel. Desde esa altura, su mirada amenazadora resulta monstruosa y su desdén parece rodar por las escaleras para asfixiar a los recién llegados con un desprecio intimidante. Tanto Azalea como Bane parecen inquietos e incómodos, dejando claro que Oleander sí aterroriza a todos.

Hay demasiadas personas, demasiado que procesar, y Evander siente que pierde el equilibrio, como si ya no supiera cómo aferrarse a su propia piel. Sus pulmones se llenan de hojas muertas y de los fragmentos rotos de las frases que no puede obligarse a pronunciar. Está fuera de sí, como un fantasma incluso para sus propios ojos, y

quiere marcharse, aunque no recuerda cómo hacer que sus extremidades lo obedezcan.

–Os pedí que no vinierais –dice Oleander, bajando a toda prisa por la escalera, mientras su túnica se mueve como una cascada a su alrededor.

–Justo estaba en el pueblo –dice Bane, sacudiendo una mano con despreocupación–. Me pareció prudente pasar a dar el pésame.

¿En el pueblo? La frase atraviesa la neblina de Evander y se queda atrapada en su mente. Creía que todos los descendientes de los Lennox-Hall vivían lejos, en ciudades fastuosas, en lugar de condenarse al diminuto pueblo rural cercano a Hazelthorn. No hay nada interesante allí, por lo que sabe. Pero si Bane ha estado viviendo cerca todo este tiempo, entonces…

Él podría haber tenido acceso a Hazelthorn.

–Solo vine al funeral y a ver a mi querido sobrino –dice Azalea, acercándose de repente a Laurie y envolviéndolo en un abrazo constrictor, mientras él deja escapar un resoplido de sorpresa–. No le negarías mi cariño a él, ¿verdad, tía Oleander?

Oleander repliega los labios en una sonrisa hostil.

–¿Y supongo que ninguno de vosotros ha venido por los placeres que tiene para ofrecer la mansión?

–¿A qué te refieres? –dice Azalea, apoyando una mano sobre su corazón con un gesto de perfecta inocencia.

Bane pone los ojos en blanco.

El sirviente cierra la puerta, bloqueando la vista de las furgonetas blancas y sus cámaras. La idea de que pudieran arrojar a Evander a la prensa le provoca náuseas.

–¿Quién más viene al funeral? –pregunta Oleander con brusquedad.

–Bueno, el resto de sus hijos. Larkspur, Wisteria… Ah, y el padre de los primos también, por lo que sé –dice Azalea, dándole una palmada a Laurie en la cabeza antes de apartarlo a un lado.

–Cielos –dice Bane–. Toda esa gente podría haberse quedado fuera.

–Creo que deberíamos dejarte fuera a ti –responde Azalea con un tono cortante y remilgado.

Evander mueve la cabeza de un lado a otro, intentando seguir la discusión, pero Laurie lo sujeta por la parte delantera del chaleco y lo aparta de la escalera. A ninguno de los adultos parece importarle que la llave de la fortuna esté siendo retirada del lugar como si fuera un objeto inerte.

Laurie no lo suelta hasta que llegan a un pasaje abovedado que los conduce más hacia las profundidades de la mansión. No porque a Evander le moleste; casi le gusta que lo sostengan, la manera en que lo ancla en medio del agobio de conocer a estos dos nuevos Lennox-Hall. Él es el cuco en el nido de ramitas, huesos y corazones ensangrentados, y todavía no entiende por qué heredó Hazelthorn en lugar de todos los demás.

La electricidad recorre su piel en carne viva y no sabe cómo invocar las palabras para decir: *No estoy bien*. Aunque piensa que, quizá, Laurie ya lo sabe y por eso actúa como un perro guardián, como si Evander fuera algo que le pertenece.

–Las marcas en los brazos de Bane –dice Evander de repente–. No se puede caminar por el jardín sin que las plantas te corten por todas partes.

–Entonces estuvo en la propiedad –dice Laurie–. Supongo que ese es el nuevo sospechoso principal. –Parece haber olvidado por completo su apatía por jugar a los detectives.

Pero su disposición inesperada a encontrar al asesino también modifica la imagen que Evander tenía de él. Un acto de bondad no es suficiente para declarar la inocencia de Laurie, pero sin duda no lo estaría ayudando si necesitara ocultar su propio crimen.

–Quizá deberíamos… ¿Podemos contratar a un investigador privado de verdad? –pregunta Evander.

Laurie empieza a caminar lentamente hacia un nicho empapelado con estampados fastuosos de belladonas.

–No cuando la causa oficial de la muerte del abuelo es «aneurisma». La policía no considerará que haya ningún caso que resolver; además, Oleander nunca dejaría entrar a ningún investigador privado en la mansión. Si intento algo, lo que sea, me quitará el teléfono y tampoco puedo salir de la propiedad para reunirme con uno. –Señala su muñequera, pero mira a Evander con firmeza–. Y está bien, porque no voy a salir de Hazelthorn.

Como si esa fuera la única manera de mantener su derecho a heredar la mansión, los jardines, la fortuna. Todo esto hace que Evander quiera gritar.

Pero siente un dolor en el pecho que se vuelve cada vez más difícil de ignorar.

No confíes en él…

Pero quiero hacerlo.

Ansía lo que perdió, el consuelo de encontrar su lugar junto a un chico tan confiado, tan firme y ágil. Si pudiera retroceder en el tiempo, recordaría qué clase de amigos eran, quién de los dos

estaba lleno de magia y quién estaba lleno de aventura. Si tan solo pudiera ser como Laurie, ser normal, quizá nada habría salido mal.

Aunque le duele, en el fondo, como un desprecio, seguir persiguiendo ese objetivo.

Normal.

Ni siquiera sabe lo que significa.

Solo desea entender qué fue lo que se rompió entre ellos, saber si su separación fue responsabilidad suya.

–Vamos –dice Laurie, llevándolo hacia la cocina, donde los envuelven los aromas de las masas hojaldradas de canela y manzana, el tocino y el sirope de arce caliente, mientras el chef privado de Oleander se apresura a preparar el desayuno.

Los aromas gloriosos despiertan el hambre dormida de Evander. No quiere pensar en su lengua, demasiado larga, demasiado caliente, al lamer el plato ensangrentado de la noche anterior.

Distraído, casi choca con Laurie al abrir la puerta trasera. Evander retrocede de inmediato porque cosas como esas no son para él: el exterior, la luz del sol y los días calurosos de verano. Él es una hoja de otoño, destinada a quedar prensada entre las páginas de un libro viejo y olvidado.

–¿Qué haces? –pregunta con cautela–. ¿No íbamos a buscar a Dawes?

Laurie sale y parece que cada arbusto del camino descuidado se extendiera hacia él, rozándole las pantorrillas con hojas y tiernas enredaderas verdes que se enredan en sus muslos.

–Sería útil si pudieras recuperar tus recuerdos –dice.

–Ya lo estoy haciendo –responde Evander, con un nudo en el estómago–. A mi ritmo.

–No es suficiente. –La boca de Laurie es una línea de desinterés, pero Evander ahora también comprende que esta es otra de sus mentiras–. Déjame mostrarte el lugar donde casi mueres. Veamos qué recuerdas.



Está escondido debajo de la cama, su único lugar secreto, para terminar de llevarse a la boca todas las campanillas azules. Cuando le preguntan de dónde saca las flores, guarda silencio. Desde el accidente, olvidó la mayoría de las cosas: cómo leer, hablar y responder a su propio nombre. Suturas negras forman un laberinto en su vientre y tiene las manos cubiertas con calcetines para que deje de rascarse las heridas. También para impedir que sus dedos se muevan sin parar, inquietos y ansiosos.

Las manos deben quedarse quietas, le dicen. Él se supone que debe quedarse quieto.

Por eso permanece inmóvil debajo de la cama, con los ojos como dos joyas verdes luminiscentes que destellan desde las profundidades, mientras los pétalos se aferran a su lengua.

Es su tutor quien lo saca por los tobillos, pero su decepción se transforma en preocupación cuando sujeta la mandíbula del niño y la abre.

No son campanillas azules. Son acónitos.

Su tutor lo levanta y lo lleva al baño a toda prisa para lavarle la boca una y otra vez. «Maldita sea. ¿Quién te dio esto? ¿Dónde las encontraste?»

Es difícil responder, así que simplemente muerde los dedos retorcidos y viejos que sujetan su mandíbula y deja marcas en la delicada piel.

Al terminar, le dan sus medicamentos. Olvida qué fue lo que hizo mal.

Olvida incluso que fueran acónitos.



CAPÍTULO TRECE

Hay una locura sofocante y abrasadora en seguir a Laurence Lennox-Hall hacia los jardines, un error cometido entre el canto insistente de las cigarras y el susurro de las hojas, los latidos del verano. Fuera, el mundo exhala un aroma despiadado a madera verde y tierra húmeda, a flores nuevas y arbustos tupidos. Evander debe de tener tendencias suicidas. O quizá ha perdido la maldita cabeza. Pero es como si ese chico tuviera un anzuelo clavado en las costillas.

O tal vez él mismo sea el culpable de esta decisión. Es Ícaro, con sus alas de plumas de cisne, quien eligió volar hacia el sol porque le parecía un chico guapo.

Se odia, solo un poco, cuando cruza el umbral del jardín.

Laurie ya se ha alejado, como si en realidad no le importara si Evander decide seguirlo o no. Avanza por el sendero con facilidad, adentrándose cada vez más en las esbeltas y exuberantes profundidades del jardín. Resulta difícil pasar por alto que haya decidido hacer esto mientras todos los adultos están ocupados discutiendo, pero no lleva nada que pueda usar como arma.

Cuando piensa en Laurie en el baño, hablando entre dientes por el dolor que le produce su muñeca destrozada, está bastante seguro de que podría escapar si Laurie intentara algo. Aun así, no deja de sentir que todo esto es una pésima idea.

Si pudiera arrancarse esta obsesión de la cabeza, lo haría.

En lugar de eso, sigue adelante.

El sendero se estrecha entre rosales tan crecidos y retorcidos que las espinas atraviesan sus propios pétalos. Laurie se detiene y a Evander le lleva un segundo comprender por qué.

La asistente personal de Oleander está en el suelo, apoyada sobre manos y rodillas, usando unas pequeñas tijeras de podar para cortar hojas sin demasiado cuidado. Un sombrero de paja deformado parece ser su única prenda de jardinería, ya que aún va vestida como para trabajar en una oficina, con una blusa blanca y unos pantalones impecablemente planchados. Por alguna razón inexplicable, la han enviado allí para encargarse del jardín.

–¿Qué demonios? –dice Laurie, cruzándose de brazos y mirándola con disgusto–. Vuelve dentro.

Jessica se encoge de miedo.

–La señora Lennox-Hall me ha enviado aquí porque el jardín necesita algunos cuidados y…

–No –la interrumpe Laurie–. Solo… no. Dile a Oleander que he empezado a acosarte y que te he llevado de vuelta dentro o algo así. O invéntate cualquier historia de mierda sobre mí. No me importa.

Evander se acerca, confundido por el repentino interés de Laurie en la pobre asistente. Parece como si la estuviera regañando, poniendo los ojos en blanco y hablándole con dureza, pero tal vez

sea lástima, expresada de la única forma resentida y horrible que conoce un chico como él.

–No puedo perder mi trabajo –dice Jessica, al borde del llanto, mirando la tierra que mancha su blusa. Sus mejillas están enrojecidas por el sol y parece completamente fuera de lugar. No puede ser mucho mayor que ellos.

–Entonces dimite –dice Laurie–. Estoy bastante seguro de que conservarías más la cordura si fueras camarera. Oleander come ratones vivos solo por diversión.

Eso hace que Jessica casi se ría entre sollozos lastimosos, y, para sorpresa de Evander, lo obedece. Recoge sus escasas herramientas de jardinería y regresa lentamente hacia el interior de la mansión.

Evander aplasta un insecto con la mano y frunce el ceño.

–Eso ha sido casi amable.

–No, claro que no –dice Laurie, quitándole importancia con un gesto de la mano, y continúa caminando por el sendero–. Es mejor no meterse en los jardines de Hazelthorn. No merece la pena arriesgarse a perderte o a que te muerda algo. –Hay algo extraño en su voz, quizá frustración.

–No he visto ninguna serpiente –dice Evander.

–Nunca es tarde.

Evander avanza con cuidado junto a los rosales, mientras sus dedos de espinas se clavan en las mangas, y corre tras Laurie, que desaparece rápido detrás de un muro de piedra.

–Además –dice Evander, intentando sonar firme–, si me has traído aquí fuera para hacerme algo siniestro, puedes terminar de una vez.

–Define «siniestro» –responde Laurie con aire casual. No se vuelve, pero la insolencia en su voz es evidente.

–Voy a defenderme –dice Evander en voz baja, apretando los dientes.

Laurie suspira y se agacha para esquivar las ramas bajas de un abedul.

–No voy a tocarte. Deja de montar tanto escándalo y date prisa.

Esto no se parece en nada a su incursión anterior en el jardín después de la lectura del testamento. Esta es una exploración cautelosa. Una pausa antes de escoger qué camino tomar en una bifurcación. Un momento de dejarse llevar mientras el jardín les susurra que se adentren más en sus profundidades. Siente palpitaciones en la nuca y tiene la sensación de que lleva demasiada ropa; de repente, su chaleco le oprime las costillas y los puños de la camisa le rozan las muñecas con incomodidad. Pero es mejor llevar capas, tener algo entre sus cicatrices y el mundo.

Todo a su alrededor palpita con una vida exuberante y hay tantos sonidos que no logra distinguirlos con claridad. Cruzan un arco de piedra y llegan a una explanada con mosaicos que parecen un tablero de ajedrez turquesa, cubiertos de musgos y líquenes que se sienten esponjosos bajo los pies. Está tan fascinado por las solitarias columnas corintias estranguladas por decenas de enredaderas, que tropieza sobre los mosaicos irregulares e intenta recuperar el equilibrio, no sin sentir mucha vergüenza.

Más adelante, Laurie espera bajo una arboleda de ciruelos descuidados, cuyas frutas son como joyas tan relucientes que parecen irreales. Levanta una ceja.

–Cierra la boca –balbucea Evander, sacudiéndose el polvo de encima.

–Literalmente no he dicho nada.

–Bueno, has levantado las cejas con bastante intensidad –responde, cruzándose de brazos e intentando conservar la dignidad–. No soy una persona de exteriores.

Laurie arranca una ciruela de una rama y se toma su tiempo antes de responder.

–¿Tú no eres una persona de exteriores?

Este golpe inesperado basta para recordarle cuánto duele saber que gran parte de su vida está guardada en cajas inaccesibles, sin etiquetas. Que personas como Laurie lo conocen mejor que él mismo.

Laurie muerde la fruta y sacude la cabeza.

–¿Qué clase de persona era? –pregunta Evander, deseando que la añoranza no se note en su voz.

–Se supone que deberías estar recordándolo –dice Laurie, mientras se aleja. Lanza la ciruela por encima del hombro y Evander la atrapa.

Es un insulto, por supuesto, tener que comer las sobras de Laurie. Siente que está a punto de lanzársela a la cabeza.

Pero no lo hace. Cuando Laurie está lo bastante lejos, Evander apoya los labios en el mismo lugar donde lo hizo Laurie y muerde, como un beso indirecto. El jugo se derrama sobre su piel acalorada y se desliza como sangre por la barbilla. Se come la fruta entera. Y quiere más. Aunque no está seguro de que sea la fruta lo que le hace la boca agua.

Cuanto más se adentran en los jardines, más intenso es el hormigueo en el cuello. No le encuentra lógica a la disposición del lugar, ninguna cohesión entre las distintas partes del jardín. Toda la propiedad está amurallada como una fortaleza y los muros internos

forman un panal imposible. Los matorrales son tan tupidos en algunas glorietas que resultan infranqueables, y las madreselvas y los jazmines compiten por ahogar el mundo con su perfume abrumador.

Le lleva un tiempo darse cuenta de que las plantas se han vuelto irreconocibles. Flores de formas extrañas, bayas de colores tan brillantes y relucientes que parecen tóxicas, enredaderas cuyas hojas parecen puntas de flecha. Las celosías se retuercen bajo el peso de los narcisos y de cosas que deberían ser campanillas, pero que, de algún modo, no lo parecen.

Debería haber traído la guía de campo.

Asegurándose de que no lo vea, arranca algunas muestras y guarda los recortes en el bolsillo trasero. Una rama verde, un racimo de flores, un brote tierno.

Llévatelo a la boca.

Toma una bocanada brusca de aire y siente que sus latidos se aceleran. Ese pensamiento no es suyo. No es él. La exposición prolongada al sol está jugando con su cabeza. Va a acabar con la piel quemada y un golpe de calor, y muchas razones para culpar a Laurie.

Los setos de laureles se abren y un inmenso estanque aparece más adelante. Laurie espera junto a la orilla y mira con asco el agua negra estancada. Algunos sillones antiguos de mimbre se pudren a su alrededor y cuatro gárgolas horribles se alzan en cada una de las esquinas, con moho creciendo entre sus grietas. Cuando Evander se detiene al borde del estanque para mirar el agua, un vértigo extraño se apodera de él. La forma de su rostro ondula en la superficie y parece transformarse por completo. Sabe que es vanidoso

preocuparse por su apariencia, pero no hay espejos en Hazelthorn y cada vez que encuentra un reflejo para mirarse, este conspira para alterar sus rasgos.

Solo quiere asegurarse de que su expresión es la adecuada, de que está haciendo todo lo posible por ser normal. Por encajar. Por comportarse como los demás. Quiere, necesita, descifrarlo.

–No recuerdo esto –dice Laurie, con una frustración inusual en alguien a quien aparentemente no le importa nada. Deambula por el borde del estanque, girando en círculos para mirar en la dirección de la que llegaron–. Quizá deberíamos haber doblado a la izquierda en aquella fuente.

Evander se tumba boca abajo en el borde del estanque y se estira para tomar un puñado de nenúfares. Entre ellos crecen varias algas. Algunas libélulas alzan el vuelo al sentirse amenazadas por su presencia, pero él quiere esos nenúfares negros. El estanque debe de ser antiguo, construido enteramente en hormigón ahora cubierto de verde, y el nivel del agua está tan bajo que Evander queda a solo unos centímetros de caer dentro antes de alcanzar una flor.

–Quizá –dice, incorporándose con su premio– tú también tienes amnesia.

–Pasó mucho tiempo desde que estuve aquí fuera –responde Laurie, inexpresivo–. Acabo de volver. Y, por cierto, ¿qué demonios estás haciendo? Deja de recoger cosas.

Ya ha reunido suficientes muestras y los nenúfares se suman a su gratificante colección. De hecho, lo está pasando bastante bien aquí fuera. El jardín no es tan aterrador cuando hay luz, abejas y el dulce aroma de las ciruelas… y nadie le está clavando una pala en el abdomen.

–Pareces un niño robando flores –dice Laurie.

Evander suspira con exageración.

–Excepto que soy el dueño…

–Ah, cielo santo –dice Laurie, poniendo los ojos en blanco mientras se da la vuelta.

–… de todo esto. –La sonrisa de Evander es algo engreída, pero lo anima con una calidez que no logra explicar cuando tiene la última palabra.

Sin embargo, su sonrisa comienza a desvanecerse al observar a Laurie dirigirse hacia otra pared cubierta de enredaderas, sujetándose inconscientemente la muñeca contra el pecho, como si intentara aliviar la presión.

Evander acomoda los recortes en sus brazos y se aparta a toda prisa del estanque.

–¿No hay alguna operación que pueda curarte la muñeca?

Laurie lo mira, molesto.

–Ya me operaron. Varias veces. La última fue la que lo arruinó todo. Además, te recomiendo que metas mi muñeca en tu canasto de cosas que no te tienen que importar, gracias.

–Todo es importante si estoy investigando –dice Evander, aunque en realidad quiere decir *lo siento lo siento lo siento*. Quizá simplemente debería confesar que recuerda un poco de aquel día: el sabor de la carne de Laurie entre sus dientes y el cielo resquebrajado como un huevo mientras yacía allí, moribundo.

Era un día muy parecido a este.

Avanzan junto a una pared alta, buscando una entrada, aunque una energía extraña parece haberse apoderado de Laurie. Parece

irritado, inquieto, aplastando insectos invisibles en su cuello, con la piel enrojecida bajo una capa de sudor.

–Está bien, pero –dice Evander con cautela–, ¿cómo es que la última lo arruinó? ¿No puedes volver con ese cirujano y pedirle que lo arregle?

–No, porque –dice Laurie, apretando los dientes– ese cirujano está muerto.

Evander empieza a aminorar la marcha, frunciendo el ceño, mientras Laurie acelera su búsqueda de una entrada en aquella pared imposiblemente alta. La enredadera es tan abundante que las rocas han quedado ocultas debajo de ella y aún no hay ninguna entrada.

–¿No puedes pedirle a otro médico…? –empieza a decir, pero Laurie se vuelve hacia él con una ferocidad desenfrenada en los ojos.

–Solo para que cierres la boca –dice–, el abuelo fue el «cirujano». Así que, adelante, añade otra razón a tu libreta de detective sobre por qué yo podría ser el asesino. Sinceramente, no me importa.

Evander mantiene el ceño fruncido.

–¿El señor Lennox-Hall era cirujano?

Laurie lo mira durante un largo momento y luego se vuelve, impaciente.

–Debe de ser agradable ignorar tantas cosas.

Eso es lo que más odia: el menosprecio con el que lo tratan por no saber cosas que nadie está dispuesto a explicarle. La frustración le palpita en la garganta y, por más que intente sofocarla, mantenerse callado, lógico y sereno como le enseñaron, se adelanta y se planta frente a Laurie para obligarlo a detenerse.

Laurie se detiene de inmediato, torciendo la boca con disgusto.

–Deja de decir verdades a medias –dice Evander, manteniendo la voz lo más baja posible–. ¿Por qué no puedo saber nada?

–Porque no hay nada que debas saber –responde Laurie, aburrido. Pero está fingiendo; Evander lo nota en la rigidez de mármol de su rostro, en ese nuevo gesto–. No es cirujano, solo le gusta experimentar. Y, sí, es bastante retorcido, pero ¿conoces a alguien capaz de impedir que los ricachones hagan lo que quieren? No hay literalmente nadie. Yo no pude tomar ninguna decisión.

Apenas oculta el dolor en su voz, como si no fuera consciente de su propia agitación.

–Pero no puede… –dice Evander con dificultad–. No puede decidir jugar a ser cirujano con una persona real.

–Y, aun así, aquí estamos. –Los ojos de Laurie se posan en algún punto detrás de Evander, como si la conversación le diera sueño–. Mi abuelo me trasplantó un tendón nuevo en la muñeca y no funcionó. Se encogió, no deja de contraerse con el tiempo, y aquí estoy.

Evander se cruza de brazos.

–¿De dónde consiguió el tendón?

Hay una larga pausa. Laurie parpadea.

–¿Qué?

–¿De dónde –repite Evander– sacó un tendón nuevo para ponértelo en la muñeca?

La apatía titila como una bombilla en cortocircuito, como si fuera la primera vez que Laurie lo considerara de verdad. Parece sentir náuseas bajo el brillo del sudor, la piel enrojecida y los suaves mechones de su cabello pegados a la frente, en contraste con Evander, que se siente radiante, ágil y lleno de energía. Se siente

más alto, más lleno, y su estómago ya no lo atormenta con el hambre por primera vez, lo que le resulta extraño dado que solo comió media ciruela.

–¿Quién sujetaba la pala? –pregunta Evander de repente–. Había una… una pala alta y… –El ceño fruncido empieza a dolerle y el recuerdo se vuelve una acuarela difusa detrás de sus ojos–. Cuando intentaste matarme, ¿quién sujetaba la pala?

El fantasma de ese día se le pega a la espalda; la verdad es como una astilla que le atraviesa las muñecas hasta que ya no puede apartarse. La imagen se repite en su cabeza sin parar: la pala descendiendo sobre él y las manos de Byron Lennox-Hall sujetando con firmeza el mango.

Evander quiere una respuesta distinta.

–No lo recuerdo –balbucea Laurie.

–¿Los recuerdos de quién vinimos a buscar aquí? –exige Evander–. ¿Los tuyos o los míos?

Laurie levanta la vista hacia el cielo, como si eso fuera a salvarlo del tormento interminable de las preguntas de Evander.

–Eres tan mentiroso…

Pero Evander se queda en silencio, inclinando la cabeza hacia un lado mientras escucha con atención. Se vuelve.

–¿Has oído eso?

–No.

Pero Evander pierde el interés por cualquier otra cosa salvo el extraño sonido. Puede sentirlo en las costillas, como un latido constante, una pulsación.

Más adelante distingue una puerta roja en la pared.

Es lo único que interrumpe la maraña de enredaderas espinosas: un arco de madera con bisagras antiguas de hierro, profusamente ornamentadas. No tiene picaporte, solo el ojo de una cerradura.

Los latidos provienen del otro lado.

Es como si algo lo atrajera con violencia en esa dirección, y está tan concentrado en ello que se olvida de Laurie, olvida su conversación, olvida todos sus miedos respecto al jardín. Los racimos de flores y ramas caen de sus dedos entumecidos sobre el sendero y se detiene frente a la puerta, observando la pintura bermellón, su textura que parece azúcar quemado, pegajosa al tacto. Ni siquiera recuerda haber apoyado los dedos sobre ella. Lo único en lo que puede pensar es en lo desesperado que se siente por presionar la lengua contra la madera y dejar que sus dientes marquen el revestimiento acaramelado.

–Evander…

La palabra queda sumergida bajo el agua, ahogada. La ignora. Presiona la palma abierta contra la superficie áspera y pegajosa, incluso mientras una voz diminuta en el fondo de su mente grita al sentirla.

Empuja la madera con fuerza.

No cede.

Ahora puede percibir el olor: monedas de cobre y vino derramado. Los latidos se asientan en su abdomen, un pulso que le resulta tan nauseabundo como reconfortante. Olvida todo, excepto la necesidad de abrir la boca y presionar la lengua contra…

–¡EVANDER!

Una mano lo agarra del brazo y lo hace girar. Su mano se desliza por la puerta al dar varios pasos hacia atrás, pierde el equilibrio y

cae con fuerza sobre el coxis.

–Ay.

Varios puntos blancos destellan ante sus ojos antes de desvanecerse cuando parpadea. Mira furioso a Laurie.

Hay algo afilado y salvaje en sus ojos, aunque toda su apatía parece haberse evaporado.

–Volvamos dentro.

–Esa puerta está cerrada –dice Evander–. Quizá Carrington tenga la llave. Él tiene todas las llaves.

–No me importa. –La urgencia, apenas contenida, atenaza a Laurie por la garganta–. Levántate, volvamos.

–Tú querías venir aquí fuera –replica Evander con brusquedad.

Cualquiera que fuese la fuerza que lo atraía hacia la puerta se ha disipado y ahora es el momento de sentirse legítimamente molesto por el empujón, por haber caminado hasta allí para encontrarse solo con una puerta cerrada. Sus muestras botánicas han quedado desparramadas por el sendero y el brezo roza su espalda allí donde la camisa se le ha levantado. Su mano está hundida en algo que parece una crema viscosa y cada nervio de su cráneo estalla en un grito silencioso. Tendrá que restregarse con un cepillo de cerdas duras por todo el cuerpo en el baño después de esto.

Pero cuando saca la mano del brezo, su mente se queda completamente en blanco.

Su brazo está cubierto de sangre.

Un montículo ordenado de entrañas parece haber sido abandonado entre las hojas: órganos cercenados e hinchados, llenos de gusanos, con un olor putrefacto y metálico. Un trozo de intestino ha quedado enredado en sus dedos como espagueti.

Grita.

Nunca en su vida se ha levantado tan rápido. Sacude las manos con desesperación mientras contiene las ganas de vomitar. El intestino sale volando y Evander retrocede tan rápido que la pared cubierta de enredaderas lo atrapa con fuerza. No lo suelta. Su estómago sigue luchando por no expulsar todo su contenido por haber tocado esas vísceras putrefactas y supurantes, de modo que no se da cuenta de que está atrapado hasta que las hojas espinosas empiezan a desgarrarle la camisa. Hay algo que está mal con esa enredadera. Se siente como si estuviera hecha de acero. Se inclina hacia delante, gritando al sentir cómo le corta los brazos y el cuello.

–¡Espera! ¡Espera, espera! –dice Laurie, sujetándolo del chaleco y usando su muñequera para adentrarse en la enredadera y apartarla de su piel–. Cielos, deja de moverte. Lo estás empeorando. ¿Puedes…? Espera… Cálmate.

–¡NO SOY UNA PERSONA DE EXTERIORES! –grita Evander, sacudiéndose y salpicando la sangre de las entrañas por todo su chaleco, hasta que Laurie lo libera y ambos caen hacia atrás.

Se quedan allí, jadeando, sin mirar la cruda desesperación del otro. Evander señala el brezo ensangrentado con una mano temblorosa y siente que su estómago está a punto de devolver todo su contenido.

–Eso… parecía un maldito humano.

–No, claro que no –sentencia Laurie, y, de pronto, se vuelve, sujetándose el cabello como si quisiera arrancárselo–. Es solo un animal muerto.

–¿Dónde está el resto del cuerpo? –pregunta Evander con una voz cada vez más aguda–. Está literalmente destripado. ¿No debería

haber piel o o o…?

–Debió de ser un zorro o algo. ¿Quieres quedarte aquí analizando esas entrañas putrefactas o podemos irnos? Eres una damisela.

El calor ha dejado algunas líneas rojas en los pómulos de Laurie y no espera respuesta: solo lo empuja con tanta fuerza que regresan por el camino por el que llegaron.

Evander quiere gritarle *no me toques*, pero no puede evitar notar los cortes horribles que tiene en los brazos y su muñequera desgarrada. En ningún momento dudó en usar sus propias manos para liberarlo de las garras de la enredadera. ¿Por qué entonces tiene que ser tan cruel? Algo lo asustó y está cubriendo su miedo tratándolo mal.

El rencor lo afecta más de lo que quisiera admitir y no entiende por qué. No debería importarle si Laurie lo considera patético.

Evander se aparta y recoge tantas muestras botánicas como puede antes de marcharse. Los jugos viscosos de los órganos se deslizan por su mano y gotean desde la punta de sus dedos, y su hedor queda impregnado en todo su cuerpo.

–¿Sabes qué? Sí recuerdo algo –dice–. Recuerdo lo mucho que te odio.

Mira a Laurie con desprecio, esperando que ponga los ojos en blanco, pero en su lugar una expresión de dolor cruza su rostro por un instante. No responde. Solo aparta la mirada y sigue caminando, manteniendo el brazo apretado contra el abdomen, como si estuviera evitando desmoronarse.

Debería resultar satisfactorio decirle eso. Pero, en cambio, siente la boca llena de ortigas.



CAPÍTULO CATORCE

Hay algo que está mal con el jardín.

Evander se sienta bajo el cálido resplandor de las luces de su habitación, con las piernas cruzadas en el suelo, rodeado de libros de botánica y un mar de papeles arrugados. Prefiere mantener apagadas las molestas luces del techo y moverse bajo la tenue luz cálida de sus pequeños faroles. Debería concentrarse en el misterio, en añadir nuevas hipótesis con su rotulador negro de punta gruesa a las fichas de la pared, en sumar más hilos a sus mapas conceptuales para conectar sus deducciones; pero no puede dejar de pensar en el jardín.

La guía de campo yace abierta sobre su regazo. Un semicírculo de tazas y viejos frascos de mermelada lo rodea, cada uno con una cucharada de tierra, agua y los recortes que recogió. Ninguno se ha marchitado, a pesar del maltrato de ser decapitados y trasladados al interior de la mansión. Al contrario, las plantas parecen más vivas que nunca: sus pétalos y hojas se inclinan hacia él como si, ante la falta de sol, estuvieran obsesionados con los latidos sangrientos de su corazón.

Hay algo que no está bien con estas plantas.

Traza la forma de sus pétalos, sus capullos y sus hojas, pero no encuentra ninguna coincidencia en los libros de botánica tradicionales. Sin embargo, todas ellas aparecen en la *Guía de campo de Hazelthorn*.

–Creo que el hospital miente sobre Carrington –murmura, y luego se toma un momento para preguntarse si hablar solo significa que ya ha perdido la cabeza. Pero la gente les habla a las plantas todo el tiempo.

Esto probablemente sea normal.

–Pero Bane también parece estar tramando algo –mira las flores de la ortiga nocturna, como si fueran las más interesadas en la conversación–. Esos raspones en sus brazos lo confirman. Para entrar en la mansión cuando la puerta principal está cerrada, tendrías que ir por la parte trasera y no hay forma de cruzar el jardín sin terminar herido. –Sus propios brazos también lo confirman–. Pero ¿qué sentido tiene deambular por el jardín? Eso no le serviría de nada para aparecer en el testamento, ¿verdad?

Se queda mirando las flores de la ortiga nocturna el tiempo suficiente para creer que asienten, y entonces decide que probablemente ya sea hora de dormir.

No es que eche de menos a Laurie ni que desee que esté aquí escuchando todas sus deducciones. Preferiría aferrarse al resentimiento amargo que sintió después de que Laurie lo sacara del jardín y no pensar en cómo se sentiría pasar los dedos por su cabello suave en la nuca. Tiene un asesinato por resolver. Debería concentrarse en eso. Esta ansiedad descuidada que le roza el pecho es ridícula, distractora y… sin sentido.

Es solo que nunca ha besado a nadie, ni nadie lo ha besado, y preguntarse cómo sería es la única razón por la que se siente inagotablemente adicto al ángulo en que Laurie ladea la boca.

Ha leído suficientes libros enmohecidos como para saber que el dueño de una propiedad como esta se casa con una señora sin demasiadas opciones; pero también está pasando por momentos difíciles como para preocuparse por que sus sentimientos estén del revés. Quiere besar a una chica, pero es la idea de besar a un chico la que le llena el pecho de luciérnagas y estrellas fugaces. Solo desearía poder hablar con alguien sobre esto, entender qué sienten las demás personas y qué hacen al respecto.

También preferiría lanzarse por una ventana antes que mencionar este asunto a Laurie.

Suspira y se frota la frente. Debería irse a dormir, pero cuando cierra los ojos lo único que ve es esa puerta roja, los latidos marcando el ritmo como un metrónomo en su pecho.

Pasó dos horas dándose un baño caliente cuando regresó al interior de la mansión, fregándose el cuerpo para borrar incluso el recuerdo de las entrañas sobre su piel, intentando olvidar las náuseas que le produjo aquella consistencia de budín podrido alrededor de su mano. Incluso ahora, con su pijama a cuadros y una camiseta suave, no logra borrar la sensación de ese desastre resbaladizo y repugnante.

Siempre ha sido así: reacio a sentir ciertas cosas, asqueado por determinadas texturas, con reacciones desproporcionadas seguidas automáticamente por la vergüenza. Lo único que siente seguro al presionar con la palma abierta son los montículos suaves de tierra o una hoja doblada como un secreto.

Se obliga a recuperar la concentración y pasa las páginas de la guía de campo hasta encontrar algo que coincida con la enredadera espinosa. Y entonces ahí está.

Hiedra eterna: de la familia de las Araliaceae, similar a su prima Hedera helix, aunque con hojas más duras, con una textura comparable a láminas de acero. Provoca cortes diminutos y finos al contacto. Atención a las pequeñas astillas que pueden incrustarse en las heridas y causar un picor incesante.

Evander ya ha empezado a rascarse la mayoría de sus heridas, empeorándolas mil veces más, y trata de ignorar su preocupación por cómo estará Laurie.

Mira hacia su pared de pruebas (se niega a llamarla *pared del asesinato*, por mucho que lo diga Laurie), donde clavó bocetos atroces de todos los residentes de la mansión. Durante la cena observó a Bane y a Azalea, intentando no incomodarse por sus constantes discusiones. Oleander estuvo más insoportable que nunca, descartando todas las sugerencias para el funeral e insistiendo en que debían decorar con lirios negros, no blancos, y que la ceremonia debía celebrarse en Hazelthorn.

–Es por odio, ¿verdad? –había dicho Bane, resoplando por lo bajo–. Elegir a ese muchacho y dejarnos fuera a todos nosotros. ¿Ya has leído el testamento, madre?

Oleander resopló.

–Mis abogados ya deberían tener copias de todos los documentos, si esa criatura incompetente de Dawes hizo su trabajo. No entiendo por qué él está a cargo de los asuntos familiares cuando apenas nos conoce. Y en cuanto a Evander, bueno… –Hizo una pausa y lo miró–. Yo misma lo cuidaré tal como lo habría hecho Byron.

–Estaba pensando… –dijo Azalea, levantando su copa de vino, mientras un anillo de rubí demasiado llamativo reflejaba la luz de la vela–, si necesitas que me quede y ayude con los balances de las cuentas…

Oleander soltó una risa y la discusión comenzó otra vez, esta vez centrada en el dinero, que parecía ser la verdadera razón por la que todos estaban allí. No el funeral. Evander no dijo nada, solo se limitó a servirse tres platos de codorniz a la granada, rellena de manteca, y pan blanco esponjoso aromatizado con tomillo y manteca derretida.

Laurie no apareció en la cena. No hablan desde que regresaron del jardín.

Ahora Evander apoya un brazo sobre la rodilla, con la barbilla sobre el puño, y observa los lirios negros en su frasco de mermelada.

–O sea, no necesito que Laurie esté cerca. Sigue siendo un sospechoso. Y un mentiroso. Además, ¿y si lo expulsaron de la escuela por hacer algo siniestro? ¿Y si solo está jugando conmigo?

Pero no puede dejar de pensar en la manera en que Laurie se arrojó a la enredadera espinosa para ayudarlo sin dudarlo un segundo.

Y en la forma en que quiere que recupere sus recuerdos.

Y en lo asustado que se veía en el jardín.

Pero también podría simplemente contarle a Evander algunos de los secretos que está dejando pudrirse en su lengua y, aun así, se niega a hacerlo. O está jugando con él o hay otra razón.

Evander acerca tanto la boca a los pétalos negros de los lirios que no respira otra cosa que no sea tierra y flores.

–¿Qué hay detrás de esa puerta roja? –Su boca apenas pronuncia las palabras–. ¿Es un monstruo? ¿Eso es lo que ocultan?

Un laberinto de flores y espinas para un monstruo.

Necesita la llave.

De pronto, el aire se vuelve sofocante, cargado de telarañas invisibles. Un hormigueo incómodo le recorre el cuerpo por la humedad del verano y no desea otra cosa que abrir la ventana y asomar la cabeza para ver el cielo estrellado. Pero está cerrada. Lo único que puede hacer es cepillarse los dientes, mojarse la cara y desplomarse en la cama con la guía de campo entre las manos.

Pasa a las páginas de las belladonas y relee sus descripciones, intentando conectarlas con los síntomas del envenenamiento de Byron Lennox-Hall. Ya ha pasado una semana desde su muerte y el dolor debería ser un monstruo devorador que lo hiciera sentirse adormecido e inútil.

Pero piensa en que la puerta ya no está cerrada, en que puede ir a donde quiera y es *libre libre libre*.

Piensa en la pala, en las mentiras sobre los viajes de negocios.

Piensa en la manera en que Byron usó a su propio nieto para hacer experimentos médicos y golpearlo cuando se pasaba de la raya. Gran parte del dolor de Laurie termina ahora que su abuelo ha muerto.

Es un gran motivo para un asesinato.

Intenta ignorar las enredaderas que se retuercen en sus entrañas al ver las notas pulcras en los márgenes, junto a los bocetos de las espinas de sangre. Había creído que esa página solo trataba sobre los efectos adversos de las flores espinosas bermellón, pero, al

examinarla con mayor detenimiento, descubre que es una entrada de diario.

15 de junio: Apareció una nueva planta en el jardín. Tomé muestras y la reproduciré en el interior del invernadero. El chico estaba jugando con ella y no pareció afectarle el contacto con la piel, pero aun así realizaré pruebas toxicológicas. Las espinas se quitan con facilidad.

¿Es la letra de Byron? «El chico» podría referirse a Laurie… a menos que la guía de campo sea incluso más antigua que Byron. Lo cierto es que parece antigua, encuadernada como un libro viejo y con una caligrafía tan inestable que resulta casi imposible de leer. Evander no ha pensado mucho en cuánto tiempo hace que Hazelthorn pertenece a la familia Lennox-Hall. Otra cosa que necesita investigar.

Cierra la guía de campo con reticencia y la deja sobre su mesita de noche, junto al retrato de sus padres. A veces duele ver sus rostros tan parecidos: su madre recostada sobre su padre, como si él fuera un árbol eterno que nunca fuera a caer y ella, su flor perfecta. Evander apaga el farol y se entierra entre las sábanas, a pesar del calor sofocante de la habitación, porque necesita un nido, hundirse en el olvido, disolverse.

Pero lo único en lo que puede pensar es en Byron esparciendo plantas venenosas por su invernadero.

No logra dormir bien. Siente un calor febril en la boca mientras la oscuridad cierra sus manos alrededor de los frágiles confines de sus costillas y lo presiona sin descanso. Así debe de sentirse estar enterrado. Musgo que asciende por su garganta, aferrándose al

fondo de su lengua, mientras traga con fuerza durante un largo y profundo instante.

Sangre es lo que quiere.

Presiona los bordes del sueño con un quejido.

despiertadespierta

Sus dedos se aferran a las sábanas, se relajan, se tensan, se estiran como raíces aún cubiertas de tierra fresca. Está hecho de ramas, dientes y tallos rotos de rosas; sus mejillas están cubiertas por la sal de las lágrimas que finge haberse limpiado. La soledad lo acecha. No puede dejar de repetirse…

despierta despierta despierta

Unas falanges frías le apartan los rizos húmedos de la frente; el cartílago cruje, suave como una campanilla al viento. Sus ojos están a medio cerrar, su cuerpo se hunde aún más en el colchón bajo el peso de mil toneladas de tierra. Una parte desorientada y adormecida de él comprende que no está del todo dormido. Pero tampoco está despierto.

Una luz tenue se enciende: una bombilla que titila con un zumbido agudo. La noche palpita a su alrededor, despiadada. Su rostro está medio aplastado contra la almohada, así que le lleva una eternidad desprenderse de la melaza que cubre su mente para comprender que está mirando la puerta de su habitación.

Está abierta.

La oscuridad aterciopelada lo espera al otro lado, latiendo como una herida abierta.

Se queda mirando en esa dirección, incapaz de apartar la vista, y su visión comienza a nublarse cuanto más intenta desprenderse de la fatiga enlodada.

Las falanges acarician su mejilla una vez más, tan, tan suaves.

Entonces se cierran alrededor de su mandíbula y empiezan, muy lentamente, a abrirle la boca.

Hay un segundo en que sus ojos vuelven a cerrarse y el mundo se desliza hacia un lado para perderse otra vez en la oscuridad. Está casi dormido…

Entonces las falanges empiezan a meterse en su boca, presionándolo.

La comprensión llega como un trueno: no es un sueño, está despierto.

Está muy despierto.

Se incorpora enseguida, tomando una bocanada de aire con desesperación, como si sus pulmones hubieran olvidado cómo funcionar. El grito queda ahogado por un terror confuso y sin aliento.

Está mirando a la cosa junto a su cama.

Se inclina sobre él.

No se desvanece.

Su silueta está iluminada por la única bombilla del farol y las sombras a su alrededor son tan densas y escurridizas que le roban nitidez. Una especie de maldad parece rezumar de ella en latidos espesos y embriagadores, pero le resulta difícil procesar lo que está viendo, comparándolo con lo que conoce.

–¿Carrington? –susurra, respirando tan rápido que está a punto de hiperventilar. Sus latidos están fuera de control, desbocados, mientras mira al viejo mayordomo inclinado sobre su cabeza.

Pero no es Carrington.

No puede serlo.

Sus ojos se fijan en el pecho del mayordomo. El chaleco ha desaparecido, la corbata está deshecha y la camisa blanca impoluta ahora está desgarrada y apenas cuelga de algunos botones superiores. La mitad inferior de la prenda está rota, meciéndose suavemente.

Está teñida de un rojo tan oscuro que parece negro.

Carrington extiende una mano una vez más y Evander retrocede, aunque sus piernas están enredadas entre las sábanas y no puede alejarse lo suficiente. Los dedos del mayordomo vuelven a hundirse en su cabello, pero ninguna piel entra en contacto con los huesos. Están sostenidos por tendones de un color oxidado y putrefacto. No puede dejar de mirar la camisa del mayordomo, y, al moverse lo suficiente hacia un lado, ve que el centro de su cuerpo alberga una cavidad inmensa.

No hay nada detrás de la camisa, no hay piel ni carne ni órganos. Solo un agujero, como si le hubieran arrancado una parte del cuerpo con una cuchara, un único disparo en medio del hueso pélvico, con raíces enroscadas alrededor de su columna al descubierto y hojas frescas desplegándose con suavidad.

La mano de Carrington vuelve a cerrarse sobre su mandíbula. Un montón de tierra empieza a brotar de la boca del mayordomo en un flujo constante y negro, cubriéndole la barbilla. Su voz suena ronca y sepulcral.

–El jardín…

Evander está temblando, intentando retroceder.

–… quiere…

Los dedos se clavan en sus mejillas con una presión horrible hasta que abre la boca.

–… que regreses –dice Carrington entre dientes mientras coloca una baya ennegrecida entre los dientes de Evander.

El grito que brota de su garganta es animal y aterrador al saborearla.

El jardín. La dulzura. El veneno.



CAPÍTULO QUINCE

El terror lo devora. Se siente encendido por él, sofocado, como si una enredadera de miedo enroscara sus tallos en descomposición alrededor de su garganta y lo ahorcara. Durante una fracción de segundo, olvida cómo moverse porque se ha convertido solo en esto: un grito encerrado en espacios vacíos.

Las bayas venenosas se deslizan sobre su lengua mientras esos dedos pútridos chocan contra sus dientes, y entonces la adrenalina entra en acción como un trueno.

Evander se arroja hacia atrás con todas sus fuerzas, sacudiéndose entre la maraña de sábanas y aferrándose al otro lado de la cama. Lanza una patada hacia la criatura, la cosa, el monstruo que alguna vez fue Carrington, y su talón debería haber impactado con fuerza contra la barriga del viejo mayordomo. Pero no encuentra una barriga.

En su lugar, su pie se hunde en el interior de Carrington y le quiebra las vértebras. Unos jugos viscosos envuelven su tobillo y puede sentir los bordes dentados del hueso todavía aferrados a los tendones marchitos. Está mal. Es imposible. Evander retira el pie con un grito desgarrador, mientras una bilis ácida le sube por la

garganta. Todo en su cerebro se derrite como cera roja, como sangre.

despiertadespiertadespierta

Se arroja de la cama al suelo.

El golpe de su espalda contra el suelo le provoca un dolor insoportable en todo el cuerpo. Sus muelas chocan entre sí y el aire escapa de sus pulmones hasta dejarlo sin aliento. No puede respirar. No puede… Intenta tomar una bocanada de aire, retorciéndose sobre la alfombra mientras intenta ponerse de pie.

Carrington se arrastra desde el otro lado de la cama, avanzando con torpeza. Sus pies rechinan sobre la alfombra como si estuvieran mojados, y la repulsión le sube por la garganta al ver que sus pies descalzos están cubiertos de compost, con gusanos bulbosos y repugnantes retorciéndose entre sus dedos.

–No hagas que sea más difícil –dice Carrington entre dientes–. Es hora de salir.

No. No, no *nonono*…

Evander retrocede apoyándose sobre los codos, pero entonces sus ojos se fijan en la densa oscuridad que late debajo de la cama. Allí abajo, la noche se ha desplegado con una venganza eterna y espesa. Unos tallos lentos comienzan a deslizarse desde debajo de la cama de roble, desenrollándose como tentáculos, como lenguas… como enredaderas verdes y gruesas.

La punta de una de ellas emerge y se enrosca alrededor de su tobillo.

Retrocede, pateando presa del pánico, pero apenas logra partir esa enredadera cuando otra avanza sobre la alfombra al doble de velocidad. Flores extrañas brotan de bulbos verdes, con estigmas

demasiado largos y pétalos invertidos. Un hedor dulce y repugnante emana de ellas, tóxico incluso al inhalarlo.

Entonces Carrington se cierne sobre él, extendiendo los brazos y tensando las manos como garras. Un cieno asqueroso sigue brotando de su boca en un flujo interminable, como si estuviera regurgitando un cementerio entero de su interior.

Es una pesadilla.

No es real.

Noesrealnoesrealnoesrealnoesrealnoesrealnoesreal…

Levántate.

Se pone de pie con dificultad, inestable y nauseabundo, mientras el mundo se inclina como una mancha de estática. Todo en su interior se reduce a una sola idea: corre.

Se lanza hacia la puerta, tropezando cuando otra enredadera le sujeta el tobillo y se golpea la rodilla al caer. Las garras de Carrington rozan su camisa por detrás, pero logra mantenerse fuera de su alcance. El instinto animal se apodera de él, lo consume. Sus latidos le llegan a la boca, ensangrentada por sus propios dientes clavados en la lengua, mientras se arroja hacia la puerta y queda envuelto por la oscuridad.

Es como salir a la nada; como caer. Durante un instante, pierde el equilibrio. La negrura densa del pasillo lo empuja y tropieza a ciegas extendiendo los brazos. Se estrella contra la pared opuesta y encuentra un picaporte justo cuando Carrington sale al pasillo, con las piernas moviéndose como las de una cucaracha. Hay algo asquerosamente perturbador en su rapidez, en el ángulo imposible de su cuello, como si estuviera roto, en las grietas entre sus dientes llenas de tierra.

Es menos un hombre y más un traje de carne en descomposición.

Evander no tiene tiempo para pensar. Solo puede lanzarse hacia la siguiente puerta, mientras sus hombros chocan con los pesados cuadros de marcos dorados. Todas las puertas están cerradas. Se golpea la pantorrilla contra una pequeña mesa antigua y grita antes de taparse la boca con ambas manos. Quizá, si se queda en silencio, Carrington no pueda encontrarlo en la oscuridad.

Pero el sonido de unas pisadas seguras detrás de él borra esa idea de su mente.

Una mano esquelética le aprieta la garganta y las uñas le arañan la piel.

Se libera y corre, manteniendo los brazos extendidos para amortiguar los golpes contra lo que sea que encuentre. Tiene que salir de allí antes de que esta pesadilla lo arrastre afuera.

No entres al jardín.

Pero el jardín entró a buscarlo.

Cae dos veces, intenta levantarse con movimientos torpes y comienza a bajar por la estrecha escalera trasera a toda prisa, lo que casi hace que se rompa el cuello al pisar mal el último escalón. Su corazón golpea con fuerza sus costillas. Pide ayuda. Pero no sabe qué nombre sacar de su mente frenética. No puede pensarpensarpensarpensar…

corre

escapa

encuentra un lugar donde no pueda atraparte

no es real lo sabes no es real estás siendo un tonto infantil y si sigues así vas a terminar atado a la cama porque eres un peligro

para ti mismo deja de gritar así basta basta basta basta bastabastabastaaaaa…

Alguien dejó encendida una luz en un pasillo, tenue y titilante, y se lanza hacia ella como una polilla. No escucha nada más que su respiración agitada mientras se detiene bajo el aplique deslustrado. ¿Dónde está? Tiene que esconderse. Quizá doblar a la izquierda. O quizá…

En algún lugar más allá del frágil haz de luz, oye la respiración húmeda de un anciano con mantillo en los pulmones.

Se transforma en un gruñido, un grito que destruye todo el silencio del pasillo.

Evander no corre. *Vuela*.

Al lanzarse lejos de la luz, se estrella contra más paredes, tambaleándose por salones llenos de muebles cubiertos por sábanas blancas. El dolor no significa nada. Puede soportar el dolor. Sobre todo cuando comprende dónde está…

Está tan tan tan cerca…

–¡Laurie! –el nombre brota de él en un grito desgarrador y frenético, mientras el terror quiebra su voz áspera–. Laurie… Laurie *LAURIE*…

Está de regreso en el jardín.

El grave arrastre de la pala sobre la tierra.

Un puñado de tierra cae sobre su rostro.

Grita sin palabras porque en aquel entonces no tenía ningún nombre que gritar; solo tenía un deseo vicioso y rabioso por un chico al que no podía alcanzar.

Pero lo alcanza ahora.

Al final del pasillo tenue, una puerta se abre y Laurie sale envuelto en una luz dorada. Evander se lanza hacia él. La colisión es inevitable.

La reacción lógica es retroceder, protegerse, pero Laurie extiende las manos y lo atrapa con firmeza. Su espalda se estrella contra la pared con un golpe sordo. Evander colapsa contra la calidez sólida de su cuerpo y queda colgado de él, como algo medio ahogado.

Las palabras no tienen sentido en el espacio que los separa, cuando el calor de Laurie es una promesa fundida con los huesos de Evander. Esto está mal; deberían incomodarse por tocarse así. Pero, en su lugar, Laurie se curva sobre él como un suplicante dispuesto a vaciar su propio cuerpo con tal de usarlo para darle espacio a un dios encantador en su interior.

Es real.

Es muy real.

–¿Qué demonios? –pero no hay enfado en su voz. Lleva una camiseta blanca fina y unos calzoncillos bóxer, y el cabello despeinado, como si acabara de despertar.

Evander está demasiado confundido para responder y sus pulmones luchan por tomar bocanadas de aire. Su cabello empapado de sudor le cubre el rostro y se le mete en la boca.

–Me voy a morir –dice, tomando bocanadas profundas de aire–. Me estoy m-m-m-muriendo. Me…

–No, claro que no. –Es apenas un murmullo, pero luego Laurie lo hace girar con fuerza, de modo que queda de espaldas a él. Desliza ambos brazos alrededor del pecho de Evander con la ligereza de una pitón y entonces empieza a presionar sus cuerpos con firmeza.

El abrazo es constrictor, aplastante, demasiado fuerte, y aun así no es suficiente. La mano derecha de Laurie se apoya sobre el abdomen agitado de Evander, y hay cierta ternura en la forma en que sus dedos lo presionan para calmar sus temblores de náuseas.

El sonido que escapa de Evander es demasiado agudo, demasiado terrible. Apoya las palmas de las manos contra los ojos con fuerza, mientras se repite entre dientes que tiene que calmarse. Esto es absurdo. *Cálmate. Explica lo que viste*. Pero el jugo de las bayas sigue presente en su lengua con una dulzura repugnante que inunda su cuerpo con otra ola de terror.

Lo único en lo que puede pensar es en las venas de Byron Lennox-Hall, entramadas como una red monstruosa de tinta negra, mientras sus pulmones se detenían y su garganta se llenaba de brotes asquerosos y enmarañados.

–Estoy e-e-e-envenenado –dice Evander, respirando rápido otra vez, con la voz ronca–. Me han envenenado.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Los latidos de Evander son una catástrofe contra sus costillas; está seguro de que Laurie puede sentir cada espasmo salvaje y nauseabundo bajo la tela diáfana de su pijama. Quizá también pueda sentir las cicatrices. Quizá, incluso ahora, se sienta asqueado.

Mira rápido hacia el pasillo, pero no hay ningún rastro de Carrington, aunque esperaba que la criatura estuviera allí, a sus talones, con otro puñado de bayas venenosas en las manos, contorsionando su cuerpo ante los ojos de todos.Pero no hay nada.

Un pequeño quejido escapa de su boca cuando se desploma contra el cuerpo firme de Laurie. Empieza a respirar más despacio y aún no ha recuperado el control de su cuerpo; no puede hacerlo. Solo se mantiene erguido gracias a los brazos de aquel muchacho.

Y entonces se da cuenta de que no lo odia.

La boca de Laurie está tan cerca de su oído que sus palabras se sienten como una caricia cálida sobre su piel fría y sudada. Susurra:

–Respira.

Evander se concentra en intentar imitar su respiración y no en cómo su pulgar empezó a acariciarle en círculos lentos la piel febril de la cadera, donde se le ha levantado la camisa.

–¿Una pesadilla? –pregunta Laurie.

–Carrington –se obliga a responder con su voz estridente y quebradiza; cuando mira sus puños temblorosos, nota que las uñas le han cortado las palmas–. E-e-estaba en mi habitación.

Hay una pausa antes de que Laurie agregue:

–Eh… ¿cómo?

Hablar requiere un esfuerzo descomunal, como si su garganta estuviera cubierta por una sustancia tóxica.

–Int-t-tentó envenenarme. Lo t-t-tengo en la boca. Está… Está en mi boca. –El llanto suena húmedo y miserable–. Quería llevarme afuera y-y-y creo que está muerto.

Pero aquí, en medio del haz de luz que brota de la habitación de Laurie, es más difícil aferrarse a la imagen de la putrefacción monstruosa del viejo mayordomo. Evander sabe que no lo inventó. No. Pero…

Siente algo sobre el hombro y tarda un momento en registrar que Laurie ha apoyado la barbilla allí. Su peso coincide con la solidez y firmeza de sus brazos, que aún lo sostienen por el pecho. Ya ha dejado de hiperventilar y los temblores han disminuido.

–¿Y estás seguro de que no fue una pesadilla? –pregunta Laurie.

–Fue real –dice Evander, apretando los dientes–. L-l-lo vi. Le faltaba *toda* la parte del medio del cuerpo, como si se la hubieran arrancado, y había una cosa debajo de mi cama que intentó… –pero calla esa última parte.

Parece un niño, llorando después de una pesadilla. ¿Qué va a decir luego? *Hay monstruos debajo de mi cama.*

Una parte enfermiza y nauseabunda de él se pregunta por qué Laurie todavía no lo ha soltado ni se lo ha quitado de encima. Está

siendo demasiado dramático, demasiado ruidoso.

–Lo siento –dice, aunque su voz se siente atrapada en la garganta, ahogada en la miseria–. No fue un episodio. Te juro que no lo fue. Pero lo s-s-siento. Me c-c-callaré –pero sigue sonando inestable y descompensado, y no muestra para nada indicios de una mente cuerda. La adrenalina ha mermado y su cuerpo se siente como un carrete vacío de lana mojada, y lo único que quiere es acostarse y taparse la cabeza.

Siente vergüenza.

No debería ser así. *Odia ser así*.

Laurie acomoda la barbilla sobre el hombro de Evander y su frente le roza el cuello. Un escalofrío inexplicable desciende por su espalda y se asienta como mercurio líquido en su vientre.

–¿Quién te dice que tienes que estar callado todo el tiempo? –Las palabras de Laurie son como miel cálida que se derrama espesa sobre él–. El dolor también tiene que ocupar espacio porque, de otro modo, no sabríamos gritar. Que se vaya a la mierda quien decidió que el dolor debía ser silencioso para no molestar a los demás. Quizá sí es necesario molestarlos.

Es más fácil hablar cuando no están cara a cara, cuando las palabras carecen de cuerpo y podrían estar destinadas a cualquier otra persona. Aun así, no puede evitar sorprenderse, con cierto recelo, de que Laurie, de todas las personas, sea quien lo está consolando así. Quizá estas son palabras que nadie le dijo nunca a Laurie y por eso él se las dice ahora a alguien más.

–Muéstrame –dice Laurie.

El calor salpica las mejillas de Evander y empieza a apartarse. Laurie lo suelta de inmediato; porque ese abrazo nunca fue para

someter a un muchacho desbordado, no de la manera en que Evander se había acostumbrado de niño. Ese abrazo solo tuvo la intención de consolarlo.

Entender cómo se siente con todo esto escapa a su razón. Se siente demasiado avergonzado como para siquiera mirarlo. Su pecho está lleno de cerillas encendidas y pólvora, y parece más seguro mantener la mirada en el suelo mientras regresa al ala norte de la mansión.

Laurie lo sigue como un peso reconfortante sobre la espalda. Quizá los dos nunca reconozcan que esto ocurrió y retomen sus críticas habituales.

La oscuridad huye de ellos a medida que Laurie enciende las luces al pasar. Evander se asusta ante cada sombra que ve, ya que nunca estuvo tan nervioso como para que hasta su propia respiración lo haga estremecerse. Al doblar cada esquina, espera ver a Carrington rugiendo salvajemente mientras se abalanza sobre ellos. Pero no hay nada más que cúmulos de tierra que marcan sus pisadas previas. No puede afirmar con certeza que sean pruebas de la existencia de Carrington, cuando su huida desesperada ocasionó tanto alboroto, derribando muebles y macetas. Sería fácil explicar todo como una pesadilla.

Probablemente porque eso es todo lo que fue.

Cuando llegan a su habitación con la puerta abierta, se siente totalmente humillado. Leer sobre plantas venenosas antes de irse a dormir fue lo que ocasionó todo esto. Es la única explicación lógica.

Pero no puede apartar la sensación de esas falanges esqueléticas acariciando sus rizos y la explosión de dulzura tóxica en su boca.

… quiere que regreses…

Dado que la cobardía ya ha ganado, se queda atrás y deja que sea Laurie quien entre primero en la habitación. Ninguno de los dos parece dispuesto a hablar sobre su pelea en el jardín esa tarde (*¿fue siquiera una pelea?*), y ahora Evander tiene que ordenar sus sentimientos confusos y desastrosos sobre la manera en que Laurie lo sostuvo. Cómo lo sostuvo sin malicia ni burla.

Laurie enciende la luz del techo, haciendo que Evander agache más la cabeza a medida que las sombras desaparecen de todos los rincones. Un olor a sudor y miedo impregna la habitación sofocante, que se siente demasiado pequeña con ellos dos allí. Una vez más, no puede evitar sentir una punzada de vértigo al comprender que ha vivido siete años entre estas paredes y que esta es una de las habitaciones más pequeñas de toda la mansión.

–Bueno, ¿qué es lo que pasó? –pregunta Laurie con un tono neutral, aunque Evander está ocupado mirando los frascos de mermelada perfectamente alineados en el banco bajo la ventana.

Él no los puso ahí. Deberían estar en el suelo, entre todo su caos de papeles.

–No lo inventé –dice con una amargura silenciosa–. No fue un episodio.

Laurie se tumba boca abajo y mira debajo de la cama. Sin la oscuridad que amortigüe el espacio que los separa, resulta muy difícil no fijarse en lo fina que es la tela de su camiseta y de su ropa interior, en el contorno inconfundible de su cuerpo bajo el algodón. Necesita con urgencia sacarse el cerebro y lavarlo con agua fría.

–Está bien, te lo voy a preguntar –dice Laurie, aún recostado, mirando debajo de la cama–. ¿Qué demonios es un «episodio»?

Evander empieza a sentir un nudo en el estómago y sus dedos temblorosos se hunden en su cabello grasiento y alborotado. El calor le acaricia las mejillas hasta dejarlo prácticamente en llamas por todas las cosas que desearía no haber dicho nunca. Los episodios deberían haberse mantenido en secreto; nadie lo tomará en serio ni lo considerará *normal* si descubren lo miserablemente sencillo que es hacerlo brotar.

–No… –murmura, hundiendo los dedos en el cuero cabelludo–. No son… No son berrinches…

–Nunca dije que lo fueran –responde Laurie, inexpresivo–. ¿Son colapsos emocionales? Porque estoy bastante seguro de que cualquiera puede tener uno cuando lo llevan al maldito límite. Pero ¿eso es lo que Carrington o mi abuelo te dijeron que eran? ¿«Episodios»? Es una mierda bastante despectiva –añade con veneno en la voz.

Tener esta conversación mientras Laurie está tumbado en el suelo alivia un poco la tensión, pero Evander sigue sintiendo una necesidad ácida e insistente de disculparse. O quizá de responder a la defensiva. Después de todo, Laurie fue el único que dijo, con desprecio, que él no era *funcional*.

–No, yo no… –Su voz se apaga un instante–. No puedo explicarlo. No estoy despierto cuando ocurren. Yo… no los tengo tan seguidos si me tomo los medicamentos.

–Vale, entonces, ¿convulsiones? –pregunta Laurie, incorporándose, aunque se queda sentado con las piernas cruzadas en el suelo–. Porque si tienes convulsiones, no deberías estar solo.

Evander presiona las palmas contra sus ojos con tanta fuerza que empieza a ver una estática blanca frente a él.

–No. Solo es… como si perdiera la noción del tiempo y me despertara golpeado y agotado, y con ganas de vomitar.

Despierta en lugares donde nunca ha estado y encuentra sus uñas arrancadas, marcas en la puerta de su cuarto, sangre en la alfombra, la boca abierta con un sabor penetrante a tréboles y musgo.

Por lo general intenta no pensar demasiado en eso: en lo que podría estar haciendo sin saberlo. Quizá tampoco deberían confiar en él.

–Vale –dice Laurie, bostezando, como si apenas estuviera interesado, aunque fue él quien inició todo este interrogatorio–. Supongo que tendré que estar presente cuando tengas uno y ver qué ocurre.

Evander se lo queda mirando en silencio, consternado.

–¡No! Son… No, es vergonzoso.

Laurie rueda sobre su estómago para mirar una vez más debajo de la cama, aunque no es necesario que monte todo un espectáculo fingiendo que hay monstruos que debe encontrar. Una parte de Evander quiere volver a estar solo para tumbarse y dormir hasta olvidar su vergüenza, pero también sabe que cerrar los ojos será tan horrible que haría cualquier cosa por mantenerse despierto.

Se limpia la boca con el dorso de la mano, sintiendo un hormigueo incómodo en la piel; quizá el veneno está empezando a surtir efecto… o quizá todo está en su cabeza. ¿Cómo se siente, por cierto, morir con el jardín en la boca?

–Creo que el jardín atrapó a Carrington. Sé que suena ridículo, pero… –Se queda en silencio cuando Laurie desliza medio cuerpo debajo de la cama.

Suelta un pequeño quejido y empieza a sacudirse para salir, arrastrando algo consigo. Durante un segundo, Evander cree que es el cadáver de Carrington, arrastrado ante él con la barriga perforada y los ojos inyectados de putrefacción.

Se oye el crujido de ramas viejas y hojas aplastadas antes de que Laurie salga por completo con un enorme montón de hiedras muertas que retira de debajo de la cama. Evander suelta un grito de sorpresa cuando los nudos de las raíces retorcidas caen sobre él con el aroma salvaje de los hongos en descomposición. Las extrañas flores sangrientas caen desinfladas sobre la alfombra, como si la luz las ofendiera.

Ninguno de los dos se mueve. Solo miran la masa de follaje en descomposición.

–Necesitas un jardinero –dice Laurie, con la respiración acelerada–. Pero, quiero decir, para debajo de la cama.

La reivindicación cobra vida en el pecho de Evander y señala las plantas con intensidad, alzando la voz:

–¡MIRA! Esa es la cosa que me agarró. ¡No lo estaba imaginando!

Laurie arranca una flor y la inspecciona. Cuando se pone de pie, su camiseta y su barbilla están manchadas de tierra y polvo.

Evander coge la flor y la lanza al otro lado de la habitación.

–Es una lengua de diablo. La vi en la guía de campo. Son extremadamente venenosas; tan venenosas que, si tocas el polen, se te hincha la lengua y estalla. –Empieza a caminar de un lado a otro mientras Laurie se limpia la mano en la camiseta–. Carrington intentó envenenarme y creo que, quizá… quizá no tragué suficientes para que me haga daño. Pero ¿cómo puede caminar si le falta la mitad del cuerpo? Debió de haber estado en el jardín y… –Se vuelve

hacia Laurie, haciendo que su voz suene más estridente–. Esas entrañas. Eran de Carrington. ¿Qué hay detrás de esa puerta roja? ¿Por qué es roja?

Laurie se acerca al asiento de la ventana y observa los gajos florecientes en los frascos de mermelada. Frunce los labios y, cuando vuelve a hablar, lo hace con extrema suavidad.

–Alguien la pintó con sangre.

El silencio se extiende entre ellos. Debieron de haberla pintado justo antes de que ellos llegaran para que el color fuera tan intenso, lo que resulta… horrible. De algún modo, Evander estaba seguro de eso, tanto que no quería admitirlo. ¿Por qué había sentido esa necesidad de apoyar la boca sobre la puerta y sentir las astillas ásperas sobre su lengua?

Sangre: ferrosa, exquisita, fresca.

Pero su hambre sigue siendo salvaje, algo que devora el interior de su torso sin control.

Requiere un gran esfuerzo mantener la compostura, no ceder ante el peso de todas estas cosas que no deberían ser reales.

–¿Hay un monstruo en el jardín? ¿Tu familia…? –traga con fuerza–. ¿Encerraron a un monstruo?

Laurie lo mira de reojo un instante, pero no parece capaz de mantener el contacto visual. Recoge una hoja caída y la frota entre el pulgar y el índice, aunque presiona una vez más su muñequera contra el estómago: otra señal, una real esta vez, de que está ansioso. O de que siente dolor.

–¿Qué pasa… –empieza a preguntar Evander, dando un paso hacia delante, manteniendo la voz baja, aunque no puede evitar que le tiemble– si abrimos la puerta del monstruo?

Está harto de todo: el silencio, las mentiras, las evasivas. El deseo de cerrar los dedos alrededor del cuello de Laurie y clavar los dientes en su garganta es una compulsión que casi no puede controlar.

–No lo sé –dice Laurie finalmente, pero Evander no está seguro de qué es lo que está respondiendo.

Está a punto de regañarlo cuando algo le llama la atención al otro lado de la ventana. Frunce el ceño y apaga las luces rápidamente; luego se arrodilla en el asiento de la ventana y presiona el rostro contra el cristal polvoriento y manchado.

Abajo, una figura se mueve bajo la luz de la luna, inclinada hacia un lado, tambaleándose hacia las profundidades del jardín.

Laurie se coloca junto a Evander, aunque este no lo haya llamado, pero Evander no rechaza su calidez. Sus ojos están fijos en el jardín y su respiración parece haberse acelerado.

–¿Qué demonios…? –balbucea–. ¿Carrington?

Una necesidad feroz doblega el miedo de Evander y se levanta del asiento para dirigirse hacia la puerta. La locura se apodera de él, lo toma de la garganta, mientras una especie de valentía febril inunda sus pulmones.

Tiene que averiguarlo.

Ya ha perdido la maldita cordura, pero no piensa detenerse ahora.

–Voy afuera –dice.



CAPÍTULO DIECISIETE

Todo en su interior decanta en este único instante, como el filo de una enredadera despiadada cerrándose alrededor de sus muñecas. Estaría dispuesto a desangrarse por conseguir respuestas; haría cualquier cosa por recomponer su mundo caótico y, finalmente, entender qué está pasando. Pero no anticipa la rapidez con la que Laurie se lanza frente a él y lo sujeta del brazo antes de que pueda llegar a la puerta.

Sus miradas se cruzan y no tiene ni idea de qué es lo que ve en su rostro, pero seguramente no es la serenidad práctica de un caballero dispuesto a hablar.

–No puedes salir –el pánico se asienta en los ojos de Laurie–. Está oscuro y… Carrington literalmente acaba de atacarte, ¿no? No puedes ir tras él.

Pero es diferente si Evander está listo. No va a conseguir respuestas acurrucado en la cama, evitando que sus brazos cuelguen por el borde por si la larga lengua del monstruo empieza a lamerle los dedos.

–¿Qué quieres hacer entonces? –pregunta Evander, intentando no sonar enfadado.

–No lo sé. –La voz de Laurie se alarga y suena más angustiada de lo que Evander había imaginado–. Quizá… podríamos contárselo a mi tía Azalea por la mañana –pero no hay determinación en sus palabras–. Estás a salvo aquí dentro.

No es verdad. Carrington se lo dejó muy claro.

Le revuelve el estómago pensar en todas las veces que Carrington probablemente estuvo en su cuarto, acariciándole el cabello mientras dormía profundamente. El terror aún no lo ha abandonado; su respiración es como un latido lejano en el estómago, pero saber que nunca hallará la verdad porque nadie es honesto con él ha destruido todo instinto de autopreservación. No puede confiar en nadie. Cada una de las personas de este lugar salivan al verlo ya que no es más que una llave para adueñarse de Hazelthorn, aunque las cosas que ocultan son peores de lo que había imaginado.

Ahora está seguro de que hay un monstruo en Hazelthorn. Algo peor que la criatura en la que Carrington fue corrompido.

–No estás envenenado –dice Laurie, como si le suplicara que le crea–. Ya habrías sentido los efectos a estas alturas y ¿ves? Estás bien. Solo lidiemos con todo esto cuando sea de día. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –responde Evander.

Laurie se relaja un poco.

Evander espera una fracción de segundo y entonces sale corriendo a toda prisa.

Laurie suelta un grito de sorpresa y se lanza para sujetarlo, pero no lo logra.

–¡Evander! Espera.

Pero ya ha salido del cuarto y avanza a trompicones por el pasillo.

–Deja de ser tan jodidamente terco… –maldice Laurie, lanzándose tras él, pero Evander es más rápido.

Dobla esquinas y pasillos, y baja desesperado por la escalera estrecha, dejándose llevar por la memoria muscular a través de la oscuridad nebulosa. Se oyen pisadas en el rellano, pero Evander ya no es algo que puedan mantener encerrado.

Entra corriendo en la cocina, donde una pequeña luz sobre las hornillas rompe la oscuridad, y abre con todo el cuerpo la puerta trasera, ignorando los gritos sin aliento de Laurie.

–Evander, no puedes…

El aire de la noche lo golpea con violencia, abriéndose paso en sus pulmones mientras toma grandes bocanadas. Sus pies descalzos tocan el camino de adoquines del jardín y sigue avanzando, mientras una ruleta de gritos frenéticos gira en su cabeza.

¿Qué está haciendo? Si Carrington intentó envenenarlo, podría ser mucho peor internarse en un jardín repleto de plantas tóxicas con solo la luna como testigo.

Después de todo, esto es lo que quería.

Que Evander saliera de la mansión.

Debería haber tomado un cuchillo de la cocina, aunque no está seguro de ser la clase de persona capaz de usarlo. En el fondo de su mente escucha la voz firme de Byron Lennox-Hall dándole órdenes que se sentían más como martillazos contra el suelo. *Sé respetuoso. Sé obediente. Sé. Silencioso.*

No entres al jardín.

Prométemelo…

–¿Por qué demonios no lo haría? –susurra a la oscuridad, con la respiración acelerada y llena de ira–. ¿Qué hay detrás de esa maldita

puerta?

Porque ya sabe que ahí es hacia donde iba Carrington, el lugar donde su sangre tiñe la madera. ¿Para encerrar algo? ¿O para liberarlo?

a menos que estés inventándolo todo porque es más fácil imaginar monstruos que admitir que estás solo, asustado y abrumado por heredar esta propiedad, y echas de menos al hombre que te hizo daño incluso mientras te mentías a ti mismo diciendo que te quería, y quizá tú también tienes algo que ocultar igual que todos los demás…

Se abre paso entre setos y celosías cubiertas de arbustos con una facilidad que lo sorprende incluso a él. Apenas le lleva unos segundos perder a Laurie.

Las ramas lo azotan como látigos despiadados en los brazos, pero parece saber exactamente cuándo agacharse y hacerse a un lado, qué paredes musgosas trepar y cuándo deslizarse por debajo de arcos cubiertos de enredaderas. Corre casi sin hacer ruido.

No debería recordar el camino con tanta facilidad.

Debería estar nervioso y aterrado, intentando orientarse en medio de la oscuridad.

No debería sentirse tan confiado.

Bajo la luz de una luna menguante como el dorso de una cuchara de plata, el jardín parece algo salido de un cuento de hadas. Las luciérnagas brillan como polvo mágico, y el canto constante de miles de cigarras y ranas endulza el aire con una cadencia que se siente como una canción. Las flores se vuelven ópalos en las sombras y los hongos bordean los muros del jardín como platos bioluminiscentes.

Sus dedos los rozan al pasar y, cuando los aparta, quedan cubiertos de esporas que siente la extraña necesidad de lamer.

Hay algo que no está bien en él, y el hecho de que constantemente quiera llevarse el jardín entero a la boca y tragárselo.

Las hojas y las ramas parecen instarlo a seguir adentrándose, y, cuando escucha el murmullo de varias voces más adelante, se esconde entre los helechos frondosos que se curvan como manos ahuecadas para mantenerlo fuera de la vista.

Esta es la parte que sabe que está ignorando: cómo el jardín quiere tenerlo en su interior, cómo lo busca, cómo lo conduce hacia la puerta roja.

Detrás de él, algo respira. Cuando se vuelve intentando atraparlo, deja de moverse y lo único que escucha es un coro de cigarras, cuyo canto se eleva hasta convertirse en un chirrido estridente.

La sensación persiste: se siente observado.

Se le eriza la piel de la nuca.

Un escalofrío punzante de miedo le atraviesa el pecho y golpea, húmedo, sus costillas doloridas. No es que haya dejado de entrar en pánico; simplemente se ha acostumbrado al grito constante que resuena en el fondo de su cabeza. Una risa nerviosa, casi descontrolada, brota como un gorgoteo en su garganta por lo que está haciendo.

Unas espinas negras que parecen ganchos se le clavan en la espalda a través de la tela fina de la camisa, pero ignora el pinchazo insistente cuando dos figuras aparecen en el sendero sinuoso entre los jardines amurallados.

Bane Lennox-Hall lleva una pala sobre el hombro y una pequeña maceta bajo el brazo. La luz de su linterna resalta su expresión mordaz mientras pone los ojos en blanco por algo que acaba de decir la otra figura, que no es otra que la tímida asistente de Oleander.

Jessica camina unos pasos por detrás, arrastrando un saco lleno de herramientas de jardinería. Verlos juntos en mitad de la noche le provoca una gran confusión. Salió en busca de respuestas sobre Carrington y, en su lugar, no hace más que levantar más piedras para encontrar más gusanos y putrefacción cuanto más excava en el desastre confuso que es la familia Lennox-Hall.

–… ser tan princesa –está diciendo Bane, resoplando–. Esto forma parte del trabajo. Asistirme a mí es asistir a mi madre.

–Pero eso no… Yo no acepté el trabajo para… –dice Jessica y, cuando la luz de la linterna ilumina su rostro, hace una mueca de incomodidad. Su traje parece desaliñado, como si se lo hubiera puesto a última hora, probablemente después de creer que ya había terminado de trabajar–. No estoy cualificada para tareas de jardinería.

–Tonterías. Estás haciendo un trabajo excelente –dice Bane con un tono condescendiente–. Como dije, solo vamos a plantar una plantita. Es bastante extraña, si me permites añadir, y debo plantarla bajo la luz de la luna llena.

Evander entrecierra los ojos porque no hay luna llena y la maceta parece contener un brote marchito de albahaca, no una planta exótica. Si Bane se está burlando de la pobre asistente mal pagada, es aún más patéticamente horrible de lo que Evander había creído.

Bane queda a oscuras, insistiendo en que se dé prisa. Lleva ropa de estar por casa y lo que parecen ser zapatillas, mientras que Jessica al menos usa unas botas de lluvia varias tallas más grandes. Se tambalea mientras lo sigue, arrastrando la bolsa de herramientas por el camino de adoquines.

Evander los sigue.

El problema de Carrington queda guardado en el bolsillo de su pantalón mientras avanza, manteniéndose en las sombras, cerca de los setos o junto a las paredes más altas del jardín. Sus pies descalzos no producen ningún sonido sobre las rocas cubiertas de musgo, y su corazón es una cosa inquieta en su pecho mientras aparta algunas plantas trepadoras escarlata de sus tobillos. El jardín parece debatirse entre instarlo a seguir adentrándose y aferrarse a su ropa, como si ansiara cubrir su piel cálida y desnuda con sus hojas suaves y vellosas y quedárselo para siempre.

Está en su cabeza, por supuesto. Pensar que el jardín quiere algo es absurdo. Es solo un jardín, está oscuro y él solo es un muchacho que juega a ser detective.

El camino se estrecha hasta convertirse en una garganta verde de enredaderas espinosas, y le lleva un segundo comprender dónde están. Por delante se alza, imponente, la puerta roja, oscura, con la madera ennegrecida, y la pared parece incluso más alta que antes. Bane deja a un lado su pala y empieza a empujar la puerta, gruñendo y quejándose, hasta que cede. Luego levanta un pequeño objeto delgado y deslustrado.

Entonces Carrington no es el único que sabe dónde se guardan las llaves de Hazelthorn.

Con las paredes de enredaderas a cada lado, Evander ya no tiene dónde ocultarse, así que se agacha y comienza a avanzar lentamente en esa dirección, aprovechando la oscuridad que lo cubre como un manto de invisibilidad, mientras los observa desaparecer en el jardín cerrado. Si escucharon ese extraño latido o sintieron la textura viscosa y cobriza de la puerta cubierta de sangre, ahora seca, de un color de óxido rojizo, no lo demostraron. Quizá todo eso estaba destinado a que solo él lo oyera, a que él lo saboreara.

Al menos ningún monstruo sale del otro lado de la puerta.

O quizá la cosa que vive allí todavía duerme.

Evander se acerca despacio y se queda agachado junto a la puerta abierta, sintiendo su corazón como el de un conejo mientras mira hacia el jardín prohibido. No sabe qué espera encontrar. Algo terrible, algo asqueroso. El sucio secreto de los Lennox-Hall. Contiene la respiración y se aprieta con fuerza contra el marco de la puerta, con una anticipación que lo hace temblar. *Muéstrame*. Pero cuanto más mira, más frunce el ceño y no puede evitar sentir una ola de decepción.

El jardín cerrado es un círculo perfecto. La maleza salvaje crece sin control por los bordes y la hiedra eterna suaviza las paredes de roca. Todo el lugar emana un aroma salvaje y violento a cosas que crecen, a tierra húmeda y vegetación en descomposición. Las flores se ven extrañamente puntiagudas y deformes, como si hubieran sido aplastadas por una mano invisible. Unas bayas asquerosamente lustrosas se acumulan junto a hojas que se curvan como puntas de flecha. La mayoría las reconoce por la guía de campo, en la sección de belladonas venenosas.

Ese aroma dulce, salvaje y empalagoso, también le recuerda a algo: el veneno que impregnaba el aire cuando Byron murió.

En medio del jardín hay un círculo de baldosas extrañas, con una fuente peculiar de mármol sin agua justo en el centro. Está tan asfixiada por líquenes y enredaderas que es imposible distinguir la forma de la estatua grotesca, hasta que comprende que es otro fauno. ¿Qué demonios les pasa con los faunos? Este se ve particularmente monstruoso, con cuernos y colmillos, y algunos bordes están astillados y vendados con los dedos de la enredadera.

Seis parterres rodean la fuente y son lo único que no tiene sentido.

Están completamente muertos.

No se ha plantado ni una sola ramita en ellos, ni siquiera crece maleza en su interior.

La tensión empieza a hormiguearlo en la espalda, pero, al girarse con rapidez, no encuentra nada. *Respira*. Cuando vuelve a mirar al frente, Bane ya está dándole órdenes a Jessica sobre uno de los parterres vacíos, indicándole que se arrodille y empiece a cavar con una pequeña pala de jardinería. Ella levanta la cabeza para decir algo, pero él la manda callar. La luz de la linterna ilumina su ceño fruncido antes de encorvarse para retomar la tarea.



Quizá solo está presenciando cómo un tipo rico se comporta como un cretino. Si Laurie estuviera aquí, se acercaría y se enfrentaría a Bane para que Jessica pudiera escapar, pero él no es tan valiente. También le resulta extraño pensar que Laurie es el único Lennox-Hall que intervendría.

Bane inspecciona su insignificante planta de albahaca y empieza a darle explicaciones a Jessica sobre cómo se trabaja la tierra y todo eso, algo atrevido en un hombre que ha arrastrado a una asistente mal pagada hasta allí para que lo haga por él. Evander empieza a sentir cómo su energía nerviosa se apaga y se transforma en decepción. No va a encontrar ninguna respuesta. Ninguna pieza nueva para el rompecabezas.

Se pone de pie, procurando no rozar la hiedra despiadada, y decide regresar a las sombras para seguir buscando a Carrington. Quizá más tarde intente robarle la llave a Bane e inspeccionar esa parte del jardín a la luz del día.

Porque no tiene sentido cerrar un jardín que no es más que un lugar para plantas moribundas.

Se vuelve justo cuando la voz de Jessica se transforma en un grito ahogado.

Evander se inclina hacia delante, apoyando una mano en el marco de la puerta, mientras su corazón se acelera. Es probable que lo vean si miran en esa dirección, pero ninguno lo hace.

Jessica señala el parterre y él no puede ver, *no puede ver*, pero Bane suelta una risa despreocupada y se acerca para apoyar una mano sobre su hombro.

–Ah, por Dios –dice Jessica, llevándose las manos a la boca–. Ah, por Dios, ah, por Dios. ¿Eso es… un brazo?

Evander siente cómo se le congela la sangre. ¿Qué demo…? No, debe de haber encontrado una raíz vieja y la ha confundido en la oscuridad. Acercarse más implicaría entrar en el jardín y no puede arriesgarse para comprobarlo.

Bane ríe, un sonido largo y despreciable, y luego arroja la planta de albahaca por encima del hombro. Esta estalla contra la fuente y sus restos salen despedidos en todas direcciones.

–Sí, sí –dice Bane, con total tranquilidad–. ¿Lo sabías? La mejor manera de fertilizar un suelo hambriento es con sangre y huesos.

En su mano tiene un pequeño cuchillo.

En una fracción de segundo, Evander abre los ojos tanto como puede. Su cuerpo se tensa, listo para lanzarse hacia delante, porque puede verlo todo a cámara lenta, puede sentir en las manos, en la lengua, cómo la sangre cobriza y caliente salpica en el instante exacto en que ocurre.

Bane clava el cuchillo a un lado del cuello de Jessica.

Al retirarlo, se oye un sonido húmedo y asqueroso, y la sangre brota como una lluvia negra.

Un gorgoteo extraño escapa de la boca de Jessica cuando se lleva la mano al cuello y se vuelve hacia Bane con una confusión casi infantil.

Evander siente que el corazón se le sube a la garganta, un grito feroz que se estrella contra sus dientes. Está paralizado, está aterrado, no puede apartar la mirada de lo que acaba de ver.

Un par de manos se presionan contra su boca.

Alguien lo arrastra hacia atrás y lo arroja al suelo, sofocando sus gritos de puro terror. Carrington. Es Carrington y va *a morir morir morir…*

Pero entonces queda presionado contra un pecho, su cuerpo envuelto por algo pesado que lo mantiene contra los adoquines y los brezos. La boca de Laurie está junto a su oído, con la respiración demasiado acelerada, encendida por un miedo brutal y miserable. Sus dedos se clavan con fuerza alrededor de la boca de Evander, mientras su brazo izquierdo sube hacia su garganta para impedirle gritar, respirar o emitir ningún sonido.

Esto no se parece en nada al abrazo consolador de antes, cuando tuvo un ataque de pánico.

Esto es para silenciarlo.

Lo presiona con más fuerza, hundiendo su muñequera contra la tráquea de Evander; es un estrangulamiento repugnante y salvaje.

–Shh –dice Laurie.

El pánico corre por sus venas hasta que se convierte en un animal apresado y brutalizado; su terror solo existe en sus ojos salvajes. Este es el lugar donde casi muere y esta es la persona que casi lo mató, y la forma en que lo sujeta demuestra que no ha olvidado ninguno de esos hechos.

Lo único que puede hacer es mirar a través de la puerta abierta del jardín prohibido, mientras Bane suelta a Jessica y ella cae como una flor marchita en el parterre vacío. El cuchillo ensangrentado sigue en su mano, destellando en la oscuridad, y la mira con fastidio y desprecio. Luego se arrodilla, apoya una rodilla sobre la espalda de la asistente y empieza a cortarle la garganta con mayor profundidad. Como si necesitara desangrarla más rápido.

La carne debe de ser gomosa y blanda, porque el pequeño cuchillo tiene dificultades para cortarla.

Se oye el crujido del cartílago.

Un quejido escapa de Evander, ahogado por los dedos de Laurie presionados contra sus dientes.

Pero entonces Laurie apoya la frente contra su cabello con una ternura exasperante y la desesperación tiñe su voz cuando susurra:

–Te lo he dicho mil veces. El jardín no es un lugar seguro.



Hay algo afilado y salvaje en lo que es ahora. Antes del accidente era un chico bueno y callado, o eso siguen recordándole, pero algo lo cambió y resulta muy difícil controlarlo, hacerlo entrar en razón, calmarlo cuando tiene uno de sus ataques frenéticos de ira. O quizá de dolor.

Tiene once años ahora. Hace un año que no sale de su habitación.

La fiebre le ha subido a la garganta y se encoge de miedo en una mecedora junto a la chimenea fría, mientras sus rizos sudados caen por su espalda como bucles húmedos. Lleva un traje marrón rígido, tan ajustado que duele. Unas tijeras plateadas yacen tiradas en el suelo.

El viejo mayordomo atiende su mano ensangrentada, donde una mordedura parece haberle triturado la piel como si fuera carne picada.

–Es por el golpe en la cabeza –le dice su tutor con paciencia al mayordomo–. Tendremos que controlar estos comportamientos cuanto antes.

El mayordomo aprieta los dientes y envuelve un trapo alrededor de su mano.

El anciano se agacha junto a la mecedora y la detiene, ignorando los quejidos del niño al quedarse inmóvil. Mecerse así lo hace sentirse más tranquilo.

No quería que le cortaran el cabello, sus hermosos rizos negros. Le encanta cómo se sienten al caer por su espalda como una enredadera tierna y encantadora. Cuando se negó a cortarse el pelo, no pareció importarles, y por eso respondió con sus dientes.

–¿Te siguen doliendo las encías? –pregunta el anciano, con una voz grave y razonable–. Tus dientes están demasiado torcidos y apiñados. ¿Sabes que a mis plantas les pasa lo mismo? Lo único que necesitan es que las poden un poco.

Levanta unas pinzas plateadas.

Su mano se lanza hacia delante y sujeta la mandíbula del niño con una presión insoportable para obligarlo a abrirla.

El niño empieza a forcejear, mientras las pinzas metálicas y frías se abren paso entre sus labios y sujetan un diente.

–Ya te dije –dice el anciano con un tono casual– que te quedes callado.

Empieza a tirar con fuerza y el diente sale como una espina, con los restos sangrientos de la encía adheridos a una raíz enmarañada. La sangre brota sin parar de la boca del niño y empieza a ahogarse en pánico.

Grita durante un largo rato.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Todo en su interior se ha deshecho. Su cuerpo ya no le pertenece y es más bien una cavidad llena de alas de polillas muertas y deseos arruinados, y cree que siempre ha sido así.

Laurie lo levanta, esforzándose por aguantarlo mientras mantiene una mano presionada con fuerza sobre su boca. Es algo tan fácil de manipular, algo que se puede guardar y doblar cuando se porta mal y volver a meter en su caja. Una ira ardiente crece detrás de sus ojos y, de manera inútil, cree que está a punto de llorar.

Quiere una cosa, solo una cosa, nada más.

Una excusa para permitirse volver a confiar en su mejor amigo.

No puede. Nunca podrá. La verdad sigue desenterrándose una y otra vez.

Los ojos de Laurie se posan inquietos sobre la puerta roja, donde Bane pisotea la tierra del parterre con quejidos molestos. Su pie debe de estar lleno de barro a estas alturas, mezclado con la sangre que parece una pulpa húmeda alrededor del cuerpo compactado. Luego se inclina hacia delante y hunde la mano en la tierra. Cuando se incorpora, recoge algo pequeño, pero las sombras ocultan la mayor parte hasta que lo frota contra su camisa y lo levanta hacia la

luz de la luna. Tiene el tamaño de un botón y destella como sangre calcificada.

–¿Solo esto? –murmura en voz baja–. Qué pérdida de tiempo.

Laurie arrastra a Evander hacia atrás, lejos de la puerta roja, del jardín, del primo que acaba de desenterrar un rubí del suelo donde asesinó a una mujer.

Un rugido grave y gutural llena la cabeza de Evander y algo oscuro y monstruoso empieza a subirle por la garganta. No es un grito de terror, sino un grito de ira absoluta.

Esto no es real.

No acaba de ver a una mujer degollada, una vida sacrificada, sangre derramada sobre la tierra a cambio de una piedra preciosa. Entonces recuerda todas las veces que vio rubíes en la mansión: incrustados en las copas de cristal y en los relojes, decorando las vidrieras de las puertas, alrededor de los cuellos de los Lennox-Hall. Usan los asesinatos como si fueran trofeos.

Laurie lo lleva hacia una esquina y entran en otro jardín de paredes bajas y cubiertas de musgo, donde algunos arbustos espinosos parecen estrangular lentamente una hilera de ciruelos. El suelo está cubierto de hojas punzantes que se le clavan en los tobillos cuando se detienen.

–No grites –dice Laurie en voz baja y suave, y entonces le quita la mano de la boca.

No grita. Tampoco llora, aunque su voz se rompe por completo. Cree estar a punto de vomitar.

–Tú lo sabías.

Laurie tensa la mandíbula y aparta la mirada.

–¿Así funciona? –pregunta Evander, incapaz de mantener la voz firme–. ¿Matas a alguien, lo entierras en el jardín y, a cambio… recibes joyas? ¿Esto es lo que estoy heredando?

Laurie hace una mueca de incomodidad, pero el silencio es tan fuerte como una bofetada.

Peor aún es lo que Evander comprende después. No hay ningún monstruo detrás de esa puerta; solo un jardín venenoso con sed de sangre. Y él casi muere en ese jardín.

Tiene tierra en la boca otra vez.

En los pulmones.

Tiene diez años y sigue gritando porque siempre estará gritando allí fuera, medio enterrado en un suelo de hiedras monstruosas enredadas a sus tobillos, listas para arrastrarlo hacia las profundidades.

Da un paso hacia atrás mientras mira a Laurie, su obsesión, su sepulcro de adoración no correspondida. La camisa de su pijama está manchada de tierra y su cabello tiene algunas ramas y hojas aplastadas, junto a una expresión devastada.

La horrible verdad se abre paso lentamente por sus pulmones.

–Intentaste sacrificarme en el jardín cuando éramos niños, ¿verdad? –le sorprende lo racional que suena, aun cuando le tiemblan tanto las manos–. Eso es lo que querías hacer. Ese era el «juego».

Laurie no dice nada.

–Tú… –empieza a levantar la voz, ahora quebradiza y ronca–. Tú me sacrificaste para el maldito jardín.

Laurie se frota la cara y levanta una mano en su dirección, pero Evander la aparta de una bofetada tan fuerte que suelta un grito.

Se vuelve, hundiendo los dedos en el cabello y tirando con tanta fuerza que siente dolor en el cuero cabelludo. Quiere gritar y no detenerse nunca. Quiere golpearse contra la pared hasta desangrarse. Quiere clavar los dientes en la piel de Laurie y desgarrarla hasta llegar al hueso.

–No lo entiendes. –La voz de Laurie suena un poco áspera–. No es… Solo cálmate y… –Intenta una vez más sujetar el brazo de Evander.

Pero esta vez lo golpea tan fuerte que se tropieza y cae sobre las hojas espinosas.

–¡TÚ CÁLMATE! –Lo único que ve es rojo y rojo y rojo–. Creí que éramos amigos. Quería creer que lo que ocurrió fue un e-e-error.

–Fue un error –dice Laurie, alzando la voz ahora, aunque todavía no se ha puesto de pie–. No quería…

–VETE A LA MIERDA. –La ira brota de sus manos y no sabe qué hacer, no sabe cómo detenerse. Quiere golpear el suelo con los puños, pero, en su lugar, levanta una roca suelta de la pared baja del jardín.

No tiene nada más en su cabeza que esa monstruosa necesidad de desgarrar, romper, destruir. Está tan ahogado por ella, tan perdido en su interior, que apenas registra a Laurie pidiéndole a gritos que se detenga.

Está de pie sobre Laurie, con la roca entre las manos.

Sería tan fácil dejarla caer sobre su cabeza y romperla como una manzana acaramelada y hacer que las mentiras se detengan. Hacer que todo se detenga.

Laurie sigue en el suelo, con los ojos muy abiertos, las manos levantadas para cubrirse el rostro, con reflejos ágiles que dejan claro

que tiene experiencia haciendo esto. Como si supiera, en el fondo, lo que se siente al protegerse en el suelo.

Las manos de Evander tiemblan sobre la roca.

qué qué qué estás haciendoooo…

qué estás

QUÉ ESTÁS HACIENDO QUÉ ESTÁS…

Sus pulmones se parten. Un suspiro escapa de sus labios.

Suelta la roca sobre la tierra blanda. Un mareo repentino lo hace tambalearse.

Eso no…

No se sintió como…

Él.

Laurie baja lentamente las manos y se queda mirándolo, aunque no hay nada más en su expresión salvo puro miedo. No está bien verlo así, sin su sonrisa insolente, su actitud arrogante, aunque también parece mucho más real, mucho más tierno y frágil.

–Lo siento –cree decir, aunque su boca se siente llena de plantas espinosas.

Bane debe de haberlos oído gritar, pero no tienen manera de saber si no le importa o si va a aparecer para investigar con el cruel filo de su cuchillo.

Laurie sigue respirando demasiado fuerte, su cuerpo retorcido y tembloroso, mientras mira a Evander con una desesperación incomprensible.

–¿Podemos volver adentro?

–¿A quién más mató Bane? –pregunta Evander con una voz que parece desconectada, fría, tan lejana–. ¿Estás fingiendo que no sabes quién asesinó a tu abuelo?

–No –responde Laurie enseguida.

La memoria lo atraviesa, afilada como un cuchillo que secciona un tendón: el grito de Jessica al desenterrar un brazo en aquel parterre.

Ya habían asesinado a otra persona.

–Todos en tu familia son un montón de asesinos en serie –dice Evander inexpresivo–. Alimentan al jardín con gente inocente para… para obtener una ganancia.

Laurie se pone de pie sin dejar de temblar. Unas ronchas rojas le cubren los brazos por las hojas espinosas y su pijama está sucio y rasgado.

–Intenté hacer que renunciara.

Evander no lo entiende… pero entonces recuerda las burlas detestables de Laurie hacia Jessica cuando intentó podar esos rosales.

–Iba a hacer que se sintiera tan… tan incómoda que no tendría más remedio que renunciar. Yo solo… –Su voz se rompe–. Me quedé sin tiempo. Odio esto, ¿vale? No tenemos permitido contarle ni una sola palabra a nadie fuera de la familia sobre el jardín. Intenté hacerlo y el abuelo me castigó de mala manera por eso. –Su voz tiembla–. No puedo detenerlos.

–¿Detenerlos? ¿Por qué mejor no te detienes *tú*? –La voz de Evander adquiere un tono levemente burlón, pero es tan inestable que sabe que está a punto de llorar–. ¿Fuimos siquiera amigos alguna vez o solo era un niño molesto con el que odiabas pasar el tiempo? No recuerdo cómo éramos antes, así que solo dime la verdad. ¿Siquiera éramos amigos antes de que intentaras sacrificarme?

Laurie hace un sonido pequeño y esconde el rostro en el pliegue de su codo.

–Por favor, solo escúchame –dice con una voz ronca y quebradiza, y, cuando levanta la cabeza, sus ojos se han convertido en dos estanques idénticos de luz lunar–. Una vez que el jardín saborea una parte, quiere el resto. Quiere que regreses. ¿Lo entiendes?

Y, de repente, Evander puede oír la voz ronca y húmeda de Carrington.

el jardín

quiere

que regreses

Se le seca la boca por completo.

–No, ¡no entiendo nada de esta mierda! –casi grita–. Sigues ocultándomelo todo. ¡No puedo confiar en ti! ¿Cómo voy a encontrar a un asesino en una familia de asesinos? –Empieza a caminar de un lado a otro, llevándose las manos a la cara–. Quizá ni siquiera me importa quién mató a tu abuelo, porque es tan malvado como…

Se vuelve con un gruñido ahogado y su cuerpo choca contra algo sólido.

Un pequeño quejido escapa de él y sus manos se disparan hacia arriba para no perder el equilibrio contra aquello que no estaba allí antes y ahora sí.

Carrington sujeta el rostro de Evander y

grita

Un montón de tierra ensangrentada sale disparada hacia la boca abierta de Evander, tomándolo por sorpresa. Es un grito agudo e inhumano, mientras el terror recorre su cuerpo como un relámpago.

Retrocede, pero Carrington clava sus uñas llenas de tierra seca en sus mejillas y ruge.

Es interminable. Es una pesadilla.

Y sigue y sigue, un grito eterno.

Carrington araña el rostro de Evander como si intentara arrancarle la piel y entonces se lanza hacia delante, presionando los dientes con fuerza. Evander sigue intentando retroceder, mientras su grito aterrado se vuelve cada vez más agudo, pero Carrington lo sujeta con brutalidad.

Laurie grita detrás de ellos y se lanza sobre Carrington.

Caen los tres, aunque Evander queda debajo.

Se sacude con desesperación, pataleando para liberarse.

–Evander…

Pero la voz de Laurie suena demasiado lejos.

Carrington se aparta de encima de él, gruñendo, con el cuello inclinado en un ángulo grotesco, hasta que levanta ambas manos y lo endereza con un crujido húmedo y carnoso. Su uniforme de mayordomo está más rasgado que antes y sus costillas están envueltas por enredaderas y malvas que se asoman a través de la tela desgarrada. Evander le asesta una patada en el esternón y lo hace retroceder. Eso le da el tiempo suficiente para ponerse de pie, mientras su corazón late tan rápido que parece a punto de salírsele del pecho.

Laurie levanta una rama caída.

–Evander, corre. ¡Ve dentro!

Intenta levantar la rama, pero Carrington simplemente lo sujeta de la muñeca a mitad de camino y la retuerce hacia un lado hasta que grita de dolor.

Carrington lo arroja a un lado como si no pesara más que una mariposa, y Laurie cae contra el suelo con fuerza. Luego Carrington se vuelve lentamente hacia Evander.

–Basta –dice Evander, levantando sus manos temblorosas–. P-p-por favor, Carrington. Lo s-s-siento. Lo siento…

Carrington se lanza hacia delante.

Es inhumano lo rápido que se mueve; es tal la velocidad que Evander no tiene tiempo de hacer nada salvo volverse y correr tan rápido como puede. Quizá está salvando a Laurie al alejar a la criatura.

Pero, al saltar sobre un parterre de lavanda, comprende que no siente el aliento pútrido en la nuca, nada pisándole los talones. Se vuelve, desesperado, porque Carrington no lo ha seguido.

Está golpeando a Laurie.

Evander no lo duda.

Se lanza hacia ellos, mientras una pequeña voz en su cabeza insiste *Corre corre corre, deja que lidie solo con los monstruos que creó su familia*. Pero, de algún modo, es peor que cualquier otra cosa estar a solo unos metros cuando Carrington clava a Laurie contra el suelo y arrastra sus garras retorcidas por su pecho, como si quisiera abrirlo por la mitad. Es peor escuchar a otro chico soltar un grito de pánico capaz de partir el cielo.

Carrington es una fuerza devastadora y aterradora, con sus dedos esqueléticos lanzándose hacia los ojos de Laurie.

Laurie sigue gritando.

Evander está lo bastante cerca para sujetar a Carrington por la espalda y apartarlo con una fuerza que no sabía que tenía. Un montón de tierra brota de las heridas de Carrington, mientras las

enredaderas caen como parásitos intestinales de la cavidad donde deberían estar sus entrañas. Caen a los pies de Evander con un sonido asqueroso que le provoca arcadas.

La distracción es suficiente.

Carrington se incorpora mientras sus huesos repiquetean y su mandíbula parece a punto de desprenderse, y lanza un puñetazo hacia delante para sujetar a Evander por la garganta.

–Es hora –dice con una voz rasposa– de volver a la tierra.

Y entonces empieza a arrastrarlo por el suelo.

Forcejea y lo golpea, mientras se ahoga y sus piernas no logran sostenerlo. Pero no sirve de nada. Una nueva fuerza se ha apoderado de Carrington y simplemente se aleja de las profundidades descuidadas y oscuras del jardín, llevándolo consigo.

Laurie intenta ponerse de pie, resbala y queda tendido en el suelo con un grito gutural. Se sujeta la muñeca lesionada.

Carrington lleva a Evander tras una esquina y el resto del jardín bloquea toda vista de él.

El jardín

quiere

que regreses

Evander ya sabe a dónde lo está llevando Carrington.

Casi puede oír los latidos sangrientos y hambrientos de la puerta roja.



CAPÍTULO DIECINUEVE

El jardín, en realidad, nunca le permitió escapar aquel día, no cuando ya había sido marcado por sus dientes, elegido para ser devorado.

Volverá a la tierra.

Va a morir.

La manera en que se sacude en las manos de Carrington lo hace parecer un animal rabioso y salvaje, su cuerpo reducido a algo diminuto y líquido entre unas manos demasiado fuertes. Carrington presiona sus dedos esqueléticos alrededor de su cuello con una mano y lo sujeta por el cuello de la camisa con la otra, cargando gran parte de su peso mientras sus piernas desaparecen bajo él y es arrastrado por el sendero entre paredes ennegrecidas por las hiedras. Hacia la puerta roja.

No entres allí. No no no…

Una parte agotada y nebulosa de su mente se pregunta si Carrington lo enterrará junto a Jessica o si elegirá un parterre vacío y frío. Quizá así se siente afrontar la propia muerte: preocupado por si estarás solo allí, en el final.

Pero es como si una aguja plateada y delgada atravesara el centro de su frente. Necesita pensar.

Si el jardín controla a Carrington, si lo ha devorado por completo y ha enredado sus raíces alrededor de su columna para manejarlo como una marioneta, entonces ¿por qué atacó a Laurie? El jardín es propiedad de los Lennox-Hall; solo a ellos debería obedecer. Debería querer matar únicamente a Evander, el sacrificio inconcluso.

Por delante, una puerta se abre de golpe y Evander intenta gritar una última vez. Pero la mano que presiona su tráquea reduce el grito a un sollozo ahogado. Se sacude con violencia de izquierda a derecha, intentando suplicarle a Carrington que se detenga. Que lo escuche. Que espere.

–¿Qué demo…?

Carrington se detiene en seco y Evander deja de forcejear, sorprendido. Entonces gira la cabeza lo suficiente para ver a Bane bloqueando la entrada del jardín cerrado. Las sombras envuelven su cuerpo y su ropa de estar por casa luce ennegrecida y cubierta de sangre, al igual que sus pantuflas, manchadas de todo tipo de porquerías. Sus ojos parecen a punto de salirse de las cuencas y su boca queda entreabierta mientras se aferra al marco de la puerta y suelta un chillido que suena más a un pájaro estrangulado que a un hombre.

–¿Qué es…? ¡¿Qué es eso?! –exclama Bane, levantando un dedo tembloroso hacia Carrington–. Ah, por Dios…

No hay manera de que Bane no haya oído la conmoción de hace apenas unos minutos, pero claramente pensaba ignorarla y seguir con su vida, ahora con su nuevo rubí manchado de sangre. Evander

había asumido que los Lennox-Hall estaban acostumbrados a ver criaturas como Carrington. Pero, al parecer, no.

Evander aprovecha la distracción momentánea de Carrington para liberarse. Y, esta vez, lo logra.

Cae al suelo y rueda hacia un lado, y levanta la primera roca que encuentra, afilada y lo bastante grande como para sostenerla con ambas manos. Pero a Carrington no parece importarle y empieza a avanzar con ese paso inquietante hacia Bane.

Evander logra ponerse de pie, con el corazón acelerado por una mezcla nauseabunda de adrenalina. Se lanza hacia delante con la roca en alto y la estrella contra la cabeza de Carrington desde atrás.

El mayordomo cae.

Bane empieza a gritar.

Siente su corazón desbocado en la boca, la sangre deslizándose por su barbilla, y lo único en lo que puede pensar es *basta basta basta BASTABASTABASTA*…

La roca cae una vez.

y otra vez

Tiene una rodilla sobre la espalda de Carrington, sujetando con fuerza la roca resbaladiza, mientras un olor metálico impregna el aire. La deja caer una vez más y observa cómo el cráneo se abre como el cascarón de un huevo de zorzal, mientras un charco viscoso de materia sangrienta se escurre entre los huesos fracturados. Una mezcla de tierra fertilizada y gusanos salpica los adoquines del camino y el olor es nauseabundo.

Le lleva un largo rato comprender que el monstruo ya no se mueve y que solo está destrozando restos de masa encefálica con la

roca, mientras un sonido horrible brota de su garganta. Dolor, horror, terror.

–No… –dice, dejando caer la roca de sus manos sobre el suelo húmedo con un golpe apagado. Sus brazos están empapados, cubiertos de porquería hasta los codos. Tiene la camisa del pijama pegada al abdomen y se siente cálida, saturada.

Mire donde mire, hay sangre. Charcos oscuros e interminables de sangre.

En su boca, mezclada con un repentino flujo de saliva.

–Nonono –tiembla tanto que tropieza y cae hacia atrás. Él no es así… Él no…

Él no hizo esto.

Él no…

Lentamente, se obliga a levantar la vista hacia la figura petrificada de Bane que sigue de pie allí, visiblemente conmocionado.

Así es como debe de verse Evander: con astillas de cráneo y restos de carne pegados a la barbilla, empapado en sangre, como un horror etéreo que emergió del suelo nocturno.

Evander corre.

No existe nada más en su cabeza, solo la necesidad de escapar, escapar de lo que ha hecho.

Era un monstruo. Iba a matarlo.

Avanza salvajemente por el sendero, saltando sobre parterres y atravesando arbustos tan espesos que sus ramas lo azotan como látigos y desgarran su piel. Todo está en su boca: la tierra, la sangre, la putrefacción, y apenas puede ver. Extiende los brazos para apartar las ramas del camino y un llanto desolador escapa de su garganta. La oscuridad se despliega a su alrededor a medida que se lanza

hacia un claro, tropezando sobre el cemento roto por las raíces. Baja la mirada, buscando un punto de apoyo, pero, en su lugar, el mundo se termina.

No hay *nada nada nada* bajo sus pies.

Sus pulmones están llenos de flores silvestres, no de gritos, y su cuerpo se retuerce como el de un pájaro al que le han roto el cuello en pleno vuelo. Pero no hay nada a lo que aferrarse.

El aire pasa a su alrededor a toda velocidad.

Siente un nudo en el estómago.

Entonces se estrella contra el agua con un estallido repentino.

De algún modo, había olvidado ese estanque de cemento con agua estancada que habían encontrado con Laurie el día anterior, enmarcado por gárgolas y saturado de algas y nenúfares. La noche lo desorientó y ahora el agua salobre inunda su boca abierta.

Se sacude, se ahoga, se hunde rápido. Las raíces húmedas de los nenúfares constriñen sus brazos y su garganta como serpientes.

Si llega al fondo, podría impulsarse de regreso a la superficie. Pero no deja de hundirse, imposiblemente lejos, y sus pulmones gritan mientras las huevas de las ranas y otras plantas lo presionan desde todas direcciones. Debajo de sus pies descalzos, el estanque desciende hacia un infinito de oscuridad. Es un maldito estanque de cemento. No puede ser tan profundo.

Pero lo es.

Y se está ahogando.

Patalea con todas sus fuerzas, sacudiendo los brazos e ignorando el vacío en el estómago. *Nada*. No sabe. Su cabeza asoma por la superficie apenas una fracción de segundo, con los nenúfares presionados contra su pecho, pero las plantas acuáticas envuelven

sus tobillos y lo arrastran hacia abajo. *Abajo*. Forcejear es perder energía, pero el pánico se apodera de su cerebro y su instinto de supervivencia toma el control. Sus brazos giran como un molino bajo el agua y vuelve a salir a la superficie. *Se hunde*. El agua se estrella con fuerza contra los lados del estanque por su cuerpo agitado y una ola rompe contra su cara. Intenta gritar para pedir ayuda, pero no consigue tomar suficiente aire, no puede pensar, no puede nadar.

Entiende cómo se hace, pero en ese momento el pánico es quien tiene el control y no puede calmarse lo suficiente como para mantenerse a flote. Cuando se lanza hacia el borde del estanque, sus dedos rozan inútilmente la inmensa superficie de hormigón resbaladizo y sus uñas se llenan de algas en su intento por salir. Es inútil. El nivel del agua está demasiado bajo, el estanque es demasiado profundo y no puede impulsarse desde el fondo para sujetarse al borde de cemento si no hay suelo.

La energía abandona rápidamente sus huesos.

Sigue moviéndote.

Pero está cansado, tan, tan cansado. Nunca pensó en lo silencioso que podía ser ahogarse.

El agotamiento se instala como una lombriz fría que avanza bajo su piel y lo arrastra cada vez más hacia abajo. Intenta flotar; su rostro es lo único visible entre el manto de nenúfares sofocantes, pero el resto de su cuerpo permanece bajo el agua y sus movimientos son lentos y torpes.

Pasan minutos. Parecen horas.

Una enredadera húmeda se enrolla alrededor de su garganta y lentamente empieza a cerrarse, pero ya ni siquiera tiene energía para gritar lo mal que está esto.

–Ayuda –dice, pero es demasiado débil y su boca se llena de agua.

Sus piernas apenas se mueven.

Sigue…

Pero no puede alcanzar el borde, no puede salir. Lo único en lo que puede pensar, mientras se hunde, es que ahogarse allí, después de todo a lo que sobrevivió, resulta amargamente cruel.

Entonces algo se enrosca alrededor de su muñeca.

Al principio no le da mucha importancia, ya que su mente está saturada por el miedo y el agotamiento, demasiado desorientada para comprender que la enredadera verde y tierna que rodea su brazo no lo está arrastrando hacia abajo. Se asoma por el borde del estanque… no la vio antes, ¿siquiera estaba allí?, y es más fuerte de lo que parece, cubierta de hojas suaves que rozan sus mejillas. Si pudiera usarla para subir…

Pero no tiene energía.

Una necesidad tonta y patética de llamar a gritos a Laurie empieza a acumularse en su garganta y se odia por desearlo, por querer que un chico asesino como Laurie siquiera se preocupe por él. Inclina la cabeza hacia delante y la apoya contra la enredadera, mientras siente un ardor intenso en el pecho.

Entonces, muy lentamente, empieza a subir.

No parece tener control sobre su cuerpo mientras lo sacan del estanque, con la enredadera tensándose cada vez más alrededor de su muñeca. El agua se derrama de él con un rugido desgarrador cuando emerge por el borde del estanque y cae sobre el hormigón. Los líquenes le raspan los brazos y el cuello, mientras escupe el agua estancada y su pecho entero tiembla por la violenta expulsión.

Luego queda tendido allí, despatarrado, como si lo hubieran partido en dos con un cuchillo de carnicero, mirando al cielo gris del amanecer. Su rostro y sus muñecas están cubiertos de lentejas de agua, enredadas en sus rizos. Cada respiración se siente como una llamarada que le atraviesa el pecho y, después de un momento, sus mejillas solo están húmedas por sus lágrimas, no por el agua del estanque. Le lleva una eternidad mirar las enredaderas que aún rodean su muñeca escuálida y notar la ausencia de alguien a su alrededor que lo haya ayudado a salir.

Lentamente, la enredadera lo suelta.

Se aparta, pero no sin antes acariciar sus mejillas cubiertas de lágrimas con sus pequeñas hojas verdes.

Evander olvida cómo respirar, porque hay algo casi tierno, casi humano, en ese gesto.

–Creo que olvidas –susurra, demasiado vacío como para importarle que le está hablando a una planta– que se supone que deberías intentar matarme.



CAPÍTULO VEINTE

El cielo se abre como un ojo inyectado en sangre cuando Evander vuelve rengueando al interior de la mansión. Ya se oyen los cantos de los pájaros a su espalda y los dedos del viento juegan con los setos, coqueteando con abrir los pétalos. El aire se siente pesado con el aroma de las magnolias y el zumbido de las abejas, mientras el amanecer tiñe los setos de un verde intenso. Parece imposible que ese lugar sea otra cosa que un paraíso rebosante de vida.

Evander cierra la puerta detrás de él con tanta fuerza que toda la casa parece sacudirse con el golpe.

Apoya la frente contra la puerta mientras algunos sollozos quedan atrapados en su garganta. Una parte de él quiere gritar, aunque una parte aún mayor quiere acurrucarse sobre las losas frías de la cocina, taparse los oídos y terminar con todo. Necesita que todo esto termine. El agua se escurre de su ropa y forma un charco bajo sus pies descalzos y ensangrentados. Su pijama está destrozado, pegado al cuerpo y manchado con la porquería del estanque, barro y huevas de rana, sin contar el olor del agua estancada que parece haberse impregnado bajo su piel. Las raíces de los nenúfares envuelven su garganta y sus muñecas. Cuando aparta una de su

mejilla, emite un sonido de succión, como si fuera un tentáculo con bocas hambrientas.

Al menos, la mayor parte de la sangre se lavó con el agua y sus manos ya no están cubiertas de masa encefálica. Aun así, está hecho un desastre. Un leve dolor palpita en sus costillas y no está seguro de si es por haber sido lanzado de un lado a otro por Carrington, por tragarse medio estanque o por el hecho de que sigue olvidando cómo respirar.

No está bien.

El jardín lo quiere muerto… aunque, quizá, no. ¿Realmente lo estaba arrastrando para ahogarlo o había estado intentando sacarlo todo este tiempo? Está tan jodidamente confundido.

Le lleva un minuto entero salir de la cocina. Si bien los trabajadores de Oleander están ocupados preparando el desayuno y la estancia está impregnada del aroma a huevos fritos y conservas de ciruela, magdalenas de manzana y canela, ni una sola persona lo mira ni le pregunta si está bien. Pedir ayuda parece inútil, considerando que no sabe si informarán a Oleander de todo lo que diga.

De todos modos, ¿qué podría decir? Si empieza a hablar de un jardín con apetito mortal o de monstruos de zarzas y rubíes desenterrados de parterres de flores, sonará como un *loco*.

Podría escapar, pero no tiene idea de en qué dirección queda el pueblo más cercano ni de si siquiera podría llegar caminando. Heredar una fortuna parece un cuento de hadas sin sentido cuando no sabe cómo acceder a un solo dólar de todo ese dinero. Y la idea de abandonar Hazelthorn le provoca un pánico creciente que le

fisura el pecho con tanta violencia que le dan náuseas. No puede simplemente irse.

Lo tiene atrapado; puede sentirlo.

Está demasiado arraigado a Hazelthorn, y la mansión a él.

El frío cala hondo en sus huesos mientras se adentra a trompicones en las profundidades de la mansión, dejando un rastro de barro resbaladizo y lentejas de agua a su paso. Es una criatura espectral, ahogada, que emergió de las profundidades, patética y horrible a partes iguales.

No está pensando en Laurie. *Para nada*. ¿Qué le pasó? ¿Cuán malherido está? ¿Logró regresar al interior de la mansión? ¿Fue el ataque de Carrington o el miedo lo que lo hizo quedarse acurrucado en el suelo? De cualquier manera, lo único que Evander debería sentir es un odio descomunal.

Laurie intentó sacrificarlo. Por… por una maldita piedra preciosa. Es un Lennox-Hall en todos los sentidos, usando su legado familiar con orgullo. Aunque una imagen persistente sigue repitiéndose en su cabeza: Oleander y Azalea luciendo sus joyas incrustadas con rubíes… No recuerda a Laurie haciendo lo mismo. Incluso en aquella cena de la primera noche con Oleander, había rubíes incrustados en las copas de vino, y Laurie, que en otras circunstancias le había parecido bastante propenso a beber alcohol, en su lugar golpeó su copa con un cuchillo, como si no quisiera beberla, como si no quisiera tener nada que ver con ella.

Todo es un desastre y no sabe qué pensar, pero sufrir por todo esto es una pérdida de tiempo. Es un problema entre ellos ahora; él siempre será un juguete ensangrentado y Laurie siempre lo dejará

morir, porque no son más que dos chicos que siempre intentarán clavarse los dientes en la garganta.

La sal cubre su lengua. Odia ser así, esta cosa triste y anhelante. Odia que todos le pasen por encima. Odia no poder hacer que se detengan.

Necesita encontrar a Dawes y pedirle ayuda, dado que el abogado, supuestamente, trabaja para él. Si tan solo pudiera expulsar a los Lennox-Hall, sería un buen comienzo.

Dando un paso doloroso tras otro, Evander avanza por la mansión hacia el despacho de Byron. Tiembla mientras busca el picaporte a tientas y le lleva un segundo comprender que la puerta está entreabierta. Nada en su cabeza funciona a la perfección; no piensa en lo temprano que es, ni en su apariencia, ni en lo que dirá, pero vacila un momento cuando escucha la voz suave y reconfortante de Benedict Dawes al teléfono.

Evander se acerca a la puerta y ve a Dawes moverse por la habitación poco iluminada, sin lograr descifrar sus palabras. La luz de la mañana no consigue imponerse a los arbustos que cubren la ventana y hacen que la estancia se sienta asfixiante.

La puerta se abre y Evander entra soltando un grito de sorpresa. Había estado tan distraído que no notó que la llamada aún no había terminado.

Dawes extiende su mano libre para ayudarlo a no caerse, mientras con la otra aún sostiene el teléfono, pero su gesto de desaprobación se transforma en sorpresa absoluta.

–Cielo santo. ¿Qué te pasó?

–N-n-necesito hablar contigo –dice Evander, sin poder evitar que sus dientes castañeen, aunque no está seguro de si es por el frío o

por la conmoción. El barro negro se desliza por su rostro y cae al suelo. La sangre que cubre la camisa de su pijama debe de parecer barro ya que no despierta una preocupación inmediata.

En comparación, Dawes parece descansado y pulcro, con el cabello peinado hacia atrás y un traje de lana en tonos caoba oscuros, combinado con sus gafas de carey que lo hacen parecer aún más como si acabara de salir de una clase universitaria. El reloj pesado y costoso en su muñeca destella antes de que gire la muñeca y el puño de la americana lo oculte de la vista. Quizá lo esté imaginando, pero está casi seguro de ver rubíes incrustados en el bisel.

–Tengo una llamada importante con tus accionistas –dice Dawes, haciendo una mueca de incomodidad–. No puedo posponerla. Pero… veamos. Eh, ¿puedes…? –Parece costarle encontrar las palabras adecuadas, mirándolo como si fuera a derretirse.

–Necesito que t-t-te deshagas de los Lennox-Hall –dice Evander, aunque apenas logra que las palabras broten entre sus dientes temblorosos–. N-n-no quiero que ninguno de ellos sea mi t-t-tutor.

–Ah –dice Dawes, guardando el teléfono en el bolsillo y luego reclinándose sobre el borde del enorme escritorio. Cientos de papeles cubren cada centímetro de la superficie, algo extraño para alguien que, supuestamente, está «poniendo las cosas en orden». Cuando intenta sonreír, hay una inquietud que no estaba allí antes–. Me temo que no puedes elegir a tus familiares más cercanos.

–Pero no son mis familiares –dice Evander–. ¿Qué hay de…?

–Creo que no deberías andar deambulando por ahí fuera –lo interrumpe Dawes–. Mira, ¿qué tal si vas a bañarte y hablamos más tarde? Esta llamada es muy importante. Solo confía en que todo en

lo que estoy trabajando como tu abogado es en el mejor de tus intereses.

Evander se lo queda mirando con una ira absoluta, mientras Dawes retrocede y se coloca al otro lado del escritorio, fingiendo ordenar una pila de sobres de cartón destripados. ¿*Confiar*? No puede confiar en nadie. No sabe por qué nunca insistió en saber más sobre su pasado, sobre su propia familia. ¿Por qué no puede hacer las malditas preguntas?

Porque te dijeron que no lo hicieras.

Porque te castigaban si lo hacías.

deja de reprimirte, basta basta basta…

Dawes mira su reloj.

–Quédate en tu habitación por ahora, ¿de acuerdo? Descansa. No queremos que tengas ningún episodio.

Evander levanta la vista con brusquedad hacia Dawes y le parece ver un destello momentáneo de arrepentimiento, como si no hubiera querido dejar en evidencia que sabe sobre los episodios. No debería. Solo es un abogado.

Nadie tiene que saber sobre los episodios.

–No estoy seguro aquí –dice Evander entre dientes–. ¿S-s-sabes algo sobre el jardín?

Dawes mira confundido hacia la ventana, donde las ramas arañan el cristal con chirridos inquietantes.

–¿El qué? ¿Que necesita mantenimiento? Porque sí, sin duda. Podemos contratar jardineros si quieres.

Hay cierta ingenuidad en la manera en que lo dice, pero lo único en lo que Evander puede pensar es que estaría enviando a trabajadores inocentes a ser devorados.

–No, jardineros no –responde con brusquedad–. No.

Está colocando la ira por encima del miedo, lo sabe, pero no puede tomar el control. Está a segundos de clavarse las uñas en la cara y gritar: *Hice algo terrible allí afuera en el jardín. No sé qué hacer, lo siento lo siento lo…*

Alguien llama a la puerta con suavidad y se oye una tos delicada que lo hace girarse con el corazón en la garganta.

Azalea Lennox-Hall se asoma por la puerta abierta del despacho, sosteniendo una tetera delicada. Lleva un vestido sin tirantes con una falda plegada como los pétalos de una rosa negra. Mueve un dedo con un gesto distraído.

–¿Puedo ayudar en algo? –Su expresión está teñida de la cantidad justa de refinada preocupación.

Dawes parece aliviado de que alguien haya llegado para limpiar el desastre que Evander dejó en el suelo.

–De hecho, sería perfecto. Evander, mira si la señorita Lennox-Hall puede ayudarte. Iré a buscarte para terminar nuestra conversación más tarde, ¿de acuerdo?

Lo acompaña hacia la puerta antes de que pueda discutirle, como si no quisiera nada más que poner distancia entre ellos, y luego lo despide con un gesto forzado y cierra la puerta.

Se oye la cerradura.

Su tartamudeo de protesta muere en su boca.

–Querido, pareces realmente consternado –dice Azalea, llevándose la mano a la garganta–. Voy a ir a desayunar. Ven a contarle a la tía Aza todas tus desgracias y yo me encargaré de solucionarlo todo.

Extiende una mano hacia él, moviendo los dedos como si fuera un niño pequeño que corriera hacia ella en busca de consuelo.

Un gruñido queda atrapado entre sus dientes y lo aplasta hasta hacerlo polvo antes de obligarse a seguirla. Al menos, probablemente no va a intentar asesinarlo, considerando que sería una tarea bastante asquerosa y desagradable, y quizá pueda obligarla a darle algunas respuestas.

Esto es lo único a lo que puede aferrarse: su patético intento de jugar al detective. Así puede dejar de pensar, *dejar de pensar dejar de pensar,* en lo que le hizo a Carrington.

Aunque ¿qué sentido tiene buscar a un asesino ahora? Quizá Byron Lennox-Hall recibió lo que merecía después de enterrar a tantas personas para amasar su fortuna. No cabe duda de por qué les prohibió la entrada a todos y nunca salió de Hazelthorn. No quería compartir.

Hazelthorn es un monstruo empapado en sangre.

Y Evander es el único heredero.

Siente náuseas mientras sigue a Azalea hacia uno de los salones de la planta baja, abarrotado de muebles de ébano opresivos y cortinas verde oscuro, empapelado con un diseño de flores de saúco. Una pequeña mesa redonda descansa en el centro de una alfombra persa y, sobre ella, hay una bandeja de plata con frutas frescas, huevos pasados por agua y sardinas en una lata abierta. Los pequeños ojos muertos lo miran cuando se desploma en el asiento frente a ella y la observa servirse su té de aroma floral en una tacita delicada. El vapor se eleva entre ambos y siente una repentina necesidad de arrojarlo todo al suelo.

Podría estar envenenado.

Apoya los codos sobre la mesa y se clava las palmas de las manos en los ojos. Por primera vez, ni siquiera tiene hambre. Está lleno,

casi hasta la garganta, de miles de horrores.

–Háblame, cariño –dice Azalea, colocando pequeños platos frente a ella mientras prepara su tostada–. Aunque debo insistirte en que no vuelvas a nadar en ese estanque apestoso. Dudo que lo hayan limpiado desde hace décadas. Solíamos jugar allí cuando éramos niños, Locke y yo.

Esboza una sonrisa agradable, pero reservada, como si algo en ese recuerdo la hiciera sentirse incómoda.

El nombre desconocido atraviesa la neblina mental de Evander.

–¿Quién es Locke?

–Ah, mi hermano. El padre de Laurie. Que descanse en paz.

Haz preguntas. Ahora. No tiene nada que perder.

–Sé lo del jardín. –Se inclina hacia delante con una voz temblorosa–. S-s-sé lo que sois todos vosotros.

Azalea mantiene una expresión serena mientras usa un tenedor de dos dientes para pinchar las sardinas.

–¿No lo sabías? No es un secreto entre los miembros de la familia, aunque, claro, tú eres un Lennox-Hall honorífico… –Su voz adquiere un tono placentero y conspirador–. A menos que eso cambie con el matrimonio.

Evander se la queda mirando. Tiembla de ira y miedo, empapado hasta los huesos, y no tiene idea de qué *matrimonio* está insinuando.

–Tengo diecisiete –dice.

–Ah, bueno, una adopción, entonces. –Sonríe–. ¿Quieres mermelada en tu tostada?

–No tengo hambre –responde, apretando los dientes.

La mirada de Azalea se posa sobre él y enseguida vuelve a concentrarse en sus tostadas cuadradas.

–Siempre quise adoptar. Es un acto tan glorioso y especial y, sinceramente, sería una madre maravillosa.

Está intentando apartar su mente del hecho de que estuvo a punto de encarar esta conversación en torno a casarse con él, aunque ella sabe perfectamente cuántos años tiene. Empieza a sentir un hormigueo en todo el cuerpo.

–Entonces, ¿por qué no adoptaste a Laurie? –pregunta con brusquedad.

Azalea parpadea, como si esa fuera la única parte extraña de la conversación.

–Ah, bueno. Me temo que no somos particularmente cercanos. Más bien se opone a cualquier muestra de afecto.

Lo único en lo que puede pensar es en la manera tierna y reverente en que Laurie lo sostuvo cuando corrió a su cuarto anoche. En lo desesperado que parecía por sentir el contacto con otra persona, igual que él mismo.

Pero pensar en Laurie hace que algo en su pecho se sienta aplastado, así que respira despacio y empieza a recuperar la concentración. Sus nervios están crispados, rotos, y su mente es un huracán de todo lo que intenta contener. Azalea es a quien menos conoce, pero no es tan tonto como para creer que sea inofensiva.

–¿Tú lo mataste? –Odia lo rasposa que suena su voz, odia cómo sigue estrellándose contra las preguntas más peligrosas.

–¿A quién? –pregunta Azalea, tomándose un momento, con el cuchillo suspendido sobre la mantequilla–. Ah, ¿te refieres a papá? No, claro que no. ¿En qué me beneficiaría? –Chasquea la lengua,

como restándole importancia, y, de algún modo, la cree, a pesar de que hoy han descartado la teoría del aneurisma–. Tengo una vida bastante agradable gracias a la generosa asignación que me daba –dice, como si el vestido que lleva puesto no valiera una fortuna–. Hay tanto que ver en este mundo hermoso; en primera clase, por supuesto, no soy un animal. Además, estaba en las Maldivas cuando recibí la llamada de Dawes notificándome la triste noticia. Tengo reservas de hotel, billetes de avión, todo eso. Es fácil de demostrar.

Coge su teléfono, con una funda incrustada de perlas, y toca la pantalla durante unos segundos antes de girarlo para mostrarle un billete de avión que demuestra que estaba en pleno vuelo cuando Byron murió.

El agua sigue escurriéndose de Evander y gotea suavemente sobre la alfombra. Intenta leer culpa o manipulación en su rostro encantador, pero está agotado y no está seguro de ser capaz de interpretar bien a la gente.

–Estoy muy feliz con mi vida en el extranjero y estoy bastante segura de que Oleander quiere Hazelthorn solo para ella. Y a ti. –Suelta una risita al dejar a un lado el teléfono, pero no hay humor en ella–. Escucha, cariño. Digamos que tú y yo llegamos a un acuerdo. Podría funcionar bien para los dos. Adopción, matrimonio. –Sacude la mano como si fueran lo mismo, mientras Evander le lanza una mirada fulminante–. Podríamos hacerlo funcionar y entonces yo podría irme por ahí a hacer gloriosas y lujosas aventuras, y tú podrías quedarte aquí, haciendo lo que quieras. Te gustaría eso, ¿verdad? La libertad. –Sonríe, beatífica, y se reclina en su asiento, metiéndose una sardina entera en la boca.

Le parece escuchar a la pequeña criatura viscosa deslizándose por su garganta.

–Por supuesto –añade–, yo administraría nuestras finanzas.

Un sabor ácido le sube por la garganta y traga con fuerza, sabiendo que lo que en realidad quiere es vaciar toda su fortuna y marcharse. Pero ¿es siquiera algo malo? Él solo necesita Hazelthorn, no quiere tener nada que ver con la fortuna manchada de sangre que Byron ha amasado. Odia siquiera estar considerando su oferta, pero Oleander obviamente va a administrar Hazelthorn y a él con puño de hierro, y no hará nada para evitar que Bane use los jardines para llenarse de más riquezas. Bane probablemente sigue ahí fuera, cubierto con la sangre de Jessica.

–Piénsalo –dice Azalea con dulzura.

Si Evander estuviera solo en la propiedad, nadie volvería a tener acceso al jardín. Él se aseguraría de eso. Podría obligar a todos a marcharse. Bane, Oleander… Laurie.

–Cuando cumpla dieciocho, os echaré a todos. –Su voz empieza a llenarse de las lágrimas contenidas–. Para siempre.

La boca elegante de Azalea se curva en una expresión de tristeza.

–No te lo tomes tan mal. De verdad creí que sabías lo del jardín. Es un poco salvaje, sí, pero todo tiene un equilibrio. Si lo alimentamos con una cantidad considerable de sangre, nos entrega rubíes y, siendo sincera, los merecemos. La parte desafortunada es que se ha vuelto insaciable en los últimos años. Papá mencionó que ya no lo estaba alimentando porque exigía demasiado y devolvía muy poco. Ya sabes, hacerle pasar un poco de hambre para que aprenda a comportarse.

Siente un nudo en el estómago.

Azalea golpea levemente la parte superior de su huevo con una cuchara de plata. Un líquido espeso y membranoso brota de su interior y cae sobre el plato. Está crudo, pero no parece importarle.

–Pero no te preocupes. Tampoco es que le entreguemos a nadie importante.

Sus palabras lo golpean como una bofetada y apenas puede respirar.

Nadie. Importante.

–Fue desafortunado lo que ocurrió con la esposa de Locke –continúa Azalea, despreocupada–. Pero era una mujer miserable. Cuando la gente se entera de lo que hace el jardín, se vuelve un poco loca. Hizo falta mucha motivación para que atara esos cabos sueltos y dejara que el jardín se la llevara, pero todavía no entiendo por qué se lo tomó tan mal y estrelló su coche contra el árbol después. Mi pobre y tonto hermano. Lo echo de menos.

Un rugido apagado empieza a llenar lentamente los oídos de Evander; otra vez está bajo el agua, mientras el líquido pútrido le entra en la boca.

–No. –Le sorprende la firmeza de su voz–. Los padres de Laurie murieron en un accidente de tráfico junto con mis padres. Habían ido todos juntos a la ópera y luego a cenar –lo repite, aunque las palabras suenan insípidas y vacías en su boca, mientras se aferra a la mesa hasta que las puntas de sus dedos quedan blancas por la presión–. Fue un horrible accidente de tráfico.

Azalea se mete otra cucharada blanda de clara de huevo en la boca, mientras varios hilos de una baba gelatinosa cuelgan de la cuchara.

–Bueno, no sé quién te dijo eso, pero Locke estaba solo en ese coche cuando salió de Hazelthorn. ¿Fue hace…? Ah, ¿ocho, nueve años? Estaba muy dolido, sí, pero ninguno de nosotros sospechaba que fuera a arrepentirse tan rápido. Aunque supongo que debimos anticiparlo cuando dejó a Laurie antes de salir de Hazelthorn como si hubiera perdido la cabeza. Que, en realidad, es lo que creo que pasó. Yo estaba paseando por Ámsterdam cuando papá me llamó para darme la noticia y no podía hacerme cargo de Laurie en ese momento. –Suspira con un arrepentimiento fingido–. Es un chico… difícil. Era mejor que papá lo criara.

El rugido apagado en su interior empieza a convertirse en un grito desgarrador.

–No, no, p-p-porque mis padres también estaban en ese coche.

–Cariño –dice Azalea con una voz gentil, aunque oír ese tono dulce le provoca arcadas–. Te aseguro que mi hermano murió solo en ese coche.

–Entonces, ¿cómo murieron mis padres? –pregunta con brusquedad.

–No lo sé –responde, levantando una tostada con mermelada del plato y llevándosela a la boca con una pequeña sonrisa. Se siente como si se estuviera burlando de él–. ¿Me recuerdas tu apellido, querido?

–Es… –pero se detiene.

Todo en su interior

se detiene.

Es como si los latidos acelerados de su corazón estallaran de pronto, como un diente de león deshaciéndose en el aire, como si su

pecho se contrajera para atrapar todas las semillas suaves antes de que salgan volando.

En su boca no hay nada nada nada.

Evander…

Evander Nada.

¿Cómo podría olvidar su *propio apellido*?

No, no puede perder la cabeza. Ha atravesado el mismísimo infierno en las últimas veinticuatro horas y tiene problemas de memoria desde el accidente… Debe de ser lo de siempre, como si se desconectara por un segundo. Dawes debe saberlo. Debe de haberlo leído en el testamento.

¿No?

Azalea sigue hablando, despreocupada, aunque él parece una estatua. Apenas escucha lo que está diciendo.

–… era adorable cuando era niño –dice, limpiándose los labios con una servilleta–. Tenía ciertas dificultades de comportamiento en la escuela, pero papá no quería que lo trataran como algo frágil, así que esperamos que se enderezara con el tiempo. Pero, desafortunadamente, terminó convirtiéndose en un joven amargado, antisocial y sarcástico, cuando antes solía ser tan encantador y brillante. ¡Ah! Y también tenía el amigo imaginario más bonito. Combinó sus nombres para ponerle uno. ¿No es dulce?

–Sus nombres –dice con una voz muerta.

Su corazón no late. No puede pensar.

Se levanta de la silla y corre hacia la puerta, ignorando los sonidos de sorpresa de Azalea.

–¡Al menos piensa en lo que hemos hablado! –grita ella por detrás–. ¡Seríamos un equipo maravilloso, tú y yo! Podríamos tener

todo lo que quisiéramos.

Llega a la escalera estrecha y empieza a correr hacia el ala norte, sintiendo los pulmones llenos de brea negra y la cabeza palpitándole sin parar. A su alrededor, la oscuridad parece brotar de las paredes como aluviones de ébano, y puede sentirla derramándose sobre la alfombra, lamiendo la planta de sus pies, riéndose sin parar de él. Los pasillos se vuelven demasiado estrechos, asfixiantes. Se siente tan delirante que se estrella contra la puerta de su habitación y se acerca directo a su mesilla de noche.

El retrato siempre fue su posesión más preciada, lo único que tiene de su familia. Pero ¿por qué? ¿Por qué no tiene más cosas propias? ¿No habrían ido a buscar su ropa, sus juguetes, sus libros a su casa después de que Byron se hiciera cargo de él?

mis padres no murieron en un accidente de tráfico

cuál es mi apellido.

quéquéqué está pasando…

Sujeta el retrato con los dedos entumecidos y se queda mirando el cristal sucio, manchado en las esquinas, las sonrisas plásticas en sus rostros perfectos.

Su ausencia en el retrato.

Lo arroja contra la pared.

El cristal estalla y cae como una llovizna delicada, mientras el marco se rompe al golpear la alfombra con un sonido apagado. Se agacha, sin importarle las esquirlas afiladas que se clavan en la punta de sus dedos. El papel fino se arruga en su mano al sacarlo del marco y tarda un minuto en comprender lo que está viendo mientras mira el texto del dorso de la imagen. Encuentra la mitad de una receta, una publicidad, un artículo sobre el vestido de una

celebridad. Desdobla la fotografía que no es una fotografía y observa los utensilios de cocina que sus padres sostienen, ocultos en el marco.

Es un recorte de revista.

Una fotografía genérica de un banco de imágenes.

Le tiemblan las manos mientras mira la imagen que solía traerle más tranquilidad que nada en el mundo.

Lo único que puede escuchar es la voz de Laurie martilleándole la cabeza desde dentro.

Si empiezas a abrir puertas, quizás encuentres cosas que no quieras ver. O peor, quizás te despiertes.

Evander se pone de pie y se acerca tambaleante a la pared de los sospechosos. El suelo sigue cubierto con las enredaderas que Laurie arrancó de debajo de la cama, pero no le importan las flores venenosas ni la imposibilidad de que crecieran en su cuarto. Solo piensa en una cosa mientras arranca la ficha de Laurie de la pared con tanta fuerza que la desgarra.

La desesperación lo desborda y su próximo aliento queda atrapado en su garganta por algo parecido a una risa histérica. No puede ser real.

Laurence Evan Alexander Lennox-Hall. Le respondió rápido cuando se lo preguntó, aunque con cierta reticencia.

Evan

Alexander

Laurie llamó a su amigo imaginario de la infancia…

Evander.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Así se siente abandonar el propio cuerpo, ser abierto con un par de tijeras de podar para que el interior suave de su piel quede expuesto ante los ojos del mundo. Su garganta sigue envuelta por los tallos de la glicinia y la hiedra maliciosamente espinosa. Tiene la boca llena de tierra y la cabeza azotada por relámpagos de ira. No logra encajar ningún pensamiento lógico entre las grietas de los puños que mantiene presionados contra la parte posterior de los dientes.

No es un episodio, pero tampoco un ataque de pánico.

Evander está perdiendo la maldita cabeza.

Permanece tan rígido que casi siente que su columna está a punto de partirse. Todavía lleva impregnado en la piel el olor asqueroso del estanque, y la necesidad creciente de arrancársela parece lo único seguro en lo que puede concentrarse, porque no puede pensar en nada más.

Tiene que sacar las marcas del jardín de su cuerpo. Eso es lo que hará.

Se encierra en el baño y llena la bañera con agua tan caliente que le enrojece todo el cuerpo golpeado. Incontables rasguños cubren sus manos, sus brazos y su garganta, y los frota con una cantidad

brutal de jabón, disfrutando del ardor. Piensa en esto, solo en esto. El dolor. De otro modo, perderá la cabeza por estar sumergido en agua otra vez, por cerrar los ojos y sentirse de vuelta allí: ahogándose mientras a nadie le importa.

No llores. Pero es muy difícil no hacerlo.

Las mentiras han sido depositadas como dulces sobre su lengua durante tanto tiempo que ya no puede reconocer nada más; es un amasijo enmarañado de falsedades hermosas e historias inventadas y, si pierde todo eso, no le queda nada.

Es solo un chico que una vez fue enterrado vivo en una propiedad llena de monstruos.

Y no sabe qué más de él es real.

Con cuidado, Evander lleva las rodillas hasta la barbilla y se queda sentado en la bañera, mirando las baldosas verdes de la pared, con moho entre las grietas. El musgo también crece aquí ahora. No tiene la energía para preguntarse si es normal o si el jardín está infiltrándose en su vida de cualquier manera posible.

Su columna es la curva desnuda de una luna menguante y no puede dejar de temblar. La conmoción ha calado hondo en sus huesos, en sus músculos, en su médula, pero su mente sigue hurgando entre los restos estallados de todo lo que conoce.

¿Querías ser detective? Entonces sé un detective.

El desastre de pistas, mentiras y secretos parece imposible de conectar para darles coherencia, pero puede hacer deducciones como los detectives de sus viejos libros. Empezando por esto: *¿por qué demonios siquiera está en Hazelthorn?*

Sus padres obviamente nunca fueron cercanos a los Lennox-Hall, lo que significa que él y Laurie nunca fueron amigos de la infancia.

Creó toda esta vida a los pies de Laurie con una adoración obstinada y ahora la vergüenza le forma un nudo en el estómago. ¿Y si Laurie odiaba que su abuelo se hubiera convertido en el tutor de un desconocido? Quizá era fácil ver a Evander como un cuerpo lleno de sangre útil para ofrecer en sacrificio al jardín y así poder pedir algo que realmente deseaba.

Necesita recordar exactamente qué ocurrió antes del sacrificio.

¿Quién era? ¿Y por qué es un secreto?

Cierra los ojos con fuerza y hunde la barbilla entre las rodillas con una presión tan despiadada, que es evidente que se le formarán más moretones en ese lugar. Si tan solo pudiera recuperar algunos de esos recuerdos con la pura fuerza furiosa de su voluntad.

Años atrás leyó en un manual de medicina que, en casos de amnesia y lesiones cerebrales, a veces un paciente no quiere recordar, así que no hace ningún esfuerzo real por sanar su mente. Eso podría estar pasándole a él. Quizá siempre supo que no era nada para Laurie, y está tan desesperado por creer lo contrario que no se esfuerza por atravesar las telarañas densas y asfixiantes que ahogan su pasado.

Pero incluso mientras aprieta los dientes con más fuerza, intentando alcanzar una y otra vez las oscuras profundidades de su mente, no encuentra… nada. Antes de que intentaran matarlo, no hay nada, nada, nada.

El agua tibia chapotea contra sus costillas agitadas y está hiperventilando en la bañera, rodeado por la suciedad que se adhiere al borde de porcelana blanca junto con la porquería que ha estado restregando. Siente un escalofrío en el brazo. *Solo vete*. Un dolor punzante le fisura la planta de los pies y lentamente suelta las

piernas y apoya un pie, en una posición bastante incómoda, sobre la otra pierna para inspeccionar el daño.

Creyó que encontraría la piel desgarrada por haber corrido sobre espinas y púas, pero no es eso.

Durante un largo, largo minuto, no entiende lo que ve.

Unas protuberancias blancas y finas sobresalen de la planta de su pie. Levanta una, creyendo que es piel muerta, pero, en lugar de desprenderse, empieza a brotar desde el interior. Un escalofrío incómodo se apodera de su estómago; no es exactamente doloroso, pero se siente extraño de una manera que hace que cada vello de su cuerpo se erice. Es como si estuviera arrancando un cabello atascado en su garganta, excepto que esta cosa es larga y fina, con pequeñas vellosidades, como la raíz de un rábano. El baño caliente ha ablandado la piel de sus pies, de modo que se desliza sin demasiada resistencia, hasta que se quiebra al final.

Cuando sostiene la cosa larga que parece un gusano entre sus manos temblorosas, comprende que eso es exactamente lo que es.

Una raíz.

Acaba de retirar una pequeña raíz blanca de su cuerpo.

Un llanto irrumpe en su boca cuando arroja la raíz y se prepara para sacar otra, atrapado por una compulsión enfermiza que lo obliga a seguir arrancándolas. Una y luego otra y otra. Su éxodo deja pequeños orificios en el talón, sin sangrar, aunque se ven profundos. Peor aún son las arcadas que lo sacuden al arrancarlas, la manera en que los dedos de sus pies se retuercen y la repulsión que asciende por su espalda. La bañera se llena de pequeñas raíces que flotan muertas en el agua.

–¿Qué demonios? –susurra Evander, con una voz ronca y horrorizada–. ¿Qué demonios…?

El jardín

quiere

que regreses.

Quizá este sea el resultado de haber estado a punto de ser devorado. El jardín lo mordió y sus dientes se rompieron bajo su piel, y todos estos años se mantuvieron inactivos dentro de él hasta que volvió a salir y lo despertó.

Entonces, ¿por qué lo salvó del estanque? Hay una parte crucial que no está viendo y no sabe cuál es. No entiende qué puede querer un jardín asesino si no es terminar de comérselo.

A menos que…

A menos que se esté convirtiendo en un monstruo como Carrington.

Es demasiado para digerir, demasiado incluso para pensarlo, y es lo único que puede hacer para no arrancarse la piel y comprobar si las enredaderas envuelven sus intestinos y sus huesos. Si sigue mirando las raíces que flotan en el agua, va a vomitar, así que sale de la bañera a toda prisa, empapando el suelo con una ola de agua sucia.

En su habitación encuentra ropa. Sus rizos caen a su alrededor, mojados y pesados, pegados al cuello y por debajo de los hombros. No dedica nada de su cuidado habitual al vestirse: se pone con brusquedad unos calcetines gruesos para no ver sus pies, luego unos pantalones de pana y una camisa abotonada que deja por fuera del pantalón, con el cuello levantado y los puños sin cerrar. Ni siquiera ha metido los botones en los ojales correctos y la camisa le

queda corta en las muñecas, lo que no tiene ningún sentido, a menos que haya crecido un par de centímetros en la última semana. Algo que debería ser imposible.

Siente una electricidad ardiente detrás de los ojos mientras se mueve a toda prisa por su cuarto, toma un puñado de bolígrafos y abre su bloc de notas para escribir frenéticamente. Clava más notas en su muro de pruebas y hace anotaciones erráticas sobre las viejas fichas. Sobre la de Bane escribe con rotulador rojo: ASESINO.

Aunque es el asesino equivocado. A menos que no lo sea. Es imposible saberlo porque todos en esta casa son unos malditos mentirosos.

Bane podría haber estado tan enfadado con Byron por negarle la entrada a Hazelthorn que terminó matando a su tío como venganza. Eso le daría acceso a los jardines, a la fortuna.

De repente, lo único que quiere es encontrar a Laurie, aplastarlo contra el suelo con la rodilla en el pecho, la mano en su garganta, y obligarlo a hablar. La ansiedad empieza a crecer bajo su lengua y se pregunta si Laurie logró volver al interior de la mansión, y, aunque no debería preocuparse, lo hace. ¿Y si…? No, Laurie está bien, probablemente en algún lugar, preocupado solo por sus propios problemas.

Un leve estallido y un golpe suenan detrás de él y se vuelve, sintiendo cómo su corazón se acelera aún más en el pecho. No está *seguro seguro seguro*. Pero su crisis nerviosa se interrumpe cuando comprende que el estallido fue uno de los frascos de mermelada que cayó de su ventana.

Baja el bolígrafo de donde había estado escribiendo sobre el empapelado y parpadea con fuerza.

Los esquejes que con tanto cuidado había preparado en los frascos han crecido. No solo algunos brotes y hojas nuevas: han duplicado su tamaño. Varias ramas brotan de los pequeños frascos, numerosas flores se abren con colores radiantes y hojas del tamaño de un plato buscan la luz del sol. Han superado los confines de sus espacios reducidos en solo una noche.

Evander da un paso vacilante hacia las plantas y luego se detiene.

El sonido de sus pisadas suaves sobre la alfombra hace que cada una de las hojas, pétalos y tallos verdes se vuelva lentamente hacia él.

Como si lo escucharan.

Como si crecieran para él.

Como si quisieran su atención.

tienes que irte tienes que correr literalmente las trajiste adentro tú las invitaste para que hicieran esto tú pediste esto nunca deberías haber salido te dijeron que no lo hicieras y lo hiciste y vas a morir morir morir…

El picaporte se sacude, y la puerta oscura de roble se abre con un chirrido grave que lo obliga a retroceder con tanta violencia que se estrella contra la pared. Su pecho se agita demasiado rápido, demasiado desbocado, y no puede tragar por el nudo cada vez más grande de histeria que le obstruye la garganta. Una parte de él espera que Carrington entre tambaleándose con cicuta en las cuencas vacías de los ojos, pero, en su lugar, aparece Oleander, alta e imponente, con un traje llamativo salpicado de remolinos violentos de flores naranjas y amarillas, y cubierta con una cantidad absurda de enormes joyas de oro. Sus pendientes llevan rubíes rojos pulidos

y Evander no puede dejar de mirarlos. Lo único en lo que puede pensar es: *¿a quién mataste para conseguir esos?*

Oleander inspecciona el desastre de la habitación, balbuceando algo incomprensible.

–Me he enterado de que estuviste teniendo aventuras nocturnas en el jardín.

El pánico salpica manchas blancas ante sus ojos. Es muy ingenuo. Debería haberse encerrado en este cuarto; debería haber comprendido que los Lennox-Hall pasarían de ser *desagradables* a *peligrosos*, y que ser la llave de sus fortunas podría no ser suficiente para permanecer ileso.

–No… No. –Pero se detiene, sintiendo cómo sus pulmones se vacían por completo.

Otro frasco de mermelada cae sobre la alfombra con un golpe seco y un retoño queda tendido sobre un cúmulo de tierra.

Oleander entrecierra los ojos mientras observa el desastre.

–Supongo que yo soy la única culpable –dice, soltando un largo y sufrido suspiro–. Te dejé caminar por ahí con una salud tan delicada.

–P-p-por favor, vete de mi cuarto. –Su voz suena demasiado aguda. Necesita que Dawes venga aquí ahora mismo.

Dawes, que está en medio de una llamada de negocios, lejos del ala norte. Nadie puede oír sus gritos más allá de estas paredes; ya lo sabe. Pero ya no está seguro de si Dawes siquiera está de su lado. De si él también sabe lo del jardín y disfruta de sus bondades.

Oleander levanta una ceja con expresión de desdén.

–Creo que deberías acostarte. Estás enfermo.

–D-d-dije… –El mundo se nubla a su alrededor y puede sentir el sabor de la sangre, mucha sangre–. Vete. Todos vosotros t-t-tenéis

que iros de Hazelthorn. T-también podéis llevaros a Laurie. No quiero volver a ver a ninguno de vosotros.

Oleander simplemente ríe.

–Ah, no vas a volver a ver a Laurence otra vez, no te preocupes por eso.

El sentido de sus palabras lo golpea demasiado despacio. Se le seca la boca.

–Espera… –porque entonces todo regresa a él: aquella noche en el invernadero con Byron, cuando también le había dicho que se encargaría de Laurie ese verano. Pero esto tiene un significado totalmente diferente ahora que sabe cómo los Lennox-Hall se encargan de los miembros de la familia que no encajan, que se rebelan.

–No, no me… –Sus manos se mueven inquietas a ambos lados del cuerpo antes de cerrarse en puños–. No me refería a eso.

Pero Oleander solo esboza una sonrisa amplia y despiadada cuando otra sombra aparece detrás, en el marco de la puerta.

Bane entra con su andar despreocupado y Evander olvida cómo respirar.

Siempre consideró que gritar es creer que hay alguien ahí fuera a quien le importa. La gente solo grita con una esperanza rabiosa encerrada en los pulmones, como mil alas sacudiéndose a la vez, porque todavía creen que hay alguien que los salvará.

Pero Evander no tiene a nadie.

Está solo y siempre lo ha estado, y sería lo mismo si se quedara en silencio.

Bane se ha limpiado desde el asesinato; su piel se ve reluciente y su costoso traje de lino está planchado con suma pulcritud. Su

cabello dorado está cuidadosamente despeinado y su sonrisa es una persiana reluciente de dientes de tiburón. No podría verse más tranquilo mientras camina hacia él, silbando con alegría, y deja una pequeña bandeja sobre el escritorio.

Es una imagen que le resulta familiar, esa bandeja.

Y sobre ella hay un pequeño frasco oscuro de medicamento.

Evander se lanza bruscamente hacia el rincón del cuarto, alternando la vista entre Oleander, Bane y la puerta. Si sale corriendo, no lo logrará. Oleander está en el camino.

–Un muchacho enfermo como tú no debería dejar de tomar su medicación –la sonrisa de Bane se ensancha aún más–. Ven aquí, Evander.

Gritos de negación circulan por su cabeza, salvajes y feroces, pero no puede hacer nada. Es como si lo hubieran atravesado con una lanza por la mitad del cuerpo y hubiese quedado clavado a la pared por su propio pánico.

–No lo hagas más difícil –dice Oleander con un tono severo–. No estás bien ni quieres empeorar.

–M-me siento bien –dice Evander, tragando con fuerza–. No… no la necesito. –Luego añade–: Gracias. –Porque le enseñaron a ser amable, a no enfadarse, a cooperar, o las consecuencias le dejarán marcas en la piel.

Pueden sentir el miedo brotar de él, pueden saborearlo en el aire, y entonces intercambian sonrisas burlonas.

–Qué mente tan perturbada tienes –susurra Bane–. Haremos todo lo posible por arreglarla.

–¡No necesito que me arreglen nada! –grita sin poder controlarse, resistiendo el impulso de meterse los puños en la boca y morderlos–.

¡Largaos y dejadme solo, malditos asesinos!

Apenas las palabras brotan de su boca, se arrepiente, pero no hay rastro de ira ni de sorpresa en sus expresiones. Bane le dedica una sonrisa satisfecha a Oleander, quien pone los ojos en blanco.

Evander no es una amenaza para ellos. Lo que sabe no importa.

No tiene a nadie a quien contárselo.

De repente piensa en un Laurie muy pequeño contándoselo a un maestro, a los padres de un amigo, a cualquier persona que lo escuchara. Cómo no debieron creerlo y, en su lugar, le contaron a Byron Lennox-Hall las historias de su nieto, quien luego se volvió hacia Laurie y le hizo algo tan terrible que nunca más volvió a contarlas.

–Toma los medicamentos por tu cuenta –dice Oleander–. O te obligaremos. No tengo tiempo para el berrinche de un niño.

La desesperación se acumula en su garganta. No puede razonar con ellos. Están tan cómodos con sus crímenes, sus riquezas y su propiedad amurallada que saben que pueden salirse con la suya con cualquier cosa.

Corre. Tiene que intentarlo. Si puede encontrar a Dawes…

Pero subestima lo rápido que puede moverse Bane.

En un abrir y cerrar de ojos, se lanza hacia delante, lo sujeta del cuello y lo golpea con fuerza en el estómago. El aire abandona sus pulmones y se dobla hacia delante. Su visión se reduce hasta convertirse en un túnel que enseguida se transforma en una espiral alquitranada de dolor. La conmoción lo deja sin palabras y olvida defenderse cuando Bane desliza los brazos por detrás de su cuello y le aplica una llave que lo deja inmovilizado. Grita, pero eso hace que abra la boca.

Oleander vierte una generosa cantidad del medicamento en la tapa, derramando un poco en el suelo.

–Inclínale la cabeza un poco más hacia atrás.

–No no no. ¡Por favor, espera espera espera! –intenta liberarse con desesperación, pero solo consigue que Bane lo sujete con más fuerza y que su voz se quiebre en un alarido de dolor. Su cuello está torcido en un ángulo imposible, terrible.

Oleander clava las uñas en sus mejillas y le abre la boca, mientras él vuelve a sacudirse frenéticamente para liberarse. Pero es una criatura escuálida y delicada, y Bane es una mole pesada y despiadada detrás de él.

Nunca habría podido hacer nada contra ellos dos.

Un líquido dulce y espeso se abre paso entre sus labios, con una textura pegajosa y repugnante mientras se desliza por su garganta. Intenta escupirlo, pero no puede respirar y Oleander empieza a llenar otra tapa para darle otra dosis. Es demasiado. Carrington solo le habría dado una dosis después de un episodio. Si es que esto siquiera es el mismo medicamento. Se siente mucho más espeso y amargo que lo que solía tomar, y le cubre la lengua con una capa mucosa.

Podría ser veneno.

Un grito desgarra su garganta, pero queda ahogado por la mezcla asquerosa que lo hace toser. Bane lo arrastra hacia la cama y lo lanza sobre ella, esquivando sus golpes descoordinados. Enseguida, una sensación de mareo empieza a apoderarse de él y cree que está a punto de vomitar. Siente el estómago dolorido por el golpe. Algo va *mal mal mal* y el mundo se inclina de repente hacia un lado.

El colchón lo devora, lo asfixia, y está en un carrusel donde sus dedos resbalan mientras intenta mantenerse aferrado. Algunas voces discuten por encima de él y sus palabras son como los chillidos de una urraca, cada letra invertida para que no pueda comprender lo que están planeando.

A lo lejos siente manos sobre su camisa. Desabrochándola. Y el aire toca su piel caliente.

No.

No, no pueden… *Basta basta basta.*

Sus quejidos están llenos de desesperación mientras el cuarto vuelve a arremolinarse a su alrededor. Perdió el control de su cuerpo, de su boca, de su mente, y solo queda encendido por el terror absoluto de la situación.

Siente manos sobre él, por todo el cuerpo, cientos de dedos que avanzan como las patas de una araña por la piel tierna de su vientre tembloroso. Presionando sus heridas. Clavándose en su tejido cicatrizado. Tocándolo y tocándolo y tocándolo.

No no no me toquéis no quiero que me toquéis NO QUIERO QUE ME TOQUÉIS NO QUIERO…

–Silencio. –La voz se siente afilada y desagradable en su oído–. Esto es lo que pasa cuando no haces caso.

No recuerda cuándo se desliza por el borde del infinito y cae hacia la oscuridad.

Lo único que sabe es que aún tiene su corazón en ambas manos y está gritando, mientras unas raíces blancas brotan del tejido ensangrentado de su cuerpo y se enredan en sus dedos. Está intentando recordar si el jardín alguna vez realmente lo atacó o si

tan solo estaba intentando llevarlo a otro lugar, para mostrarle algo, pero cuanto más se resistía, más insistía.

Su boca está llena de rosas podridas.

Y siguen creciendo.

Y creciendo.

Y creciendo.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Abre los ojos.

Eso, por sí solo, lo agota. Se queda tumbado durante largo tiempo, las pestañas le pesan por el sueño, mientras observa los casetones del techo con sus motivos florales tallados en su superficie. Durante sus años de enfermedad trazó un mapa mental de cada rincón de ese techo y ahora siente como si el tiempo se le hubiera escurrido entre los dedos.

Mover el cuerpo parece imposible. Un peso algodonoso y sofocante lo mantiene presionado contra el colchón, y lo único que puede hacer es frotar la punta de los dedos contra las sábanas. Un gesto continuo, relajante. Si intenta moverse, la habitación empieza a dar vueltas. Sabe cómo se siente. Sabe cómo es estar enfermo.

Aunque estabas bien. No estabas enfermo hasta que te drogaron. Lo que significa que quizá nunca estuviste enfermo y nunca te dieron ningún medicamento. Te están envenenando y lo han estado haciendo todo este tiempo.

El dolor se abre paso entre la fina neblina frente a sus ojos y deja escapar un quejido cuando algo se presiona sobre su pecho con un

dolor agonizante. Sus dedos se arrastran por sus costillas y sujetan unas vendas ásperas.

–No… –Apenas logra pronunciar la palabra a través de sus labios secos y partidos–. No, no, *nononono…*

Su siguiente respiración es demasiado brusca y siente cómo las suturas se estiran sobre su piel y las vendas se tensan contra sus costillas al expandirse. Los sedantes fluyen lentamente por su torrente sanguíneo y puede sentir un bisturí fantasma deslizarse sobre su piel con destreza, abriéndolo como si fuera un pomelo maduro. Pero no necesitaba otra cirugía. Byron había hablado de eso justo antes de morir, pero no había nada malo en Evander…

Estaba bien.

Qué le hicieron qué le hicieron qué le hicieron estaba BIEN ESTABA BIEN NO SE SENTÍA ENFERMO…

–Basta.

Unas manos frías, que se sienten como papel, envuelven sus muñecas y las apartan de donde estaba arrancándose débilmente las vendas. Intenta liberarse, pero resulta patética la poca fuerza que tiene, la facilidad con la que el más leve contacto puede anclarlo a la cama.

–Tú solo te hiciste esto.

La fiebre sube por su espalda como una mecha encendida y parpadea con fuerza hasta que su visión se aclara lo suficiente para distinguir la figura de Oleander, de pie junto a la cama e iluminada desde atrás por el sol dorado de la tarde que se filtra por la ventana. Lleva un traje caro y elegante, y sus uñas están pintadas de un carmesí oscuro que combina con los rubíes de sus anillos de oro.

Mire donde mire, ve rubíes y le resulta tan horrible y asquerosamente obvio de dónde provienen.

–Me estáis envenenando –balbucea, mientras una lágrima se desliza por su pómulo.

–Necesitabas una cirugía de emergencia –dice Oleander con un tono seco–. Ahora tienes que descansar y sanar, aunque estimo que quedarás postrado en la cama durante algunos meses. A menos que, claro –añade con voz sentenciosa–, lleguemos a un acuerdo.

Lo torturará para que se mantenga en silencio, para que colabore con ellos, y ni siquiera parece avergonzada.

Se queda inmóvil, mirando el techo que empieza a dar vueltas lentamente sobre su cabeza. Es mejor que mirar la mesilla de noche, el lugar donde solía estar el retrato de sus padres.

Sus «padres».

–¿Quién soy? –susurra–. ¿Soy… un Lennox-Hall?

Una leve inquietud hace que Oleander tense la mandíbula, como si no tuviera tiempo para esto.

–Claro que no. Lo único que necesitas saber es que eras un niño salvaje y mi hermano te adoptó por pura bondad. Tu origen no importa. Ahora escúchame con atención. Dejarás de meterte en nuestros asuntos familiares, dejarás de contradecirnos, dejarás de discutir conmigo o nada de esto va a terminar, Evander –pronuncia su nombre como si fuera un insulto afilado y luego se inclina hacia delante, manteniendo los dientes tan apretados que su voz parece la de una serpiente–. Si creías que la última semana había sido difícil, no es comparable en nada con cómo te voy a abrir la próxima.

No puede respirar, su cuerpo débil se siente estrangulado por un terror rígido que ni siquiera intenta combatir. Pasó una semana. Una

semana así. Se siente una cáscara llena de pesadillas y dolores febriles, y no puede mantener el control antes de caer en una espiral y empezar a hiperventilar. No recuerda que lo hayan llevado a un hospital para la cirugía, pero lentamente lo comprende. Laurie dijo que su abuelo le había abierto la muñeca para ver si podía «arreglarla». Y Evander nunca recuerda haber visto cirujanos ni hospitales ni haber salido de la propiedad.

Quizá siempre hicieron lo que quisieron con él, aquí mismo, en Hazelthorn. Porque nadie le dice que no a las personas adineradas y despiadadas.

Se pregunta entonces si todo esto es obra del jardín.

Como si les estuviera diciendo que no.

Todo está tan impregnado de una sensación de que algo va mal, que lo deja sin aliento, aunque peor es el indescriptible pánico voraz de estar atrapado. No importa cuántas verdades encuentre ni cuántas mentiras queme hasta las cenizas, ni mucho menos cuántos misterios resuelva. Pueden hacer lo que quieran con él y siempre lo han hecho.

–¿Qué me habéis sacado? –Su voz suena inestable y odia lo devastado que suena al bajar la vista hacia su pecho vendado, sus caderas que le marcan la piel como cuchillas y sus piernas escuálidas–. ¿Dónde está Laurie? ¿Lo… habéis matado?

Hay un destello de algo en los ojos de Oleander y, por un segundo, cree que se acercará para darle una bofetada en la cara.

–¿Por qué tan obsesionado con Laurie? –aprieta los dientes, fingiendo una sonrisa–. No lo volverás a ver, así que bórralo de tu cabeza. Y acepta que yo soy una opción mejor de lo que habría sido tu vida entre la codicia de Bane y los gustos de Azalea. A partir de

ahora, no vas a salir de esta habitación y yo quedaré a cargo de Hazelthorn, mientras tú te encuentras indispuesto –se inclina hacia delante y una de sus garras carmesí se clava en su mejilla apenas un segundo, antes de apartarse y salir de la habitación.

Solo cuando se marcha comprende que sus uñas no estaban pintadas con esmalte rojo. Tenía sangre bajo sus largas uñas. Como si se las hubiera limpiado después de meterlas en las entrañas de alguien.



El tiempo es demasiado escurridizo como para aferrarse a él. No tiene idea de cuánto tiempo yace allí en el calor sofocante de su habitación cerrada, entrando y saliendo del estado de vigilia, mientras nubes de polvo gris llenan sus pulmones, sus oídos, sus ojos. Su cuerpo se siente destrozado, atrofiado, y su lengua es como un gusano trémulo dentro de su boca. Deberían estar complacidos con esto.

Ya no intenta gritar.

Se deshicieron de las plantas que tenía en la ventana, quitaron las enredaderas de debajo de su cama y desmontaron todo su muro de pruebas. El desastre de papeles arrugados rebosa del cubo de basura debajo del escritorio, pero no le importa. Fue ingenuo, ¿no es cierto? ¿Cómo iba a creer que podría hacer algo contra una familia como esta? Se acabó y perdió, y esta será su vida de ahora en adelante, hasta la eternidad. Ni siquiera tiene la energía para fingir que cumplir dieciocho años cambiará algo.

Se pregunta dónde está su familia, si lo secuestraron o si lo entregaron a los Lennox-Hall como si fuera un objeto, si alguna vez tuvo un nombre que le sentara mejor que *Evander*. Un nombre para un amigo imaginario.

Aún no tiene idea de por qué le hacen esto, qué le están sacando de su interior, y está demasiado exhausto para pensar.

Aunque es una verdad a medias. Piensa en una sola persona y se odia por ser tan delirante como para creer que Laurie es menos cruel que los demás, teniendo en cuenta que una vez intentó sacrificarlo para el jardín.

Se acurruca entre sus sábanas empapadas de sudor, intentando ignorar los tenues latidos debajo de las vendas, y casi se le pasa por alto cuando algo golpea su ventana.

Suena de nuevo. Y esta vez está seguro.

Se obliga a levantar la cabeza y mira hacia la ventana con la respiración un poco agitada. Una especie de esperanza salvaje y desesperada lo invade por dentro. Ignorando el dolor y el mareo, se incorpora con dificultad hasta quedar sentado, sujetándose del respaldo de la cama mientras mira hacia la ventana.

El rostro de Laurie está al otro lado.

Una angustia repentina le anuda la garganta y está aterrado de que este momento sea solo una alucinación de su mente febril. En cualquier instante, su rostro se desvanecerá y se quedará mirando a la nada. Pero eso no ocurre.

El maldito Laurence Evan Alexander Lennox-Hall trepó por la celosía debajo de su ventana y ahora está de pie en el alféizar con la muñequera enganchada a las enredaderas, mientras sujeta un martillo en la otra mano. Las hojas lo envuelven como una cortina

esmeralda y oliva, y parece un completo desastre: su camiseta blanca está arrugada y manchada de sudor, sus vaqueros y sus botas llenos de barro, y su cabello dorado, despeinado. En una de sus mejillas tiene un moretón de un morado intenso y hay determinación y violencia en su expresión.

Nunca vio a Laurie así, desarreglado y salvaje, y odia cuánto le gusta.

Laurie está diciendo algo, pero es imposible discernir las palabras, así que se rinde, se encoge de hombros y simplemente estrella el martillo contra la ventana.

Las esquirlas de cristal salen disparadas por todo el asiento de la ventana con un sonido estridente y hermoso a la vez.

Laurie mete el martillo por el agujero y lo engancha en la cerradura del lado interior. La mueve hasta que el viejo mecanismo cede. Entonces solo le lleva un segundo tirar de la ventana con tanta fuerza que se abre y una brisa fría entra en la habitación sofocante, trayendo consigo un dulce alivio. Decenas de hojas se arremolinan en el interior y quedan atrapadas entre los rizos de Evander como docenas de besos verdes.

Laurie entra por la ventana y todo en él es salvaje, flaco y hambriento, mientras mira a Evander. Solo a Evander.

–Hola, Rapunzel –dice sin aliento, con sus ojos azules radiantes y cristalinos como el cielo de verano–. Van a matarme por esto.



Se queda de pie junto a la ventana durante horas todos los veranos, presionando la mejilla contra la condensación húmeda que cubre el cristal, mientras observa el jardín abajo. Al cabo de un rato, sus piernas empiezan a dolerle, pero no hay ningún lugar donde sentarse. Debe permanecer de pie si quiere ver.

Observa al chico en el jardín con hambre, con ira.

Tienen trece años ahora, los dos, y han pasado tres años desde que Laurence Lennox-Hall intentó matarlo.

La semana pasada hubo una cirugía programada para abrirle la vieja herida fibrosa y rosada en su abdomen, para hurgar en su interior y drenar la infección persistente que sigue amenazando con causarle un shock séptico. Pronto estará mejor. Eso le prometieron.

Pero todavía no lo siente. Un viejo sabor a vómito le mancha la boca y ponerse de pie hace que las nuevas suturas se tensen, provocándole un dolor intenso. Aun así, no regresa a la cama.

Se queda mirando a Laurie durante horas.

Laurie, tumbado en el césped crecido, escuchando música a todo volumen. Laurie, decapitando rosas con una vara de sauce.

Laurie, trepando el ciruelo y colgando lánguidamente de las ramas, mientras come exquisitas ciruelas con su hermosa y aburrida boca.

Cuando Laurie mira hacia la ventana, Evander se esconde detrás de la cortina y se queda allí, ardiendo como un carbón a punto de reavivar la llama de la ira por lo injusto que se siente todo esto. Porque no puede comprender cómo es que la persona que le arruinó la vida puede ser tan encantadora, estar tan relajada y libre todo el verano, mientras él se sofoca en su habitación asfixiante, sin nada que hacer más que toquetear los suaves brotes verdes que atraviesan la alfombra.

Cuando su tutor lo visita tras un largo viaje de negocios, trae como obsequios un tablero de ajedrez de oro y palo de rosa, y nota la desesperación voraz con la que mira por la ventana. Él también se queda de pie allí durante un minuto y observa las travesuras despreocupadas de Laurie.

–Lo hace para llamar la atención –dice su tutor con voz grave–. Me aseguraré de que deje de molestarte.

El pánico se le anuda en el estómago y se siente aterrado ante la idea de perder esos momentos con Laurie, incluso aunque estén teñidos solo de resentimiento, celos y deseo deseo deseo.

–No me molesta –dice, pero su voz es demasiado suave.

Al día siguiente, su fiebre se vuelve monstruosa, volcánica, incontrolable. Está mareado mientras mira por la ventana y observa a su tutor salir hacia el jardín y llevarse a Laurie sin mucho cuidado para regañarlo. La escena se filtra a través de la ventana cerrada como una cadencia apagada, y le resulta fácil taparse los oídos y

fingir que no escucha los golpes de una palma contra la piel. Una y otra vez.

Laurie no se defiende. No emite ningún sonido.

Evander vuelve a la cama e ignora los pequeños hongos rojos que crecen en las rendijas del respaldo. Cuando llega la hora de su medicina, se siente agradecido por cómo sacude sus recuerdos y los dispersa por el suelo como canicas.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

No se puede confiar en este chico. Es despreciable e irreverente, y su hermosa boca burlona está llena de mentiras. Aun así, no puede hacer nada para detener el grito estrangulado de alivio que se le escapa cuando Laurie baja de la ventana y cruza la habitación hacia la cama. Arroja el martillo a un lado, mientras sus botas dejan un rastro de barro sobre la alfombra, y extiende los brazos hacia Evander como si estuviera a punto de llevar ambas manos a sus mejillas. Pero se detiene y sus dedos se quedan flotando a escasos centímetros, sin reunir el valor suficiente para tocarlo.

–Estás hecho polvo –dice Laurie, pero su tono despreocupado no coincide con la ira ardiente en su mirada.

Evander inspecciona ese pómulo tierno y morado.

–Tú también.

Otra oleada de mareo se apodera de él. Lleva las rodillas al pecho y apoya la frente contra sus huesos afilados y nudosos. Siente cómo las suturas le palpitan y desea que no lo vean así: medio desnudo y débil, vendado y marchito como los pétalos viejos de un girasol. Pero también está demasiado cansado como para avergonzarse de sí

mismo todo el tiempo; lo que le hicieron no fue culpa suya y quizá debería sentirse orgulloso de haber sobrevivido.

–No dejé de intentar encontrarte –está diciendo Laurie, todavía sin aliento–. Pero montaron guardia en la entrada del ala norte y después Oleander me encerró en un baño durante algunos días. Se volvió completamente loca por algo nuevo, pero no sé por qué eso duplicó su odio hacia mí –suelta una risa breve, contenida–. La sorpresa de hoy fue que Bane me invitó a salir a cavar un hoyo en el jardín. Me pregunto para qué será. Salí corriendo cuando se distrajo, pero nunca iba a perseguirme demasiado cuando está tan aterrorizado de ese jardín.

Evander levanta la cabeza, sus ojos salvajes y llenos de pánico.

–Van a matarte. Los… los escuché…

–Eh. Lo sé desde hace mucho tiempo. –No hay inflexión en su voz, y se encoge de hombros con despreocupación mientras se sienta en el borde de la cama–. Lo supe en cuanto me enteré de que no estaba en el testamento. ¿Por qué crees que estaba tan molesto?

–Creí –dice Evander con un tono apagado– que era porque querías quedarte con Hazelthorn.

–Bueno, todavía quiero. Y por eso no me voy. –Vacila un instante y luego su voz se llena de una aspereza feroz–. No me voy porque no te voy a abandonar a ti.

Evander se lo queda mirando. El nudo en su garganta sabe a tallos de violetas y a barro suave. Se pregunta si, todo este tiempo, no estuvo escuchando realmente a Laurie. Aunque quizá la confusión no sea del todo culpa suya, cuando Laurie enterró su vulnerabilidad lo más profundo posible y dejó al descubierto solo esa

máscara de insolencia. Quizá lo hace para protegerse. Quizá lo hace para esconderse.

Ver este lado de él es inquietante y emocionante, y Evander quiere clavar los dientes en este momento antes de que se desvanezca; es la única manera que conoce de aferrarse a algo como Laurie.

–Tenemos que sacarte los sedantes del cuerpo –dice Laurie, poniéndose de pie de manera abrupta y recorriendo el cuarto con la mirada, como si estuviera evaluando la situación–. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

–Nadie me trae comida –balbucea Evander–. Me est-t-tán envenenando… todos los días. Debería estar muerto, ¿no?

–Creo que solo te dan lo justo para mantenerte enfermo sin matarte. O sea, muy, muy enfermo. No vas a poder trepar por la ventana así –se acerca al baño con paso decidido y confiado, y es un alivio que alguien más esté a cargo del plan.

Cierra los ojos y casi no ve a Laurie cuando regresa y le sacude una mano frente a la cara. Parpadea, tan adormecido que siente como si las palabras y el sonido estuvieran desincronizados.

–… digamos, ¿quieres intentar vomitar? –dice Laurie–. Podría hacerte bien. ¿Cuándo te dieron la última dosis?

–No lo sé. –Inclina la cabeza hacia atrás y golpea el respaldo de la cama.

–Qué útil. –Pero Laurie no parece molesto–. Entonces podrías vomitar y luego beber mucha agua. O podrías intentar dormir hasta que pase el efecto. Tú eliges.

¿Desde cuándo puede elegir? ¿Desde cuándo alguien le pregunta algo? Siempre lo obligaron a aceptar cualquier decisión que resultara

más conveniente para los demás.

Unas lágrimas pesadas quedan atrapadas en sus pestañas, aunque se esfuerza por contenerlas.

–Lo intentaré. S-s-solo quiero salir de este cuarto. Pero no… ¿a dónde vamos? No puedo… –Traga con fuerza–. No puedo salir de Hazelthorn.

–Tengo la mitad de un plan –dice Laurie, mirando con intensidad la vieja mancha de sangre sobre la alfombra–. Ya sé que no puedes irte. –Lo dice como si supiera que Hazelthorn hubiera tomado esa decisión hace mucho tiempo–. Han llegado más parientes para el funeral y creo que Oleander va a hacer el velatorio esta noche para honrar la memoria de mi abuelo. Todos están bastante concentrados en eso y abajo está repleto de personal de cátering. Escuché a Oleander y a Bane hablando sobre llevarte abajo durante la cena y… hay un ataúd, pero creo que está vacío. No sé qué están tramando y no sé dónde está el cuerpo de mi abuelo. –Empieza a quitarse el barro seco de su muñequera y Evander cree, quizá, que los dos saben que esa última parte es mentira.

El miedo es un monstruo lento y supurante que intenta hundir sus puños en sus pulmones, dificultándole tanto respirar como comprender de qué son capaces los Lennox-Hall.

El pánico deslizó un cuchillo entre sus costillas.

–Dawes no va a detener nada de esto, ¿verdad? No le importa lo que me pase siempre y cuando reciba su pago.

Aunque ahora se pregunta qué más sabe Dawes, considerando su empeño en mantenerse alejado de Evander, en quedarse encerrado en ese despacho, manejando los asuntos de Byron Lennox-Hall, en

asegurarse de leer el testamento solo con Evander y Laurie presentes, y en evitar al resto de los Lennox-Hall desde entonces.

–La muerte de Byron habría sido… –la mente neblinosa de Evander tiene dificultades para ordenar las palabras con coherencia– una gran oportunidad para él.

Laurie se frota los ojos.

–Sherlock va por buen camino. Mi abuelo nunca tuvo muchos trabajadores en la mansión, pero ¿se supone que tenemos que creer que un crío con un posgrado es el único empleado en el momento de su muerte? Conveniente –dice, vacilando–. Si te ayudo a ir al baño, tendría que tocarte. ¿Está bien?

El hecho de que se lo pregunte le provoca un alivio tan intenso y violento que no puede contener un sollozo ahogado. Tiene tiempo para armarse de valor, para anticipar la forma en que las manos de Laurie se deslizarán por debajo de sus axilas mientras lo levanta y lo arrastra hacia el baño. Pero, más que eso, sentir sus manos no le duele.

No debería ser difícil que se le revuelva el estómago cuando lleva días sintiendo náuseas, pero termina con la mejilla presionada contra el asiento frío del inodoro, mientras sus intentos de tener arcadas solo le producen más mareos.

–Métete los dedos en la garganta –sugiere Laurie.

Evander se queja.

–¿Quieres…? –Hay una pausa que dura exactamente siete vidas mientras Laurie mira fijamente a la pared–. ¿Quieres que yo lo haga?

Lo que Evander quiere en este instante es morir y reencarnarse en una babosa a la que nadie molesta, pero, como no puede hacerlo,

quiere poder pensar a pesar de la neblina en su mente. Quiere escapar. Asiente.

Laurie se agacha incómodo a su lado y acaricia la mandíbula de Evander con suavidad.

–Esto –murmura– no es lo que me gustaría estar haciéndole a tu boca.

Evander entrecierra los ojos. La piel de la garganta de Laurie adquiere un tono rojo intenso y tose.

–¿Qué? –pregunta Evander.

–Solo vomita –responde Laurie, y mete dos dedos hasta el fondo de la garganta de Evander.

Los dos quedan hechos un desastre después de eso: Evander con la cabeza casi por completo dentro del inodoro, vaciando el estómago, mientras Laurie se friega la mano en el lavabo. Sus miradas se encuentran y Laurie hace una mueca que se convierte en una media sonrisa, mientras Evander siente cómo sus ojos se llenan de lágrimas salobres y la bilis le quema la garganta.

Esa, sin duda, fue la peor idea de todas.

Bebe al menos tres vasos de agua antes de que Laurie se lo impida, ya que teme que vuelva a vomitar. El agotamiento lo deja sin energía y no discute; se queda sentado con la espalda apoyada contra la bañera y las piernas extendidas, inquietas y torpes, mientras sus rizos húmedos caen sobre sus hombros desnudos. Una sensación de repugnancia lo invade por completo, y por eso no comprende cuando Laurie se agacha a su lado y simplemente espera.

Evander inclina la barbilla hacia el suelo, incapaz de mirarlo a los ojos.

–¿Quién te ha pegado?

–Principalmente, Bane –responde, desinteresado–. Llevaba tiempo esperando hacerlo.

–¿Y… Carrington? ¿Te hizo daño? –Traga con fuerza. Es demasiado difícil pensar en la ira perversa que recorrió su cuerpo mientras destrozaba el cráneo del viejo mayordomo y no puede confesar lo que hizo. Simplemente no puede.

–Estoy acostumbrado –dice Laurie, encogiéndose de hombros–. Me quedé paralizado aquella noche. Me atacó la muñeca lesionada y a veces no sé qué hacer cuando eso ocurre. Me recuerda a… Bueno, da igual, no importa. Es una estupidez, yo… soy un estúpido.

No te hables así, quiere regañarlo Evander, pero no tiene energía para hacerlo. De algún modo, es fácil hablarse a uno mismo con tanto asco y rechazo, pero luego comprende lo terrible que suena cuando otra persona se lo hace a sí misma. Lo odia. Odia esa indiferencia con la que ambos se reducen a comentarios de desprecio.

–No… no entiendo. –Las palabras de Evander se alargan con una confusión quejumbrosa–. El jardín había crecido dentro de Carrington, ¿verdad? Entonces debería querer matarme a mí… pero, en su lugar, fue a por ti.

Laurie responde con brusquedad.

–Claro que iba a hacer eso. El jardín odia a los Lennox-Hall. Además, ¿por qué no habría de hacerlo? Mi familia comete las peores atrocidades allí y solo pedimos, pedimos y pedimos. El jardín no era así hasta que empezaron a alimentarlo con sangre. Ellos lo convirtieron en un monstruo. Así que supongo que busca venganza cuando puede y, a veces, convierte a los cadáveres en marionetas

para enviarlos al interior de la mansión y arrancarles los ojos a algunos Lennox-Hall. Y, si te soy sincero, nos lo merecemos.

Evander está demasiado cansado para apreciar adecuadamente el hecho de que Laurie está hablando sin censura por primera vez en su vida… o para preguntarle quién lo obligaba a mantenerse callado antes.

–Casi me ahogo en el jardín aquella noche –susurra Evander.

Laurie inclina la cabeza hacia él, frunciendo el ceño con tanta fuerza que se le arruga el entrecejo.

–Deberías haberme llamado. Si pronuncias mi nombre, siempre te escucharé.

La convicción retorcida y cruda de sus palabras le duele y Evander no puede seguir mirándolo, no puede seguir contemplando esos ojos suaves cargados de nostalgia, porque Laurie ya no se esconde detrás de sus muros sarcásticos y fríos. Ahora todo en él se siente demasiado ferviente. Demasiado real. Y no puede soportar cuánto desea esto.

Sus manos terminan lado a lado sobre los mosaicos del suelo, separadas apenas por unos centímetros entre sus meñiques.

–Quiero que me prometas… –dice Evander, mirando sus manos– que me dirás la verdad a partir de ahora.

–Lo prometo.

–Me gustas así.

Una risa contenida tiñe la voz de Laurie.

–¿Así cómo?

El corazón de Evander se acelera y su boca se siente extrañamente llena del aleteo de un colibrí. No sabe cómo decir *me gusta cuando eres tú*, así que solo dice:

–Enlodado.

–Vale, Evander –responde, intentando no reír.

Sus dedos se estiran y rozan los de Evander, y entonces es como si no pudiera tolerar más la distancia y simplemente toma su mano y entrelaza sus dedos. La calidez de su cuerpo, la ternura evidente de su franqueza, enciende la chispa de un incendio fuera de control que le recorre la espalda y casi no puede respirar. No se siente como algo que debería querer y, aun así, la idea de soltar su mano es inconcebible. Quiere que sus dedos entrelazados se fusionen como enredaderas verdes sobre una celosía de rosas. Si quisiera que lo sostuvieran, que lo tocaran, querría que fuera así, y solo con las manos de ese muchacho.

Fuera del baño se oye un leve golpe, seguido del sonido familiar de la cerradura rompiendo la quietud. Evander se queda rígido, sus costillas se hunden en el pecho y el miedo empieza a fluir por sus venas como un derrame de petróleo. Pero Laurie ya está en movimiento, poniéndose de pie y lanzándose de regreso al cuarto, mientras Evander lo sigue antes de que el miedo eche raíces en la alfombra y no pueda moverse.

Las bisagras chirrían y la voz nasal de Bane llega sin rumbo.

–Arriba, arriba, pequeño. Tenemos una gran noche por delante.

Las garras del pánico empiezan a desgarrarle los pulmones, pero entonces Laurie se coloca detrás de la puerta que se abre lentamente. Esa sonrisa insolente vuelve a aparecer en su rostro. Mira directamente a Evander y se lleva un dedo a los labios.

Entonces gira y abre la puerta con fuerza, tomando por sorpresa a Bane con su bandeja.

–Eh, ¿qué demonios…? –exclama Bane.

–Sorpresa, soy tu primo favorito –dice Laurie, y estrella la puerta con tanta fuerza contra la cara de Bane que se oye con claridad, y con gloria, cómo se le rompe el cartílago de la nariz.

Bane retrocede, gritando, y la bandeja cae al suelo mientras se lleva las manos a la cara. La sangre se derrama entre sus dedos.

Evander empieza a caminar hacia la salida, sintiendo cómo sus latidos retumban contra sus costillas, pero entonces ve la guía de campo debajo de su almohada. Las raíces mecen el viejo libro e ignora cómo el musgo le mancha la yema de los dedos. Enseguida se lanza hacia la puerta.

–Ve, ve, ve –dice Laurie, lanzándose sobre Bane y sacándole algo del bolsillo antes de salir al pasillo.

Evander esquiva el cuerpo agonizante de Bane en el suelo y empieza a seguir a Laurie.

La adrenalina fluye por todo su cuerpo como una ola vertiginosa y no sabe qué hacer ni hacia dónde ir. Pero Laurie retrocede, radiante y sin aliento, extendiendo una mano hacia él como una invitación. En la otra mano sostiene lo que le robó a su primo.

Una llave.

–Esto es tuyo –dice Laurie–. Es la llave de la puerta roja.

Evander no tiene tiempo para preguntarle a qué se refiere, así que simplemente toma la mano de Laurie y permite que lo lleve hacia delante a toda velocidad.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Le basta un segundo para darse cuenta de que han ido en la dirección equivocada. A la izquierda está la estrecha escalera trasera que conduce al resto de la mansión. A la derecha, un vitral cubierto por una enredadera tan densa que bloquea el paso de toda la luz.

El jardín quiere *entrar entrar entrar.*

No hay salida por aquí.

Intenta advertírselo a Laurie, pero el aire se le escapa de los pulmones como si se los hubieran perforado y la vista se le nubla por el breve esfuerzo. Sus costillas se sienten como si se las hubieran abierto bajo las vendas y el dolor casi lo obliga a soltar la guía de campo. Detrás de ellos, Bane grita mientras se pone de pie.

–Laurie. ¡Mierdecilla! ¡Voy a arrancarte la cabeza!

Los dedos de Evander se deslizan de los de Laurie porque su palma está demasiado resbaladiza por el sudor. No es un ave que pueda volar; solo es un par de alas rotas y varios pétalos olvidados entre las páginas de un viejo libro para secarse, y no sabe cómo creer que podría ser otra cosa.

Pero Laurie llega a la última puerta del pasillo y tira con fuerza del picaporte cerrado, maldice, y luego toma un busto polvoriento de

mármol del pedestal más cercano, cuyas cuencas vacías están cubiertas de telarañas. Con un único quejido, lo estrella contra el picaporte.

La cerradura queda destrozada.

La fuerza del impacto lo hace retroceder y chocar con Evander, que apenas logra mantenerse en pie cuando sus piernas ceden. Suelta un pequeño grito, mientras Laurie arroja el busto a un lado y arrastra a Evander a través de la puerta en cuanto se abre.

Dentro, una luz tenue ahoga las paredes con un suave tono gris paloma, entre sombras lo bastante altas como para tragarse a una persona. Laurie cierra la puerta con violencia detrás de ellos y arrastra un antiguo armario para bloquear el paso. Dos segundos después, unos golpes pesados sacuden la puerta. Bane ruge con furia.

–¡No te atrevas a hacer esto, Laurie! ¡Sabes lo que pasará! ¡Sabes lo que te pasará!

El armario tiembla, pero no cede, a pesar de que Bane se lanza contra la puerta una y otra vez.

Laurie retrocede, respirando con dificultad, y luego mira hacia donde Evander parece estar derritiéndose.

–N-n-no puedo –odia lo roto que suena, lo patético que se ve–. N-n-no me encuentro bien. Me…

–No, no, estás bien –dice Laurie, enderezándolo y apartando algunos rizos enmarañados de sus ojos–. Todo esto forma parte de mi plan.

La puerta se sacude otra vez y Bane grita blasfemias. Cada golpe hace que Evander se sienta aún más pequeño. Toda la adrenalina ha abandonado su cuerpo y sus músculos se sienten tan rígidos que

podrían quebrarse. Todavía lleva los pantalones cortos de su pijama de tejido fino y las vendas están demasiado apretadas alrededor de sus costillas agitadas. Ocultan la mayoría de las cicatrices, pero no aquella larga marca de la pala que cruza su vientre de izquierda a derecha.

Laurie aún no ha dicho nada sobre su aspecto, pero lo hará; se sentirá incómodo o asqueado, o lleno de lástima por él. O de arrepentimiento. Y esto no es culpa suya. Es culpa de su abuelo.

Evander ya no puede aceptar más mentiras. Se acumulan en su interior, atascándose en su garganta como puñados de espinas brutales que, tarde o temprano, lo desangrarán por el esfuerzo de tragarlas. Está tan harto de callar todo lo que le duele.

–Espera, ¿qué diablos es esto? –dice Laurie, girando lentamente en círculo.

–Acabas de decir que tenías un plan –replica Evander, pero él también acaba prestando atención al espacio húmedo y asfixiante que lo rodea.

Es su habitación.

Una inquietud helada se extiende por su pecho y un vértigo repentino lo invade, como si quizá hubiera soñado la huida. Como si, tal vez, una vez más estuviera acurrucado sobre la alfombra, pasando los dedos por las manchas de sangre donde Byron Lennox-Hall una vez le arrancó los dientes.

Reprimió tanto de su memoria aquel día que parece inventado, sobre todo teniendo en cuenta que aún conserva los dientes. Entonces, ¿qué fue lo que le arrancó Byron?

qué quieren de ti por qué no te dejan ir qué te están haciendo…

Todo en este lugar es una imagen especular de la habitación que acaban de abandonar: la cama con dosel con las mismas mantas, los estantes repletos de los mismos libros que ha leído toda su vida, el empapelado con los faunos de ojos muertos. Pero algo es distinto: los muebles están a la izquierda, las manchas de sangre de la alfombra han desaparecido y una chimenea ocupa el lugar de su escritorio.

Tose y varias motas de polvo danzan frente a su rostro. Pero no es polvo. Es polen.

Entonces sus ojos terminan de acostumbrarse a la penumbra.

El jardín ha devorado esta habitación. Las enredaderas trepan por el dosel de la cama y las mantas están cubiertas de hojas. Donde deberían estar las almohadas hay arbustos tupidos, y parches de líquenes cubren el empapelado de las paredes hasta tal punto que sofocan a los faunos de ojos muertos. Los lomos de los viejos libros están invadidos por hongos y la alfombra rebosa de tréboles. Pero no hay tierra, no hay agua. Estas plantas no deberían estar tan salvajemente vivas.

–Esto… no es posible –dice con la voz rota.

Lentamente, muy lentamente, cada hoja y cada tallo verde se vuelven hacia Evander y Laurie. Unos pétalos negros se abren en sus capullos cerrados con firmeza, mientras sus pistilos se extienden como lenguas rojas. Estaban en la guía de campo: *Sueño del rey*. Pétalos negros cónicos y bayas blancas. *Su ingesta provoca parálisis permanente*. Las flores tóxicas están por todas partes. Prácticamente en cada rincón.

Los golpes se detienen, como si Bane se hubiera rendido. O hubiera ido a buscar una forma mejor de entrar.

Un reloj invisible empieza a acelerarse en el fondo de su mente. Su respiración se vuelve errática, mientras observa una enredadera extenderse desde el dosel de la cama hacia él.

–Dime qué está pasando –dice Evander, retrocediendo hacia la puerta–. ¿Cómo…? ¿Cómo?

Un leve pánico también aparece en el rostro de Laurie y se cubre la boca para protegerse del polen, mientras se acerca a toda prisa a la antigua chimenea para examinar el marco. Al pasar la mano por allí deja marcas profundas en el polvo.



Sueño del rey

–No lo sé, ¿vale? Nunca he estado aquí –dice–. Lo único que sé es que hay túneles en las paredes y estoy bastante seguro de que…

–No suena como si estuvieras bastante seguro, Laurence.

–… ese se conecta con esta pared. Y no me llames Laurence. –Parece decidido, pero la manera en que toca los grabados de mármol del marco de la chimenea deja claro que también está asustado por la réplica de la habitación–. Encontré los túneles hace años, pero no los exploré mucho porque tenía miedo de que me atraparan. Pero quiero, *necesito*, enseñarte algo. Espero que no tengas claustrofobia.

–De hecho, ¡sí! –responde Evander, casi a gritos, pero intenta mantener la calma.

Está ante una versión invertida de su propio cuarto y tiene un recuerdo repentino y nauseabundo de sí mismo acurrucado con unas mantas junto al fuego, leyendo mientras escucha el alegre crepitar de las llamas. Su cuarto no tiene chimenea. No puede tener ese recuerdo. A menos que haya vivido en esta habitación en algún momento.

Sus ojos se posan en la ventana y en la ausencia del asiento junto a ella. Solía quedarse allí de pie, observando a Laurie en el jardín. Lo recuerda con todo detalle.

Todos esos sedantes que lo obligaban a tomar debieron de haberle arruinado la memoria. Habría sido tan fácil llevarlo a otra habitación mientras estaba desorientado y mareado. Simplemente podrían habérselo negado todo y él no habría tenido manera de comprobarlo.

¿Qué? No, es el mismo lugar de siempre. Estás confundido. Estás enfermo, Evander.

Cierra

la maldita

boca.

¿Qué tal si el resto de las habitaciones cerradas del pasillo del ala norte son iguales? ¿Y si cada vez que el jardín entra por las ventanas, la puerta, el empapelado, lo cambian de habitación y hacen que lo olvide?

el jardín

quiere

que regreses

Laurie suelta un grito triunfal y acciona una palanca escondida en el marco de la chimenea. Entonces, una puerta en la pared se abre con un chirrido pedregoso y deja al descubierto una entrada estrecha hacia un abismo de oscuridad que parece palpitar, como algo líquido y espumoso.

Laurie toma una bocanada de aire y se introduce con dificultad por el reducido espacio.

–Hay más sitio dentro –su voz suena incorpórea desde el interior de la pared.

El aire asfixiante obliga a Evander a llevarse la mano a la boca y un lamento grave se le escapa de los labios.

–No, no. Voy a morir. Estás intentando matarme. No puedo, no puedo, no…

El brazo de Laurie se extiende a través de la hendidura, pálido y esquelético, con la palma abierta para que Evander la tome. La desesperación inunda su voz.

–¿Por favor?

Una ira incandescente le recorre el cuerpo.

–No –sentencia, y retrocede aún más, con la guía de campo en una mano y la llave en la otra.

Pero, de repente, un peso inmenso se estrella contra la puerta y el armario se desliza hacia delante. Otro golpe y la madera alrededor del picaporte se astilla. Evander se aparta, mientras el pánico hace que el corazón se le desplome en el estómago.

–No te voy a soltar –la voz de Laurie suena vacía, pero teñida de urgencia–. Evander, vamos. Es la única salida que tenemos.

Otro golpe contra la puerta detrás de él y Evander suelta un quejido ahogado, mientras encierra el miedo en la jaula putrefacta detrás de sus costillas. Se lanza a través de la abertura en la pared.

Apenas cruza la puerta, esta empieza a cerrarse con un chirrido estridente. La desesperación le clava los dedos en las costillas y no puede respirar. No puede pensar. No puede moverse. El espacio no debe de ser más ancho que un ataúd y, a medida que la entrada se cierra, se estrecha aún más.

Las paredes lo presionan por todos lados. Unos dedos de oscuridad le envuelven la garganta y comienzan a apretar. Se está ahogando. Está muriendo, cayendo hacia un suelo cubierto por décadas de putrefacción.

La guía de campo se le resbala de las manos y se desliza hacia la oscuridad.

–Eh, eh –dice Laurie, atrapándolo y ayudándolo a ponerse de pie–. Respira.

Evander siente los pulmones tensos, frenéticos y sin aire.

Laurie levanta la guía de campo y se la mete en la cintura de los vaqueros. Luego cierra la mano sobre la de Evander y la llave queda atrapada entre sus dedos.

–En cuanto doblemos la esquina habrá más luz, te lo juro.

Un rugido grave le presiona los oídos. No puede hacerlo, no puede…

–Me enterraste vivo –dice con una voz ahogada–. Y-y-y lo vas a hacer otra vez. C-c-como la última vez…

–No –susurra Laurie–. Porque estoy aquí contigo.

Lo sujeta por la barbilla y lo acerca, presionando sus frentes sudorosas. Por un segundo están fundidos, unidos en su angustia, mientras la oscuridad se abre paso entre ellos hasta que la figura de Laurie es casi lo único a lo que puede aferrarse.

Sus bocas están tan cerca que la sal en la lengua de Evander roza los labios de Laurie. El hambre crece, suave al principio, y luego se vuelve más intensa, como una cerilla que prende una vela, y Evander se apropia de ella porque es más fácil aferrarse a esa sensación que al abismo de desesperación que lo atraviesa sin descanso desde la muerte de Byron Lennox-Hall.

Lentamente, Laurie empieza a caminar hacia atrás, llevando a Evander más hacia las profundidades del túnel, mientras los ladrillos expuestos y las columnas ásperas le raspan la piel. El aire se siente opresivo, cargado de polvo, y el suelo está incómodamente húmedo. El pánico es una bestia en su pecho, latiendo como si quisiera romperle las costillas, y aprieta la llave con tanta fuerza que sus dientes se le clavan en la palma de la mano. Más adelante, el túnel gira en ángulo recto.

Una bioluminiscencia extraña parece brotar de las paredes, cubriéndolos con una luz verde enfermiza. Hongos, comprende, cuando Laurie pasa una mano por la pared y la levanta con restos de esporas aferrados a la punta de los dedos. Está bastante seguro

de que esta especie de hongos no debería brillar, pero agradece tanto la luz que no le importa.

La voz de Laurie suena extrañamente tensa.

–No entiendo por qué las cosas en Hazelthorn crecen de esa manera. Hay una vieja historia familiar sobre un antepasado que, hace cien años, hizo cosas terribles para comprar esta parcela de tierra, y, cuando terminó de construir la mansión, descubrió que su esposa estaba teniendo una aventura con el jardinero. Los mató a ambos y los enterró bajo los rosales, y luego construyó un muro a su alrededor para no tener que enfrentarse a lo que había hecho.

Nada en Evander quiere escuchar esto, pero quizá sea parte del acertijo. Guarda la llave en el bolsillo del pijama y luego presiona los dedos contra la pared esponjosa, observando el resplandor sobre su piel.

–Pero no pudo soportar la culpa y terminó desenterrándolos y entonces… encontró rubíes. –El rostro de Laurie está oculto entre las sombras y es imposible leerlo–. Supongo que olvidó su culpa porque siguió poniéndolo a prueba. Una y otra vez. En aquel entonces podías derramar una taza de tu propia sangre y conseguir un rubí del tamaño de tu puño, pero lo único en lo que podía pensar era en cuánto más obtendría si derramaba más sangre. Mató a su personal para conseguir cubos llenos de rubíes. Luego a sus enemigos. Luego empezó a matar a sus familiares. Y aquí estamos hoy. El legado sangriento de la avaricia de los Lennox-Hall y cómo siempre supera nuestra culpa al final.

–Y bien que lo sabrás, ¿verdad? –Le sorprende lo agresivas que suenan sus palabras, con los dientes apretados–. Lo único que has hecho todo este tiempo ha sido mentirme. Juegas con mi cabeza

como si fuera un juego y me manejas como una marioneta, pero los hilos están atados a mi garganta. Crees que siempre voy a salir corriendo detrás de ti, a creerte, a hacer cualquier cosa por ti –respira demasiado deprisa y cada palabra brota como un cuchillo al rojo vivo–. ¿Y crees que voy a perdonarte ahora porque me has rescatado?

–No –las sombras ocultan la mitad del rostro de Laurie y sus ojos se reducen a ópalos negros en la penumbra–. Deberías odiarme. ¿Por qué crees que te trato como a una mierda? Yo… necesito que me odies.

Una ira fundida le invade el pecho.

–Te odio.

–Bien. –Los ojos de Laurie se posan sobre las vendas de Evander, sobre la vieja cicatriz que casi lo partió por la mitad–. Puedes hacerlo, ¿sabes? –La pausa en su voz está cargada de dolor–. Tener tu venganza. Hacer conmigo lo que quieras.

Evander siente el sabor cobrizo de la ira en la boca, una oscuridad tan densa que eclipsa el sol. Es como aquel momento en el jardín.

Cuando sostenía la roca entre las manos.

Y Laurie estaba en el suelo, con el terror grabado en el rostro.

–No voy a insultarte pidiéndote disculpas. –El anhelo en su voz es casi insoportable–. Así que arráncamelo de la piel, si quieres. De hecho, quiero que lo hagas. Quiero que sientas que estamos a mano.

Esto es lo que está acostumbrado a hacer: hablar demasiado y llevar las consecuencias en la piel. Está en su rostro incluso ahora, con ese pómulo inflamado. Si el dolor fuera un lenguaje, Laurie lo ha usado durante tanto tiempo sobre su piel que encuentra consuelo en

sus marcas, y su fachada de indiferencia solo sirve para ocultar cuánto le duele.

Evander da un paso adelante, esperando que retroceda asustado, pero Laurie solo se inclina hacia él y hay algo en ese gesto que lo enfurece aún más. Lo sujeta por la garganta y lo estrella contra la pared de ladrillos, mientras los hongos se desprenden en una cascada verde y luminosa. El aire escapa de los pulmones de Laurie en jadeos irregulares, pero no intenta liberarse. Su cuerpo se relaja y eso despierta en Evander algo tan salvaje que no le permite pensar.

–¿Eso es todo lo que tienes? –murmura Laurie, sin aliento, mientras el dolor se instala bajo su piel–. Es patético, Evander.

Evander.

El nombre de un amigo imaginario.

Un huracán estalla en sus oídos, como si cada hueso y ligamento se partiera en su interior, desgarrando la piel tierna de sus encías. Le duele la boca.

–Llámame por mi verdadero nombre –gruñe entre dientes–, maldito cobarde.

Mete los dedos tan profundamente en la garganta de Laurie que siente la rugosidad de su tráquea y el aire atrapado, ahogado, que no puede escapar. La ira que fisura su mente se vuelve cada vez más intensa, mientras cientos de espinas le llenan la boca y pétalos negros florecen detrás de sus ojos, y no puede *pensar pensar pensar* más allá de esto…

Presiona su boca contra la de Laurie.

Un pequeño balbuceo de sorpresa brota de sus labios. Y Evander lo devora. Sus dedos recorren su mandíbula y piensa, quizá, que el

instinto de supervivencia entrará en acción y Laurie se apartará. Pero eso nunca ocurre. Se inclina hacia delante y Evander lo besa con más intensidad. Fuerte. Voraz. Desesperado.

Un suave gemido se escapa de Laurie y abre la boca, mientras sus dedos se atreven a posarse sobre la piel desnuda entre las vendas de Evander y su cintura, cerca del borde de su cicatriz. No puede hacerlo. Evander le echa la cabeza hacia atrás y el arco de su delicada garganta se ve tan hermoso y vulnerable que despierta en él una necesidad feroz de desgarrarlo.

Esto se siente tan fuera de control.

Tiene que detenerse. Bastabasta*bastabasta*…

Pero algo crece en su interior, algo que le sube por la garganta, y no hay nada que lo separe del fin del mundo.

Clava los dientes en el labio inferior de Laurie.

No hay nada suave en ese gesto.

Es como si lo estuviera destripando. Hay carne desgarrada y vasos sanguíneos que se rompen con un sonido carnoso y viscoso. Hay una lengua que juega con la carne abierta mientras contiene el sollozo trémulo que brota de la garganta de Laurie. Muerde con más fuerza.

La sangre estalla en la boca de Evander, cubre sus dientes, se desliza por su paladar, caliente, salada y dulce. Se inclina hacia delante con tanta fuerza que siente la curvatura de sus costillas.

Un líquido suave se desliza por sus mejillas.

Laurie está completamente quieto.

–Evander. –Apenas logra pronunciar la palabra.

Hay mucha sangre en su boca mientras su lengua recorre la carne desgarrada. Es una bendición, es éxtasis, es…

hambrehambrehambre

–Evander, p-p-por favor. –Los dedos temblorosos de Laurie tocan la parte inferior de la mandíbula de Evander. No lucha, no forcejea; solo pronuncia esa única palabra, temblando bajo toda la sangre.

Está asustado.

Evander lo suelta.

Da un paso atrás, limpiándose la boca, respirando con pesadez. Sus mejillas están cubiertas de sangre e intenta limpiársela otra vez, pero siente un impulso vertiginoso de llevarse el pulgar a la boca y lamerlo.

Lo hace.

Laurie lo mira con los ojos tan abiertos que parecen cavidades huecas en la oscuridad. Se desliza por la pared, envolviendo los brazos alrededor de su vientre, y lo único en lo que Evander puede pensar es que parece el tallo de una flor doblándose justo antes de ser arrancada. La boca de Laurie es un desastre rojo; su labio inferior está inflamado y desgarrado, y la sangre se coagula sobre su barbilla.

La forma en que mira a Evander es terrible.

Es un horror maravillado.

Evander se relame los labios, saboreando el hierro, a Laurie y la veneración. Se siente tan calmado, tan firme, tan fuerte.

¿Qué acaba de hacer?

qué demonios acabas de hacer qué demonios quéquéqué…

La excusa está lista en su lengua: *no fui yo*. Pero, en su lugar, habla con cautela y calma:

–Podemos seguir. Dijiste que querías enseñarme algo.

Laurie asiente lentamente y se pone de pie, pero lleva una mano temblorosa a su boca desgarrada para ocultar el daño.

–Por… –traga–. Por aquí.

Evander lo sigue, sin aliento, pero no sabe qué es lo que más lo asusta: si el jardín ha echado raíces tan profundas en su interior que lo ha convertido en un monstruo.

O si nunca lo obligó a nada.



CAPÍTULO VEINTICINCO

Una inquietud tensa respira en el espacio que los separa mientras suben por las paredes de la mansión, iluminados apenas por los hongos bioluminiscentes y con las extremidades atrapadas en telarañas sedosas. Evander observa con atención dónde pisa Laurie cuando el suelo se transforma en tablones sueltos ennegrecidos, clavados precariamente sobre las vigas que se extienden por encima de abismos profundos. Estar dentro de las paredes de Hazelthorn, entre ladrillos y vigas expuestos, se siente como trepar por el interior de sus costillas. De vez en cuando, Laurie le indica que preste atención, que pise aquí o allá. Que tenga cuidado. Resulta irreal que nadie pueda encontrarlos allí, que estén a salvo.

O al menos, Evander lo está.

Laurie no puede sentirse de la misma manera, no después de ese beso.

No fue un beso.

Fue venganza, hambre y obsesión. La necesidad de pedirle disculpas se acumula en su cabeza, mientras la sangre aún se desliza por su lengua, aunque es aún mayor la necesidad de volver a besarlo. Pero no de ese modo.

Lo haría diferente, si tuviera otra oportunidad. También puede ser tierno, cuando su dolor queda contenido detrás de sus dientes y, en cambio, permite que los suaves pétalos de su deseo más profundo se abran.

Mientras Laurie avanza a tientas en la oscuridad hacia una escalera hecha de madera astillada que asciende hacia una luz pálida, Evander se mantiene cerca de él. Su claustrofobia empieza a disminuir; la distracción del beso hizo que su cerebro entrara en cortocircuito, lo suficiente como para no concentrarse en la sensación asfixiante que le producen los espacios estrechos, pero más extraña aún es la energía vigorosa que fluye por su cuerpo. Debería sentirse adormecido tras una semana de sedantes y hambre, incapaz de obligar a su cuerpo demacrado a seguir el ritmo. Pero se siente bien.

Saciado.

En la parte superior de la escalera entran en un espacio diminuto que debe de encontrarse entre el ático y el tejado. Delante de ellos hay otra pequeña puerta cuadrada.

–Aquí –dice Laurie–. El despacho secreto de mi abuelo.

–¿Qué es exactamente lo que estamos buscando? –pregunta Evander, agachándose detrás de él, mientras Laurie empuja la puerta con un hombro.

–Creo que el testamento podría ser falso. Si existe un borrador real, tiene que estar aquí –vacila–. Lo siento.

Evander tiene la sensación de que debería sentirse furioso o traicionado, pero no lo está. Está más confundido por el hecho de que Laurie lo necesitara para esto o creyera que cooperaría con un plan para deshacer su derecho sobre la propiedad.

La vieja madera hinchada finalmente cede y Laurie cae al otro lado de la puerta.

Evander tiene que encoger los hombros para atravesar la pequeña abertura. Varias astillas se le clavan en la piel y, de repente, su cuerpo se siente demasiado torpe y largo. No tiene sentido. Laurie no tuvo dificultad para pasar y Evander es mucho más pequeño que él.

Cae sobre una alfombra suave con un sonido apagado. Una nube de polvo gris flota en el aire y se queda sentado unos segundos, tosiendo y revisando la suciedad que cubre sus brazos y sus vendas. Laurie se ve igual de mal, con sudor y mugre en el cuello, y lo que antes era su camisa blanca ahora está completamente destrozada. Se pone de pie con los hombros tensos, como si su abuelo pudiera surgir de las paredes y castigarlo por la intrusión.

–Pasaba la mayor parte del tiempo aquí cuando no estaba en el invernadero –dice Laurie–. La entrada principal está allí. –Señala con la cabeza una puerta estrecha en un rincón–. Pero tiene cuatro cerraduras, así que… –Se queda en silencio, observando la habitación con el ceño fruncido.

Evander se acerca al centro del espacio y gira lentamente en círculos.

Es un ático pequeño, con el techo bastante inclinado. Una única bombilla cuelga del techo y hay una sola ventana redonda, cubierta por tanta suciedad que la luz del sol de la tarde apenas se filtra entre las grietas. También hay varias librerías antiguas con libros muy deteriorados, con lomos destruidos y páginas enmohecidas.

Pero son las paredes lo que le provoca un escalofrío.

Sobre la madera hay palabras escritas con pintura roja, muchas superpuestas por la falta de espacio, y la letra tiene un carácter maníaco y descuidado. Parecen los delirios de un loco.

Esta es la carga de un dios en la oscuridad.

¿Qué es la divinidad sino la supervivencia de la muerte?

Otra vez no, otra vez, lo juro por mi amada.

Acaba con él ahora antes de que se vuelva demasiado fuerte.

Por todo lo que he hecho, no puedo ser perdonado.

NO MATARÁS.

Así se siente la divinidad, pero no soy digno de ella.

Evander siente náuseas mientras apoya un dedo sobre la vieja pintura y traza las letras irregulares. Es una confesión. Es la culpa inmortalizada en una exhibición de museo. Pero parece antigua. Es como si el arrepentimiento de Byron lo hubiera abrumado y viniera aquí a purgar sus terribles pensamientos, para luego regresar simplemente a seguir alimentando el jardín y cosechando la riqueza del suelo, impulsado por un complejo de dios al que no estaba dispuesto a renunciar. ¿Y su «amada»? Se pregunta qué ocurrió con la esposa de Byron, si un día empezó a sentir remordimiento y le exigió que pusiera fin a las matanzas, y su respuesta fue también sacrificarla para alimentar el jardín. Ese es el legado de los Lennox-Hall, después de todo. Enterrar a aquellos que amas.

–¿Qué demonios? –balbucea Laurie.

Al principio, Evander cree que se refiere a las palabras sangrientas escritas en las paredes, pero luego nota que se acerca a un sofá hundido en un rincón. Varias sábanas y cojines están amontonados sobre él. En el suelo hay una maleta abierta con camisas dobladas y

un neceser cerrado con artículos de aseo personal, del que brota un aroma a sándalo.

–Estas cosas no son de mi abuelo. ¿Quién ha estado aquí? –pregunta Laurie, hurgando en la maleta, mientras una energía frenética se apodera de sus movimientos. Luego se pone de pie y se acerca a toda prisa al enorme escritorio bajo la ventana oval. Está cubierto por una cantidad colosal de papeles desgarrados, viejos libros de contabilidad, decenas de bolígrafos en tazas sucias y tinta derramada sobre la madera. Empieza a intentar abrir los cajones cerrados.

Evander se acerca con cautela a la maleta.

–Creo que… son las cosas de Dawes.

Laurie está de espaldas, pero sus hombros se tensan.

–No puede ser. Viste lo entusiasmado que estaba por irse de la mansión antes del anochecer y solo mi familia conoce esta habitación.

–A menos que haya estado aquí todo este tiempo. –Los engranajes empiezan a girar en la mente de Evander y se siente fortalecido al unir las pistas y contrastar las pruebas–. ¿Alguna vez lo vimos irse? Quiero decir, literalmente, ¿cruzar la reja y marcharse? No dejé de repetirte que cualquiera podría estar viviendo en esta mansión. Eso significa que él pudo haber estado aquí la noche en que murió tu abuelo. Es otro sospechoso. –Retrocede hacia la maleta y revisa el desorden de ropa doblada hasta que sus dedos rozan una pequeña bolsa de terciopelo, similar a las que se usan para guardar collares con joyas.

Lo que tiene sentido cuando la abre y vierte los rubíes en su palma, como un puñado de ojos ensangrentados.

Se sienta sobre los talones, intentando respirar más despacio, pero todo lo embiste con una violencia tan intensa que le cuesta mantener la compostura. Apenas nota que Laurie no está respondiendo a nada de esto.

Varias pilas ordenadas de papeles descansan a un lado de la maleta y las aparta. Empieza a hojear currículos y cartas de solicitud de empleo que pronto se transforman en amenazas de extorsión.

–Creo que Dawes sabía lo del jardín. –Los ojos de Evander recorren la página–. Y decidió que quería participar. Supongo que el salario de un abogado recién graduado no es tan alto… Suena muy, muy furioso con tu abuelo por estar sentado sobre toda esta riqueza y ni siquiera usarla. Es una extorsión. Está amenazando con contarle todo lo que sabe a la prensa. Si Byron era tan paranoico y reservado, no querría que nadie inspeccionara Hazelthorn con tanta atención y luego lo vincularan con las desapariciones. Tiene que haber muchas personas desaparecidas en esta zona, ¿verdad?

Por fin levanta la vista hacia Laurie, que acaba de abrir un cajón a la fuerza, astillando un poco la madera. Una breve bocanada de aire se le escapa y retrocede, sujetándose la muñequera mientras su rostro queda pálido por un segundo. Sobre su cabeza, las palabras *MATAR POR DESESPERACIÓN* manchan la pared con un bermellón brutal.

Laurie tensa la mandíbula y aparta el dolor, mientras empieza a revisar los cajones con una sola mano, manteniendo la otra contra el pecho.

–Creo que Dawes estuvo revisando el despacho de tu abuelo, robando rubíes e intentando descifrar cómo funciona el jardín. O quizá estuvo merodeando por toda la mansión, robando lo que

pudiera, y así fue como encontró esta habitación… –se detiene, frunciendo el ceño con mayor intensidad al descubrir un sobre grueso en el fondo de la maleta y sacarlo. Cuando lo sostiene entre las manos, se le revuelve el estómago al ver hojas secas prensadas entre los papeles–. Esto es trenza de lobo. Reconozco la forma de las hojas por la guía de campo. Espera, ¿recuerdas que dijo que el antiguo abogado tuvo un accidente cerebrovascular? ¿Y si fue envenenado?

–De todas formas, es una prueba circunstancial –dice Laurie, distraído.

Pero quizá Evander no está pensando en la muerte que mencionaron. Después de todo, Byron era lo que se interponía entre Dawes y el jardín; ¿aprovechó su muerte como una oportunidad o fue él quien hizo que todo esto ocurriera?

–Dawes fue quien nos dijo que habían hospitalizado a Carrington cuando en realidad estaba… muerto –dice, y le resulta difícil pronunciar la palabra–. Dawes pudo haberlo atacado, lo arrastró afuera y luego el jardín lo convirtió en ese… monstruo.

Durante un segundo se queda arrodillado allí, abriendo y cerrando los puños hasta que deja de sentir que sus órganos son masas sueltas y resbaladizas a punto de salírsele por la boca. Mira de reojo a Laurie, que sigue concentrado en su búsqueda caótica en los cajones, desordenando archivos y arrugando sobres. Ni siquiera parece saber qué está buscando.

–¿Qué te pasó –pregunta Evander en voz muy baja– cuando intentaste contarle a la gente la verdad sobre Hazelthorn?

Laurie se queda inmóvil, con una mano cerrada con fuerza sobre un viejo sobre. Se vuelve hacia la pared, ocultando su expresión,

pero su voz suena seca y áspera.

–¿Importa?

–Prometiste no mentir –dice Evander con ferocidad–. Y tiene que haber una razón por la que te cuesta tanto decirme siquiera una verdad tan pequeña. Estás asustado, Laurie. Estás muerto de miedo.

Pasa un largo y tenso minuto antes de que Laurie suspire.

–Tenía nueve años la primera vez que intenté contarlo. Creo que… –Se interrumpe, y el silencio se prolonga tanto que Evander cree que no seguirá, pero luego un temblor le recorre la espalda y se obliga a continuar–. Creo que yo empecé todo esto. Se lo conté a mi maestra y ella luego le dijo a mi madre que estaba inventando «historias fantásticas, pero muy preocupantes», y sugirió que me llevaran a terapia –su risa amarga se quiebra–. Después mis padres empezaron a pelear, todo el tiempo. Por mí. Por el jardín. Mi padre finalmente nos llevó a Hazelthorn y le contó a mi abuelo lo que había hecho y… bueno, se puso furioso. Le aterraba que la gente se enterara, no te imaginas cuánto. Él y mi padre «se ocuparon» de mi madre, porque ella no estaba tan de acuerdo con el legado, y luego mi abuelo le dijo que regresara a casa y me dejara en Hazelthorn. Yo estaba muerto de miedo por lo que mi abuelo pudiera hacerme, pero a mi padre no le importó. Simplemente me abandonó.

–¿Y tu padre… se estrelló contra el árbol a propósito? –pregunta Evander con suavidad.

–Sí –responde Laurie, soltando un largo y tembloroso suspiro–. Ya estaba comportándose de forma bastante errática… La culpa los devora por dentro, ¿sabes? Fingen que no, pero sí. No pudo soportar lo que le había hecho a mi madre y supongo que yo no valía lo suficiente como para que decidiera seguir con vida –su voz queda

vacía mientras continúa–. En fin, solía atarme a una silla y meterme tierra en la boca. Estuve a punto de ahogarme y desmayarme tantas veces… Lo hizo todos los días durante semanas, durante horas, para recordarme que «no debía contar nada» sobre el jardín. Solo tenía que quedarme sentado, ahogándome con barro y sufriendo en silencio, hasta que se le antojaba desatarme. Cuando me metió en el internado, no hablé durante meses.

La habitación, de pronto, parece demasiado pequeña e íntima, como si los dos estuvieran desnudos hasta los huesos. Evander piensa que, si en ese instante le quitara la camisa, no encontraría piel que lo sostuviera, solo carne viva y nervios desollados, abandonados para soportar los abusos del mundo.

Se pone de pie despacio y se acerca por detrás. Percibe el más leve estremecimiento en sus hombros, pero Laurie se reclina hacia atrás hasta que su espalda queda apoyada contra el pecho de Evander.

Apoya la barbilla sobre su hombro y lo observa revisar los papeles, hasta que finalmente se rinde y se queda quieto, respirando demasiado deprisa, demasiado húmedo.

–La segunda vez que intenté advertir a los demás, me castigaron haciéndome esto –dice, alzando la muñequera antes de dejarla caer a un lado–. Ya me habían expulsado de la última escuela, así que me inscribieron en Wickwood y desde entonces no le conté a nadie sobre mi familia ni sobre el jardín. Ya sé que soy un cobarde, lo sé. Es que era inevitable que algún día me entregara al jardín, pero solo lo estaba postergando porque amaba a mi padre. Pero soy la oveja negra de esta familia, el fracaso académico y el Lennox-Hall *queer* y repugnante que habla demasiado.

–Demuestra –susurra Evander– que eres, al menos, funcional.

Porque a veces la ira, el insulto, las marcas de los dientes en la persona más cercana no son más que el reflejo del dolor que ya llevas en la piel.

Laurie resopla apenas, pero Evander puede sentirlo temblar. Muy despacio, le rodea la cintura con los brazos, sin saber del todo qué está haciendo, si está permitido o si solo está empeorando las cosas. Tocarlo así es fácil cuando él decide la presión, pero no sabe lo que Laurie necesita. Se pregunta si alguna vez alguien se lo preguntó.

–Sabes leer, ¿verdad? –pregunta Evander con suavidad.

Piensa en su mal desempeño académico.

Piensa en Laurie merodeando por su cuarto sin siquiera mirar los papeles y las pistas.

Piensa en Laurie frente a la pared de pruebas, preguntando: ¿una de esas tiene mi nombre?, cuando la ficha con su nombre estaba justo delante de él.

Piensa en Laurie llevándolo allí cuando podría haber venido solo a revisar todo sin interrupciones, sin un plan claro. Busca respuestas a las que no puede acceder y la desesperación quebró algo en su interior.

Laurie se pasa el pulgar por la comisura del ojo.

–Tengo una dislexia bastante severa. Yo… –su voz suena áspera– no tengo permitido recibir ayuda en la escuela porque «soy vago», así que… eso. Es que, cuanto más me estreso, más me cuesta entender las palabras, y no mejora, solo empeora, y literalmente no puedo hacer que mi cerebro reconozca la más simple y maldita… Mira, no importa. –Apenas logra pronunciar las palabras, ahogado en una vergüenza que ha aprendido a reprimir–. ¿Qué dicen las

paredes? Siempre quise saberlo. La letra manuscrita es la que más me cuesta.

–Eh, solo delirios caóticos –responde Evander, apoyando con cuidado una mano sobre las costillas de Laurie y sintiendo el rápido subir y bajar de sus pulmones frágiles–. Pero ¿por qué Byron era tan cruel contigo y tan bueno conmigo?

–Evander, no era bueno contigo. –De pronto su voz se llena de veneno–. Te torturaba. Te encerraba, te drogaba y te castigaba por no ser… «normal». Solía despertarme por la noche y te oía llorar y llorar, como un tormento interminable. Crees que era bueno porque te daba regalos y te decía que eras «bueno» después de que hacías lo que quería. Crees que era bueno porque no conoces nada más que el dolor.

Sus palabras son como un golpe y Evander no puede tragar la brea que le llena la boca.

–Nunca estuviste enfermo, lo entiendes, ¿verdad? –continúa Laurie–. Él te enfermaba. Ya sabes, si te hubiera dado medicamentos reales, te habrían ayudado. Pero te obligaba a tomar sedantes adulterados para que siempre estuvieras inconsciente y vomitando, para que te sintieras demasiado débil para… –Se queda en silencio, mientras un temblor le recorre el cuerpo–. Demasiado débil para cuestionarlo. O para enfadarte.

Un dolor vacío tiñe sus últimas palabras y su peso presiona a Evander contra el suelo. Él no es una persona que se enfade, aunque… quizá ni siquiera sabe qué clase de persona es.

–Tú tampoco conoces otra cosa además del dolor. –Sujeta a Laurie con firmeza y lo gira hasta quedar frente a frente, ambos respirando demasiado deprisa por la intimidad del contacto–. Solo quiero

entender qué sentido tiene todo esto. ¿Por qué me mantuvo aquí? ¿Por qué me apartó de mi familia? ¿Dónde están? Siento que… ni siquiera soy una persona real –odia cómo su voz se quiebra al final, la vulnerabilidad que arrastra.

Lo único que hay en los ojos de Laurie es dolor, como si todo en él estuviera irremediablemente roto y doliera mirarlo. Si le quitas la armadura, los muros, el sarcasmo frívolo y el tedio, no queda nada que lo sostenga. Nada, salvo, quizá, Evander, con los dedos abiertos sobre sus costillas.

–Lo siento. –Es lo único que dice Laurie–. Eres real. Tan real que me rendí –su voz vacila y su mano se aferra al escritorio detrás de él.

–¿Te rendiste a qué? –pregunta Evander, inclinándose hasta que su frente roza la sien de Laurie.

–A intentar mantenerme alejado de ti. Me partiría los huesos, me abriría la garganta, haría cualquier cosa con tal de estar cerca de ti y tener, aunque sea un segundo, mi boca sobre la tuya.

Un dolor breve y afilado perfora el pecho de Evander. No sabe cómo desentrañar esa delirante necesidad de presionarse contra Laurie hasta que sus brazos y piernas se enreden como ramas verdes, hasta crecer en él con un fervor reverente, hasta que sus corazones cubiertos de musgo se fusionen en uno solo. Quiere olvidar lo que era estar solo.

Se suponía que debía odiarlo y, aun así, olvidó cómo hacerlo.

Con culpa, apoya el pulgar sobre el labio inflamado de Laurie. Sus dientes dejaron una marca profunda y morada.

–Está bien, quería eso –dice Laurie, y su boca está brillante por la sangre seca.

Evander detesta lo ronca que suena su propia voz.

–No, claro que no. Solo que no sabes cómo sería si hubiera sido suave.

–Enséñamelo. –La palabra cae como una telaraña sedosa y polvo de hadas.

Evander apoya los labios sobre el cuello de Laurie.

Hay cuidado en la manera en que lo besa, en la forma en que deja que el calor se pose como una luciérnaga en su oreja y descienda bajo la línea de su mandíbula. Un impulso feroz de presionar los dientes contra los pómulos de Laurie lo encierra en una lucha contra el hambre, pero lo contiene y se obliga a respirar. A contener… lo que sea eso. Besa la comisura de sus labios, su sonrisa burlona, con mucha ternura. Cuando toma el dobladillo de su camiseta sucia y pasa el pulgar por la piel suave justo encima de la cintura de su pantalón, su recompensa es una bocanada de aire, casi un gemido.

Su piel es caliente, suave, divina.

Evander apenas es consciente del horno que arde en su nuca mientras besa el labio inflamado de Laurie y espera el estremecimiento, el miedo, el dolor. Pero no ocurre nada de eso. Solo Laurie inclinándose más hacia él.

Su perdón es exasperante.

Sus manos rozan la guía de campo aún guardada en la parte trasera de sus vaqueros y la toma sin mirar para lanzarla sobre la alfombra detrás de ellos.

–Creo que he crecido –murmura–. ¿Soy tan alto como tú?

Laurie deja escapar una risa ligera e inestable.

–Sí… has crecido como la maleza.

Apenas importa, aunque eso explica los puños demasiado cortos de su ropa y la manera extraña en que debe mover los hombros para hacerlos encajar. Tiene diecisiete, así que un estirón es normal. Pero lo único que importa es esto. Solo esto.

Laurie.

Lo atraviesa una necesidad terrible e insistente de arrojarlo al suelo, extenderlo como una mariposa de alas rotas y clavarle alfileres para inmovilizarlo y diseccionarlo, con cuidado, con reverencia. Pensar así, sentirse consumido por este deseo, le resulta absurdo en un momento como este, cuando ambos se están escondiendo de quienes los están cazando, pero quizá merecen esta distracción.

Estuvo siete años encerrado en una habitación.

Estuvo desesperado por sentir esto.

Y quizá esta sea la mejor manera de destruir al chico que ha odiado durante tanto tiempo: besarlo ahora que está desprotegido, susceptible, hacerlo desear más de la persona que, muy a su pesar, no pudo matar.

Laurie se deja caer; sus piernas se vuelven débiles y su muñequera derriba los papeles del escritorio. Se revuelcan en el suelo como una avalancha fuera de control y Evander baja la mirada por puro instinto. La letra de los Lennox-Hall destella en la tenue luz del atardecer. Decide que lo peor y más satisfactorio que podría hacerle a Laurie en ese momento es esto: arrodillarse, levantar su camisa apenas lo justo para trazar seis besos ardientes desde su cintura por la piel sensible bajo el ombligo y detenerse justo antes de que sus vaqueros detengan todo descenso. Luego Evander se aparta y se agacha para recoger los papeles.

El sonido ahogado que hace Laurie al cubrirse la cara con el pliegue del codo es peligrosamente placentero.

–Eres una amenaza –balbucea.

Evander sonríe mientras ordena los papeles.

–¿Qué?

–No te hagas el inocente –dice Laurie, bajando el brazo del rostro y mirándolo furioso, sonrojado, sudado y descompuesto–. Necesito saber cómo aprendiste a besar así.

–Creo que pensando –responde Evander–. Mucho.

Ignora la risa sofocada de Laurie y se concentra en ordenar las hojas. Encuentra una nota grapada en la parte superior de uno de los documentos y la letra manuscrita le resulta inquietantemente familiar, no solo por haberla visto en los delirios perturbadores de las paredes. Levanta la guía de campo descartada en el suelo y pasa sus páginas hasta encontrar las anotaciones crípticas dispersas entre los bocetos de flores venenosas. Coinciden a la perfección. Piensa otra vez, inexplicablemente, en aquella entrada de diario:

Apareció una nueva planta en el jardín. Tomé muestras y la reproduciré en el interior del invernadero. El chico estaba jugando con ella y no pareció afectarle el contacto con la piel, pero aun así realizaré pruebas toxicológicas. Las espinas se quitan con facilidad.

Algo en esas palabras se clavó profundamente dentro de Evander, pero no logra encajar las piezas, aunque su mente trabaja con tal intensidad que el calor abrasador parece derretirle el interior del cráneo. Vuelve a tomar los papeles y observa la letra de Lennox-Hall y la firma al final. Es demasiado importante como para estar perdido en medio del desorden del escritorio. A menos que no estuviera perdido, sino guardado en un cajón, en una habitación oculta a la

que nadie debería haber tenido acceso de no ser porque Laurie decidió revisarla.

La nota grapada de Byron es breve:

Godfrey, los siguientes documentos ya están listos y firmados con Carrington como testigo. Por favor, archívalo como mi testamento oficial.

Atentamente, B.

Godfrey, el abogado original, aquel que estaba demasiado «enfermo» para encargarse de los asuntos de la propiedad. Aquel a quien Dawes posiblemente envenenó. Evander sabe que está sacando conclusiones sin pruebas concluyentes, pero cree que es una hipótesis válida, sobre todo teniendo en cuenta la letanía de indicios que en este momento se acumulan contra Dawes.

Pero este es el testamento. El verdadero testamento.

Pasa las páginas con rapidez, mientras su corazón golpea en su garganta en staccato y sus dedos tiemblan al intentar descifrar la jerga legal. Es entonces cuando encuentra el nombre del único heredero, porque Byron jamás habría querido dividir su propiedad entre el resto de sus familiares.

Laurence Evan Alexander Lennox-Hall.

–¿Qué es eso? –pregunta Laurie, aún reclinado con pesadez sobre el escritorio, intentando recuperar el aliento–. ¿Es el mismo testamento que nos leyó Dawes?

–Recuerdo que solías leerme –dice Evander, esforzándose por mantener un tono neutral–. Desde el otro lado de la puerta de mi habitación.

Laurie se frota la nuca con una sonrisa inocente.

–Inventaba historias. Arrancaba las imágenes y…

–Las deslizabas por debajo de la puerta.

–Debería haber sabido que tu habitación ya no estaba en el mismo lugar, pero el ala norte era tan tenebrosa y oscura, y todo me parecía igual cuando era niño. El abuelo me prohibió volver allí hace varios años y supongo que olvidé cómo se veía. ¿Qué hacías con esas imágenes?

–Me las comía –responde Evander, distraído.

Sigue mirando el testamento. La cabeza le palpita con fuerza mientras intenta comprender qué significa. Qué significa todo. Byron abusaba de Laurie de manera constante y brutal, lo amenazaba con matarlo… ¿y aun así le deja todo? No tiene sentido.

Aunque, de pronto, entiende lo fácil que habría sido para Dawes sentarse en aquel despacho y leer en voz alta un testamento, cambiar los nombres sin titubear delante de dos chicos: uno condicionado a no hacer preguntas y otro que no sabe leer. Tarde o temprano saldría a la luz, claro. Sobre todo con Oleander, que empezaba a sospechar cada vez más y exigía ver el documento por sí misma. Pero quizá a Dawes no le importaba. Quizá solo necesitaba tiempo para descifrar cómo funcionaba el jardín y recoger tantos rubíes como pudiera antes de desaparecer con su botín y dejar a los Lennox-Hall sumidos en el caos.

Sin embargo, tenía todo el sentido elegir a Evander como heredero. Evander, el chico enfermo, ansioso, ingenuo, que no sabe nada del mundo, que no tiene familia ni aliados, que es tan fácil de manipular y controlar. Laurie jamás habría cedido ni un milímetro si supiera que Hazelthorn le pertenecía. Odiaba a Dawes desde el

principio. Ni siquiera le habría permitido pisar la propiedad si hubiera tenido la oportunidad.

Es un plan perfecto y, a la vez, sencillo. Y funcionó.

Díselo a Laurie. Necesita saber la verdad. Quizá su abuelo no pensaba matarlo este verano, aunque lo único que Evander puede imaginar son castigos todavía más crueles si Byron siguiera con vida.

–Eres tan raro a veces –dice Laurie, que ya parece haber recuperado el aliento, aunque su sonrisa se atenúa mientras intenta mantener el tono ligero–. Entonces, ¿quién hereda todo?

–Yo –responde Evander, sin vacilar–. Sigue estando mi nombre.

Siente que la boca se le llena de una brea repulsiva. Se siente enfermo. Pero no sabe lo que ocurriría si Laurie supiera que todo esto le pertenece.

El único cobarde en esta habitación es Evander.

Laurie suspira y se encoge de hombros.

–Está bien, bueno, me rindo. No entiendo nada de esto.

Lo único que Evander necesita es tumbarse sobre la alfombra y pensar. Se siente fuera de sí, como si su mundo estuviera desgarrando cada arista de estos descubrimientos brutales y punzantes.

Tiene que mantener la compostura.

Suelta los papeles y presiona la punta de los dedos contra la sien, obligándose a respirar.

–¿Estás bien? –pregunta Laurie, acercándose.

–Estoy… –Una sensación extraña y diáfana lo invade por completo. Siente la boca llena de tierra y flores. Un rugido sordo empieza a retumbarle en los oídos y hace lo posible por no desprenderse de su

cuerpo como un fantasma desanclado. Ya no puede seguir negando lo que está ocurriendo.

Un episodio.

Laurie se deja caer de rodillas y sostiene la cabeza de Evander cuando cae contra su pecho.

–Eh, eh. ¿Estás bien? ¿Qué…? ¿Qué ocurre?

Los dedos de Evander intentan aferrarse al testamento, ya que una parte lejana de él cree que debe destruirlo, por si acaso Laurie intenta leerlo… pero el papel arrugado se le resbala de las manos y entonces ve garabatos a lápiz en el reverso de la hoja.

Aunque me duela escribir esto, Laurie es la mejor opción para heredar la propiedad ya que mantendrá los secretos de la familia. He disciplinado al muchacho lo mejor que pude, lo he condicionado y entrenado sin descanso desde que llegó a mi posesión y, aunque tiene evidentes defectos, el miedo arraigado terminará por mantenerlo obediente. Hazelthorn debe permanecer encerrado. Está fuera de control. No puede saciarse. Hemos tomado mucho de él y por eso no podemos regresar. La única preocupación será asegurarme, tras mi muerte, de que se deshaga de Evander antes de que la situación se salga por completo de control. Pero quizá, antes de mi fallecimiento, yo mismo habré terminado con Evander y ya no tendremos que preocuparnos por él.

El mundo se vuelve una imagen difusa, inclinándose hacia un lado, mientras un sabor metálico le invade la boca. Él es… un estorbo. Algo de lo que deben deshacerse. Era él, no Laurie, quien debía morir.

–Estoy bien –murmura con una voz apagada y distante–. Es solo un episodio.

Laurie empieza a darle palmadas en la mejilla, frenético.

–He cambiado de opinión. No quiero ver un episodio. Mantente despierto, ¿sí? Eh, eh… quédate conmigo.

Pero la cabeza de Evander vuelve a caer hacia delante.

La propiedad debe pasar a mi nieto, porque él impedirá que cualquiera ajeno a mi sangre entre en el jardín. Este poder es solo mío. Me niego a permitir que el mundo pruebe la gloria de Hazelthorn. Me pertenece. Prefiero destruirlo antes que dejar que alguien más le ponga las manos encima.

–Tienes que luchar –el pánico ilumina los ojos de Laurie con un azul febril–. C-c-creo que ya he entendido qué son los episodios.

Varias hojas se despliegan detrás de los ojos de Evander, zarzas espinosas, malvarrosas y cardos, y el mundo se oscurece por los bordes. Es casi un alivio alejarse de esto: de su cuerpo, del mundo, de pensar. Apenas es consciente de que Laurie aún le sostiene el rostro, intentando evitar que se desplome contra el suelo, gritando su nombre.

Aunque no es su nombre.

Luego sus dedos se deslizan de los de Laurie…

… y termina cayendo, ya sin poder hacer nada para evitarlo.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

La tierra se presiona contra su mejilla, como si se hubiera curvado para atraparlo antes de que su cráneo golpeara el suelo. Es suave la manera en que lo sostiene. Evander se siente agradecido por ella a su manera distante y desordenada, ya que su mente aún no recupera la velocidad habitual y sus ojos permanecen entrecerrados. Siempre es así después de un episodio: pestañeos lentos y pesados, el mundo ondulándose como manchas difusas de acuarela, los pulmones llenos de hojas húmedas mientras exhala y espera que la consciencia regrese a su cuerpo vacío.

Por lo general, se pregunta adónde va su mente durante un episodio y si, algún día, alguien se preocupará lo suficiente como para sostenerlo mientras cae, para no tener que despertar con moretones.

Pero quizá estuvo haciéndose las preguntas equivocadas.

No se trata de adónde va su mente…

… sino de qué ha estado haciendo su cuerpo mientras él no estaba dentro.

Un lamento agudo y tenso empieza a formarse en su cabeza, a una velocidad frenética que sacude su corazón hasta acelerarlo. *No*

pienses así. Se incorpora sobre los codos, pestañeando con fuerza mientras la visión se le inclina hacia un lado antes de recuperar el foco en la tierra esparcida sobre las baldosas.

A su alrededor, un olor frondoso y orgánico se intensifica: fertilizante y tierra, plantas y savia, ese aroma fresco y punzante de agua de manantial y flores en plena floración. Hay macetas por todas partes: enormes filodendros apiñados junto a orquídeas mariposa, celosías de rosas negras y tiestos saturados de helechos exóticos. Desde las vigas del techo cuelgan decenas de plantas, algunas tan densas que ocultan por completo la estructura. Unas mesas largas ocupan el centro del lugar, cubiertas de plantas, y una única bombilla derrama un resplandor débil desde arriba. La oscuridad se refleja en las paredes de cristal.

Eso es lo único que alcanza a ver: paredes de cristal, plantas, la noche negra como tinta.

Está en el invernadero.

Y cada tallo verde, cada flor, se ha vuelto hacia él.

La desorientación lo hace sentirse mareado; su cerebro intenta comprender cómo es que pasó del pequeño ático sofocante a este lugar. Si llegó aquí caminando o si alguien lo trajo. Y si Laurie…

Laurie.

No lo ve por ningún lado. ¿Acaba de abandonarlo después de todo? ¿Después de besarlo con tanta ternura?

Un sudor frío se desliza por su nuca mientras lucha por ponerse de pie, sintiendo las piernas entumecidas al aferrarse a una mesa para sostenerse. Varias macetas de terracota yacen rotas junto a sacos de tierra y algunos platos con hojas esparcidas por toda el área de trabajo, como si el jardinero hubiera salido solo un momento y no

hubiera muerto de forma brutal en ese mismo suelo dos semanas atrás.

Pero la manera en que todo creció desde la noche del asesinato resulta irreal. Apenas queda espacio donde pisar entre plantas que desbordan sus macetas y enredaderas que estrangulan todo con cientos de tallos. Al girar, queda atrapado entre los largos brazos colgantes de los potos y otras plantas trepadoras, y tiene que desenredarse con torpeza.

Al otro lado de las paredes de cristal, el jardín ha crecido con una intensidad salvaje y despiadada, como si intentara abrirse paso hacia la mansión… y estuviera empezando a tener éxito. Unas grietas enormes recorren las paredes y algunas ventanas cedieron bajo la presión de ramas gruesas.

El pánico vuelve, tenso, aunque no sabe si es la claustrofobia que le produce estar en una habitación saturada de vegetación o la misma inquietud que sintió la primera vez que entró allí. Es un hormigueo bajo la piel. O tal vez una fuerza que lo llama.

Se siente dislocado.

Partido en dos.

Debería salir.

Entonces baja la mirada hacia el suelo cubierto de tierra y hojas… y ve gotas rojas, relucientes como rubíes.

Forman un rastro casi imperceptible: algunas arrastradas, otras redondas y perfectas, como botones que suplican que los siga. Hay una historia en las huellas del suelo y en la tierra dispersa, como si alguien se hubiera caído. Se hubiera levantado. Y vuelto a caer.

Un miedo nauseabundo empieza a latirle en el estómago. Da un paso adelante, inestable y lento, y sigue el rastro de sangre.

Más cerámicas destrozadas aparecen al doblar la esquina, junto a un charco rojo que refleja la oscuridad. Es demasiada.

–¿Laurie? –pregunta con una voz rota, envuelta en un terror que intenta contener. No puede adelantarse a sacar conclusiones. Puede que ni siquiera sea su sangre.

Se adentra más en el invernadero, alejándose de la tenue luz, hacia la zona donde las plantas están envueltas en una oscuridad tan espesa que se siente como barro sobre la piel. Una humedad agobiante lo oprime desde todos lados, drenando sus escasas reservas de energía. Las plantas lo observan al pasar, estirándose para rozar suavemente sus brazos, su cuello, la piel expuesta de su pecho vendado. Lo están juzgando. Esperando.

susurrando susurrando susurrando

–¿Laurie? –repite, más fuerte esta vez, pero su voz se quiebra al final y un dolor repentino le atraviesa la boca, tan intenso que casi grita–. ¿Qué…? –Se frota los labios, luego se mete los dedos en la boca y presiona contra sus encías palpitantes.

Y lo encuentra: carne desgarrada, cubierta de sangre y suelta, algo que sobresale. Es lo bastante afilado como para cortarle la lengua cuando lo roza. La compulsión lo empuja a tirar de ello, ignorando el dolor, y durante un segundo es lo único en lo que puede concentrarse: moverlo en su boca hasta que logra aflojarlo lo suficiente para arrancarlo, como un diente.

La sangre salpica con fuerza, salada y metálica, pero no le importa.

Mira la espina en la palma de su mano y una raíz larga y resbaladiza cuelga de la punta ensangrentada.

No te vuelvas loco.

Pero es demasiado tarde. Está cayendo en una espiral tan oscura, tan fuera de control, que es como si lo estuvieran separando de los huesos y la médula.

Hay sangre en el suelo. Espinas en su boca. Perdió tiempo, y no solo minutos. La tarde terminó y la noche cayó como un rayo, como un puñetazo, como el fin del mundo. Perdió horas. Y Laurie ya no está.

La necesidad de gritar su nombre es tan fuerte que no puede contenerla. Empieza a correr por el invernadero, sintiendo cómo el corazón late fuera de control, apartando con torpeza ramas pesadas y hojas con forma de diamante, cargadas de bayas negras y relucientes. Sigue el rastro de sangre hasta un asiento de mimbre cubierto por alocasias descuidadas.

Byron Lennox-Hall solía sentarse allí con una taza de té, diseccionándolo con una mirada clínica, con esa alarma apenas disimulada ante el atrevimiento de su versión más joven por haberse atrevido a abandonar la seguridad de los confines de su habitación.

¿Seguridad para quién?

Evander se detiene, jadeando. El sudor le pega los rizos a la frente, rizos que han crecido demasiado rápido, demasiado largos, hasta rozarle la mitad de la espalda. Su mano sale disparada hacia las vendas de su pecho, donde los latidos sordos empiezan a intensificarse.

Pero solo le importa una cosa.

Detrás del trono de mimbre asoma una pierna extendida, temblorosa. El bajo enlodado del vaquero está salpicado de sangre.

Evander da un paso inseguro hacia delante.

La pierna se arrastra fuera de su vista, rígida. El quejido es tan grave y animal que podría pertenecerle a un zorro atrapado en una trampa de acero.

Avanza despacio entre las hojas gigantes de las alocasias, mientras siente que el corazón está a punto de abandonarle el pecho.

El mundo se invierte. El espejo gira. Y, de pronto, está otra vez en el día de la lectura del testamento, escondido entre los sacos de tierra con la guía de campo apretada contra el pecho, mientras Laurie permanecía de pie a su lado. Solo que ahora es Evander quien se cierne sobre una pesadilla de ramas, cordeles y espinas profanas, y Laurie se acurruca en el suelo en un intento lamentable por esconderse. Sobre su regazo descansa la guía de campo, abierta en una página con el boceto de un árbol extraño, enmarañado y peligroso…

Casi humano.

Sus brazos envuelven con fuerza su abdomen y su cabeza está inclinada hacia delante, como una súplica. Todo lo dorado en él ha quedado deslustrado, al descubierto.

Tiembla, fuerte.

No levanta la vista.

–¿Qué…? ¿Qué pasa? –La oscuridad salpica los bordes de su visión y el vértigo es súbito y despiadado.

Laurie se encoge al oír su voz.

A Evander le cuesta toda su fuerza de voluntad no sujetarlo por los hombros, no atraerlo hacia su cuerpo, no volver a gritar la pregunta. Pero algo lo detiene.

Laurie sigue sin alzar la cabeza.

El dibujo en la guía de campo no es un árbol. Parece más bien un monstruo, inquietante como una dríada o un fauno que imita la forma humana bajo su pelaje, sus cuernos y su piel hecha de corteza.

–Tienes que decirme qué pasó –insiste Evander, incapaz de mantener la voz firme–. ¿Alguien… nos encontró? Nunca sé qué pasa cuando tengo un… –Pero no puede terminar la frase porque suena falsa, como una mentira hecha de cuchillos sobre su lengua.

Se agacha y presiona el puño contra su boca. Su lengua no deja de explorar la carne expuesta en sus encías, donde arrancó la espina, pero es peor sentir otros bultos bajo la piel. Esperando brotar.

–¿Laurie? –exhala la palabra con mucha suavidad.

Laurie por fin levanta la barbilla y sus mejillas están marcadas por lágrimas que han arrastrado la suciedad. Su boca inflamada muestra manchas malvas y rojas, aunque los cortes bajo el labio ya no parecen marcas de dientes, sino una hilera de pequeños orificios hechos por espinas.

Una terrible inquietud se instala en sus ojos y se esfuerza por calmar la respiración, aunque el dolor vidrioso y explícito le corta el aire.

Evander quiere tocarlo, sostenerlo, pero no logra obligarse a moverse.

–Está bien –susurra Laurie, y es tan tierno, tan dulce, que Evander siente que se quiebra como porcelana.

–¿Qué hice? –pregunta con una voz aguda, frenética, y al ver que Laurie no responde no le queda más que arrancar la respuesta de su propia garganta–. Soy igual que Carrington, ¿verdad?

–No… no exactamente –los brazos de Laurie se mueven apenas, alrededor de su abdomen. Se abraza para no desplomarse. O para ocultar algo.

Con cuidado, Evander se acerca y envuelve sus dedos alrededor de la muñequera. Tira con fuerza y encuentra resistencia, pero al final Laurie cede.

Evander aparta su brazo y contempla la camiseta desgarrada. La sangre ennegrecida empapa todo un lado de su cuerpo. Entre los pliegues de la tela distingue marcas de mordeduras a lo largo de toda su piel.

La sangre brota de las heridas y gotea lentamente en el suelo.

Es un sonido lento y sereno.

ploc ploc ploc

Vuelve a meterse los dedos en la boca y los siente otra vez: los restos de carne atrapados entre sus muelas.

El sonido que brota de su garganta es grave y animal. Retrocede, tambaleante, hasta que sus hombros chocan con una de las largas mesas con plantas, y entonces los dos se quedan sentados, mirándose, con un abismo irreparable entre ellos.

Él le hizo eso a Laurie.

Él hizo eso.

La claridad lo atraviesa como una espada: debió de haberlo perseguido, cazado, y lo atacó una y otra vez, hasta que le suplicara que se detuviera, que volviera a sí mismo, que esperara, *por favor por favor por favor*…

La cadencia espectral de esos gritos resuena en su cráneo, volviéndose cada vez más insoportable con cada segundo que pasa.

tragó tragó tragó la carne de Laurie y esa es la razón por la que se le acumula la saliva bajo la lengua y siente el estómago revuelto, desesperado, hambriento, muy hambriento…

–Está bien –dice Laurie, aunque su voz suena distante, irrevocablemente rota–. Sabía que esto podía pasar y… te quería de todas maneras.

Evander cierra los ojos con fuerza, mientras sus dedos temblorosos suben hacia las vendas que le envuelven el pecho. Empieza a retirarlas, despacio.

Laurie traga con fuerza, pero su respiración acelerada ahora suena entrecortada, preocupante.

–No me queda nada más que los espacios vacíos que abrí para ti. Sabía que terminaría desplomándome sobre ti, si alguna vez teníamos la oportunidad de tocarnos, pero quería hacerlo. –Su voz se fractura, diezmada por el deseo–. Déjame perderme en ti.

–Fuiste tú –dice Evander, sintiendo el sabor de la sangre aún en su boca–. Tú abriste la puerta. Tú me dejaste salir.

Un sollozo suave escapa de Laurie y se cubre un ojo con la palma de su mano.

–¿Qué me está p-p-pasando? –murmura, limpiándose el rostro con una mano, preguntándose si tiene sangre en las mejillas.

Ya no tiene sentido fingir.

El jardín lo controla como una marioneta.

La boca de Laurie tiembla hasta que logra forzar una sonrisa tan tenue que atraviesa a Evander con un dolor insoportable.

–Despertaste –dice.

Con un fervor súbito, casi maníaco, Evander arranca el último tramo de venda y lo arroja a un lado. Baja la mirada hacia la historia

de cicatrices que siempre llevó con resentimiento, esperando nuevas incisiones quirúrgicas sobre su torso. Nunca cuestionó por qué le abrían las costillas una y otra vez. Su única herida real había sido en el abdomen y había sanado hacía mucho tiempo.

Nunca cuestionó nada.

El grito crece dentro de su cabeza mientras contempla su cuerpo.

Lo disecaron en vida: desde el esternón hasta la parte inferior de las costillas. Una incisión de cirugía cardíaca. Una incisión para extraer algo. Las hiedras se enroscan entre las suturas y pequeñas flores malva se abren en su piel. Tréboles brotan entre los espacios de sus costillas demasiado marcadas, como si siempre hubieran pertenecido a allí.

Es fácil, tan fácil, tirar de las suturas sueltas, meter la mano en el pecho, más y más profundo, mientras el terror se acumula en su garganta. Debería haber sangre, el latido palpitante de los órganos, un dolor tan insoportable que le hiciera perder el conocimiento.

Pero, en cambio, hunde la mitad de la mano bajo el esternón, mientras las suturas ceden y los pétalos suaves de las dedaleras caen al suelo. Una savia roja y espesa se desliza entre sus dedos.

Lo único que puede sentir es tierra y corteza, mientras cierra la mano alrededor de una de sus propias costillas, hecha de una madera verde y flexible. Tiene la punta astillada, justo donde fue quebrada.

Donde fue cosechada.

Cuando levanta la cabeza, todo su cuerpo tiembla y sus ojos encuentran los de Laurie con un horror absoluto.

La voz de Laurie suena suave, apagada, y su pecho se mueve demasiado rápido, como si no pudiera respirar hondo.

–Nunca intenté sacrificarte a ti. En realidad, me estaba sacrificando a mí –cada palabra estalla al caer al suelo–. Le pedí al jardín por ti. Y entonces te desenterré.



CAPÍTULO VEINTISIETE

Una parte de él siempre supo que había un monstruo encerrado tras las paredes de Hazelthorn, un secreto oculto entre las hiedras, las cicutas y las hojas espinosas de los acebos.

Lo que nunca imaginó fue que el monstruo fuera él.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

A su alrededor, las plantas exhalan, se inclinan hacia él, rozándole los hombros con sus hojas inquietas. Sus susurros se vuelven cada vez más suaves, casi reverentes, y hay ternura en la forma en que intentan consolarlo. Es tan perturbadoramente humano que se le eriza la piel.

No puede respirar.

Cada costilla se curva hacia dentro, como si quisiera perforarle el corazón, los pulmones y romperlo de una manera que no tenga arreglo. Si se abriera todavía un poco más, está seguro de que encontraría sus órganos llenos de tierra, bulbos húmedos de flores entre el hígado y los riñones, y musgo alrededor de sus intestinos.

Ahora entiende por qué nunca pudo ser normal por más que lo intentara. Ni siquiera es…

humano

Es solo un…

monstruo monstruo monstruo

Un peso lejano y apagado cae sobre él mientras mira a Laurie, aunque no distingue más que una figura borrosa, ensangrentada. El mundo se pliega sobre sí mismo y le arden los ojos. Solo unos

metros los separan, pero siente una urgencia feroz de retroceder cuanto antes. Y de alejarse tanto como sea posible.

Para protegerlo.

–Tienes que encerrarme otra vez. –Su voz suena incorpórea, sin vida, apagada, desprendida de una lengua débil–. Todavía tengo la llave –mete la mano en el bolsillo de su pantalón corto y saca la llave de hierro, que no solo encierra a un jardín monstruoso, sino también a un muchacho monstruoso.

Todo encaja con una claridad estremecedora y cristalina, y debería reírse por no haberse reconocido antes por lo que realmente era. Un muchacho sin pasado, tan salvaje que tuvieron que «enseñarle» a comportarse. Un muchacho encerrado, sedado, oculto. Un muchacho con espinas en lugar de dientes y sed de sangre. Igual que el jardín.

No fue enterrado vivo.

Fue desenterrado.

Cuando Byron vio aquella cosa emerger del suelo del jardín, su primer impulso debió de ser matar a ese pequeño horror. ¿Qué había anotado en la guía de campo? *Las espinas se quitan con facilidad.* Probablemente usó tijeras para arrancárselas de la boca cuando era niño, cada vez que volvían a crecer. Nunca lo consideró una persona. Tal vez por eso la guía terminó oculta entre las bolsas de tierra del invernadero: Carrington debió de ocultarla tras la muerte de Byron para asegurarse de que Evander nunca la leyera y nunca comprendiera lo que era. Quizá ese fue el momento en que el jardín mató a Carrington.

Laurie se desploma contra las inmensas macetas, inclinando la cabeza hacia atrás para apoyarla en el trono de mimbre, como si fuera lo único que lo mantiene erguido. Su espalda parece un brote

torcido; su rostro, una máscara cerosa que respira de forma brusca y entrecortada. El sudor de la fiebre se desliza por un lado de su rostro, mientras presiona su mano sana contra el costado ensangrentado de su cuerpo. Hay demasiada sangre. Empapa su torso con un rojo lustroso, como si fuera una pintura a medio terminar.

–Esa no es la respuesta –un temblor le quiebra la voz–. Tú no… n-n-no mereces una vida como esa.

–Quizá sí. –El veneno en su voz lo sorprende incluso a él–. Ni siquiera sé lo que estoy haciendo… lo que he hecho. ¿Y si yo…? –*Intento matarte otra vez*. No puede obligarse a pronunciar las palabras, por si eso las vuelve realidad–. El jardín está dentro de mí.

Esto no puede ser real.

El olor a tierra y vegetación viva se vuelve asfixiante.

–No, es… –dice Laurie, cerrando los ojos un instante–. Tú *eres* el jardín. No es como con Carrington. El jardín usó su cuerpo como una herramienta, como un arma. Pero contigo es… –levanta la vista hacia él con una desolación que duele–. Creo que, cuando te abrumas, tu cerebro se apaga para protegerte y entonces el jardín toma el control. Y bueno, odia a los Lennox-Hall –su risa es débil y ligera, y el dolor le tensa la boca.

–Pero yo no odio… –empieza a decir Evander, aunque la mentira sabe amarga. Es verdad que los odia, por lo que le hicieron, por lo que podrían hacerle. Entonces, en su lugar, susurra–: Yo no te odio –las palabras se extienden como si estuvieran cargadas de lágrimas sin derramar, porque antes sí lo hacía.

Tiene siete años de odio creciendo en su interior como espinas afiladas, culpando a Laurie de haber intentado matarlo. ¿Quién le

contó a Evander esa historia? ¿Byron? Otra manipulación para mantenerlo dócil y asustado, enredado en lazos de mentiras, incapaz de pedirle ayuda a Laurie porque le hicieron creer que él era su enemigo.

Laurie intenta cambiar la presión sobre su herida, pero su rostro palidece.

–¿Qué te hice? –susurra Evander.

–Intenté razonar contigo, cuando… cuando el jardín tomó el control –tiene dificultades para pronunciar cada palabra, pero se obliga a seguir–. Pero era como si no estuvieras ahí. Tuve que escapar. Pasamos casi todo el tiempo en las paredes y luego salí por una rejilla hacia el invernadero y… bueno, me alcanzaste. En cuanto puse un pie aquí, todo empezó a crecer fuera de control. Tú hiciste todo esto.

Evander mira las suaves enredaderas que cubren sus hombros, las hojas que se deslizan por su cabello. Las plantas se aferran a él con devoción y los capullos se abren para mostrar flores magníficas, que parecen pavonearse ante su atención. Él es su luz. Su rama perdida, su corazón pródigo. Y eso explica por qué Byron tenía que cambiarlo constantemente de habitación en el ala norte. Algún episodio particularmente intenso debió de provocar una explosión botánica: plantas venenosas brotando de las paredes, flores tóxicas abriéndose paso entre las fibras de la alfombra. No era obra del jardín; era obra suya.

Siempre lo fue.

Evander deja escapar un quejido grave y pasa las manos por su cabello, sacudiendo la cabeza, primero despacio, luego más rápido. Lo sacaron de su cuarto, le dieron de comer carne sangrienta y

creció varios centímetros en solo una noche. Su cabello alcanza la mitad de su espalda como una maraña de rizos hermosos y desordenados. Es un tierno brote verde que busca la luz tras años de encierro en la oscuridad. Y, aun así, no es suficiente. El hambre lo corona como castigo.

Es demasiado. Siente que se está partiendo con todo ese peso sobre sus hombros, ahogándose sin poder hacer otra cosa que hundirse.

Pero nada importa cuando el dolor brota de Laurie como sangre y sus ojos de un azul aciano se apagan mientras se estira con dificultad.

–Tienes que ir al hospital –dice Evander, poniéndose de pie, mientras las enredaderas y las hojas se desgarran al separarse del anhelante sostén de las plantas–. ¿Qué te parece si buscamos ayuda y luego yo… me vuelvo a encerrar? Estarás a salvo. Solo que no entiendo por qué no me lo dijiste antes de que… fuera demasiado tarde. –Traga óxido y tierra, ignorando cómo su lengua raspa contra sus dientes espinosos.

Laurie intenta sonreír, pero una lágrima desciende, limpia, por su mejilla.

–Toda mi familia está aterrada de ti y de lo que harías si buscaras vengarte de ellos por cómo devastaron tu jardín –su boca tiembla–. ¿Recuerdas toda la sangre que había aquel día? Gran parte era mía. M-m-me corté tanto para hacer el sacrificio, y creo que el jardín pensó que se quedaría con lo que quedaba de mí a cambio de ti. Pero, de algún modo, logré escapar. Te quería a ti. Lamento tanto no habértelo contado antes, pero… –parece tener tantos problemas para hablar que sus palabras salen como un balbuceo casi

incomprensible–, aún tenía m-m-miedo de mi abuelo, incluso después de muerto, no podía quitármelo de encima. Lo… lo siento. Lo siento. Creía que, si descubrías la verdad demasiado rápido, te asustarías, me odiarías y nunca, nunca me perdonarías. Pero no tengo miedo de lo que eres. Nunca podría tenerlo.

Es mentira. Tiene que serlo. No hay manera de que no esté aterrado al mirarlo, aun con su sangre alrededor de la boca.

–N-n-no quiero ser así –susurra Evander.

Una raíz arrancada de un antiguo jardín de horrores.

–Está bien –dice Laurie, pero su voz ya es demasiado tenue.

Evander lo cargará para buscar ayuda si es necesario. Gritará hasta que alguien lo escuche y encuentre una manera de salvarlo.

Pero apenas alcanza a dar un paso inseguro, intentando descifrar si puede levantarlo, a dónde llevarlo, cuánta sangre ha perdido, cómo *evitar evitar evitar* que muera… cuando escucha el crujido de una pisada sobre las cerámicas rotas.

Evander se vuelve de inmediato, sintiendo cómo el corazón le golpea con fuerza los pulmones. Un movimiento repentino le provoca un dolor insoportable en el pecho abierto, mientras más savia roja y espesa desciende en línea recta hacia su ombligo. Pero no le importa.

La puerta del invernadero está entreabierta.

La luz se filtra hacia dentro, junto con el delicado murmullo de música y copas de champán chocando entre sí. Casi había olvidado el funeral que los Lennox-Hall están celebrando para honrar, o quizá celebrar, la muerte de Byron. Afuera habrá más invitados, más Lennox-Hall conspiradores, traicioneros y codiciosos, listos para

desplegar sus garras y sus hermosas sonrisas de lujuria por un jardín capaz de darles riquezas inimaginables.

Una sombra se mueve en un rincón y Evander enseguida se coloca frente a Laurie. Sus piernas largas y delgadas no pueden garantizarle mucha protección cuando la sombra toma forma: una figura con las manos en los bolsillos, una chaqueta de lana abierta, el cabello peinado hacia atrás con esmero y unas gafas de carey que enmarcan un rostro afable.

La desesperación le recorre la espalda y, de pronto, agradece lo monstruoso que debe de verse: diseccionado, ensangrentado y atravesado por enredaderas. Muestra los dientes.

–Eh, eh –dice Dawes, levantando una mano con un gesto apaciguador, mientras esboza una sonrisa burlona–. Soy solo yo.

–¿Solo tú? –Todo su cuerpo se tensa–. ¿El que estuvo acechando por Hazelthorn en secreto? ¿El que envenenó al abogado anterior? ¿El que me ha manipulado todo este maldito tiempo?

El rostro de Dawes no revela sorpresa alguna, solo un entusiasmo siniestro. Observa las plantas salvajes a su alrededor y aparta una rama de su rostro antes de avanzar con calma.

–Evander –murmura Laurie, pero su voz es demasiado débil como para servir de advertencia.

–¿Tú mataste a Byron? –La mandíbula de Evander se tensa.

–Claro que no –responde Dawes con serenidad, y el odio se apodera tanto de Evander que su visión se mancha de rojo–. Pero no iba a desaprovechar la oportunidad. Descifré cómo funciona todo, por cierto. El jardín, la sangre, los rubíes. Me llevó una eternidad revisar los papeles del querido Byron, pero debo admitir que su manía de documentar su locura resultó muy útil. Además, ¿sabíais

que todas las plantas de Hazelthorn mueren en cuanto salen de la propiedad? Dejadme deciros que es difícil crear un nuevo jardín de esa manera.

–¿Estás intentando crear otro Hazelthorn? –La confusión se le instala en la frente–. Pero no puedes.

–No con unos brotes normales, claro. –La sonrisa de Dawes es íntima y reservada, como si la broma fuera demasiado sofisticada para explicársela a alguien tan estúpido.

Evander mira rápido a Laurie. Tiene los ojos cerrados y la barbilla hundida en el pecho. Respira con pesadez y la presión que ejerce sobre la herida empieza a ceder, como si estuviera a punto de desmayarse.

–N-n-necesita ayuda –dice Evander, conteniendo la ira al dar un paso firme hacia Dawes–. Tienes que llamar a una ambulancia. Ahora.

–Eres extrañamente asertivo a veces –comenta Dawes, casi reflexivo–. Verás, cuando llegué aquí no entendía muy bien qué eras. Pensé que solo eras un pobre tonto sin carácter con el que Byron hacía Dios sabe qué. Pero me serviste. Bastó con fingir que habías heredado la propiedad para que esta familia de lunáticos entrara en pánico y empezara a despedazarse entre ellos para quedarse con algo. Me dio todo el tiempo que necesitaba. Y entonces descubrí lo que eres. –Inclina la barbilla hacia la figura desplomada de Laurie–. Sobre todo cuando nadie te observa.

Un grito de frustración empieza a desenrollarse en su garganta y cree que está a punto de lanzarse y clavarle los dientes de espinas en el brazo… pero no servirá de nada. No sabe dónde está el teléfono de Laurie y, si intentara buscar un teléfono fijo, tendría que

dejarlo solo, y no puede hacerlo. Lágrimas de pánico se le acumulan en los ojos y apenas logra contener el sollozo de su abrumadora frustración.

–Tengo una bonita cantidad de pruebas contra Byron –añade Dawes–. Vínculos con decenas de personas desaparecidas en la zona, vistas por última vez entrando en la propiedad. Todo a través de un tercero, por supuesto, así que, si Byron hubiera intentado matarme, se habría publicado de inmediato y este reino de asesinos en serie se vendría abajo –su astucia para la extorsión lo deleita, pero su sonrisa engreída vacila cuando alza la vista hacia el follaje denso que presiona el techo del invernadero.

Evander puede sentir la sangre palpitarle en los oídos y está tan atrapado en la maraña de pensamientos desagradables que le perforan el pecho que tarda en notar la falta de urgencia, el tono ligero, como si Dawes solo estuviera ganando tiempo.

Otras tres sombras aparecen dentro del invernadero y la puerta se cierra detrás de ellas, apagando bruscamente las voces lejanas y la música alegre. Avanzan por el laberinto de plantas, vestidas con ropa negra elegante, más apropiada para una gala que para un funeral, luciendo una cantidad obscena de rubíes que brillan como sangre fresca en joyas de oro.

Oleander es la primera en acercarse, con un vestido que parece el cielo de medianoche y una cola de rubíes incrustados. Lleva guantes blancos que le llegan hasta los codos y su cabello gris recogido en un moño alto e impecable. Bane es el siguiente en aparecer, con un magnífico traje italiano decorado con una enorme flor de rubíes prendida en la solapa. Azalea avanza con mayor cautela que el resto, con sus tacones de aguja delicados y un vestido negro sin tirantes

que le queda tan ajustado como un guante. Sostiene una copa de champán en la mano y, al ver la sangre en el suelo, levanta el dobladillo de su vestido, frunciendo la nariz con desagrado.

Evander retrocede, pero no puede moverse sin pisar a Laurie. Siente que una polilla aletea dentro de sus costillas, atrapada y aterrada, y la necesidad urgente de salir corriendo lo desgarra por dentro. No puede. No sin Laurie.

Tiene que arreglar esto.

Tiene que hacer que todo esto se detenga.

–Bueno, sí, aquí estamos todos –dice Dawes, girando sobre un talón y haciendo un gesto elegante hacia Evander, como si presentara un plato exquisito–. Nuestro acuerdo sigue en pie. Yo destruyo las pruebas contra vuestra familia y os dejo en paz, y vosotros me dais un recorte del jardín. ¿Podéis dármelo en una bolsa para llevar o…?

Una ira apenas contenida presiona bajo la elegancia austera de Oleander. Da un paso rígido y señala una de las mesas de trabajo cubierta con recortes de flores y pequeñas macetas. Evander intenta comprender qué es lo que está pasando, mientras su corazón golpea sin parar como si quisiera abandonar su pecho. Alterna la mirada entre ellos. Dawes acaba de decir que las plantas de Hazelthorn no pueden crecer fuera de la propiedad, entonces, ¿qué demonios está haciendo?

Bane se acerca con cautela. Sus ojos son negros como el vacío y Azalea permanece a un lado, bebiendo su champán.

–Sois unos psicópatas –dice Evander, con una voz temblorosa–. Todos vosotros. –Pero entonces ve lo que Oleander señala.

Dawes levanta una maceta de terracota. La vara plantada en el centro parece un intento de propagación, aunque apenas le han crecido unos brotes. Parece muerta. El tono marfil contrasta con la corteza descascarada, pero lo peor no es eso, sino cómo lo hace sentir…

Partido.

Arrancado.

Violado.

Siente que está a punto de vomitar y todo su cuerpo empieza a temblar mientras observa a Dawes apartar la maceta con sumo desinterés y levantar otra. La gira de un lado a otro, como si estuviera inspeccionando si tiene algún brote.

Pero no son simples varas.

Son costillas.

Hay docenas de macetas aquí, cada una con una vara marfil en distintos estados de brote.

Se lleva una mano al pecho, a la cavidad que todavía sigue abierta, derramando terrones de barro y savia con cada latido de su frenético corazón.

El grito que crece en sus pulmones… y lo único que lo contiene es la mano cuidadosa de Laurie, que se cierra con delicadeza alrededor de su tobillo. Su pulgar traza círculos lentos y suaves. Anclándolo. Diciendo: *Sigo aquí contigo.*

Pero no podrá sostenerlo para siempre.

–Honestamente, no me convence –dice Dawes, apartando otra maceta y encogiéndose de hombros.

Oleander lo fulmina con la mirada.

–¿Cómo que no te convence? Un fragmento del muchacho es exactamente lo que pediste.

Azalea frunce la nariz, cuidando de no derramar su champán.

–Aún no puedo creer que nos haya engañado tanto tiempo con esa farsa del testamento. De hecho, es vergonzoso. ¿Estáis seguros de que vamos a dejarlo hablar?

–Sí –responde Dawes, transformando su sonrisa aduladora en un pedernal–. A menos que prefiráis perderlo todo.

Azalea suspira y pone los ojos en blanco.

–Bueno, como papá está enterrado y todo esto me resulta demasiado retorcido, me largaré de aquí mañana.

–Buen viaje –dice Bane con brusquedad–. Por fin tendré un poco de paz.

Oleander lo mira con desprecio.

–Qué audacia al creer que te permitiré quedarte, hijo. Aunque, si mal no recuerdo, el puesto de mayordomo está vacante.

–¿Qué…? –la indignación es evidente en el rostro de Bane, pero Oleander lo ignora.

La mano de Laurie está helada en su tobillo.

–Corre –susurra.

Evander sigue mirándolos, asqueado y conmocionado, demasiado aterrado para pensar con claridad. Pero su vida siempre había sido eso: estar atrapado, ser utilizado. Byron le había abierto el pecho durante años para extraer sus costillas bajo el pretexto de cirugías que eran para su propio bien, mientras elegía huesos cuya ausencia Evander no notaría, para que no cuestionara lo que le pasaba. Lo mantendría confundido, desorientado. *Callado*.

–Dijeron que las costillas vuelven a crecer, ¿verdad? –dice Dawes–. ¿Y el resto del cuerpo? Quiero algo con raíces frescas.

El sonido que escapa de Evander suena ahogado y aterrorizado.

–Las costillas florecen bien –responde Oleander con frialdad–. Y permíteme recordarte que Byron apenas estaba en las etapas iniciales de sus intentos de crear un segundo Hazelthorn.

–Leí sus diarios –replica Dawes–. Es diferente cuando las raíces provienen directamente del chico. Eso escribió. No habría dedicado los últimos siete años a esto si no estuviera funcionando. –Sacude una de las macetas de costillas con desgana–. Solo esperemos que empezar de cero me garantice un jardín de sangre un poco menos exigente.

–Coge la costilla y vete –dice Bane, acercándose para intimidarlo.

–Pero quiero una garantía –contesta Dawes con calma–. No quiero una vara vieja. Quiero raíces frescas. –Mira a Evander directamente a los ojos–. ¿Qué tal una mano?

Un terror inexplicable se apodera de sus entrañas. Sus dedos tiemblan antes de cerrarse en un puño, y lo presiona con fuerza contra su pecho agitado.

–B-b-basta. Dejad de hablar así. Detened todo esto. –Suena patético. Como un niño suplicando.

Pero esto tiene que terminar.

No puede hacer esto.

Ya no quiere estar en esta pesadilla.

despierta despierta despierta

Nadie le presta atención, demasiado ocupados negociando con sus huesos florecientes.

Los dedos de Laurie tiran con más fuerza de su tobillo.

–T-t-tienes que correr.

Pero no puede. Siempre se sintió atraído por Laurie, adicto a él, y justo ahora entiende por qué.

Le pertenece de la misma manera en que una flor pertenece a su dios.

Con un sollozo ahogado, Laurie intenta incorporarse, aunque le resulta todavía más difícil por el suelo manchado de sangre. Evander enseguida se arrodilla a su lado para intentar sostenerlo, mientras sus manos tiemblan sobre la herida abierta, sin saber qué hacer.

–Todos vosotros, malditos… alejaos de él. –Toma una bocanada de aire temblorosa; hay sangre en sus labios.

–Por el amor de Dios –dice Oleander, fastidiada–. ¿Azalea? Ocúpate de tu sobrino.

Azalea parpadea rápido, llevándose una mano a la garganta.

–¿Qué? ¿Yo? Este vestido cuesta treinta mil dólares, tía. No puedo.

Oleander emite un gruñido bajo y entonces se lanza hacia él, murmurando:

–Siempre tengo que hacerlo todo yo.

La atención de Evander está tan consumida por Laurie que no ve el momento en que Bane avanza hacia él hasta que lo sujeta por sus rizos oscuros y enmarañados. Tira de ellos con tanta fuerza que sus piernas ceden y su grito es un balbuceo ahogado mientras lo arrastra de espaldas por el suelo.

Laurie se lanza para sujetarlo, con los ojos llenos de terror.

–NO…

Evander forcejea, intentando sujetar la muñeca de Bane para aliviar un poco la presión en su cabeza, pero Bane lo obliga a

arrodillarse y le presiona el cuello con el brazo. El aire se interrumpe. Se está ahogando.

Bane lo sujeta con fuerza del cabello y lo gira, dándole la espalda a Laurie y a Oleander. No puede soltarse. No puede ver. Oleander pasa junto a él con su vestido voluminoso y cada uno de los rubíes destella con violencia, antes de que Bane se gire y lo oculte todo con su cuerpo.

–Laurie. LAURIE. No lo toquéis. –La voz se le quiebra en una nota aguda y se deshace en una exhalación rota, casi muda, mientras sigue intentando gritar a pesar de la presión demoledora sobre su garganta.

Un grito apagado brota de la garganta de Laurie. Es un sonido desgarrador, escalofriante y animal, y crece con intensidad, demasiado rápido. El pánico le atraviesa el pecho como un cuchillo, y una ira aterradora estalla en su interior con tanta brutalidad que todo el mundo se tiñe de rojo.

Ruge y se lanza con todas sus fuerzas contra Bane. El impacto los lanza hacia atrás y ambos caen de espaldas sobre la mesa.

Bane maldice.

–¿Puedes quedarte…? Dawes. ¡Deja de quedarte ahí parado sin hacer nada como un maldito idiota!

Dawes había estado observando a Oleander con una expresión indescifrable, casi perturbada. Al oírlo, sacude la cabeza y toma unas tijeras de podar de entre las macetas.

Pero lo único en lo que Evander puede concentrarse es en el grito de Laurie y en la manera en que se convierte en bocanadas de aire fragmentadas y apagadas…

Recortes con una evidente finalidad.

Ese grito vivirá dentro de él para siempre: la desesperación, el miedo absoluto, sin filtro. Siempre se sentirá acechado por ese dolor.

Sin embargo, hay algo peor que eso: el silencio que le sigue.

Grita por Laurie y su visión se nubla. Lo único que alcanza a distinguir es a Oleander, que vuelve a entrar en su campo visual con absoluta calma, sin prisa alguna. Extiende las manos como si, apenas unos segundos antes, no hubieran estado presionando una garganta con todas sus fuerzas.

–Terminemos con esto de una vez por todas –dice–. Tenemos una cena para honrar la memoria de mi hermano y quiero que todos os larguéis de mi propiedad cuanto antes.

–LAURIE. ¿Qué le has hecho? ¡¿Qué le has hecho?! –Intenta soltarse otra vez, pero Bane le retuerce el cuello hasta llevarlo a un ángulo antinatural. Lo único que puede hacer es ahogarse en su propio llanto mientras Dawes le sujeta uno de los brazos y se lo extiende.

Es inútil resistirse. La visión se le nubla tanto que apenas distingue las tijeras de podar en la mano de Dawes.

–Nononono… –El sollozo escapa de su boca, cargado de bilis, deformado en quejidos inhumanos–. M-m-m-me quedaré callado. Me quedaré callado.

Solo lo están amenazando.

No lo harán.

No.

No…

Dawes cierra las tijeras sobre la muñeca de Evander. El dolor es tan insoportable, tan monstruoso, que no tiene comparación. Solo queda ese grito de desesperación mientras todo estalla dentro de él.

Y lo peor es que no es un corte limpio.
Las tijeras de podar no están afiladas.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Se convirtió en el jardín.

Está en cada rincón de su cuerpo, atravesándolo con tallos que se enredan en su nervio óptico y pequeñas rosas y raíces que se aferran a su mandíbula. Flores silvestres brotan bajo su lengua y espinas nuevas emergen de la tierna carne de sus encías, delineando su boca con una segunda fila de dientes. El musgo crece lento y firme detrás de sus párpados para que ya no tenga que ver el mundo si no lo desea. El jardín rodea sus tendones, abraza sus nervios y mueve su cuerpo por él.

Puede irse. A algún lugar donde ya no duela.

Es imposible distinguir dónde empieza el jardín y dónde termina él. Y, aun así, se pregunta si debió aferrarse a alguna parte de sí mismo antes de disolverse por completo.

Sus pulmones se han llenado de flores delicadas y ya no puede respirar sin sentir su sabor: moras de sangre, sueño del rey y belladonas.

Si se deja ir, podría convertirse en un veneno tan rencoroso que mate con el simple roce.

Si se deja ir, jamás encontrará a Laurie.

Abre los ojos.

Una hiedra gruesa, de tallos de violetas, se despega con una lentitud viscosa de detrás de sus párpados. El jardín lo sostiene con una ternura inquieta, un peso expectante sobre su espalda, dispuesto a retomar el control si él se lo permite.

Las lágrimas se deslizan en silencio por sus mejillas mientras observa la habitación y el modo descuidado en que lo han metido en un traje de tres piezas. Uno de los sirvientes de Oleander lo viste como si fuera una muñeca, con manos apresuradas y nerviosas, mientras ajusta los puños y le coloca bien el cuello. Sea cual sea este lugar, no lo reconoce. El aire está cargado de nubes de polvo y los muebles están cubiertos por sábanas fantasmales. Un cuenco de porcelana yace sobre la alfombra, lleno de agua rosada y espuma con sangre. Hay varios mechones negros de cabello a un lado, los restos de sus rizos cortados con brutalidad. Lo han vuelto presentable. Normal.

El sirviente le ajusta el moño.

Pero cometieron un error al dejar al descubierto un espejo antiguo con marco de latón, adornado con relieves de enredaderas y dríadas. Evander contempla su reflejo con una repulsión fascinada. Recorre la estructura de sus pómulos elegantes y su boca amoratada, mientras el verde enfermizo de sus ojos reluce con una intensidad que duele. Por eso ocultaban todos los espejos en Hazelthorn.

No se ve bien. Es una imitación inquietante de un ser humano, lo mejor que el jardín pudo hacer. Un muchacho hecho de otredad y ramas verdes, con un hambre siniestra por dentro.

–Así está bien –dice Oleander, cerniéndose junto a un decantador de brandi en el rincón, amarga e insatisfecha como siempre. Se sirve sin delicadeza un vaso y se lo bebe de un solo trago.

–¿Sabías que Byron se negó a hablar conmigo durante décadas? –No lo mira. Hay cierta inestabilidad en su voz que delata que no es su primer trago–. Si hubiera compartido Hazelthorn, quizá todo esto habría sido distinto. Ignoraba mis llamadas, mis cartas, mis regalos –su risa es un carraspeo áspero–. Una vez le envié el corazón sangriento de un ciervo como amenaza, pero la caja jamás cruzó las rejas. Lo único que quería era un pedacito para intentar cultivar mi propio Hazelthorn, ya que él no pensaba compartir el suyo. Ese bastardo miserable no me dio ni una migaja.

Un grito desenfrenado estalla dentro de la boca cerrada de Evander y se vuelve cada vez más intenso, hasta hacerlo temblar. Es evidente que ella nunca le envió a Byron el té envenenado, dado que jamás logró acercarse lo suficiente. Pero ¿quería un pedacito? Se pregunta si Byron se lo habría dado con el tiempo, si habría arrancado una parte de Evander para plantarla en la tierra, enviársela para que ella pudiera cultivar su propio Hazelthorn y, al fin, dejarlo en paz. ¿Sentirá el jardín la sangría que Dawes quiere empezar ahora? Quizá siempre será parte de él, un miembro fantasma que lo llamará desde la distancia, aunque él permanezca arraigado aquí, encerrado en una habitación sin aire, esperando que cosechen sus huesos una y otra y otra vez.

Porque no es humano. Y, por eso, no importa lo que le hagan.

Derrama su ira, espesa y sangrante, junto con su deseo de matar todo lo que se cruce en su camino.

Pero guarda silencio.

Permanece inmóvil mientras contempla el muñón de su mano izquierda, vendado con firmeza, para no ver las raíces blancas y finas que brotan de la carne desgarrada.

En la otra mano sostiene la llave. No entiende cómo dejó el pijama ni cuándo ocurrió, a menos que el jardín lo haya hecho por él, asegurándose de que no la perdiera.

La desliza en el bolsillo de sus nuevos pantalones.

Cuando las hojas vuelven a crujir y desplegarse detrás de sus párpados, intentando consolarlo, les permite ocultar el mundo una vez más. Esta vez, su caída hacia la oscuridad ondulante es sofocante. La tierra se le aprieta contra los pulmones con tal fuerza que apenas puede respirar. Está bajo tierra, ahogándose, pero cuando inclina la cabeza hacia un lado ve a Laurie a su lado, sus brazos pálidos y fríos enroscados alrededor de su cuello. Las cuencas de sus ojos han sido vaciadas y rellenadas con tierra y flores.

Del interior de su boca entreabierta comienza a derramarse sedimento.

–Me enterraron vivo –susurra.

Evander empieza a gritar.



Vuelve sobre sí mismo por accidente, con un quejido atrapado en la boca, mientras las tiernas enredaderas verdes se cierran con fuerza alrededor de su columna. Algo lo lleva a detenerse. Se queda quieto, mareado por el esfuerzo de obligar al jardín a replegarse dentro y fuera de su propia piel. Un sudor febril le empapa las axilas, le pega los rizos maltratados por las tijeras a las mejillas, le cubre la frente y

el labio superior. Cuando pasa la lengua por los labios, siente la punzada de la sal.

El dolor es como una prenda que lleva puesta, algo que lo completa. No puede mirar el lugar que solía ocupar su mano. Su traje tiene el puño izquierdo cosido, pero la ausencia resulta evidente. La sangre se filtra a través de las vendas y oscurece lentamente la tela, mientras un dolor monstruoso y palpitante le devora el brazo entero. Se siente enfermo. Pero el hecho de estar de pie, caminando, le instala otro tipo de terror en el pecho.

Quizá no sea más que un árbol recién podado.

Quizá no debería dolerle.

monstruo monstruo monstruo

Tal vez nunca fue sangre, como siempre creyó. Sus dedos rozan el puño vacío y regresan cubiertos por una savia espesa.

Al alzar la vista, descubre que está en la entrada de la cocina, con la espalda apoyada contra el arco. Frente a él, Bane discute con un sirviente. Debieron de haberlo llevado hasta allí, pero no recuerda nada. La cocina rebosa de actividad: cocineros y mozos van y vienen, ultimando detalles para la cena. El choque de las cacerolas, el repiqueteo de los utensilios y el siseo del aceite hirviendo le saturan los oídos. Huele a romero, levadura y carne sellada. Oleander no está por ningún lado y Bane parece irritado, aunque por primera vez no con él.

–… dice que no puede abrir la reja –explica el sirviente, compungido–. El señor parece bastante alterado. Quiere abandonar la propiedad cuanto antes.

–Maldito Dawes –gruñe Bane, molesto–. La reja funciona bien. La abrieron sin problema hace unas horas para nuestros invitados. Dile

que se baje de su bonito coche y la abra con la mano.

–Le haré llegar el mensaje –responde el sirviente–, pero, al parecer, algo creció dentro de la cerradura.

Hazelthorn no permitirá que Dawes se marche con la parte robada de Evander. Una sonrisa siniestra y enfermiza se dibuja lentamente en su rostro hasta que Bane lo sacude con brusquedad y su cabeza se balancea de un lado a otro.

–Basta –masculla Bane–. Borra esa maldita sonrisa antes de que lo haga yo por ti. Pasaste demasiado tiempo con Laurie, ¿no? Se te pegó toda esa actitud problemática bastante rápido.

Evander no hace más que mirar a Bane sin parpadear hasta que este aparta la vista, incómodo, desconcertado. Otro sirviente se acerca, nervioso y disculpándose, para anunciar que Dawes, cada vez más furioso, exige en la entrada principal que alguien abra la reja.

–¡Acabo de decir que no está cerrada! –responde Bane, casi a gritos–. ¿Cuál es su maldito problema?

La puerta trasera está justo ahí. Podría hacerlo. Si logra llegar al jardín, no podrán atraparlo con facilidad. El jardín lo ocultará, lo devorará, lo protegerá con la devoción que siempre le ofreció. Fue él quien se resistió sin saberlo a cada intento que este hizo por reconectar con él. ¿Alguna vez intentó lastimarlo o simplemente fue él quien se lastimó al rechazarlo?

No lo sabía. No lo sabía.

Un sabor metálico y dulce impregna su boca y baja la mirada para ver gotas escarlatas cayendo sobre la alfombra con un ritmo constante. Se balancea de un lado a otro, sintiendo el estómago revuelto, y, cuando se obliga a levantar la mirada, el bullicio de la

cocina parece haberse amplificado: los sonidos estallan contra su cráneo como si estuviera en el centro de todo. Se sobresalta al oír un grito de orden, ante una llamarada súbita que brota de una de las hornallas y ante el estrépito de los platos que chocan entre sí en el fregadero. Sobre la encimera hay una selección de botellas de vino, ya descorchadas para que respiren.

Evander observa todo detenidamente.

Cuando levanta apenas su muñón, el goteo de la savia rojiza se detiene y tan solo se desliza en una línea oscura por la manga. Bajo las vendas algo cambia, algo late. Aparta su ropa con el pulgar lo suficiente para ver delgados zarcillos que asoman entre las capas de vendas, cubiertos de pequeños capullos rojos.

Las reconoce de la guía de campo.

Cardiomía: altamente tóxica al tacto y a la ingesta; sus capullos cerrados se asemejan a un corazón anatómico. Su ingesta provoca falta de aire, visión borrosa, inflamación en la garganta y taquicardia que produce un fallo orgánico en el pecho.

Tal vez el dolor lo vuelve delirante, lo extravía dentro de su propia cabeza. Pero no le importa que de su herida estén brotando flores tóxicas. De algún modo, se siente… bien.

Desde allí percibe el aroma empalagoso del vino de ciruela; incluso casi puede saborearlo.

–… claro que no –espeta Bane, furioso, de espaldas a Evander, sacudiendo las manos con rabia, exasperado con el personal–. Decidles a nuestros invitados que se sienten y cierren la boca. La cena se sirve a las once, como se anunció, así que empezad a hacerlo. ¿Tengo que explicároslo letra por letra? Dawes puede aprender a abrir una maldita reja o quedarse fuera hasta mañana…

Evander cierra los ojos.

Las hojas se despliegan y el mundo queda a oscuras.

El musgo crece bajo su lengua.

Sus ojos se abren.

Se cierran.

se abren

Está sentado en el comedor, en la cabecera de la mesa, mirando su reflejo desorientado sobre la superficie de ébano. Hay cientos de velas encendidas; los candelabros están tan pulidos que emanan un brillo cegador, y la mesa parece extenderse hasta la eternidad, repleta de vajilla y cubiertos adornados con rubíes y perlas. No reconoce la mayoría de los rostros. Hay media docena de nuevos Lennox-Hall que murmuran y ríen con nerviosismo, mientras sus cubiertos de plata raspan los platos, dibujando espirales elegantes en la carne tártara especiada. La sangre se escurre por los dientes de los tenedores.

Su plato está vacío.

Un latido sordo asciende desde la muñeca cercenada hasta el hombro. La fiebre le devora el cuello, las clavículas, la boca inflamada.

Una sola gota de sudor cae sobre su plato.

La conversación continúa, ligera y frívola. Elogios y halagos circulan sobre la magnificencia austera de Hazelthorn, sobre lo extraordinario que resulta, por fin, poner un pie allí después de tantos años. La codicia se desliza por sus barbillas como saliva y sus ojos son estanques negros de deseo lujurioso. Parecen haber olvidado que están allí para llorar a Byron.

Oleander está sentada a su derecha con una expresión amarga, mientras examina uno por uno a sus familiares; sin duda, viéndolos de la misma manera que solía hacerlo su hermano: como sanguijuelas reunidas para succionar cualquier cosa a su alcance. Su plato permanece intacto, aunque una de sus largas garras descansa sobre la mesa, lo bastante cerca de Evander como para sujetarlo si intenta escapar.

Pero no piensa hacerlo.

Extiende la mano hacia su copa de vino, aunque le cuesta sujetarla con los dedos entumecidos. Aun así, la levanta y se pone de pie abruptamente.

Oleander resopla entre dientes y lo sujeta del traje, pero Evander levanta la copa en alto.

–Un brindis por nuestro querido Byron Laurence Lennox-Hall –su voz suena áspera y, a su alrededor, las conversaciones se apagan hasta convertirse en un silencio absoluto. Todos lo miran.

Oleander aprieta los dientes.

–Siéntate.

–No, quiero decir *algunaspalabrasensuhonor* –dice, arrastrando las palabras como si estuviera ebrio, y debe de parecerlo ya que algunas sonrisas burlonas se dibujan entre los invitados. Claro. No les interesa la verdad de lo que hicieron. Prefieren no prestar demasiada atención.

Bane está sentado a pocos asientos de él y lo observa con un desprecio evidente, casi impaciente.

Solo Azalea parece tranquila cuando alza su copa.

–Ay, qué idea tan encantadora.

–¡Déjalo hablar, Ollie! –exclama un hombre mayor, y los ojos de Oleander parecen echar fuego.

Retira sus garras del traje de Evander, aunque mantiene esa sonrisa tensa y peligrosa, sin quitarle los ojos de encima.

–Agradezco que hayáis venido a honrar su legado –dice, y un calor abrasador hace que sus ojos ardan. Siente que se derrite por dentro, que se calcina. El dolor es delirante–. Era un hombre innovador y dedicado. Era como un padre para mí. A-a-agradezco tanto que me haya elegido como su heredero. Agradezco tanto… –la cabeza le palpita con intensidad y su boca está llena de rocas– estar aquí con todos vosotros.

–Muy bien, ya es suficiente, siéntate –insiste Oleander entre dientes.

Porque se supone que él no es más que un trofeo, un símbolo para exhibir, no una marioneta que habla.

–Un brindis –continúa Evander, alzando la copa. La mano le tiembla tanto que el líquido se derrama sobre sus dedos–. Por Byron. Por su jardín. Y porque todos vosotros podáis probar realmente de qué está hecho Hazelthorn.

Se levantan varias copas, aunque algunos Lennox-Hall suspiran con fastidio ante tanto dramatismo.

Evander bebe de un solo trago y los demás hacen lo mismo.

El vino de ciruela desciende por su garganta, oscuro y vibrante.

–Gracias por venir a comer –añade Evander–. Y ser comidos. Espero que os pudráis hasta la eternidad.

La primera persona se lleva la mano al cuello y su tos discreta se convierte en una arcada húmeda y grotesca. Luego otra se pone de pie de golpe, desesperada por respirar. El entusiasmo se convierte

en desesperación y los presentes empiezan a preguntarse qué está pasando. Luego otra y otra más. Una copa cae y rueda sobre la mesa antes de estrellarse contra el suelo. Alguien lanza un alarido de terror.

El pánico se propaga con rapidez. Las sillas rechinan contra el suelo y el miedo se mezcla con sus gritos.

Oleander mira nerviosa a Evander.

–¿Qué hiciste?

Evander se deja caer en su silla y se limpia la boca con el dorso de la mano, manchándose la mejilla con sangre. Cuando ríe, el sonido es siniestro. Todo tiene sentido ahora; debería haberlo pensado antes. Tras años de ser envenenado lo suficiente para permanecer enfermo, su cuerpo se volvió algo horrible y terriblemente inmune.

Nunca debieron dejarlo solo en la cocina con el vino.

–Creo que fui yo –dice mientras el salón queda envuelto en un caos de desesperación–. Creo que yo maté a Byron Lennox-Hall. –Se toma un momento, mientras varios pétalos venenosos se abren en su garganta. Y entonces susurra–: Y también a todos vosotros.



CAPÍTULO TREINTA

Una vez se abrió una puerta y un monstruo abandonó su torre de marfil. El jardín no entró en él, sino que brotó de su interior.

Ahora los hechos parecen brutales y terribles, como un hematoma morado manchado de sangre seca. ¿Cómo es posible que aquella noche en la que escapó de su cuarto esté tan llena de vacíos? ¿Y si fue el jardín quien se apoderó de su cuerpo? Podría haberlo obligado a ir a la cocina, a arrancar con los dientes los tallos venenosos que crecían en sus propias muñecas y exprimirlos en el té de Byron, mientras Carrington conversaba con Laurie en el salón. Después Carrington sirvió el té sin sospechar nada. Tal vez debió acusarse a sí mismo desde el principio.

Sus recuerdos siempre han estado llenos de miles de vacíos. No puede confiar en sí mismo y nadie puede confiar en él.

Tuvo que haber sido él. Nadie más encaja.

Benedict Dawes habría estado regodeándose si hubiera sido el asesino. Bane ni siquiera pudo entrar gracias al jardín. Oleander jamás envió ningún té. Azalea no estaba en el país.

Mientras la cena se precipita en un caos absoluto, Evander arroja su copa de vino vacía contra la pared y se levanta de la silla. Nadie

lo detiene. Las manos están sobre gargantas. Presionadas sobre corazones. La sangre brota de sus ojos como lágrimas. Los gritos resuenan por las paredes y las sillas caen. Alguien pide a gritos que llamen a una ambulancia.

Evander no espera a ver si sus corazones atraviesan sus pechos.

Entra corriendo en la cocina y sale por la puerta trasera.

Muévete rápido, rápido.

No llegues tarde.

La noche lo golpea como una bofetada helada sobre su piel ardiente, y toma una bocanada de aire cargada de alivio cuando el viento aparta de su frente el cabello húmedo y lo empuja hacia la profunda oscuridad del jardín. Las cigarras y los pájaros nocturnos intensifican su canto. Los árboles se inclinan hacia él. Las plantas brotan del suelo y rozan sus piernas a su paso.

Su grito desgarrador quiebra la oscuridad.

–¡*LAURIE*!

Salta los muros del jardín, atraviesa setos que se enredan en su cabello. El jardín no lo detiene, sino que más bien lo impulsa a seguir adelante, rápido, más rápido, y solo lo sujeta del cuello cuando está a punto de girar en la dirección equivocada. Una rama larga y flexible lo obliga a girar hacia la izquierda. Se tambalea un poco, pero enseguida recupera el equilibrio y sigue corriendo.

–Gracias –susurra.

No llegues tarde.

No después de todo. No ahora que comprende todos los horribles secretos.

Por delante, la puerta roja lo espera, acechante, como un ojo inyectado en sangre, y se estrella contra ella mientras un grito

desgarrador brota de su garganta.

–No lo devores. No te atrevas a devorarlo. ¿ME OYES?

Busca la llave con desesperación. Se le cae entre los brezos crecidos que invaden el sendero de adoquines. Tiene que buscarla a tientas hasta que la encuentra y entonces la mete en la cerradura.

La vieja sangre seca se descascara cuando empuja la puerta. El olor a tierra recién removida lo envuelve como una bienvenida, acompañado por el murmullo tenue de cosas que crecen y perfumes florales tóxicos y embriagadores bajo la luna plateada. Su corazón late con tanta fuerza contra las costillas que lo deja aturdido y sin aliento, mientras avanza a trompicones hasta caer de rodillas en el parterre vacío donde el jardín devora los cuerpos.

Empieza a cavar con su única mano, con toda la fuerza y velocidad que puede reunir.

–Laurie, Laurie, *Laurie.* –Sus lágrimas caen sobre la tierra y lo enfurece la torpeza de tener una sola mano para hacer esto. Grita, frustrado, antes de quedarse mirando las vendas palpitantes de su muñón. Quizá…

Empieza a quitarse las vendas lo más rápido que puede con sus dedos temblorosos y un corazón tartamudo en su pecho. La gasa ensangrentada cae al suelo.

Una rama verde y pequeña brota de su muñón, trayendo consigo la promesa de varios dedos de varas delgadas y nudos curvados como nudillos. Incluso al apretar los dientes por el dolor insoportable, esta crece, se ramifica y forma una nueva mano de madera y hojas.

Esto es él. Esto es lo que le ocultaron.

Empieza a cavar otra vez, desesperado y frenético, hasta que sus manos tocan algo blando. Pero el pánico le golpea el estómago, ya que quizá cavó en el parterre equivocado y este es el cuerpo incorrecto. No es el de Jessica, donde Bane la asesinó.

Este solo puede ser su tutor.

Incluso bajo la luz de la luna que se vierte a su alrededor como leche reluciente, es difícil reconocer lo que queda de Byron Lennox-Hall. Las raíces atraviesan su pecho y la mitad del torso ya ha desaparecido, mientras los gusanos se deslizan por las cuencas vacías de sus ojos y los escarabajos recorren el borde de una mandíbula blanca. Pero aún queda suficiente piel para ver el gesto congelado de horror y sorpresa en que quedó su boca al morir.

En esos últimos segundos de vida debió de comprender que sus peores pesadillas se habían vuelto realidad y que el jardín finalmente se estaba vengando. El monstruo estaba libre.

Después de acumular tanto del jardín, su propia familia lo devolvió a la tierra apenas tuvo la oportunidad de hacerlo. Sería irónico, casi un ciclo, si Evander encontrara en su interior algo que le importara. Pero solo dedica un segundo a contemplar los restos en descomposición del hombre que lo torturó y llamó amor a esa pesadilla.

Sin dejar de llorar, pasa al siguiente parterre y cava más rápido y con más fuerza.

Susurra entre sus labios manchados de veneno, mientras una plegaria o una súplica se mantiene aferrada a sus lágrimas saladas.

–No quiero que esté muerto. No puedo. No puedo hacerlo. No p-p-p-puedo. Por favor por favor por favor…

A su alrededor, las enredaderas brotan del suelo con lentitud y elegancia, alzándose hacia la luna. Siempre fue así, ahora lo entiende: sus emociones erráticas hacen crecer plantas tóxicas, hermosas y letales, como si no pudieran evitarlo, pero respondieran a los latidos de su corazón.

Entonces sus dedos tocan piel, blanda y elástica.

Aparta tierra de un rostro, ensuciándose las uñas y aplastando el suelo con las rodillas.

No importa nada salvo esto.

Su mano encuentra la mandíbula fría y enlodada de Laurie. Sus dedos se meten en su boca abierta y extraen la tierra para despejarle las vías respiratorias. Sus labios se presionan contra la frente de Laurie con un dolor ferviente y delirante.

La tierra está suelta y el jardín parece avergonzado al abandonar su presa. No le lleva mucho tiempo sacar el cuerpo y arrastrarlo hacia el césped. Sus brazos, piernas y rostro están cubiertos de tierra. Evander permanece de rodillas, susurrando que todo estará bien, mientras le limpia las mejillas con la manga, le aparta el cabello y lo endereza tanto como puede. Es demasiado pesado y su cabeza cae sobre su hombro. Alrededor de sus tobillos, las raíces titubean, como si no comprendieran por qué su cena fue interrumpida.

Evander le gruñe al suelo, un sonido feroz y salvaje, y las raíces caen sumisas.

Aún no le hicieron mucho daño. El jardín se infiltró en la herida abierta al lado del cuerpo de Laurie, deslizándose entre las marcas de los dientes de Evander, como si hubiese sido invitado. Brotes verdes y tiernos asoman desde el interior de su cuerpo y rosas tan

negras como sangre seca han clavado sus espinas en la piel. No es difícil arrancarlas y deshacerse de ellas. Los sonidos que brotan de la boca de Evander le resultan ajenos: respiración entrecortada, quejidos secos, el roce de sus propios dientes espinosos cortándole el labio inferior hasta llenarle la lengua del sabor a savia, tierra y dedaleras.

Una raíz se ha aferrado tan profundo en la herida que le lleva un largo rato extraerla. Tira y tira, viendo cómo la raíz sale del cuerpo cubierta de sangre y cae al suelo como una serpiente muerta.

A su alrededor, el jardín se acerca para observarlo, agitando sus hojas con un nerviosismo evidente.

espera espera espera

Evander gruñe otra vez, tan animal que se asusta a sí mismo.

Pero no es momento para pensar, no es momento para hacer otra cosa que no sea recolectar puñados de estrellas rotas, rayos de luz de luna, fragmentos del cielo azul, y hacerlos encajar dentro de Laurie.

Apoya una mano sobre la herida, pero ya casi no sangra.

–T-te llevaré a un hospital –dice, castañeando los dientes–. Te van a ayudar. P-pero no sé usar el teléfono, así que t-t-tienes que despertarte. Despiértate por mí. ¿Laurie? Laurie. Te quiero. Te q-q-quiero. Hice algo t-t-terrible. No… no fue mi intención.

Aunque sí lo fue.

Y eso lo aterra.

Ya no hay nada que lo separe del jardín. Ya no hay nada más que ellos dos enmarañados por la ira, la justicia y la histérica desesperación de sentirse atrapados.

Llora tanto que apenas puede respirar, mientras sus lágrimas caen sobre el rostro de Laurie. Su piel no está demasiado fría; la tierra lo mantuvo cálido. La boca de Laurie se abre con facilidad cuando Evander presiona dos dedos sobre sus labios ensangrentados y, por un instante, cree que podría devolverle el aliento y traerlo de vuelta a la vida.

–Vas a estar bien, ya verás –susurra con una voz rota, casi inaudible–. Solo soy un monstruo porque ellos me convirtieron en uno –levanta la mano de Laurie y la apoya sobre su propia mejilla húmeda.

Y finge que es

Laurie

quien susurra:

–Está bien.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Lo único que queda de él es una cosa vacía que corre por el jardín con un grito que parece desgarrarle la piel mientras se desenreda. Corre rápido, salvaje, loco. Siente una urgencia aplastante, un placer horrible tan enmarañado en las profundidades de su mente con una necesidad famélica de consumirlo todo que ya no sabe cómo aferrarse a sí mismo. Tiene que dejarse ir.

Grita.

y grita.

y grita.

El cielo de medianoche se parte en dos, o quizá es su interior: una grieta que se abre en su médula ósea para que la ira recubra sus huesos por completo. Las enredaderas brotan de sus muñecas y envuelven sus brazos, y su ropa elegante se desgarra cuando las rosas florecen entre sus omóplatos. La cavidad del pecho se convierte en una cuna para las espinas. El barro cubre su mandíbula y su piel se descascara para dejar al descubierto la corteza que hay debajo.

Entonces el jardín iguala sus gritos.

Ni siquiera sabe con certeza hacia dónde corre; solo sabe que no puede detenerse. Si mueve los dedos, las ramas desnudas se cubren de un follaje nuevo y varios retoños brotan del suelo a su paso. En algún punto del camino perdió los zapatos y ahora decenas de tréboles crecen donde pisa.

Es algo salvaje, algo hambriento, algo indómito, y no hay nadie que le ordene callarse.

Cuando aúlla, el jardín responde atravesando las paredes de Hazelthorn con un puño. Derriba las rocas, los ladrillos y el revoque, mientras las ramas irrumpen en el interior, desatando el caos. El jardín, furioso y agitado, que durante años arañó las ventanas de la mansión, por fin tiene permitido cruzarlas. El cristal estalla. Las paredes se desmoronan. Las tejas caen. Los robles se abren paso como explosiones a través de las chimeneas y los abedules crecen dentro de las paredes. El jardín devora la mansión con una alegría desenfrenada.

Debería compartir esa euforia, debería sentirse alimentado por ella.

Están consiguiendo lo que siempre quisieron, él y el jardín.

Escapar, vengarse, ser libres, ser venerados. Nada volverá a encerrarlos. Todas las paredes han caído.

Y, sin embargo, cuando deja de correr, solo quiere llorar.

El jardín lo ha recuperado. Por fin está completo y, aun así, se siente vacío.

No es por un chico al que apenas conocía, se dice con ferocidad. No debería significar nada. Años mirando a Laurie por la ventana, obsesionado con él, hambriento, imaginando sus dedos sobre su piel

ardiente, besándolo con una desesperación irracional. Podría haber sido cualquiera. Solo resultó ser Laurence Lennox-Hall.

Aunque, en el fondo, sabe que eso es mentira.

Solo Laurie entró en este jardín cuando era niño y se cortó para pedir un amigo, plenamente consciente de que sería monstruoso. Y no le importó.

Algo se tensa en su pecho. Se agacha, abrazándose las piernas y tomando bocanadas profundas del aire de la noche estival. Las lágrimas recorren sus mejillas cubiertas de barro mientras tiembla, y sus labios se mueven en una plegaria muda que hace mucho dejó de tener sentido. A su alrededor, el jardín levanta sus raíces del suelo y los árboles pasan por encima de él, lanzándose contra lo que queda de las paredes de la mansión y extendiendo sus ramas por los salones, desplegando acebos y enredaderas sobre las alfombras, cubriendo las camas con cicuta, rosas y espuelas de caballero.

Se limpia la boca, la nariz. Se siente como un niño tonto llorando así, desesperado, terco y sensible.

Detente.

Solo detente y…

escucha

Pies arrastrándose por el camino. Una bocanada de aire ahogada ante la imposibilidad de esta venganza del jardín que tiene ante sus ojos.

Evander alza la vista lentamente y sus rizos negros caen sobre los ojos.

Dawes está inmóvil a pocos metros, con una maceta bajo el brazo y una expresión cerosa de terror. Retrocede un paso y luego otro.

Cuando Evander se pone en pie, sabe que no debe de parecer humano en absoluto. Sus manos de corteza cuelgan a ambos lados del cuerpo y su rostro es una máscara sin emoción.

Durante un largo minuto sus miradas se sostienen y el pánico en la expresión de Dawes se intensifica bajo el peso del desprecio asfixiante de Evander.

–Espera –dice Dawes, tragando con fuerza–. Yo no… Solo… No te acerques.

Evander grita.

El sonido corta el aire como un látigo y Dawes se retuerce con un dolor evidente, buscando una salida. Debió de haber estado intentando encontrar otro modo de abandonar Hazelthorn, dado que la reja principal está cerrada por las enredaderas, pero jamás debió regresar aquí.

Un árbol sujeta sus piernas.

Cae al suelo con un grito petrificado y toda su confianza engreída y despreocupada se evapora mientras se retuerce en la tierra, clavando las uñas en el suelo para aferrarse a algo, a cualquier cosa, mientras el jardín lo arrastra hacia atrás por el tobillo. La maceta resbala de su brazo y se hace añicos en el suelo. Evander aparta la mirada. No quiere ver su parte desmembrada.

Lo único que quiere es dejar de tener hambre.

Avanza con pasos mesurados, encontrando el camino entre espinas y matorrales, mientras Dawes se enreda en las raíces de un ciruelo. Está desesperado, un completo caos, balbuceando súplicas, sobornos y amenazas al mismo tiempo. Una raíz le perfora la pantorrilla y grita.

–Espera esperaesperaespera. No, Dios. Espera –repite Dawes, reducido a una mancha de lágrimas en el suelo, intentando alejarse arrastrándose mientras el jardín juega con él como si fuera un gusano ciego. Las raíces le rodean el torso como serpientes constrictoras–. Solo abre la reja y déjame salir. Déjame salir. Te daré lo que quieras. ¡Lo que sea!

Evander tiene la mente en blanco cuando se agacha a su lado. Apoya sus dedos esqueléticos sobre la piel de Dawes y los deja deslizarse por su cuerpo de una manera inquietante e inhumana hasta encontrar el latido frenético de su corazón acelerado.

El hambre le parte el estómago con un rugido tan feroz que la visión se le nubla.

El balbuceo de Dawes se vuelve histérico.

–No entiendo por qué te mantuvieron cerca. Están locos. Todos vosotros estáis locos. ¿Cómo pudisteis creer que eras humano? No lo puedo…

La boca de Evander se le llena de saliva.

–Cállate.

Se ha convertido en una pesadilla de la oscuridad y no tiene sentido fingir lo contrario.

–¡EVANDER!

Se queda suspendido sobre Dawes, mientras las espinas de su boca están a centímetros de los pómulos de su presa temblorosa.

–Evander. Mírame.

La voz viene de detrás de él, no de Dawes, que ha empezado a llorar patéticamente.

Un sonido quebrado escapa de su garganta y, cuando gira la cabeza en un ángulo antinatural para mirar por encima del hombro,

está seguro de que no se parece en nada a sí mismo. Evander es un nombre que ya no encaja con él. Él es…

–He dicho que me mires, Hazelthorn.

La imposibilidad de que Laurie esté allí de pie le parte el alma una y otra vez. Por supuesto que no es real; es solo su imaginación desenterrando un recuerdo para no desmoronarse.

Pero el espejismo está allí, firme al otro lado del muro bajo del jardín, cubierto de rosas amarillas y enredaderas. Se apoya en él, respirando con dificultad. La tierra y la sangre le manchan la ropa y la piel, y de su herida brotan hiedras y otros tallos verdes.

En medio de esta confusión ardiente y salvaje, lo comprende: el jardín no intentaba devorarlo, lo estaba sanando. Las enredaderas suturaron la herida, el musgo absorbió la sangre y las pequeñas raíces violetas cerraron el corte del labio.

–No eres esto –dice Laurie con firmeza–. Tú no eres así ni quieres serlo.

Durante un segundo, Evander no puede hacer nada más que mirarlo, pestañeando para aclarar la confusión. Titubea, inseguro. Podría ser un truco de la luna jugando con su visión.

Pero Laurie sigue allí, a pocos metros, con una mirada feroz.

–En serio, ¿te dejan solo cinco minutos y ya pierdes la cabeza?

–Tú… no… –retrocede un paso–. Tú no eres…

–La próxima vez compruébame el maldito pulso –responde Laurie. Su boca tiembla, pero sus ojos brillan y da un paso inestable hacia él.

De no ser por la vegetación que brota repentinamente del suelo para ayudarlo a no perder el equilibrio, probablemente se habría caído. Pero el jardín lo ayuda. El jardín lo protege.

Porque, por profunda que fluya su ira, no siempre fue un monstruo cubierto de sangre. Lo moldearon así los Lennox-Hall, drenándolo a cambio de riquezas y gloria.

Tal vez antes anhelaba algo distinto a que lo alimentaran sin descanso con sangre y carne. Tal vez dormía en una oscuridad acogedora y profunda, escuchando el canto suave de los pájaros y sintiendo la luz cálida del sol.

–Ven aquí –pero la inflexión traicionera de su voz deja claro que finge estar tranquilo cuando, por dentro, está llorando.

Evander pasa por encima del desastre de lágrimas y mocos que es Dawes y avanza lentamente, con cautela, hacia Laurie. Se detiene mientras pétalos de trenza de lobo y moras de sangre brotan entre ellos, y, cuando extiende una mano, se pregunta cuán tóxico se ha vuelto, con las enredaderas de cardiomía enroscadas en sus muñecas.

–¿El jardín te trajo de vuelta? –La voz de Evander tiembla.

–Creo que me estaba manteniendo –responde Laurie, pero no se acerca ni levanta una mano. Parece respetar la distancia cautelosa de la criatura feroz que tiene delante, caminando de un lado a otro con dedaleras enredadas en el cabello.

–¿Y si te equivocas? ¿Y si esto es todo lo que soy? –Odia la manera en que las palabras le desgarran la garganta, inestables, húmedas, tan cerca de sonar como un gruñido–. ¿Y si nuestra peor parte es la única que es real?

Pero Laurie no duda.

–No voy a permitir que lo sea.

–¿Cómo me has llamado antes? –Su mano de corteza se cierra en un puño.

Laurie apoya dos dedos sobre la sangre seca que aún tiene en la boca.

–Lamento haberte puesto el nombre de mi amigo imaginario. Es solo que… debías ser mío y nunca quise perderte.

–He dicho que… –insiste Evander, dando un paso frágil hacia delante–. ¿Cómo me has llamado?

–Hazelthorn –susurra.

Soltando un llanto entrecortado, Evander corre hacia él y se estrella contra Laurie como una tormenta que por fin descarga todo lo acumulado.

Presiona la cara contra el cuello de Laurie, cuyos brazos se cierran con fuerza alrededor de sus costillas, y no queda espacio para nada más entre ellos salvo el suave y quebrado dolor. Laurie aprieta la boca contra un lado de la cabeza de Evander y sus dedos se aferran con fuerza a la ropa maltrecha hasta que los nudillos se le ponen blancos.

Lo único que dice, con una voz suave, reverente y rota, es:

–Dios fue más fuerte que yo cuando creó a Adán y no se enamoró de él.

Detrás de ellos, una raíz de ciruelo atraviesa el pecho de Dawes y sus gritos se apagan en un gemido cuando su cuerpo se retuerce y es arrastrado lentamente bajo tierra. El crujido de sus huesos al partirse queda sofocado por el suave susurro de las hojas y es casi posible, en ese momento, fingir que el ciruelo actuó por voluntad propia. Y que Evander no tuvo nada que ver con ello.



Cardiomía



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

La luz de la luna tiñe el mundo de un plateado suave mientras descansan sobre el césped del jardín venenoso. La puerta roja permanece abierta y los cantos graves de las aves nocturnas y de las cigarras se filtran a través de ella. El mundo parece vacío salvo por ellos, pero es una especie de soledad agradable. Se siente pacífica.

Sus cabezas reposan cerca, inclinadas una hacia la otra. Sus piernas se superponen y sus dedos están entrelazados mientras cuentan las estrellas en el cielo nocturno. El amanecer llegará pronto y Hazelthorn tendrá que contemplar todo lo que ha destruido, pero, por ahora, la oscuridad atenúa la mayor parte de la culpa y se siente agradecido por ello.

La destrucción de la mansión aún parece irreal. Yace partida en dos, atravesada por árboles que la envuelven en un abrazo asfixiante y no parecen dispuestos a soltarla. La mayor parte del jardín volvió a echar raíces en el suelo, pero una vida nueva y ferviente recorre cada una de las hojas. Como si se sintiera satisfecho. Como si se sintiera vengado.

Laurie recorrió los restos de la mansión a solas, ya que Hazelthorn no podía soportar enfrentarse a la destrucción. Tal vez el jardín lo

arrastró hacia el abismo oscuro y empinado que hay en su interior, pero también es cierto que podría haber intentado algo más para detenerlo y no lo hizo. Así que decidió que lo más seguro era quedarse detrás de la puerta roja y esperar a que Laurie regresara y se desplomara en el césped a su lado.

Este es el lugar donde lo robaron, donde lo cortaron, donde perdió su identidad e intentó obligarse a encajar en una piel que nunca le perteneció. Piensa, quizá, que está destinado a ser algo feroz, ruidoso, afilado y furioso. Se siente bien estar recostado en el césped cubierto de rocío y dejar que la verdad le empape la piel, sentir cómo el miedo, poco a poco, deja de latirle en las entrañas y su corazón y sus extremidades se relajan. Casi se siente en paz consigo mismo; casi deja ir esa falacia de que debería intentar ser algo distinto.

Sus dedos trazan la línea del corazón en la palma de Laurie y apoya los labios cerca de su oreja.

–Yo los maté. Yo los maté a todos y no… no… no pude detenerme. Nunca puedo detenerme cuando… –Se queda en silencio y suelta un largo y tembloroso suspiro.

–Bueno, no a todos –añade Laurie, mientras pasa distraídamente los dedos entre los rizos de Evander, quitándole espinas y ramitas y arrojándolas a un lado–. Los busqué mientras estaba en la mansión. No estoy seguro, pero… creo que algunos de mis parientes escaparon. Los sirvientes treparon por la pared del jardín y abandonaron la propiedad enseguida. No sé qué pasó con Dawes, pero creo que esas raíces deben de haberlo arrastrado bajo tierra. Bane, Azalea y Oleander están… –Parece detenerse por un momento, como si estuviera luchando contra sus propios

sentimientos y no supiera cómo darles una forma que pueda sostener entre las manos–. Creo que están muertos.

No dicen nada durante un momento y ambos se quedan concentrados en la calidez reconfortante del otro mientras el peso de lo que ocurrió se asienta a su alrededor, tan punzante como las hojas del acebo. Hazelthorn no sabe si solo él es el culpable de todo esto o si todo habría sido diferente si lo hubieran lastimado menos.

–¿Qué pasará con los jardines ahora? –pregunta en voz baja.

Laurie resopla suavemente, algo que parece atrapado entre una risa y el desprecio.

–Quizá nada. Tengo la sensación de que ningún Lennox-Hall va a querer volver a tocar este lugar. Eres bastante aterrador en modo monstruo.

Hazelthorn inclina la cabeza hacia atrás para fulminarlo con la mirada, pero Laurie solo sonríe inocentemente y vuelve a acercarlo para seguir jugando con su cabello.

–No sé qué esperaban –dice Laurie, bostezando como si estuviera a punto de quedarse dormido–. El jardín iba a atacarlos tarde o temprano. Además, la reja del frente está tan cubierta de enredaderas que prácticamente no queda ninguna entrada. Tal vez el mundo olvide que hay algo aquí.

–Le pediré que la abra para ti –dice Hazelthorn–. Cuando te vayas.

Laurie se incorpora y se apoya sobre uno de sus codos para mirarlo, tendido allí en el césped bañado por la luz de la luna, y la expresión en su rostro es de pura desolación. Debe de estar demasiado agotado, conteniendo el dolor y el miedo, y aun así apoya un pulgar sobre los labios de Hazelthorn y no hace nada más que contemplarlo con una ternura cargada de dolor.

Nadie debería mirar a un monstruo de esa manera, con tanta adoración desvergonzada.

–Nunca deberías haberme abierto la puerta –dice Hazelthorn con una voz ronca de tanto gritar–. Nada de esto habría ocurrido.

–¿Quieres saber por qué lo hice? –dice Laurie, inclinándose hacia delante hasta que sus bocas quedan lo suficientemente cerca como para que sus palabras casi caigan de su lengua a la de Hazelthorn–. Escuché a mi abuelo en el invernadero hablando con Carrington. Sobre ti. Sobre la mejor manera de cortarte y si… –La ira arde en sus ojos del azul más frío–. Si sobrevivirías. Pero esta vez decidieron que no importaba si lo hacías o no.

–Los odio –dice Hazelthorn con suavidad.

–Lo sé –responde Laurie, suspirando, y baja la cabeza para apoyarla sobre el pecho de Hazelthorn–. Solía pasar cada verano intentando encontrar la manera de hablar contigo, de ganarme tu confianza y sacarte de aquí. Pero pensé que el jardín no te dejaría ir muy lejos, así que… ¿cómo podríamos escapar? –Su voz adquiere una ferocidad temblorosa–. Esa noche tuve que actuar rápido. Necesitaba distraerlos de lo que fuera que planeaban hacerte. Así que envenené su té y luego abrí la puerta de tu habitación. No fue un gran plan, lo sé, pero no tenía tiempo para pensar.

El té.

Hazelthorn se incorpora de golpe.

–¿Qué? –apenas logra pronunciar la palabra mientras mira fijamente a Laurie.

En los ojos de Laurie florece una culpa vacilante y aparta la mirada.

–No –dice Hazelthorn–. No, ¿yo lo maté? Yo envenené el té. Debí hacerlo cuando…

–No quería que fuera una dosis letal –lo interrumpe Laurie, sentándose y abrazándose las rodillas, sobre las que apoya la barbilla–. Solo quería que enfermara. Que vomitara y tuviera dolores de cabeza, o lo que fuera, como siempre hizo contigo. Literalmente usé el mismo veneno que te ponían en la leche todas las noches porque estaba allí en la cocina. Pero parece que tú desarrollaste una enorme tolerancia o quizá no te afecta de la misma manera. Yo solo quería que enfermara, lo juro, para que no pudiera lastimarte. No quería que… –Se queda en silencio, respirando demasiado rápido, con los labios pálidos–. Nunca quise que muriera. Eso es tan propio de los Lennox-Hall, matar a cualquiera que estorbe. Y yo no quería ser como ellos.

Entonces Hazelthorn no envenenó a Byron.

No fue él.

No perdió el control aquel día, no abandonó su cuerpo. No siempre es una criatura de atrocidades y venganza, una criatura fuera de control.

El peso oscuro y montañoso que le aplastaba el pecho todo este tiempo se levanta de repente y siente su ausencia, como si le quitaran un peso de encima. El aire entra con facilidad y las costillas dejan de hundirse bajo una culpa gangrenosa. A su alrededor, pequeñas flores abren sus pétalos en decenas de tonos dorados.

–Por eso no quería ayudarte a buscar al asesino –dice Laurie con una inmensa tristeza–. Te habría dado otra razón para odiarme. Aunque, bueno, ya sabes, deberías odiarme. Pero… creí que, si

había alguien que podía querer a alguien como yo, entonces ese serías tú.

–No te odio. –Con cautela, Hazelthorn pasa los dedos por el costado del cuerpo de Laurie para examinar tímidamente la herida. Las enredaderas la suturaron con delicadeza. Fue cuidadoso al curarlo, usando hojas de avellano de brujas y pétalos de consuelda, y su rostro ya no está tan pálido ni dolorido.

Hazelthorn levanta con cuidado la muñeca herida de Laurie y la examina bajo la luz de la luna, mientras pasa un pulgar por la piel hundida que debería sentirse tensa tras la cirugía traumática hecha por manos inexpertas. Pero parece relajada. Puede estirarla y hay una evidente ausencia de dolor en sus ojos. Unos pequeños orificios en la piel son la única prueba de las enredaderas que penetraron en su carne y crearon nuevos tendones, tan flexibles como una rama verde. La ausencia de dolor debe de ser sorprendente, maravillosa, aunque Hazelthorn no tiene idea de cuál será el precio. ¿Qué significará para Laurie estar conectado al jardín de esta manera?

Luego es el turno de Laurie de levantar la mano nueva de Hazelthorn, hecha de corteza y hojas, y la mueve de un lado a otro mientras examina sus dedos demasiado largos y los nudos de madera en los nudillos.

La besa con suavidad.

–Cuando te vayas –dice Hazelthorn, escogiendo cada palabra con cuidado, procurando contener el temblor–, quiero que cierres la puerta del jardín –saca la llave del bolsillo, la deja sobre la mano de Laurie y cierra sus dedos sobre ella. Duele sentir el calor de su piel y saber que esta será la última vez.

–No… –empieza a decir Laurie, pero Hazelthorn lo mira con una intensidad tan feroz que lo obliga a callar.

Los ojos de Hazelthorn están vidriosos cuando añade:

–Necesito que la puerta permanezca cerrada. N-no entiendes lo… –Su voz se vuelve más suave–. Lo hambriento que estoy.

No hay tanta diferencia entre este jardín amurallado y su antigua habitación, solo que aquí es donde realmente pertenece. Entre el musgo y las flores.

Se quedan en silencio por un momento, sintiendo la tierra cálida y sólida presionarse contra sus huesos. Finalmente, Laurie se pone de pie. El agotamiento entorpece su paso al caminar hacia la puerta roja, cojeando. No se vuelve.

Es mejor así. No deben perder el tiempo, no deben pensar demasiado. Ambos saben qué es lo que hay que hacer cuando un monstruo muestra los dientes. Es la opción más piadosa. Hazelthorn es un abismo hambriento y cavernoso que nada puede saciar, y nadie puede confiar en él. Ni siquiera él mismo. Cuando Laurie se marche, llenará su boca de tierra y hojas para calmar el dolor que le desgarra el estómago, y entonces se acurrucará en la suave tierra que presionará sus hombros doloridos y entonces descansará. Ya sabe lo que se siente al ser enterrado vivo, pero quizá nunca le tuvo miedo. Quizá solo lo echaba de menos.

Simplemente desea que Laurie lo hubiera besado una última vez.

Laurie llega a la puerta roja y encaja la llave en la cerradura, mientras la concentración le hace fruncir el ceño entre las sombras. Entonces se detiene, su mano descansa sobre las manchas de sangre seca y descascarillada, y se vuelve sobre uno de sus hombros.

–No creo que mi sangre haya sido un sacrificio suficiente –dice–. No para crear a una persona entera. Creo que por eso… el jardín estaba tan hambriento. Como si necesitara comer y comer para compensar haberte perdido, y nunca era suficiente porque solo quería volver a estar completo. Por eso estuvo furioso estos últimos siete años y apenas le entregaba joyas a mi familia.

–Quería recuperarme –susurra Hazelthorn. Siente al jardín desplegarse en su interior, tierno, suave y pacífico, finalmente completo.

La sonrisa de Laurie es la más triste que ha visto.

–Todo es más o menos culpa mía.

–Sí, lo es –responde Hazelthorn–. Chico inútil.

El resplandor oceánico de los ojos lacrimosos de Laurie es tan hermoso que duele.

Entonces respira hondo y cierra la puerta.

La llave gira en la cerradura con el chasquido familiar.

El silencio cae sobre el jardín, interrumpido solo por la suave caricia del viento en el seto de laureles de jardín, venenosos como debería haber sido aquel muchacho. Pero, por alguna razón, Laurie creció con una ternura feroz que jamás encajó con su nombre.

Hazelthorn permanece sentado con las piernas cruzadas sobre el césped, mirando la puerta cerrada, mientras un vacío opaco se instala entre sus pulmones y sus costillas. Tiembla, pero no sabe si es por ira o por alivio.

Laurie gira la llave una vez más y luego la lanza con todas sus fuerzas hacia el jardín, donde las enredaderas la engullen hasta hacerla desaparecer.

Hazelthorn lo mira molesto.

–Tenías que lanzarla al otro lado de la maldita puerta, Laurence.

–No me regañes –replica Laurie, y luego, sin previo aviso, corre a toda prisa hacia Hazelthorn y lo derriba hasta que ambos quedan tendidos en el césped.

Caen como una maraña de brazos y piernas, mientras sus corazones laten con fuerza, con un éxtasis sangriento, y sus besos no encuentran bocas sino mejillas, mandíbulas y cuellos.

Una alegría suave y cálida invade a Hazelthorn y lleva las dos manos a cada lado del rostro de Laurie para presionarlo con fuerza contra el suelo. Esto es lo que se siente al besar al hijo arruinado de un dios entre la putrefacción verde y suave de un jardín cerrado.

–Me quedaré contigo hasta que vuelvas a sentir que tienes el control sobre ti –dice Laurie sin rodeos–. Además, no quiero nada más de lo que el mundo pueda ofrecer. Podemos quedarnos en la mansión… Ya sé que está en ruinas, pero no me molestaría compartir mi habitación con un árbol.

–¿Yo soy el árbol? –La voz de Hazelthorn suena un poco apagada.

Laurie sonríe, ahora con una expresión traviesa.

–Puede ser. Soy consciente de que ya no podemos acceder a la fortuna de mi abuelo, pero no la necesitamos. Podemos cultivar nuestra propia comida… Tú puedes hacer crecer cualquier cosa, ¿verdad? ¿Ves? Ya lo tengo todo resuelto.

Hazelthorn besa la clavícula de Laurie mientras él deja escapar un largo y suave suspiro. No será difícil recuperar la llave con ayuda del jardín, pero no puede pensar en eso ahora. Un latido lento y sangriento empieza a palpitar detrás de sus ojos.

Laurie murmura algo que suena a: «Te lo dije, desde el principio, yo quería quedarme con Hazelthorn».

Pero es difícil escucharlo entre la emoción que lo desborda tanto que no puede pensar, no puede concentrarse en nada más que en la manera en que su boca se encuentra con la de Laurie en una letanía de besos devotos.

–Deberías dejarme aquí. No soy… no soy seguro –pero sus dedos se enredan en el cabello de Laurie, su cuerpo lo presiona contra el suelo, y no cree ser capaz de dejarlo ir, aunque quisiera.

La garganta de Laurie se inclina hacia el cielo; los murmullos que deja escapar están cargados de deseo y algo parecido al miedo, mientras Hazelthorn lo besa con hambre y devoción.

Una parte distante de él susurra *Detente*, mientras su lengua traza la curva de la mandíbula de Laurie, pero ahora solo hay calor y reverencia y *deseo deseo deseo* mientras el hambre lo abre por la mitad. Su mente se ha vaciado y ha quedado colmada de flores hermosas y sangrientas, y tal vez esto sea lo más parecido al amor: esta necesidad feroz de devorar.

Quizá Laurie tenía razón. Una vez que el jardín saborea una parte de ti, siempre quiere el resto.

AGRADECIMIENTOS

Hazelthorn es una caída en espiral fuera de control, sin freno, y, cuando llegas al final y te estrellas contra el suelo, sabes que va a doler. Te deja el sabor amargo de flores marchitas arrancadas de una tumba, porque quería que este libro tuviera dientes de espinas. Perseguí esta historia en incontables madrugadas, escribiendo a la una de la mañana, incapaz de soltar la imagen de flores desbordadas y muros de jardín desmoronados, esa atmósfera gótica y claustrofóbica de estar atrapado tras una ventana, con la mandíbula desencajada en un grito silencioso. La mayoría sabemos lo que se siente al no tener la posibilidad de elegir qué hacer con nuestra vida, sentir la ira latente de la injusticia, no encajar en ningún sitio y preguntarnos *qué hay de malo conmigo*. Crecí siendo autista sin contar siquiera con esa palabra para entenderme, y algo de esa experiencia se filtró en estas páginas. Esta es una historia de monstruos, pero el único monstruo que Evander encuentra en el espejo es el odio hacia sí mismo, y tal vez algún día logre aceptarlo.

Y espero que tú, algún día, también puedas mirarte con más compasión.

Mi agradecimiento más profundo es para mi editora, Emily Settle: este libro es infinitamente mejor gracias a ti, y me emociona saber

que seguiremos creando más historias monstruosas juntas. Doy las gracias también a mi agente, Claire Friedman: trabajar contigo me produce una inmensa alegría. Mi admiración y gratitud a Jana Heidersdorf por su arte extraordinario, y a Meg Sayre, Gaby Salpeter, Tatiana Merced-Zarou, Jacob Sammon y a todo el equipo de Feiwel & Friends.

Y, como siempre, gracias a Maraia Bonsignore, Melissa Robles, Kelsea Yu, Samantha Newnham y Laura Samotin por leer aquellos primeros borradores indomables y sostenerme en cada etapa del proceso. Prometo que algún día me calmaré y dormiré. (Quizá).

Y a mis padres, gracias por todo.

Índice

Nota preliminar
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Agradecimientos



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE HA PARECIDO!

Nos puedes escribir a
hola@vreuropa.es
con el título de esta novela en el asunto.

Encuéntranos en:

instagram.com/vreuropa/

twitter.com/VREuropaYA

tiktok.com/@vreuropa

Título original: *Hazelthorn*
Traducción del inglés: Julián Alejo Sosa
Ilustraciones: © 2025, Jana Heidersdorf
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: mayo de 2026

© 2025, Drews CG
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Publicado por acuerdo con Feiwel & Friends, un sello editorial de Macmillan Publishing Group, LLC. Sociedad limitada a través de Sandra Bruna Agencia Literaria SL.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-88287-00-8

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Drews CG
Portada
Dedicatoria
Nota preliminar
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte

Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Agradecimientos
Índice
Créditos


Cubierta